



Memorias en fuga. Violencias y desarraigo en Colombia

Vladimir Montoya Arango

ADVERTIMENT. La consulta d'aquesta tesi queda condicionada a l'acceptació de les següents condicions d'ús: La difusió d'aquesta tesi per mitjà del servei TDX (www.tdx.cat) ha estat autoritzada pels titulars dels drets de propietat intel·lectual únicament per a usos privats emmarcats en activitats d'investigació i docència. No s'autoritza la seva reproducció amb finalitats de lucre ni la seva difusió i posada a disposició des d'un lloc aliè al servei TDX. No s'autoritza la presentació del seu contingut en una finestra o marc aliè a TDX (framing). Aquesta reserva de drets afecta tant al resum de presentació de la tesi com als seus continguts. En la utilització o cita de parts de la tesi és obligat indicar el nom de la persona autora.

ADVERTENCIA. La consulta de esta tesis queda condicionada a la aceptación de las siguientes condiciones de uso: La difusión de esta tesis por medio del servicio TDR (www.tdx.cat) ha sido autorizada por los titulares de los derechos de propiedad intelectual únicamente para usos privados enmarcados en actividades de investigación y docencia. No se autoriza su reproducción con finalidades de lucro ni su difusión y puesta a disposición desde un sitio ajeno al servicio TDR. No se autoriza la presentación de su contenido en una ventana o marco ajeno a TDR (framing). Esta reserva de derechos afecta tanto al resumen de presentación de la tesis como a sus contenidos. En la utilización o cita de partes de la tesis es obligado indicar el nombre de la persona autora.

WARNING. On having consulted this thesis you're accepting the following use conditions: Spreading this thesis by the TDX (www.tdx.cat) service has been authorized by the titular of the intellectual property rights only for private uses placed in investigation and teaching activities. Reproduction with lucrative aims is not authorized neither its spreading and availability from a site foreign to the TDX service. Introducing its content in a window or frame foreign to the TDX service is not authorized (framing). This rights affect to the presentation summary of the thesis as well as to its contents. In the using or citation of parts of the thesis it's obliged to indicate the name of the author.

**Memorias en fuga.
Violencias y desarraigo en Colombia.**

Vladimir Montoya Arango

**Universitat de Barcelona
Facultat De Geografia I Història
Departament d' Antropologia Cultural i Història d'Amèrica i Àfrica
Doctorat en Antropologia Social i Cultural
Bienio 2003 / 2005**

Director de la tesi doctoral: Manuel Delgado Ruíz

Barcelona, abril de 2012.

Resumen

Esta tesis explora memorias de violencia en Colombia ligadas a la ubicuidad de la guerra y sus agentes, que han producido el desarraigo de colectivos sociales o individuos en momentos históricos concretos. Los ejercicios de memoria emprendidos con una comunidad rural del occidente del Departamento de Antioquia, con habitantes urbanos del Barrio Popular en el sector nororiental de Medellín y con migrantes colombianos en Barcelona; muestran los profundos efectos que han tenido en sus vidas el terror y la movilidad forzada, pero también permiten reconocer las estrategias creativas que han desplegado para afrontar los desgarramientos y las pérdidas. Los relatos abordados diacrónicamente resaltan la importancia de las memorias y las trayectorias individuales o de pequeños grupos para comprender un fenómeno tan relevante y complejo para la sociedad contemporánea como es el de la movilidad humana. La relación entre los saberes locales y las memorias en fuga suscitan una reflexión en torno a la geopolítica de la memoria, derivada de una metodología de exploración etnográfica que busca aportar instrumentos novedosos al campo de estudio de la antropología de la memoria.

Palabras clave: memoria colectiva; desarraigo; cartografía social; antropología de la memoria; violencia; Colombia.

Abstract

This thesis explores memories of violence in Colombia linked to the ubiquity of war and their agents, which have been uprooted social groups or individuals in specific historical moments. Memory exercises were done with a rural community in western Antioquia, with urban dwellers in the neighborhood El Popular in the northeastern sector of Medellin and with Colombian immigrant in Barcelona. All of these memory exercises show the profound effects in the individual lives of the mobility terror forced, but they are also useful for recognizing the creative strategies that have been deployed to deal with tears and losses. The stories discussed diachronically highlight the importance of the individual or the small group memories to understand a phenomenon as complex and relevant to contemporary society such as human mobility. The relationship between local knowledge and the escaping memories raises a reflection on the geopolitics of memory, derived from an ethnographic exploration methodology that seeks to provide innovative tools to the field of study of the anthropology of memory.

Keywords: collective memory; uproot; social cartography; anthropology of memory; violence; Colombia.

Agradecimientos

Acercarme a las memorias de violencia fue desde un comienzo un reto para mi formación personal, pero ante todo, para mi condición de colombiano, afectado como todos mis coterráneos por las consecuencias del inveterado conflicto armado de nuestro país. Esto hacía que el reto se transformara en compromiso y en posibilidad de contribuir a la imaginación de futuros posibles en los que la concordia, el perdón, la reconciliación y la reparación, sean los principales protagonistas de la cotidianidad colombiana. Es justamente a esta imaginación del porvenir a lo que mis interlocutores en este proceso de casi una década me aproximaron, enseñándome que tras la violencia sufrida fueron capaces de fraguar estrategias creativas para afrontar el dolor y rehacer sus vidas. Es por ello que mis agradecimientos no serán suficientes para expresarles lo que ha significado este aprendizaje y lo invaluable que es para mí el que me hayan abierto sus espacios y compartido sus recuerdos. Espero que mi escucha contribuya en algo a retribuir la valentía que demostraron al romper el silencio muchas veces obligado en que han tenido que ahogar sus duelos.

Sé que no es posible nombrar a todas las personas que participaron de este proceso, no sólo porque muchas me lo pidieron explícitamente, sino porque las circunstancias y los agentes que las convirtieron en víctimas continúan siendo una amenaza para muchas de ellas. Quiero por ello expresar mi reconocimiento al conjunto de personas que se atrevieron a manifestar sus relatos y a participar de ejercicios y talleres colectivos en los que sus trayectorias individuales encontraron sentido en el apoyo brindado por quienes se reconocieron como semejantes. Las comunidades de la vereda Mogotes en el municipio de Buriticá y del barrio El Popular en el municipio de Medellín son las artífices de la etnografía de las memorias de violencia, así como los colombianos y colombianas expatriadas en Barcelona con quienes interactué.

Ellas y ellos componen con sus relatos el sentido al que aspira este trabajo: contribuir a la reconstrucción de la memoria histórica de un conflicto armado que ha mantenido acalladas a las víctimas condenándoles al ostracismo y al descarnado estupor y asombro que provoca la impunidad de las y los victimarios. A estas personas no me basta con agradecerles, pues no se trata de cumplir con algún requisito o protocolo ético, sino que quiero dejarles expresado mi más profundo reconocimiento y admiración por su firmeza de ánimo y por las lecciones que me dejaron acerca de la dignidad y el verdadero sentido humano de la existencia.

Durante los tres primeros años del doctorado recibí el apoyo de la Agencia Española de Cooperación Internacional que me proveyó una beca sin la cual seguramente no habría podido mantenerme en la costosa Ciudad Condal y por lo cual merecen mi completa gratitud. Además, quisiera dejar constancia de la importancia que tiene esta iniciativa de apoyo a la formación de doctores en el ámbito Iberoamericano. Después de mi regreso a Colombia, la Universidad de Antioquia me acogió como docente e investigador y permitió que continuara con mis búsquedas y mi formación de manera paralela a mi desempeño profesional. Aunque esto implicó un gran esfuerzo personal y la carga laboral dilató la escritura de esta tesis, sin el apoyo que encontré en el Instituto de Estudios Regionales y en la Vicerrectoría de Extensión de la Universidad de Antioquia, no habría seguramente sido posible realizar el acercamiento a las comunidades locales que participaron de este trabajo. Particularmente significativo fue el hecho de que me hayan financiado los proyectos: “Memorias y cartografía social como instrumentos para la gestión territorial y la autonomía” en el año 2007 y “Archivo de lo(s) excluido(s). Memorias y construcción de futuro en el Barrio Popular No.1 de Medellín” en el año 2008. Baste decir por ello que albergo la mayor gratitud para la Universidad de Antioquia, institución en la que continúo desarrollando mi ejercicio profesional.

Así como las instituciones anteriormente listadas y como aquellas personas que me compartieron sus relatos fueron decisivas para lograr esta tesis, también en los últimos seis años tuve la fortuna de interactuar con colegas y estudiantes que me dejaron grandes aprendizajes y que con su creatividad,

voluntad y empeño, han contribuido enormemente a gestar las estrategias metodológicas para la exploración de la antropología de la memoria. Se trata en este caso de amigos y amigas que han compartido conmigo la conformación de la línea de investigación Espacio y Poder en el Grupo de Estudios del Territorio adscrito al Instituto de Estudios Regionales de la Universidad de Antioquia o que en algunos momentos me acompañaron en proyectos concretos. Ellas y ellos con su espíritu alegre y su ánimo creativo contribuyeron a muchas de las reflexiones que están contenidas en esta tesis, además de que me han ayudado a mantener la esperanza en que nuestro quehacer profesional puede coadyuvar a la transformación social. Aún sabiendo que no alcanzo a expresarles por completo el sentimiento de admiración y la gratitud que albergo para con ustedes, quiero dejarles aquí enunciados: Andrés García; Germán Arango –Lucky boy-; Camilo Pérez; Catalina Montoya; Diego Gómez; Carolina Espinal; Ana Muñoz; Lida Sepúlveda; Diana Tobón y Patricia Ramírez. A Natalia Bocanumenth, quien también es parte de la línea Espacio y Poder, debo unas gracias particulares por su contribución al apartado referente a la historia de la última década del conflicto armado colombiano. Definitivamente, sin su juiciosa aplicación a la búsqueda de referencias bibliográficas pertinentes, nunca hubiese podido conocer muchos asuntos decisivos para la comprensión de esa historia reciente. Quiero también agradecer el apoyo decidido de Clara Aramburo, coordinadora del Grupo de Estudios del Territorio, así como de las directoras del Instituto de Estudios Regionales Lucelly Villegas y Claudia Puerta, sin cuya comprensión no hubiera podido hacer compatible la dedicación laboral y el desarrollo de mi investigación.

En la posibilidad de que se llevara a cabo mi formación doctoral estuvo profundamente implicado mi director de tesis: Manuel Delgado, a quien conocí por medio de mi hermana en una de sus visitas a Colombia hace ya más de quince años. Manuel con su alegría, espontaneidad y agudeza crítica fue desde entonces un motivo de inspiración y con sus voces de apoyo supo mantener en mí la ilusión de culminar mis estudios doctorales. No son pocos pues los motivos para expresarle aquí mis sinceros agradecimientos.

He dejado intencionalmente el último lugar en este listado a mi familia por las implicaciones que tiene su apoyo para que esta tesis haya sido realizada. Mi hermano y mis dos hermanas fueron siempre mis cómplices, creyendo en mis capacidades y estimulando con ello la confianza en mí mismo. Además, en distintos momentos y con grandes esfuerzos hicieron aportes económicos para que pudiera viajar a Barcelona o para que pudiera tomar licencias no remuneradas en mi trabajo para dedicarme a escribir. Cualquier agradecimiento será poco para tales muestras de amor fraternal. Mi padre, aún sin comprender mucho porque quise hacerme antropólogo ni para qué terminé haciéndolo, ha combatido con su tozudez para brindarme su apoyo en este último período de escritura de la tesis. Mi madre siempre cercana, esforzándose por comprenderme, supo mantener en mí la voluntad para concluir esta labor, además de que con su experiencia y el conocimiento que le dio su vida dedicada a la investigación judicial en Colombia, me ha dado profundas enseñanzas que traté de integrar aquí. Amparo y Angela, cuidando de mis hijos, esmeradas en apoyarme para que pudiera dedicar tiempo a estudiar. Finalmente, la familia que con Carmen llevamos veinte años construyendo y sin la que nada de esto hubiera sido posible, es la que merece mi mayor gratitud y mi más profunda expresión de amor. Juanes, Jacobo y Martín, no sólo son mis más grandes sueños, sino que me reafirman permanentemente la importancia que tiene el que en nuestro país se recompongan las injusticias y se garantice que no volverán a repetirse las vejaciones.

Tabla de contenido

Introducción	13
CAPITULO 1. Memorias para resistir el olvido e imaginar el porvenir. Antropología y reconstrucción del pasado.	27
1.1. El carácter cognitivo de la memoria.....	28
1.2. La memoria en la vida social.	32
1.3. La memoria en la antropología.	38
1.4. La violencia en las memorias sociales.....	44
1.5. Memoria y violencia en Colombia.....	49
1.6. Geopolítica de la memoria.....	53
CAPÍTULO 2. El conflicto armado en Colombia. Medio siglo entre memorias del terror, la desazón y la ignominia.....	65
2.1. <i>La Violencia</i> , época de bandoleros y matanzas.....	67
2.2. A la toma del poder: surgimiento y expansión de las guerrillas de liberación....	73
2.3. Aparición de la economía de la droga: la década de los 80's y la multiplicación de los actores armados.	77
2.4. La guerra de hoy, regreso de los fantasmas de <i>La Violencia</i>	80
2.5. Memoria, verdad y reconciliación. Avances legales para la superación del conflicto armado colombiano.....	97
CAPITULO 3. Las tramas de la evocación. Estrategias metodológicas para la etnografía de la memoria.	105
3.1. Antes del campo: expectativas y prejuicios.	109
3.2. De la etnometodología a la hermenéutica de la interacción: metodología para la exploración del discurso compartido.....	114
3.3. La cartografía social en la reconstrucción de las memorias de violencia: representaciones del territorio vivido, tránsitos y nuevos espacios.....	121
3.4. Los dispositivos fotográficos fílmicos en la evocación: la memoria en imágenes.	128
CAPÍTULO 4. La resistencia al destierro en Mogotes. Memorias de la lucha por el espacio habitado.....	139
4.1. De Fortuna a Mogotes, en el camino hacía el oro del río Cauca.....	143
4.2. Oro y agua en Mogotes, vuelta de la geopolítica a la escala local.	155
CAPÍTULO 5. El pasar de las múltiples violencias en El Popular: arraigo y contención del miedo en la geografía urbana de Medellín.	165

5.1. A la toma de las laderas: invasión y poblamiento de El Popular.	169
5.2. Narcotraficantes, milicias, paramilitares y bandas: agentes de violencias, muertes y pérdidas en El Popular.....	177
CAPITULO 6. Memorias en fuga. La tenacidad de las y los exiliados colombianos en Barcelona.	203
6.1. La migración y la vuelta atrás de la violencia.....	209
6.2. <i>La Violencia</i> como época remota.....	216
6.3. La masacre como tatuaje mnemónico.	221
6.4. <i>Los violentos</i> , sus muchas caras y procedencias.	226
6.5. Las imágenes instantáneas del terror.	232
6.6. Lugares de la permanencia y resistencias al olvido.	235
6.7. Las memorias de violencia en la lucha contra el estigma de ser colombiano..	244
Conclusiones	247
Trabajos citados	255

Índice de Ilustraciones

<i>Ilustración 1. Mapa comparativo del patrón de concentración de los asesinatos y las masacres en Colombia entre 1998 y 2001.....</i>	<i>87</i>
<i>Ilustración 2. Mapa Geografía de la Guerra en Colombia.</i>	<i>89</i>
<i>Ilustración 3. Cartografía Social Movilidades Afrodescendientes.....</i>	<i>126</i>
<i>Ilustración 4. Taller para la reconstrucción de memorias en el Barrio El Popular.....</i>	<i>133</i>
<i>Ilustración 5. Fotografía familiar de los años 70's en el Barrio El Popular No.1.</i>	<i>134</i>
<i>Ilustración 6. Ejercicios de fotografía con marcos de cartón en el Barrio El Popular No.1.</i>	<i>135</i>
<i>Ilustración 7. Ejercicio de realización de instantáneas en la vereda Mogotes.</i>	<i>136</i>
<i>Ilustración 8. Ejercicio de realización de instantáneas en el Barrio El Popular No.1. .</i>	<i>137</i>
<i>Ilustración 9. Cartografía social Vereda Mogotes, Buriticá.....</i>	<i>141</i>
<i>Ilustración 10. Mapa de la división barrial de la Comuna No.1 de Medellín.</i>	<i>166</i>
<i>Ilustración 11. Vista panorámica de la Comuna No.1 de Medellín.....</i>	<i>167</i>
<i>Ilustración 12. Acciones comunitarias para la construcción de El Popular No.1.</i>	<i>172</i>
<i>Ilustración 13. Número de muertes por año según zona de Medellín 1992-2003.</i>	<i>184</i>
<i>Ilustración 14. Cartografía social Territorialidades de los combos armados en el Barrio El Popular en los primeros años del siglo XXI.....</i>	<i>196</i>

Introducción

El conflicto armado en Colombia ha sido una constante hace ya más de medio siglo y ha tenido profundas implicaciones para la conformación de la sociedad, atravesada por las consecuencias de los traumáticos eventos propios de una guerra irregular que ha enfrentado al Estado colombiano con guerrillas, paramilitares y bandas delincuenciales y en la que se han vivido cruentos enfrentamientos, masacres, asesinatos, destrucción de pueblos y villas, secuestros y muchas más incontables vejaciones que han quedado irremediablemente inscritas en la memoria colectiva, convirtiendo la guerra y sus acciones en un marcador indeleble de la construcción subjetiva del ser colombiano.

Una de las más terribles consecuencias de este conflicto se ha intensificado radicalmente en los últimos quince años: la expulsión de cientos, miles y millones de personas de sus lugares de origen, de sus territorios ancestrales o de sus sitios de habitación, convirtiendo el desplazamiento forzado en la más cruenta estrategia de guerra que ha obligado a las víctimas a ligar en sus memorias la huida con la tristeza, el desarraigo y la pérdida. Es por ello que este trabajo explorará esta macabra relación entre desarraigo y memoria en el caso del conflicto armado en Colombia a partir de tres casos etnográficos que incitan a comprender las implicaciones de la fuga y la deslocalización de las memorias en el ámbito de una pequeña comunidad veredal, de un gran barrio ciudadano y en los relatos diseminados en la geografía del extrañamiento migratorio. Esta trilogía pretende provocar en el lector la deducción de las analogías que derivan de las agudas marcas que produce el desarraigo en quienes sufren o sufrieron la exposición a la presión de los actores armados y son compelidos al abandono de los lugares que con esfuerzo habían logrado conquistar para sus familias. Pero la trilogía etnográfica tiene también una

potencia denotada para mostrar como frente a los desgarramientos y las pérdidas emergen la voluntad y el tesón para luchar creativamente por mantener la esperanza en futuros posibles, avivar el espíritu y soportar con valor los duelos.

Deriva de mi proximidad con quienes me compartieron sus relatos, experiencias y saberes, un aprendizaje que expresa el argumento que le da sentido a esta tesis: la reconstrucción de la memoria histórica de la violencia sufrida en el conflicto armado, es la principal urgencia que tiene la sociedad colombiana para evitar que los sucesivos presentes sigan cargados de injusticia y para que el pasado traumático se transforme en lecciones que alimenten horizontes de reconciliación y reparación de la cohesión social. No se trata únicamente de perdón y olvido, se trata de la restauración de la dignidad y de la vuelta al sentido de lo humano como principio de la existencia social.

Tras más de seis décadas de muertes y violencias, sólo en los últimos años se ha comenzado en Colombia a producir un marco legislativo propicio para la reconstrucción de la memoria histórica y también se ha empezado a debatir públicamente en los medios masivos de comunicación la importancia que tiene la memoria para la resolución y superación del conflicto. Hasta ahora el nuestro había sido un conflicto sin memoria, caracterizado por su irregularidad y por la inexistencia de un frente de guerra, lo cual favoreció la impunidad que ha dejado sin justicia a miles de víctimas que tienen que soportar en silencio y en la intimidad de sus recuerdos contenidos, las crueles maneras en que fueron despojados de sus seres queridos o de sus bienes. Este conflicto armado sin memoria, relleno de olvidos y silencios obligados, ha producido la deshumanización de las y los victimarios que se han ensañado de manera descarnada y virulenta con quienes no disponen de medios para defenderse y a quienes el Estado no ha garantizado su seguridad y sus derechos. Estas víctimas no narradas, no contadas y muchas veces ni siquiera encontradas por efecto de la crudeza de la desaparición, merecen que se recupere su dignidad y se reivindique el valor con que soportaron la inclemencia de las y los

armados. Es necesario que las memorias se expresen y debatan y contribuyan con ello a que los ignominiosos acontecimientos vividos motiven cambios y precipiten un devenir pacífico. Hoy más que nunca, las memorias de violencia en Colombia reclaman acuciantes su inserción y su reconocimiento en la trama social, reventando el olvido condicionado y generando espacios para la mutua identificación y la integración social.

La memoria colectiva se ha convertido en los últimos años en un importante asunto político por su papel en la resolución de conflictos en distintos países, lo cual ha mostrado su potencia como herramienta política y ha hecho que la antropología y otras disciplinas sociales reivindiquen su importancia. Es posible verificar este creciente interés por el estudio de la memoria en la transición de la posguerra europea, así como en los sucesivos conflictos localizados en territorios nacionales concretos. Son particularmente relevantes los aportes de la reconstrucción de memoria en el caso de la transición poscolonial africana, de las guerras civiles latinoamericanas y de los genocidios en distintos lugares del planeta que tienen como intolerable referente al holocausto judío. En estos diversos conflictos, los ejercicios de reconstrucción de memoria demostraron su capacidad reparadora de los males sufridos y su poder para generar espacios de discusión y de superación de las consecuencias traumáticas de la guerra. Sin embargo, este carácter de instrumento político de la memoria no agota las implicaciones que tiene como objeto de estudio de la ciencia social que parte de reconocerla como el principio cognitivo del ser humano y, por esa vía, como el argumento esencial por el que la experiencia individual se entrelaza con la de aquellas otras personas con quienes se convive en sociedad.

La memoria constituye un hecho social, tal y como lo concibió Émile Durkheim, pero es además, según la concepción de Maurice Halbwachs, un asunto que trasciende del plano individual y se inscribe en los marcos sociales en los cuales encuentra el sujeto coherencia a la experiencia colectiva (Halbwachs, 2004). Es indudable entonces el carácter antropológico de la memoria y es comprensible que se intenten estudiar los parámetros por medio de los cuales las sociedades cuecen y transmiten aquello susceptible de ser recordado u

olvidado. Además, la pregunta antropológica por la memoria comporta serios retos para el estudio de la Historia, ya que mientras la memoria se desenvuelve en el terreno de la variabilidad, la discordancia, la pluralidad narrativa y el carácter poroso de los relatos; la Historia pretende reconstruir el pasado en una versión objetiva, cerrada, sin ambivalencias narrativas y universalista. Es por ello que la memoria y la Historia de hechos comunes pueden constituir narrativas colindantes pero no necesariamente confluyentes, ya que para la memoria el interés no recae la reconstrucción fidedigna de los hechos en sí, sino en las huellas o impresiones que esos hechos han dejado y que son objeto de incesante transformación discursiva (Sánchez, 2003).

Esta tensión entre memoria e Historia sugiere que el control del pasado es un instrumento de poder disputado por quienes pretenden mantener la sujeción y doblegar las resistencias, tal y como lo representaron Richard Burton y John Hurt bajo la dirección de Michael Radford en la película 1984, basada en la magnífica obra de George Orwell, en la cual se muestra el control del pasado como el elemento central de la sumisión en un régimen totalitario que establece el crimen mental como la expresión de versiones de la historia que no concuerden con la versión oficial (Radford, 1984). En la metáfora del crimen mental se representa el reclamo político que transforma los recuerdos en intenciones de acción y transformación del presente, lo cual es contrario a los intereses del totalitarismo. Esto demuestra que la memoria alberga también la posibilidad de constituirse en argumento de subversión, contribuyendo al cuestionamiento y desmonte de los regímenes impositivos. En este sentido, la memoria es un elemento importante para el levantamiento y la expresión de las voces de los desposeídos o, de aquellos que Walter Benjamin llamara reventados por la Historia.

El hecho de que las memorias de violencia sean un asunto político en el sentido hasta aquí descrito, hace que la presente tesis postule, allende sus implicaciones epistemológicas, un ejercicio político que no pretendo desconocer ni ocultar, tanto por el compromiso ético que me liga con quienes compartieron sus relatos, como por el reconocimiento de que en la

investigación social en y sobre Colombia resulta indispensable considerar el papel político de la producción académica. La ciencia social discurre aquí en un campo de tensiones múltiples en el que las interpretaciones son objeto de confrontación y de objeción por los poderes en pugna. Por lo tanto, aunque este texto no pretende tomar partido ni alinearse con alguno de los bandos en disputa, su objeto le convierte en integrante de la coyuntura política del país. Son estas consideraciones de las implicaciones políticas que tienen los relatos aquí contenidos lo que hizo que en la relación ética con mis interlocutores e interlocutoras durante el proceso de investigación haya decidido no incorporar sus nombres en el presente texto, así como modificar la designación de ciertos lugares en los relatos. Esto responde a la petición explícita de algunas y algunos que sintieron miedo por las consecuencias que pudiera tener el narrar lo sucedido, aún cuando estuvieran en muchos casos distantes en el tiempo y en el espacio de las y los perpetradores. Además de su preocupación por su seguridad personal, tiene sentido también la utilización de seudónimos en tanto lo que pretende esta tesis no es incitar los juzgamientos, ni los señalamientos, ni la investigación judicial, sino dejar un manifiesto que contribuya a romper el silencio, a tramitar las experiencias subjetivas de dolor y a reivindicar el carácter con el que soportaron la violencia quienes narran lo sucedido. Solamente ha conservado el nombre del Padre Federico Carrasquilla, fundador del barrio El Popular No.1 de Medellín, quien es reconocido ampliamente por la comunidad local.

El talante político de esta tesis no sólo deriva de los lineamientos metodológicos que guían la relación que establecí con mis interlocutoras e interlocutores durante el proceso de investigación, sino también de las implicaciones que tiene estudiar las memorias de violencia sabiendo que la crudeza de los eventos narrados puede producir inmensos desvelamientos por el horror que revelan, además de que en Colombia el conflicto armado no cesa. La investigación sobre las memorias de violencia no permite la impasibilidad sino que incita la búsqueda de vías para el entendimiento, desvelando la fatigosa y ultrajante realidad de las y los oprimidos y, con ello, pretende

movilizar para el resarcimiento de los males. En este sentido, no es una investigación estática sino que se constituye en un manifiesto por la dignificación. Veena Das, lo ha señalado claramente para el caso de la India, donde su labor de investigación colinda en mucho con la militancia tan estigmatizada en Occidente, afirmando:

“Así es como veo el rol público de la antropología, actuando en un doble registro en el cual ofrecemos evidencia que contesta la amnesia oficial y los descarados actos que hacen desaparecer la evidencia, pero también testimoniando el descenso en el día a día a través de la cual las víctimas y los sobrevivientes afirman la posibilidad de vida removiendo de circulación palabras crueles y llevando palabras familiares, por así decirlo” (Das, 2003, pág. 301)¹.

En esta investigación sobre las memorias de violencia realizada en tres contextos tan diversos fueron muchos los retos metodológicos, pues el hecho mismo de tener al pasado y los recuerdos como objeto, me planteó serias dificultades para la aplicación de instrumentos clásicos de investigación como la observación por ejemplo. Aquí se trataba de provocar los relatos, teniendo como límite las sensibilidades que se podían herir con los delicados temas que se trataban y esto hizo necesaria la aplicación creativa de técnicas de acopio de información, por lo que puedo afirmar que es en términos de la metodología para la etnografía de la memoria donde se contienen los mayores aprendizajes para mi quehacer como investigador social. Desde que comencé mi interacción con ciertos relatos de violencia me di cuenta que estaba tratando con un tema difícil, en el que posiblemente el diálogo espontáneo no sería suficiente para lograr profundizar en los asuntos relevantes para que las experiencias individuales aportaran a interpretaciones de carácter más amplio. Fue por ello que el diseño metodológico del trabajo de campo combinó diversos instrumentos: talleres de reconstrucción de memoria; recorridos por los territorios narrados; entrevistas semiestructuradas; historias de vida;

¹“This is how I see the public role of anthropology-acting on the double register in which we offer evidence that contest the official amnesia and downright acts of making evidence disappear, but also witnessing the descent into the everyday through which victims and survivors affirm the possibility of life by removing it from the circulation of words gone wild leading words home, so to say” (Das, 2003, pág. 301). La traducción es mía.

realización de cartografías sociales; diario de campo; ejercicios de fotografía y audiovisual.

Tratándose de un tema tan delicado y sustantivo para las vidas de mis interlocutoras e interlocutores, durante este proceso se trascendió en mucho del establecimiento de una confianza mínima y se buscó la creación de espacios propicios para la mutua implicación narrativa, de modo que en esta tesis los participantes no tienen en ningún sentido el carácter de 'informantes' sino que participan con sus memorias activamente de la construcción de conocimiento al que aquí se aspira. No puedo desconocer sin embargo que mis propias interpretaciones y sensibilidades matizan los relatos que aquellas y aquellos interlocutores me compartieron. Así pues, aunque traté de afinar al máximo los instrumentos a aplicar, la riqueza narrativa de las memorias y la particularidad de los contextos de investigación reventaron muchas veces los presupuestos trazados para los momentos de acopio de información. Esto me hizo comprender el sentido de la investigación 'exploratoria' que postulara Herbert Blumer (1982); al tiempo que me hizo coincidir con James Clifford en el hecho de que la etnografía es antes que nada un encuentro transcultural atravesado por relaciones de poder, que no puede pretender ser condensado en un texto que categóricamente presuma estar fielmente adecuado a la versión vernácula de los hechos (Clifford, 1988, pág. 24). Es por ello que antes que tratar de imponer al contexto mi planteamiento metodológico, la presente trilogía etnográfica muestra la relevancia de la reflexividad en el quehacer investigativo, lo cual permitió en este caso pasar de la rigidez de los talleres de reconstrucción de memoria a la flexibilidad de los encuentros interpersonales casuales y a la espontaneidad de la memoria como tema discursivo.

La división en capítulos de esta tesis tiene como propósito adentrar paulatinamente al lector en la profundidad analítica que tiene la antropología de la memoria, aproximando sus consideraciones teóricas a las particularidades de los casos contemplados en la trilogía etnográfica. Es por ello que en el primer capítulo, titulado: "Memorias para resistir el olvido e imaginar el porvenir. Las encrucijadas de la antropología en la reconstrucción del pasado", se quiere

mostrar el aporte que ha hecho la antropología al estudiar la memoria colectiva, particularmente después de la obra de Maurice Halbwachs. Este capítulo se apunala en una pregunta que instiga y motiva la presente investigación: ¿Es la memoria un compendio de recuerdos que remiten al pasado vivido o, es acaso una retahíla hilvanada con imágenes producidas en los intersticios por los que fluyen las añoranzas y las esperanzas? Esta interrogación nos invita a reconocer que la memoria plantea a la antropología profundos retos al confrontarla con una de las mayores potencias creativas del ser humano, la cual tiene profundos efectos en la conformación de las sociedades. Este capítulo también intenta provocar una reflexión sobre la manera en que el acercamiento a la memoria cuestiona los métodos convencionales de la etnografía, ya que las narrativas no siempre se ajustan a las técnicas de registro y el pasado como objeto de estudio está oculto en discursos y relatos que remiten a un tiempo distante del que tan sólo dan testimonio algunos vestigios materiales dispersos en el paisaje.

En este primer capítulo merecerán especial atención las relaciones: memoria/espacio, memoria/cognición/imaginación, memoria/recuerdo/olvido y memoria/verdad; las cuales constituyen la armazón de la estructura teórica sobre la que gravita esta tesis. Para anticipar las implicaciones de la memoria en el abordaje de la trilogía etnográfica que se presentará después, el capítulo contiene un apartado dedicado a explorar la relación entre memoria y violencia, presentando argumentos para comprender que la violencia determina una producción específica de los grupos sociales sobre los que recae y configura de manera crucial las memorias individuales y la memoria colectiva. Además, se incluye un apartado sobre la geopolítica de la memoria, dedicado a mostrar la manera en la que ciertas transformaciones en los asuntos relevantes para la geopolítica contemporánea hacen significativo el acercamiento a las trayectorias de las que llamo en este trabajo: memorias en fuga. Esta geopolítica de la memoria nos mostrará como la movilidad humana a escala global dejó de ser un asunto periférico y entró a formar parte de los asuntos interesantes para los cálculos geopolíticos, de lo cual se desprenden efectos

importantes en la producción de espacialidades en el capitalismo neoliberal global.

En el capítulo segundo titulado: “El conflicto armado en Colombia. Medio siglo entre memorias del terror, la desazón y la ignominia”, he realizado una revisión historiográfica del fenómeno de la violencia asociada al conflicto armado en Colombia desde los años 50's del siglo anterior hasta el presente. Esta revisión histórica resulta fundamental para ponderar el papel significativo que puede tener la memoria para la reconciliación, la reparación y la terminación de la guerra en Colombia, además permitirá al lector conocer el contexto en el que han vivido las personas que compartieron aquí sus relatos de violencia. Este capítulo pretende ajustarse a la interpretación académica del proceso del conflicto armado en Colombia, por lo cual, se sustenta en las narrativas oficiales, en los informes de prensa, en los documentos legales y en la producción científica.

El capítulo tercero lo he llamado: “Las tramas de la evocación. Instrumentos y estrategias metodológicas para la etnografía de la memoria” y está encargado de presentar la exploración metodológica que desarrollé para el acercamiento a las memorias de violencia en los tres contextos etnográficos. Este capítulo parte de reconocer que en la cotidianidad la memoria actúa de modo impredecible, incitando las acciones del individuo pero permaneciendo sin expresión, de modo que no constituye un tema continuo de reflexión y plantea con ello al etnógrafo la necesidad de flexibilizarse metodológicamente y aventurarse en el uso de instrumentos que susciten el diálogo y permitan la expresión de los recuerdos y los olvidos. Se reconoce con esto que ciertas maneras de descripción etnográfica convencionales, articulada casi siempre en torno a la observación participante, resultan insuficientes para el trabajo con las memorias, ya que el carácter dialógico y lo discordante de las versiones del pasado caracterizadas por su multiplicidad, requieren de estrategias de expresión y de espacios de debate apropiados para permitir el intercambio, el encuentro y la disputa narrativa. Es así que este capítulo mostrará la manera en que esta tesis desarrolla una metodología integradora, abierta al diálogo de

saberes y expuesta al reconocimiento del etnógrafo como agente intermediario en un campo de aprendizajes compartidos. Son explicados en este tercer capítulo los siguientes instrumentos que caracterizan los procesos de reconstrucción de memoria que serán implementados en la trilogía etnográfica: recopilación de relatos; fichaje de objetos y construcción de recuerdos a partir de las cosas y sus lugares de conservación; la fotografía como registro del pasado compartido; la fotografía como recurso expresivo, talleres de composición de relatos en imágenes; cartografía social, dibujo de mapas temáticos sobre el espacio habitado; recorrido territorial, ligadura de las memorias con el territorio vivido y, la técnica audiovisual como un paso más para narrar con la imagen en movimiento.

Para el capítulo cuatro titulado: “La resistencia al destierro en Mogotes. Memorias de la lucha por el espacio habitado” he reservado la presentación del ejercicio etnográfico de reconstrucción de las memorias de violencia en el caso de la vereda Mogotes del municipio de Buriticá en el occidente del departamento de Antioquia en Colombia. Cuando los paramilitares irrumpieron por primera vez en aquel lugar en el año 2002, las personas que habitan allí ya habían visto trasegar por sus caminos cientos de veces a hombres armados, entre ellos a la guerrilla y al ejército nacional. Sin embargo, lo que no habían vivido hasta entonces era la letalidad y el terror que les produciría la masacre de tres de sus habitantes, lo cual activó de manera trágica las memorias que conservaban las y los mayores sobre los padecimientos sufridos en la época de *La Violencia*, cuando fue quemado el caserío Fortuna, lo que causó que tuvieran que fugarse y refugiarse en el pequeño terruño donde hoy está levantado Mogotes. En los relatos de estos hechos se conjugarán los recuerdos de la huida como único recurso y el desarraigo como un horizonte plagado de temor e incertidumbre que se empeñaron en rechazar, más aún después de que tuvieron que vivir refugiados en el casco urbano de Buriticá donde se encontraron con cientos de personas que llegaban desplazadas desde otras veredas y caseríos, acosadas por el miedo y angustiadas por las pérdidas de sus seres queridos también masacrados. Empezaron entonces

el retorno a su espacio habitado, aún sabiendo que los miembros del grupo armado permanecían cerca, pero empeñados en defender su asentamiento. En las memorias narradas en Mogotes veremos lo invaluable que es el territorio para el sostenimiento colectivo.

En el capítulo cinco titulado: “El pasar de las múltiples violencias en el Popular: arraigo y contención del miedo en la geografía urbana de Medellín”, presentaré el segundo componente de la trilogía etnográfica. Se trata del acercamiento a las memorias de violencia en un barrio densamente poblado de la ciudad de Medellín que ha sido considerado como uno de los sectores con mayores índices de violencia y que ha tenido la presencia de distintos grupos armados. La reconstrucción de memorias en El Popular nos mostrará como los espacios asépticos y armoniosos que pretende alcanzar la planificación urbana poco tienen que ver con las espacialidades disputadas por los que han sufrido los múltiples procesos de exclusión violenta en Medellín. Las memorias de El Popular narran formas creativas de resistencia que han permitido la pervivencia, el arraigo y el sostenimiento colectivo frente al ímpetu con que ha arreciado allí la violencia agenciada por grupos y causas diversas. La violencia ha sido una constante en la vida del barrio desde la década de los años 60's del siglo XX cuando fue levantado en un proceso de invasión, pasando por las décadas de los años 80's y los años 90's marcadas por el terror del narcotráfico y el accionar de las milicias urbanas, hasta llegar a un momento contemporáneo cifrado por el control paramilitar. Estas memorias de El Popular nos participan el esfuerzo colectivo que han hecho sus habitantes por mantenerse en un espacio arrancado con voluntad a la geografía urbana y muestran la fortaleza y el propósito creativo de una comunidad dispuesta a resistir el desarraigo.

El capítulo titulado: “Memorias en fuga. La tenacidad de las y los exiliados colombianos en Barcelona” completa la trilogía etnográfica. En este caso la exploración de las consecuencias de la relación entre memoria y violencia se explora con algunas y algunos inmigrantes colombianos en la ciudad de Barcelona, quienes comparten en sus trayectorias de viaje distintas formas de

conocimiento y experiencia de las consecuencias de la violencia en Colombia. Las memorias en fuga de estos expatriados en Barcelona permiten reflexionar sobre el hecho de que aunque la migración ha sido un rasgo característico de las sociedades humanas, durante la globalización económica ha adquirido mayor relevancia por sus efectos geopolíticos. El énfasis economicista en el abordaje de la migración oculta la complejidad del fenómeno, en el que además de la movilidad motivada por el ascenso social, participan también múltiples trayectorias instigadas por la descomposición social, la violencia, la huida o incluso, la presión ambiental. Las memorias de violencia de estas y estos colombianos residentes en Barcelona relatan la resistencia al olvido y muestran las maneras en que se aferran a la identidad y a la pertenencia nacional como forma de contener los embates de nuevas formas de exclusión que enfrentan en sus sitios de llegada y en sus nuevos espacios de habitación. En sus relatos resaltará la creatividad que han desplegado para reconstruir sus vidas, lo que contrasta fuertemente con el aniquilamiento que les produjo la violencia vivida en sus lugares de origen.

Es importante señalar que en los tres capítulos dedicados a los casos etnográficos se presentarán en diversos momentos relatos en forma de recuerdos y narraciones que no quise alterar de su versión original, sino que más bien los he mantenido en su carácter ambivalente, sin pretender unificarlos o hacerles homogéneos en sus estilos. Intento presentar los extractos contundentes de las narraciones, reconociendo que el interés de esta tesis está en la presentación de las versiones diversas y no en la unificación, el propósito aquí es producir y permitir la interacción entre recuerdos que han permanecido acallados y olvidos que han sido forzados. Es de esta manera como he asumido la función del testimonio que, según Paul Ricoeur: “constituye la estructura fundamental de transición entre la memoria y la historia” (Ricoeur, 2003, p. 41). Espero que las memorias de violencia aquí expresadas puedan contribuir a dignificar a las víctimas de la guerra en Colombia y a reflexionar sobre la inhumanidad del desarraigo como estrategia de control y dominio

territorial, además espero que aporten a que se avance en la función formativa y reparadora de la memoria aleccionando el presente.

El capítulo dedicado a las conclusiones servirá para establecer los principales aprendizajes que surgen de los ejercicios etnográficos presentados, además de que me permite dejar planteados los principales caminos de indagación que quedan abiertos para una antropología de la memoria de violencia en Colombia. Espero entonces que sea este un texto dialógico, que implique al lector con las narraciones, le suscite cuestionamientos y despierte su sensibilidad, lo cual será la mejor manera de retribuir las emociones y expectativas que me compartieron mis interlocutoras e interlocutores con sus relatos. En la medida en que logre esta mutua implicación narrativa y la empatía emocional de los lectores con los relatos aquí contenidos habré logrado avanzar en la reconstrucción de las memorias de violencia como forma de liberación del dolor contenido, como puente hacia el entendimiento y como herramienta para la reconciliación. El que pueda contribuir al papel reparador de la memoria, dependerá en mucho de ello y representa mi más caro deseo.

CAPITULO 1. Memorias para resistir el olvido e imaginar el porvenir. Antropología y re-construcción del pasado.

“[...] y los acianos, los espinos, los manzanos con que a veces me encuentro en los campos cuando viajo, se ponen inmediatamente en comunicación con mi corazón, porque están a la misma profundidad, al mismo nivel de mi pasado” (Proust, 1996, p. 281).

¿Es la memoria un compendio de recuerdos que remiten al pasado vivido o, es acaso una retahíla hilvanada con imágenes producidas en los intersticios por los que fluyen añoranzas y se fraguan esperanzas? En uno o en otro caso, la memoria plantea a la antropología profundos retos al confrontarla con una de las más grandes potencias creativas del ser humano, la cual, por supuesto, tiene profundos efectos en la conformación de las sociedades. La memoria es un ejercicio del pensamiento, pero es también una práctica que transforma el espacio cotidiano, imprimiéndole sentidos diversos, dotándole de significados propios que articulan la sintaxis con la que cada individuo hace inteligible su mundo habitado. No en vano al hablar de la memoria se remite casi de manera automática a los recuerdos y se relaciona con el pasado que ha hecho significativa la existencia y que ha permitido que el devenir acerque un presente que de otro modo estaría inconexo, carente de referentes. Pero la potencia creativa de la memoria va mucho más allá de su ligadura con el pasado vivido y se relaciona también con su aporte a la imaginación del porvenir y su portentosa habilidad para entremezclar los recuerdos con las imágenes de futuro o, dicho de otro modo, la habilidad para ensamblar los recuerdos con las añoranzas, las esperanzas y los deseos, lo cual hace de la memoria un ejercicio complejo que deslinda al ser humano de otros seres vivos.

Por todo lo anterior, es comprensible que la memoria implique un enorme reto para la etnografía, pues la sitúa ante un objeto inasible, oculto en narrativas que entremezclan los recuerdos y el olvido. En el estudio de la memoria, la observación y el registro muestran su insuficiencia ante la potencia narrativa con la que el 'otro' se resiste a quedar contenido en un relato escrito por el etnógrafo. La memoria no sólo nos enfrenta a un gran enigma, sino que además nos pone frente al riesgo de consumación de aquella sospecha que acusa el carácter ficcional de la etnografía, en este caso, plagada de imágenes que escudriñan en discursos que remiten a un tiempo distante y del que tan sólo atestiguan algunos vestigios materiales dispersos en el paisaje. El reto de hacer etnografía de la memoria está en sus modos impredecibles de actuación en la cotidianidad, en su continuo silencio y en su ausencia de los temas de reflexión diaria, por lo cual su estudio concita la flexibilidad metodológica y avizora riesgos en el uso de instrumentos que superen el mero registro y susciten el diálogo, permitiendo espacios de debate para la expresión de los recuerdos y los olvidos contenidos. Todo esto nos confronta con la importancia que revierte para la antropología la memoria colectiva, llamando la atención sobre las relaciones: memoria/espacio; memoria/cognición/imaginación; memoria/recuerdo/olvido y memoria/verdad, ya que cada una de ellas muestra de distintas maneras las implicaciones que tiene la memoria para la comprensión de la complejidad del ser humano.

1.1. El carácter cognitivo de la memoria.

Debido a la importancia que tiene la memoria para el desarrollo del individuo, ha sido objeto de exploración por parte de diferentes ciencias que buscan esclarecer las funciones cerebrales que hacen posible el hecho complejo de recordar y olvidar. Las neurociencias han mostrado que la evolución de la memoria fue decisiva para lograr que el cerebro humano alcanzara las características con que actualmente le conocemos. La habilidad de aprender

está directamente relacionada con la capacidad para recordar y almacenar información a partir de la cual los seres humanos responden ante situaciones repetidas o similares, en concordancia con el conocimiento previo. Sin esta habilidad no sería viable el ser humano mismo, arrojado a la incompreensión constante e incapaz de atender las demandas que le plantea su existencia. Otras ciencias como la cibernética, simularon el accionar de la memoria y la aplicaron a los sistemas artificiales, dotándoles primero de la capacidad para almacenar información y, posteriormente, dándoles incluso capacidad para modificar sus respuestas ante impulsos recurrentes. De acuerdo con ello, comprendemos que tanto los sistemas vivos como los artificiales, tienen en la memoria el soporte que les permite adecuarse y contestar a las situaciones con las que se enfrentan.

Retomando los planteamientos de Ricoeur, podemos plantear que la memoria permite no sólo recordar acontecimientos únicos, sino también reconocer y almacenar lo recurrente, es decir, la memoria también entrafia la capacidad para la repetición, para sortear el carácter cíclico de la existencia, para duplicar procesos y reproducir contenidos fijos, con lo cual constituye una capacidad para advertir la semejanza típica y el carácter emblemático de los acontecimientos: “En este plano, acordarse y saber se superponen totalmente” (Ricoeur, 2003, p. 43). De acuerdo con esto, la memoria constituye la principal herramienta cognitiva del ser humano y su carencia significaría para el individuo un desatino interpretativo constante que le arrojaría a un mundo vacuo de significados y referentes en el que los objetos y las acciones se le presentarían cada vez como algo nuevo, sumiéndole en el caos, despojándole de su fuerza vital y llevándole al limbo de la indeterminación. Sin la memoria los otros dejarían de ser nuestros semejantes para sobrevenir inciertos, transformando la vida colectiva en una perplejidad amenazante. Quizás una de las más virtuosas expresiones visuales de ésta condición la haya logrado Christopher Nolan en el film *Memento*, el cual narra lo sucedido a Leonard Shelby, interpretado por Guy Pierce, quien después de ser golpeado en la cabeza pierde la capacidad de almacenar recuerdos nuevos, lo cual lo sume en

la desesperación y el caos (Nolan, 2000). La imperiosa necesidad de la memoria hará a Leonard recurrir al uso de una cámara polaroid con la que captura instantáneas, además, le hará tomar notas de todos los eventos e incluso lo lleva a tatuarse su cuerpo. En una abigarrada sucesión de eventos angustiosos, Leonard nos confronta con la inviabilidad de la vida sin el recurso a la memoria.

La complejidad de la memoria humana va mucho más allá de la mera capacidad de almacenaje de información. En su caso, la metáfora apropiada no es la del depósito, sino más bien la de una plataforma de lanzamiento. Remitirnos a la memoria en el hombre es situarnos en la complejidad de la abstracción y la representación, las cuales permiten no sólo responder de manera espontánea sino también de forma creativa frente a los impulsos que recibe el individuo del exterior, de modo que se produce una elaboración constante de las respuestas aprehendidas. Ante cualquier vivencia el hombre despliega su arsenal simbólico y antes siquiera de que el acto termine y sea convertido en recuerdo, ya ha sido objeto de una elaboración narrativa. Esto hace comprensible que en su definición de la memoria humana Paolo Jedlowski estipule que ésta no se corresponde simplemente con el almacenamiento de información, sino que implica una compleja red de actividades interconectadas que finalmente hacen que el pasado nunca permanezca inmutable sino que sea continuamente filtrado de acuerdo a las necesidades del presente (Jedlowski, 2001, pág. 30). Como veremos, es esta potencia de la memoria que parte del individuo la que se transfiere a la vida colectiva, donde los recuerdos son ensamblados de formas variadas, haciendo del pasado una elaboración simbólica de un algo que es por sí mismo inasible y que termina cifrado por la polivalencia narrativa. El pasado además de estar para el individuo distante en el tiempo transcurrido, queda sujeto a la comprensión de la vida colectiva y sus formas de representación. Esto nos acerca a otra de las paradojas que comporta la memoria: su carácter de acción realizada sobre un objeto trascendido en el tiempo e incluso, algunas veces, deslocalizado. Sin embargo, en referencia al pasado, es la memoria el recurso

disponible para su reconstrucción. Paul Ricoeur introduce algunos puntos importantes para reflexionar en torno a ésta relación:

“[...] no tenemos otro recurso, sobre la referencia al pasado, que la memoria misma. A la memoria se vincula una ambición, una pretensión, la de ser fiel al pasado; a este respecto, las deficiencias propias del olvido, que evocaremos con amplitud en su momento, no deben tratarse de entrada como formas patológicas, como disfunciones, sino como el reverso de sombra de la región ilustrada de la memoria, que nos une a lo que ocurrió antes de que hiciésemos memoria de ello. Si se puede criticar a la memoria su escasa fiabilidad, es precisamente porque es nuestro único recurso para significar el carácter pasado de aquello que declaramos acordarnos. Nadie pensaría en dirigir semejante reproche a la imaginación, en la medida en que ésta tiene por paradigma lo irreal, lo ficticio, lo posible y otros rasgos que podemos llamar no posicionales” (Ricoeur, 2003, pp. 40-41).

Ricoeur toma como referencia la sentencia Aristotélica que afirma: “la memoria es del pasado”², la cual no deja lugar a dudas: independiente del sentido que se le otorgue al pasado, siempre tendrá la memoria como su referente, o mejor, como su punto de arranque y su materia prima. Recordar es antes que nada un ejercicio concreto de producción de imágenes que se refieren al pasado, por lo tanto, la memoria es una capacidad cognitiva y una acción -que produce recuerdos-. Podríamos con ello decir que la memoria es una instancia semántica que tiene una referencia constante a algo hecho, sentido, vivido, aprendido o conocido. Para Ricoeur, la memoria conserva esa referencia a un algo acontecido, sobre el cual se elaboran los recuerdos: “El acontecimiento es lo que simplemente acontece. Tiene lugar. Pasa y sucede. Adviene y sobreviene” (Ricoeur, 2003, p. 42). Teniendo esto en consideración, podemos afirmar que la memoria es entonces el motor de la acción, equivale a un engranaje que en su andadura produce una representación pretendida, una imagen necesaria o simplemente deseada.

Visto de esta manera, la memoria adquiere un carácter preponderante en la experiencia del individuo, constituye el lente a través del cual confronta la observación del presente y la encuadra en un marco de sentido. Sin embargo, no es todo el pasado al que la memoria puede acceder, la acción del recuerdo

² Cita hecha por Ricoeur del libro: SORABJI, R. (1972). *Aristotle on Memory*. Brown University Press: Rhode Island.

es selectiva, puede decirse que es posicional y depende en mucho de la condición actual de quien recuerda, con lo cual, aquello que es olvidado podría asemejarse a lo desconocido, ya que queda relegado al campo de lo innombrado.

Ricoeur utiliza el concepto de *impronta* para postular que existen ciertos recuerdos que son mantenidos y que son referencia permanente de la memoria, los cuales corresponden a las huellas o impresiones, equivalentes a lo que podríamos llamar los trazos indelebles que constituyen el sustrato primario de la memoria. Estas huellas están conformadas precisamente por esos acontecimientos que revisten un carácter distintivo, ya sea por su intensidad, por su peculiaridad o por el nexo especial que establecen con el espíritu. Tal y como lo afirma Ricoeur: “Otra cosa es la impresión en cuanto afección que resulta del choque de un acontecimiento del que se puede decir que es llamativo, destacado. Esta impresión afecta el meollo del alma” (Ricoeur, 2003, p. 31). Esto nos anticipa una de las relaciones que exploraremos a profundidad: en la memoria las situaciones traumáticas, caóticas o de intensa supresión de la autonomía individual están provistas de argumentos suficientes para convertirse en *improntas*, huellas o impresiones indelebles.

1.2. La memoria en la vida social.

Tal y como quedó establecido en el apartado anterior, la memoria posee una importancia fundamental en el desarrollo de las capacidades cognitivas, es la que le permite al individuo sentar referentes para comprender su experiencia del mundo y es el vehículo fundamental de la interpretación de su relación con sus ‘otros’-semejantes. Los estudios pioneros de este papel de la memoria provienen de la psicología, concretamente de los trabajos realizados por Frederic Bartlett hacia 1930 y algunas otras indagaciones paralelas realizadas por Lev Vygotsky, George Mead y Pierre Janet. Sin embargo, el reconocimiento

de la importancia de la memoria en la vida colectiva se debe a la obra de Maurice Halbwachs, ya que fue él quien hacia mediados del siglo XX recalcó en la característica de la memoria como *hecho social* –a la manera Durkheimiana³–, introdujo el concepto de *memoria colectiva* y postuló la importancia de los *marcos sociales de la memoria* (Halbwachs, 2004).

Antes que Halbwachs, Emile Durkheim había introducido en la sociología algunas referencias al papel del pasado en la constitución de la sociedad presente, aunque no llegó a referirse al concepto de memoria colectiva, pero sí sentó precedentes importantes acerca del papel de la tradición en la sociedad, al tiempo que insistió en el carácter persistente del pasado y en su tendencia a perpetuarse en las instituciones, en la cultura y en la experiencia individual. Al revisar el pensamiento de Durkheim en torno a la memoria, Bárbara Misztal señala la importancia que le proveía aquel al pasado y al sentido de continuidad que la sociedad busca mantener con el presente. El pasado compartido es fundamental en la creación de la solidaridad, concepto esencial en la sociología Durkheimiana. Los elementos preponderantes que encuentra Misztal en el pensamiento de Durkheim están referidos a la perpetuación de pasado en las instituciones: el lenguaje constituye el mecanismo que guía la trasmisión de la memoria, en tanto que los rituales, los hábitos y la religión constituyen el vehículo de acción del pasado sobre el presente (Misztal, 2003, pág. 128). Para Durkheim los rituales resultan esenciales en la comprensión de los modos de afirmación de la memoria y su incidencia en la identidad del grupo, ya que expresan y provocan emoción, representan la exaltación de los valores compartidos, transmitidos y reinterpretados, reafirman la cohesión y, en lo que aquí más nos interesa, los rituales implican un ejercicio de rememoración que vivifica y enaltece el nexo del presente con el pasado colectivo, por lo que podríamos afirmar que el ritual es una escenificación de la memoria.

³ Recordemos que para Durkheim: “Es hecho social todo modo de hacer, fijo o no, que puede ejercer una coerción exterior sobre el individuo; o, también, que es general en todo el ámbito de una sociedad dada y que, al mismo tiempo, tiene una existencia propia, independiente de sus manifestaciones individuales” (Durkheim, 1994, pág. 68).

Durkheim también señala otras importantes cuestiones en torno al papel del pasado en la vida social, en particular, estudia la ley en tanto institución y señala su importancia en el mantenimiento de un sentido de continuidad con el pasado. Según Misztal, para Durkheim el discurso se convierte en tradición en la medida en que se transforma en normas legales y, una vez logrado esto, establece un nexo moral, una visión colectiva de lo permitido y lo criminal. A mi modo de ver, podemos derivar de aquí un asunto importante para el análisis de la relación memoria/violencia: la ley regula la sociedad sustentada en la indignación inscrita en la memoria, ya que de la experiencia inscrita en el recuerdo establece los parámetros de lo permitido y de lo que atenta contra las básicas normas de convivencia y, para usar una categoría predilecta por Durkheim, establece aquello que amenaza la solidaridad social. A propósito de esto Misztal señala: “La afirmación de Durkheim acerca de que el sistema legal es una institución de enorme influencia en la memoria colectiva es de particular importancia ahora, cuando en muchas naciones post-autoritarias son inducidos legalmente cambios en la memoria colectiva con miras a reconstruir la solidaridad social” (Misztal, 2003, pág. 33)⁴.

Durkheim postula la existencia de tantas memorias como grupos existen al interior de la sociedad y anuncia que el pasado opone resistencia a los esfuerzos de ser reconstruido. Con esto nos pone frente al dilema ético implícito en la memoria. Según afirma Misztal: “Durkheim sostiene que depende de cuanto recordar y cuanto olvidar, asumiendo que la verdad no sea negada y la solidaridad no sea amenazada” (Misztal, 2003, pág. 133)⁵. Visto de ésta forma, la reconstrucción del pasado puede significar una potente fuerza integradora o, por el contrario, puede constituir un manifiesto llamado a la desintegración de los vínculos sociales. La pregunta por la verdad implícita en

⁴ En el original: “Durkheim’s assertions that the legal system is an enormously influential institution of collective memory is of a particular importance now, when in many post-authoritarian nations changes in collective memory are legally induced in order to reconstruct social solidarity” (Misztal, 2003, pág. 33). La traducción es mía.

⁵ En el original: “Durkheim argues that it is up to us how much to remember and how much to forget, assuming that the truth is not denied and solidarity is not threatened” (Misztal, 2003, pág. 133). La traducción es mía.

la rememoración lleva aparejado un serio interrogante ético y entraña una postura política de la que dependen en mucho los basamentos de la solidaridad social.

En resumen, los planteamientos de Durkheim respecto al valor social del pasado nos remiten a la importancia de la memoria en la cohesión social, haciéndonos reconocer que el pasado social incide sobre el presente a través de las instituciones, los hábitos y el ritual, que son sus vehículos de transmisión y de acción. Adicionalmente, del pensamiento de Durkheim deriva también una profunda interrogación por la reconstrucción del pasado que es un acto intencionado y que comporta el reto de la sociedad por descubrir la verdad o las verdades que han permanecido ocultas, de modo que el dilema ético de lo que se recuerda y lo que se olvida, es definitivamente resuelto en el presente.

Maurice Halbwachs fue el encargado de desarrollar y profundizar los planteamientos de Durkheim en torno al papel de la memoria en la vida social. Para Halbwachs, memoria y percepción están ligados íntimamente, al punto de que toda percepción es al tiempo una rememoración, la cual remite necesariamente a la vida colectiva, ya que es inconcebible la existencia del recuerdo en el plano individual sin referencia a las relaciones que el individuo sostiene con su grupo social. Lo que revela el pensamiento de Halbwachs es la imposibilidad de la memoria sin su inserción en la vida colectiva, pero también advierte que para la memoria la referencia no es meramente el pasado, sino el pasado compartido, inscrito en un entramado de significaciones construidas socialmente. Puesto en los términos de Halbwachs:

“El individuo evoca sus recuerdos apoyándose en los marcos de la memoria social. En otras palabras, los diversos grupos integrantes de la sociedad son capaces en cada momento de reconstruir su pasado. Pero, como hemos visto, muchas veces al mismo tiempo que ellos lo reconstruyen, lo deforman. Ciertamente, existen muchos hechos, bastantes detalles de ciertos hechos, que el individuo olvidaría, si los otros no los conservaran para él. Si bien la sociedad sólo puede existir si los individuos y los grupos que conviven en su seno, poseen puntos de vista comunes” (Halbwachs, 2004, pág. 366).

Estos marcos sociales de la memoria son variables, mutan al igual que la sociedad lo hace y, con ello, modifican los recuerdos mismos del individuo. En

otras palabras, la representación que la sociedad hace de su pasado es dinámica y está sujeta a la aceptación de los parámetros colectivos. Con esto, Halbwachs nos introduce en el carácter irrefutable de la memoria como hecho social: recuerdo y olvido son asuntos sobredeterminados que median en la interacción y expresan la adhesión del individuo a un colectivo. Esta idea nos conecta con el carácter político de la memoria, ya que si lo que el individuo recuerda u olvida está implícitamente sobredeterminado por la sociedad, lo que ésta provee como marcos de sentido está necesariamente marcado por los intereses y poderes con los que el grupo realiza su autoafirmación y representa su identidad colectiva.

Para Halbwachs el papel de la memoria va mucho más allá de la percepción, por lo que llega a afirmar que todo conocimiento social está mediado por la memoria colectiva: “[...] no existe idea social que no sea, al mismo tiempo, un recuerdo de la sociedad” (Halbwachs, 2004, pág. 343). Siguiendo esta línea de reflexión, podremos concordar en que la memoria colectiva es la conjunción de las representaciones, es el contenedor del pensamiento social, ya que cualquier idea encuentra su asidero en el recuerdo. Podríamos deducir entonces que el sistema de ideas de la sociedad se corresponde con su sistema de recuerdos: es un compendio de su experiencia, de su trasegar histórico que se aplica creativamente a la experiencia del presente. Halbwachs nos ayuda a interpretar esta dialéctica entre la tradición y la actualidad cuando postula: “[...] en realidad las ideas actuales son también unas tradiciones, tanto unas como otras, invocan al mismo tiempo y con la misma propiedad una vida social pasada o reciente, en donde probablemente estas ideas han tomado impulso” (Halbwachs, 2004, pág. 343). Con esto, nos sitúa frente a la compleja noción de continuidad, la cual nos remarca el hecho de que no existe una ruptura evidente entre el pasado y el presente, sino que opera entre ambos un proceso de selección realizado por la memoria colectiva. Esta continuidad comporta también un matiz político evidente en el que la tradición implique sujeción del individuo a los marcos sociales y determinación de referentes colectivos en los que inscribir la expresión individual.

Otro elemento importante para la comprensión de la memoria en la vida social lo arrojan los planteamientos de Halbwachs respecto al doble carácter de los marcos de la memoria: inscritos en la duración y sometidos a la variabilidad en el tiempo. El dinamismo de los marcos sociales de la memoria denota su capacidad para mutar, conservando también estructuras moldeadas en procesos de larga duración que dotan de sentido la rememoración. La memoria colectiva manifiesta así su potencia creadora: no sólo compila la experiencia sino que la dota de los marcos de sentido necesarios para interpretarla, lo cual, a mi modo de ver, es el mayor aporte de la memoria colectiva para aleccionar el presente con los aprendizajes que derivan del pasado. Podemos concluir aquí que la identidad del individuo encuentra en la memoria colectiva mecanismos fundamentales para su actualización, ya que, sumido en la constante presión de definir su existencia, de posicionarse y de reivindicar su estatus dentro del grupo social, el individuo actualiza su identidad partiendo de aquellos referentes inscritos en su memoria.

Del pensamiento de Halbwachs se deriva también un aprendizaje decisivo para comprender el papel de la memoria en la vida social: las deudas con el pasado son saldadas en la acción del evocar mediante el carácter selectivo de la memoria y no mediante su carácter verificativo. Halbwachs nos lleva a reconocer que la memoria colectiva no da cuenta del pasado en sí mismo, sino del pasado compartido, de la experiencia social de la vida, de manera que lo que perdura es aquello que se inscribe en una trama narrativa de conjunto que posibilita la construcción social de significados mutuamente reconocidos⁶. Esto ratifica la existencia de los puntos de vista comunes señalados por Halbwachs, que no nos debe llevar a ignorar la copresencia de puntos de vista contradictorios y que nos hace reconocer que al interior de la sociedad cohabitan múltiples sujetos colectivos, que pueden ser grupos o facciones que no necesariamente están disueltos en la totalidad homogénea del colectivo social. Esta perspectiva ha llevado a que se planteen distinciones entre las

⁶ Este carácter narrativo trasciende del relato escrito o del acto de habla y abarca también las imágenes y los artefactos, es decir, las materialidades en su elocuencia.

memorias sociales y la memoria colectiva, tal y como lo hace Michonneau, quien postula la imposibilidad de que exista una sociedad en la que los individuos compartan exactamente los mismos recuerdos sobre los acontecimientos vividos y señala que más bien existen múltiples sujetos colectivos con múltiples memorias (Michonneau, 2005). En este mismo sentido, Jedlowski ha llamado la atención sobre el papel que cumplen la pluralidad de memorias colectivas en la limitación de la manipulación arbitraria del pasado bajo una versión única y en la persistencia de memorias antagónicas sobre el mismo (Jedlowski, 2001, pág. 36). Asumir que existen distintas memorias sociales nos lleva a interrogar por la disputa entre los distintos puntos de vista sobre el pasado: ¿qué se privilegia en la memoria colectiva, qué se conserva y qué se desecha?, ¿quién o quiénes determinan qué recordar y que olvidar?

1.3. La memoria en la antropología.

De acuerdo con lo planteado en el apartado anterior puede afirmarse que el pensamiento de Halbwachs constituye el hito fundacional de la sociología de la memoria, sin embargo, el interés por el estudio antropológico sistemático de la memoria tardó en producirse unas tres décadas después de sus primeros planteamientos. Fue en la década de los años 80's del siglo XX cuando se renovó el interés por la memoria colectiva, auspiciado por el contexto político mundial en el que resaltaban los siguientes asuntos: los totalitarismos eran seriamente cuestionados y estaban en oscilación tambaleante; la Guerra Fría estaba entrando en su fase final; la descolonización motivó la emergencia de nuevos actores políticos en las periferias del entonces llamado Tercer Mundo; Europa buscaba asideros para su unidad –haciéndose imprescindible la reparación, el perdón y el olvido de la ignominia del holocausto- y; distintos intelectuales y movimientos sociales anunciaban la disolución de los metarrelatos y la transformación del capitalismo global.

La concatenación de sucesos políticos tan relevantes, la articulación entre los intelectuales y la política, que pretende en muchas ocasiones ser ignorada, se constituyó en un matiz innegable del quehacer antropológico. Según señalaba el Doctor Gavin Smith durante el seminario: “Los intelectuales y la política” impartido en el programa de Doctorado en Antropología Social y Cultural de la Universidad de Barcelona en marzo de 2003, hasta la alta modernidad los intelectuales podían sólo levantar datos e información y dar con ello por cumplida su labor, pero en la posmodernidad esto es insuficiente ante la aparición de funcionarios y asesores que pueden hacer estos censos, con lo cual, los intelectuales están necesariamente compelidos a producir interpretaciones y se les hace necesario posicionar su objeto de estudio, convencer a las instituciones y a las agencias de control de que la sociedad es un asunto complejo y difícil de entender. Este planteamiento nos permite repensar el porqué del interés que se desplegó entonces por la memoria en la antropología: si a la función intelectual se le exigía afinar sus interpretaciones, el estudio del pasado era uno de los pilares esenciales para remarcar el carácter complejo de la vida social, al tiempo que proveyó una instancia pertinente para problematizar el orden de las relaciones políticas y sociales vigentes. La Historia, para la cual utilizó la mayúscula sugerida por Walter Benjamin, había mostrado hasta ese momento su articulación con la lógica del poder que representaba la oficialización de la visión hegemónica del pasado. En contraste con ello, la memoria colectiva se erigió como estandarte de una rememoración militante, testimonio de la subyugación, la dominación y el silencio obligado. En estas condiciones, el estudio de la memoria ofrece la posibilidad de reivindicar los discursos de los oprimidos, de entregar versiones múltiples del desarrollo histórico y constituye un baluarte desde el cual argumentar la diferencia y la diversidad cultural, unos de los principales intereses de la antropología.

La antropología de la memoria ha permitido a los grupos minoritarios reclamar la validez de la cultura local, oponiéndose a la visión hegemónica de la sociedad dominante y contestando las posturas universalistas de la tradición

colonialista. Tal y como señala Linke, la memoria colectiva es un complejo de conocimientos no institucionalizados que ejerce un contrapeso al conocimiento formalmente privatizado y monopolizado por las élites para la defensa de sus intereses (Linke, 2001, pág. 2219). En la expresión de la memoria colectiva se produce la contestación a la idea de civilización que fundó el pensamiento ilustrado, ya que la memoria permite a los que fueron catalogados como *pueblos sin historia* reclamar la validez de su particular desarrollo cultural y enarbolar sus propios significados y concepciones, demostrando con ello la mistificación que hizo el eurocentrismo de su idea del progreso y del universalismo de su narración histórica. La memoria como discurso y práctica disidente, pone en entredicho el carácter teleológico del desarrollo de las sociedades humanas, reventando el relato evolutivo y linealmente ascendente de la historia y poniendo en tela de juicio la cronología occidental, lo cual se convirtió en una herramienta esencial para las reivindicaciones políticas de las minorías étnicas y de los pueblos colonizados, especialmente a partir de los años 80's del siglo XX. Linke nos ayuda a comprender éste proceso cuando afirma que: “[...] las modalidades de práctica de la memoria colectiva afirman las posibilidades de la creatividad simbólica –aún en la provincia de las modernidades globales” (Linke, 2001, pág. 2222)⁷; lo cual nos permite comprender que la memoria provee espacios para la autonomía y para la subversión de los poderes dominantes, potenciando la invención y la creatividad de los dominados frente a la arremetida de las fuerzas globalizadoras.

Lo anterior nos permite dar cuenta de las posibilidades que se despliegan con el uso político de la memoria, el cual remite a procesos de contestación a la secular usurpación que han hecho los poderes dominantes del habla de los oprimidos, abriendo espacios a los pueblos y a las minorías étnicas y sociales para la expresión y defensa de sus propias versiones de los hechos históricos,

⁷ En el original: “[...] the modalities of collective memory practice attest to the possibilities of *symbolic creativity* –even in the province of globalizing modernities” (Linke, 2001, pág. 2222). La traducción es mía.

reclamando con ello la validez de sus interpretaciones. Esta movilización de los marginados por el valor de su memoria colectiva, desmiente y critica también algunos parámetros con los que las elites les habían encasillado bajo el rótulo de 'patrimonio cultural' y muestra la fortaleza de su lucha por un reconocimiento político que no se limite a la valoración superflua de algunos de sus conocimientos y prácticas culturales. Este manifiesto uso político de la memoria como detonante de la movilización, demuestra que la antropología limitada a la descripción y al inventario de 'culturas en extinción' ha sido rebasada por minorías y pueblos que se resisten a que se les neutralice como agentes políticos mediante la imposición del rótulo de patrimonio cultural. El contexto contemporáneo, caracterizado por las luchas sociales y el afianzamiento del sentido crítico, enfrenta a la antropología con la difícil tarea de comprensión de la diversidad en medio de las relaciones de poder y dominación que provocan la emergencia de los múltiples relatos en el seno de una sociedad escindida. La antropología ha sido llevada al campo de la lucha y la contestación, teniendo que enfrentar ahora la memoria colectiva en su carácter de contenedor de tensiones sociales resultantes de la violencia y el poder y haciendo necesario el desarrollo de etnografías de las múltiples versiones de los hechos, las cuales pueden contribuir a que se debata y revierta el discurso hegemónico.

La contrahistoria, a la manera definida por Foucault, aparece hoy como el resultado de aquellos procesos de movilización en torno a la memoria colectiva, a la vez que mantiene su condición de urgencia política entre aquellas minorías sometidas a fuertes procesos de aislamiento y dominación (Foucault, 1992). La contrahistoria tiene como fundamento la división de la sociedad entre vencedores y vencidos, de lo que se deriva la usurpación por los primeros del discurso de la Historia para justificar su poder y naturalizar su dominio soberano en la tradición utilizando para ello la codificación de las normas en el derecho oficial. En estas condiciones, la Historia es parcializada, su relato instrumentaliza el pasado y lo pone al servicio de los vencedores. En contraste con ello, la contrahistoria navega en las aguas de la inconformidad y se moviliza contra los vientos del universalismo utilizando como sus argumentos la

heterogeneidad y la diferencia, apelando a la multiplicidad de las versiones y despertando el compromiso con la militancia popular. Lo que podría parecer paradójico es que Foucault señale en la contrahistoria su carácter militante derivado del sesgo narrativo producido por su compromiso con las versiones de los vencidos, pero nos invite sin embargo a comprender que alberga un criterio de verdad derivado de su condición de relato parcial que la constituye en la 'verdad de los vencidos', producto de su interpretación y de su criterio, subjetiva y, justamente por ello, capaz de brindar aprendizajes que contrastan con el discurso hegemónico⁸.

La interpretación de la contrahistoria a la manera propuesta por Foucault sitúa a la antropología frente a la emergencia de una historia descentrada, multipolar y plurisemántica, que se ancla en las versiones vernáculas de los hechos históricos y manifiesta el ánimo reivindicatorio y el llamado al despabilamiento frente al dominio hegemónico. El discurso de la contrahistoria se nutre de las memorias silenciadas y apela a una narrativa cargada de emotividad, al contrario de la Historia no pretende la universalización sino precisamente la focalización, la puesta en evidencia de lo que ha permanecido oculto o simplemente acallado. La contrahistoria no aspira a la objetividad propia de la historiografía sino que busca ponderar y visibilizar públicamente las versiones suprimidas, valiéndose para ello de una prosa militante que se compromete con la visión de los vencidos. Al contribuir al uso de la memoria colectiva como herramienta política, la antropología auspicia la contrahistoria que conjura el olvido y reclama el derecho a la verdad, reivindicando con ello que la memoria es para los expoliados el único escalón de acceso a la Historia.

En su estudio de los estadios del desarrollo de la memoria colectiva, Jacques Le Goff nos acerca a cinco momentos fundamentales: 1) Memoria étnica, sociedades ágrafas; 2) Memoria de la oralidad a la escritura, de la prehistoria a la antigüedad; 3) Memoria medieval, equilibrio entre lo oral y lo escrito; 4)

⁸ Una juiciosa revisión de los planteamientos de Foucault en torno a la contrahistoria y la relación entre guerra y derecho se incluye en el artículo de María Teresa Uribe titulado: "La guerra y la política: una mirada desde Michel Foucault" (Uribe M. T., 2002).

Progresos de la memoria escrita, siglo XVI hasta hoy y; 5) Mutaciones actuales de la memoria (Le Goff, 1991). Sustentado en los planteamientos del arqueólogo Leroi-Gourhan, Le Goff afirma que la escritura tuvo un rol determinante en la exteriorización de la memoria, modificando sus funciones sociales de manera decisiva. El quinto momento de su clasificación, correspondiente con las 'mutaciones actuales' de la memoria nos conecta directamente con nuestra discusión precedente sobre la relación entre antropología de la memoria y contrahistoria. Le Goff hace hincapié en la complejidad de la sociedad contemporánea y reflexiona profundamente sobre el papel de la memoria en la representación que la sociedad hace del pasado, mostrando de nuevo que memoria e Historia constituyen narrativas colindantes más no confluyentes. Según sus palabras: "La memoria, a la que atañe la historia, que a su vez la alimenta, apunta a salvar el pasado sólo para servir al presente y al futuro. Se debe actuar de modo que la memoria colectiva sirva a la liberación, y no a la servidumbre de los hombres" (Le Goff, 1991, pág. 183). Esto apunta a la potencia reparadora que alberga la memoria colectiva y nos remite a su carácter verificativo y a su ánimo reivindicatorio que desplazan la narrativa del poder e interponen en su lugar los recuerdos contenidos, lo cual debería ser el propósito último de la antropología de la memoria.

El filósofo Manuel Cruz por su parte, introduce también interesantes asuntos para pensar el papel de la memoria en las sociedades contemporáneas, así como sus relaciones con la historia. Al revisar sus planteamientos podemos inferir que la memoria tiene un uso político significativo, que puede interpelar el orden pretendido por el paradigma Moderno, pero que requiere para su puesta en práctica de la potenciación de la independencia de la memoria del discurso histórico. Según plantea, la historia se ha interesado en demasía por el componer un relato bien cosido que deja invisibles asuntos que a la memoria le son significativos y que alertan sobre la necesidad de introducir otras formas de interpretación:

"Quizá pudiera decirse que el discurso histórico se ha ido especializando en una de las marcas que el paso del tiempo deja sobre la piel de nuestro pasado colectivo. Ha pensado las huellas normales, previsible,

inevitables: ha pensado en las *arrugas* que se nos van dibujando poco a poco. Pero nuestro cuerpo también viene marcado por otras señales que indican excepcionalidades de diverso orden. El odio, la causalidad o la inconsciencia pueden herirnos, dejando como prueba visible, como testimonio de lo excepcional, sus propias cicatrices. Pues bien, el trauma es *la cicatriz de nuestro pasado*, el recordatorio casi indeleble del daño sufrido, del sufrimiento padecido. De la intensidad de una experiencia que el discurso histórico normal se empeña en subsumir en otro orden de sucesos, tan graduales como inexorables. Conviene atender seriamente a esto, pensar con atención las deficiencias de un discurso que no siempre parece haber conseguido hacerse cargo de la forma concreta y determinada en la que los individuos vivieron ciertos acontecimientos” (Cruz, 2005, pág. 200) .

De este planteamiento de Manuel Cruz derivan argumentos cruciales para los análisis a los que aspira el presente trabajo, ya que como veremos en adelante, no sólo consideraré la importancia de la memoria como narrativa de las trayectorias individuales, sino que la atención al trauma como esas cicatrices del pasado a las que se refiere, permitirán reflexionar sobre las conexiones que se establecen entre las experiencias individuales y las afectaciones sociales que produce la violencia generalizada en el caso colombiano.

1.4. La violencia en las memorias sociales.

La violencia es una explosión de las relaciones de poder entre los seres humanos que configura unos modos específicos de relación marcados por la opresión y el sufrimiento, lo cual la convierte en un hito insoslayable de las memorias individuales y, cuando se trata de violencia social generalizada, en una marca indeleble de la memoria colectiva. Para establecer una definición que nos acerque a la violencia y su papel en la configuración de la memoria es pertinente recordar a Walter Benjamin quien señaló que: “[...] la violencia, para comenzar, sólo puede ser buscada en el reino de los medios y no en el de los fines” (Benjamin, 1995, pág. 23), de manera que, la violencia comporta un proceso de supresión de la autonomía ajena mediante el cual se apunta a la consecución de unos fines deseados. En una situación de conflicto armado, la violencia como medio representa la exacerbación del propósito de supresión de

la autonomía del adversario en aras del beneficio propio, para lo cual el despliegue de estrategias de terror generalizado constituyen un artillero esencial. Una de las respuestas recurrentes frente a la presión ejercida por la violencia es la huida, la dispersión y el abandono de los territorios sometidos a su accionar. Es común que durante la guerra o el conflicto armado se presenten fugas individuales o grandes movimientos de población que resultan de la ansiedad y el temor de los vencidos o de los amenazados durante la confrontación, quienes deben abandonar sus asentamientos tradicionales convirtiendo el desarraigo en su sino.

La guerra recae inclemente sobre los perdedores, les arrebató sus anclajes primarios, destruye la relación del territorio con la identidad y provoca el desplazamiento y el abandono de los que fueran los sitios seculares de habitación. Indudablemente, éste proceso de movilidad no se detiene en tanto no cese el enfrentamiento y sus efectos inciden en distintas escalas territoriales de acuerdo con los alcances de las fuerzas en disputa, pudiendo provocar desde desplazamientos locales, hasta movimientos regionales o migraciones allende las fronteras nacionales. Según muestran Castles y Miller, los movimientos de población son significativos para comprender la sociedad contemporánea y se remontan a procesos de larga duración, aún cuando la mayoría de la población reside aún en sus territorios de origen y la migración continúa siendo una circunstancia excepcional. La violencia actúa como uno de los detonantes de esa excepcionalidad, aunada a la pobreza, las oportunidades laborales, las diferencias en el desarrollo económico y la reunificación parental y, por ello, afirman Castles y Miller que: “Las políticas sobre los refugiados y los solicitantes de asilo son determinantes de peso en los movimientos contemporáneos de población” (Castles & Miller, 2004, pág. 37)

En los territorios afectados por el conflicto armado, las memorias sociales se erigen como estandarte de un saber relegado, compuesto de fragmentos de vida impregnados con los remanentes de la violencia en una sociedad que ha vivido el reconocimiento del ‘otro’ desde el enfrentamiento y que ha establecido la fuerza como argumento del ser social. Estas memorias componen un

mosaico disperso en paisajes remotos, articulados por los hilos invisibles que entrelazan vivencias comunes: el dolor y la pérdida suelen ser un patrimonio repartido ampliamente. Frente a las presiones de la violencia podríamos preguntarnos entonces: ¿por qué no se rompen los sentidos de lo colectivo?, ¿cómo logran mantenerse ciertas articulaciones comunitarias? Aunque la violencia se ejerce con una pretensión inobjetable, las resistencias y reacciones de las víctimas producen contestación, reclamación o incluso, pueden contraponer acciones (u omisiones) colectivas que expresan estrategias sociales para resistir/contener el embate de los actores armados o de los poderes que secundan. Estas formas de confrontación con el accionar violento, anuncian uno de los asuntos que nos interesa abordar en la etnografía de la memoria de violencia en Colombia: en las experiencias de desarraigo territorial impulsadas por el accionar del conflicto armado subyace una intensa potencia creativa que liga las comunidades con sus territorios y que expresa las estrategias por medio de las cuales mantienen o recrean sus modos de pervivencia y reproducción social.

La incidencia de la violencia en las memorias individuales cobra relevancia cuando se hace un uso político de la memoria para la reivindicación y el reclamo de justicia. Esto quedó en evidencia durante los últimos años, cuando los procesos de reconstrucción de memoria en diversas regiones del mundo mostraron su capacidad de aportar en la resolución de conflictos y en la proposición de estrategias de reparación de los males infringidos durante la confrontación, siendo particularmente emblemáticos los siguientes procesos: Truth and Reconciliation Commission en Suráfrica; Comisión para el Esclarecimiento Histórico en Guatemala; Comisión de la Verdad y de la Reconciliación en Perú; el acuerdo entre el Frente Farabundo Martí para la Liberación Nacional y el gobierno de El Salvador que delegó la tarea de recopilación de la memoria en la Organización de Naciones Unidas y la Comisión de la Verdad para el esclarecimiento del genocidio en Ruanda. Todas estas comisiones y acuerdos se inscriben dentro de la lógica resolutive y esclarecedora que se le confiere a la memoria para el establecimiento de las

responsabilidades de cada una de las partes durante el conflicto y constituyen un camino de búsqueda de equilibrio entre la reconciliación y la necesaria asignación de penas, haciendo que la tarea de estos organismos se situara siempre en la tensión subyacente a los reclamos de castigo y las aspiraciones de reencuentro social. Evidentemente, cada una de estas experiencias comportó especificidades derivadas de la situación conflictiva en la que cada país se había visto envuelto, por lo que no podría establecerse un modelo único que guíe la manera en la que dichos organismos deben implementarse. Sin embargo, independiente de las razones del conflicto, puede decirse que la experiencia de reconciliación atraviesa por dos momentos esenciales: la expresión de la memoria de la violencia soportada durante la confrontación y, seguidamente, el despliegue de las acciones de reparación de las consecuencias traumáticas de la violencia.

La multiplicidad de relatos contenidos, las versiones encontradas, las rememoraciones que idealizan o satanizan, en últimas, la pluralidad narrativa, convierten a la memoria en artífice de un pasado que se adviene sobre el presente y en el que se inscribe para grabar o intencionadamente desvanecer hechos y actores. Esta multiplicidad de versiones hace que la pregunta por la 'verdad' se constituya en el principal asunto público de reflexión en aquellas sociedades en las que el pasado traumático y la experiencia del conflicto han sometido las memorias sociales a profundos silenciamientos o a confinamientos que relucen por su injusticia y que tienden a perpetuarse frente al temor de las consecuencias derivadas de la circulación libre de las memorias. El encuentro dialógico de esos múltiples relatos, la confrontación con la 'verdad' del otro, subjetiva y militante, surgida de su punto de vista y de su experiencia como sujeto de un devenir conflictivo, es la herramienta propicia para la reconstrucción de la unidad social fragmentada por la confrontación, para la expresión del dolor contenido y, además, es el escenario fecundo para el rescate de las visiones compartidas, para la recreación de los vínculos que se mantuvieron o que nacieron durante los conflictos y para el fortalecimiento de los afectos y los encantamientos que la violencia no pudo resquebrajar.

Tzvetan Todorov al ocuparse de esta cuestión señala categóricamente: “Para que la colectividad pueda sacar provecho de la experiencia individual, debe reconocer lo que ésta pueda tener en común con otras” (Todorov, 2000, pág. 38). Es de la circulación de las memorias, de su puesta en común, de la divulgación pública de sus relatos y de sus huellas disfrazadas o escondidas, de donde puede emerger un reconocimiento de formas de expresión que van más allá de lo verbal y penetran en el paisaje, permitiendo que la memoria adquiera ese carácter ‘ejemplar’ que el mismo Todorov invoca. La expresión de las memorias sociales remite a un compromiso ético y político que irradia sobre el presente aprendizajes derivados de las violencias pasadas con el propósito de trazar caminos para la reconciliación y el reencuentro social.

En coherencia con la polaridad de los discursos y los contenidos dispares del recuerdo de la violencia sufrida, los ejercicios de reconstrucción de memoria son la posibilidad de conjugar las múltiples versiones y los múltiples sujetos que hicieron parte del trasegar compartido: perpetradores, víctimas y espectadores se conjugan en un evocar que revienta las diferencias y que reconoce que fueron las dinámicas de la violencia y el enfrentamiento las que produjeron las marcas traumáticas indelebles en la memoria. Pilar Riaño, al analizar la relación de la memoria de violencia con las identidades de los jóvenes en un barrio marginal de Medellín, describe así la yuxtaposición de imágenes de muerte y de recuerdos festivos que se asocian a ciertos lugares emblemáticos:

“Los lugares, sin embargo, permanecen como palimpsestos donde varias capas de memoria perviven de manera conflictiva, silenciando en algunos casos las memorias culturales de solidaridad y convivencia cultural o en otros coexistiendo. Un lugar puede estar marcado por las memorias de la muerte, el asesinato, el enfrentamiento, la ruptura de relaciones y la destrucción, pero también puede estar marcado por las memorias grupales, momentos de encuentro, fiesta y celebración o por los mitos locales” (Riaño, 2000, pág. 25).

Esto nos confirma que la experiencia de violencia no copa todos los intersticios por los que fluye la rememoración, la memoria también está plagada de huellas que evocan la vida, los cruzamientos entre dolor y añoranza matizan el color sombrío con que los males recibidos tiñen el recuerdo.

1.5. Memoria y violencia en Colombia.

Aunque en Colombia se han iniciado algunas acciones de reconstrucción de la memoria histórica, hace ya varios años distintos autores alertaban sobre la insuficiencia de los esfuerzos desplegados (Uribe, 2003; Vélez, 2003a). Hoy, tras las desmovilizaciones de jefes paramilitares que se acogieron a la Ley 975 de 2005 o Ley de Justicia y Paz, así como tras la reciente aprobación de la Ley 1448 de 2011 o Ley de Víctimas y Restitución de Tierras, existe una gran expectativa social frente a la realización de un proceso serio y comprometido de reconstrucción de la memoria histórica. Cabe por ello repetirse la pregunta que hiciera el historiador Gonzalo Sánchez, encargado del componente de memoria en la Comisión Nacional de Reparación y Reconciliación: ¿cuánta dosis de ‘verdad’ puede resistir una sociedad como la nuestra? (Sánchez, 2003).

En Colombia la búsqueda por la memoria entraña un profundo reto pues el conflicto armado, sus actores y sus causas siguen vigentes, haciendo necesario preguntar: ¿cuál o qué tipo de memoria es necesaria en aras de contribuir a la solidaridad social?, ¿cuánta y cuál memoria del sufrimiento es necesaria para resarcir los males? No es esto un asunto simple sino que, por el contrario, plantea una seria encrucijada que el mismo Sánchez resume diciendo: “En Colombia, donde el pasado no pasa porque la guerra no termina, el culto a la memoria es mucho más ambiguo que en estas historias ya consumadas⁹, puesto que puede cumplir una función liberadora, pero puede también producir efectos paralizantes sobre el presente” (Sánchez, 2003, pág. 19).

La memoria de violencia en Colombia es un espacio en disputa. La continuidad del conflicto ejerce una presión constante sobre la expresión y confina a las víctimas y a sus sobrevivientes a la disolución y al olvido de los males sufridos.

⁹ Hace referencia a países en los que el conflicto armado se dio por terminado, tales como Suráfrica o los países centroamericanos.

Arrojados al silencio, los recuerdos no encuentran asideros en los que inscribirse, no hay un gran relato de conjunto en el que se pueda enmarcar la vivencia individual. La caracterización misma de la violencia se torna sumamente confusa, pues con la inexistencia de ese marco narrativo común, lo que es violencia para unos pasa inadvertido por otros y no existe siquiera un consenso interpretativo. En estas condiciones, los marcos sociales de la memoria en Colombia se caracterizan por su ambivalencia, no permiten encuadrar certeramente la experiencia individual y el pasado se transforma en un desencuentro constante. *La Violencia* se asocia en Colombia con un período histórico correspondiente a los años 50's del siglo XX en el que se produjo la exacerbación del conflicto y la atrocidad de las acciones armadas contra la población civil, por lo cual *La Violencia* es un período histórico inscrito, reconocido y nombrado en la memoria colectiva. Sin embargo, la violencia se asocia también con el modo de hacer la guerra de los distintos bandos en disputa (se utiliza por ejemplo el apelativo de *los violentos* para referirse a los alzados en armas) y, además, a la violencia se le adjudica un papel como estrategia de la confrontación reconociéndola como la forma de hacer la guerra. Esto hace que la significación de la violencia sea en extremo polivalente, pero además, dificulta a los sujetos sociales interpretar su experiencia como víctimas, llevándoles a paradojas como ésta: ¿es violencia para los otros lo que me ha ocurrido? En esta pregunta se debaten constantemente las memorias individuales para buscar su lugar dentro de esos marcos sociales fragmentados.

La guerra ha sido una constante que atraviesa la historia de la nación colombiana. Después de la Guerra de Independencia del poder colonial español, una sucesión de guerras civiles se produjeron a lo largo del siglo XIX, en tanto que desde finales de la década de los años 40's del siglo XX se produjo la irrupción de los múltiples enfrentamientos aún hoy irresueltos. No resultan sorprendentes por ello las afirmaciones del historiador Gonzalo Sánchez acerca de que en Colombia la migración y la violencia en sus múltiples formas constituyen un referente histórico insoslayable en la formación

de la nación. Sin embargo, la relación entre memoria y migración no ha recibido la atención que amerita. Los efectos del conflicto colombiano en lo referido a la movilidad humana se dejan ver en el desplazamiento interno y en la migración transnacional bajo las formas de exilio y refugio, así como en los efectos no suficientemente estudiados en la movilidad por razones económicas. El desplazamiento interno ha sido un fenómeno de dramáticas consecuencias en las últimas dos décadas, provocando la huida, el desarraigo y el destierro de millones de personas, así como la expropiación, el abandono y el ultraje de millones de hectáreas en las áreas rurales y la presión sobre los asentamientos urbanos. Ya para 2002 esta tragedia se anunciaba en el informe “Millones no Vistos: La Catástrofe del Desplazamiento Interno en Colombia”, realizado por la “Women’s Commission for Refugee Women and Children que afirmó: “En los últimos quince años, más de dos millones de colombianos han sido forzosamente desplazados de sus hogares en comunidades rurales, como resultado del conflicto armado en el país” (Myers, 2002, pág. 8). La continuidad de aquella presión sobre la población civil para que abandone sus hogares se ve reflejada en el informe de la Agencia de Noticias Caracol que en 2008 recogiendo cifras consolidadas por la ONG CODHES afirmaba:

“De 221 mil 368 desplazados que hubo en 2006 se pasó a 305 mil 996 desarraigados el año pasado, señalan las estadísticas de la Consultoría para los Derechos Humanos y el Desplazamiento (Codhes). Estas personas, dice el informe, debieron salir huyendo de departamentos como Caquetá, Meta, Huila, Tolima, Putumayo, Nariño, Chocó, Antioquia, Córdoba, Valle, Magdalena, Sucre y Bolívar. [...] Los 305 mil desplazados que produjo la violencia y la erradicación de cultivos ilícitos el año pasado se refugiaron en 834 municipios de los 32 departamentos del país” (Caracol, 2008)

El gran impacto de estos desplazamientos internos se siente en la concentración de la población en las grandes ciudades que actúan inicialmente como refugio y que han sido transformadas por acelerados procesos de asentamiento en sus áreas marginales, las cuales no están en condiciones de recibir tal incremento poblacional y carecen de la infraestructura de servicios básicos para sus nuevos habitantes. Según el mismo informe “Millones no Vistos: La Catástrofe del Desplazamiento Interno en Colombia”, para 2002 más

de 400.000 familias se habían desplazado a Santa Fe de Bogotá, instalándose en los suburbios y barrios marginales, principalmente en la zona sur de la ciudad (Myers, 2002).

La fuga provocada por la guerra también tiene expresión en la migración, aún cuando se requiere profundizar en los efectos concretos de la movilidad por violencia en este caso, no debe desestimarse este fenómeno que ha producido una reconfiguración sin precedente en la historia de la nación colombiana. En torno a los datos estadísticos que intentan cuantificar la magnitud de la salida de colombianos existen diversas versiones que provocan no pocos debates políticos. Para el año 2002, la página web de la Presidencia de la República, citaba un informe elaborado por la Organización Internacional de las Migraciones y el Departamento Administrativo Nacional de Estadísticas en que se señalaba: “Durante el 2002 hubo un total de 1.277.210 salidas de colombianos y durante el año 2003 tan sólo se registró un total de 1.177.220, lo que representa una reducción de 99.990 movimientos” (Colombia P. d., 2002). Tan sólo seis años después, la Organización Internacional de las Migraciones – OIM- citando el Anuario Estadístico de Colombia, reportó un total de 4.167.388 colombianos en el exterior, que equivalían al 9% de la población del país. Los principales destinos de los migrantes colombianos eran: Estados Unidos con 722.269, Venezuela con 295.829, Panamá con 252.353, Ecuador con 195.764 y España con 177.413. Estas personas enviaron al país en 2007 remesas por 4.6 mil millones de dólares, lo cual convirtió a Colombia en el segundo país latino receptor de remesas después de México que recibió en ese año 25 mil millones de dólares (OIM, 2009). Estas cifras muestran que la migración transnacional es un fenómeno que ha transformado seriamente la composición de la sociedad colombiana que ha visto como cerca del 10% del total poblacional del país ha salido en los últimos años, además de que la economía se ha visto profundamente impactada por una afluencia de transferencias que constituyen hoy un importante rubro de los ingresos nacionales.

Esta reflexión sobre el papel de la guerra en la configuración de la nación colombiana permite comprender que la conjugación de esfuerzos de enunciación

y de recuperación de un habla silenciada por la violencia, es una tarea urgente en Colombia que, sin embargo, se enfrenta al profundo desinterés o a la intencionada manipulación por parte de los poderes en pugna, preocupados por las consecuencias que pueda tener el revelar las verdades de las víctimas. Es por ello que aún hoy en Colombia la memoria histórica agoniza frente a un pasado de violencia del que no se aprende, pero que además no parece dispuesto a detenerse, dejando a la sociedad con las cicatrices traumáticas que no permiten imaginar un porvenir diferente. Juan Carlos Vélez, reflexionando sobre la falta de voluntad para la construcción de una memoria social que postule las bases de un acuerdo mínimo sobre lo sucedido y que conduzca a la reparación y la reconciliación sobre consensos sociales para no reiterar los hechos de violencia, formuló una pregunta que aún hoy acompaña, instiga y motiva la lucha por un proceso de reconstrucción de memoria histórica en Colombia: “¿Interesa al poder la constitución de ese acuerdo, la exposición de la guerra, el griterío de los silenciados históricamente?” (Vélez, 2003b, pág. 57).

1.6. Geopolítica de la memoria.

La pregunta con la que se cierra el apartado anterior nos conecta con los múltiples intereses que históricamente han provocado que las memorias sociales sean silenciadas, acalladas o escondidas, defendiendo con ello ejercicios de poder que se apuntalan en la supresión de aquellas formas de ser, pensar y estar en el mundo que contradicen el ordenamiento hegemónico. La memoria, su expresión, circulación y debate público, constituye un elemento de poder indiscutible, por lo que los esfuerzos por su control y dominio se despliegan en distintas escalas territoriales, conforme sean los intereses en pugna y los agentes sociales involucrados en su disputa. Esto nos permite inferir que la memoria no escapa a los grandes intereses geopolíticos por sus implicaciones en el poder y el control sobre el espacio.

La geopolítica se refiere a la política mundial, es decir, al ordenamiento dirigido a mediar los intereses que van más allá de los límites soberanos de los estados nación, configurando un gran espacio de poder desde el cual se regulan y dirimen las relaciones transnacionales. La pretensión geopolítica de los poderosos es la creación y difusión de una representación jerárquica del ordenamiento espacial que somete a sus reglas a los otros mundos culturales subalternos y relegados, valiéndose para ello de recursos diversos, entre los que se incluyen la guerra y la violencia. La geopolítica es un discurso sobre las relaciones de poder y una práctica que intenta conducir las, es una constelación de ideas que se materializan en la manera concreta en que se organiza y jerarquiza el espacio (Montoya, 2010).

En la disputa de los poderes metropolitanos europeos por la ocupación y dominio de los territorios explorados a partir de la expansión marítima del siglo XV, podemos enmarcar el surgimiento de una representación mundial de la política que se aproxima a la geopolítica moderna y que tiene efectos de larga duración aún perceptibles en el actual ordenamiento de las relaciones transnacionales. Tras la conquista, motivada por la gran riqueza hallada, las poblaciones de los territorios coloniales se tornaron invisibles en espacios que fueron asumidos como vacíos o que fueron tomados como despensas de recursos para el saqueo. Según señala John Agnew, la modernidad gestó su propia imaginación geopolítica, cuya característica es su acento eurocéntrico y cuya innovación consistió en la aplicación de la geografía al pensamiento y a la praxis política (Agnew, 2005). Esta geopolítica moderna es producto de la transición entre el antiguo orden feudal y el nuevo régimen auspiciado por la expansión marítima y la apertura de mercados. Bajo su égida, los sujetos coloniales fueron asumidos como menores de edad, cuya tarea de administración y civilización se convirtió en la gran empresa geopolítica después del siglo XV.

La aplicación de la geografía a las relaciones de poder colonial devino en la clasificación jerárquica de los espacios y las poblaciones que los habitaban. Europa construyó desde entonces su superioridad cultural a costa de aquellos

que fueron declarados subalternos con el argumento de su inferioridad racial y cultural. La separación entre conquistadores y conquistados, vencedores y vencidos, fue desde entonces una de las nociones predominantes de la imaginación geopolítica. Según nos muestra Anibal Quijano, con la conquista de América la noción de raza surgió como una explicación biológica –y por lo tanto natural- de la dominación política ejercida en las colonias, mientras que los espacios habitados por aquellos seres inferiores pasaron a formar parte de las llamadas zonas inhóspitas, indómitas y salvajes, dejando a las ciudades de los conquistadores como la expresión de la civilización y el progreso (Quijano, 2000).

La herencia de estas nociones geopolíticas ocasionó en los estados nación independizados del poder metropolitano en el siglo XIX la implantación de un modelo espacial único fundamentado en la supresión de la diferencia cultural, el cual desconoció la coexistencia de diversos mundos culturales al interior de las nacientes repúblicas y sometió a los distintos pueblos a un único modelo de identidad nacional. Este proceso de unificación del ser y el hacer ciudadano representó la anulación de los saberes no occidentales y el silenciamiento de las memorias colectivas de la dominación, lo cual se corresponde con la puesta en marcha de una cruzada civilizatoria en el mundo colonial/subalterno: cruz, moneda y espada, se conjugaron como estandartes de lo culto y lo honorable, trazando el origen y el destino de la civilización. En adelante, los negros, los indígenas, los demás pueblos tradicionales y los campesinos, fueron desconocidos por las historias oficiales y sus memorias fueron relegadas de la retórica de la identidad nacional, quedando así sometidos a la dialéctica civilizatoria eurocéntrica. Este tratamiento jerárquico de las memorias, los conocimientos y las prácticas culturales, produce la emergencia de la *geopolítica del conocimiento*, mediante la cual se dividió la geografía mundial en dos porciones, la primera habitada por poblaciones cultas y civilizadas y la segunda ocupada por gente con saberes inválidos diseminada en paisajes abruptos.

El universalismo fue la gran premisa de esta imaginación geopolítica, instaurando la certeza de que todas las sociedades humanas marchaban hacia un mismo fin y que, por lo tanto, territorios y pueblos culturalmente diferenciados podrían llegar a asemejarse una vez alcanzaran niveles semejantes de civilización. Para el siglo XIX esta versión teleológica del desarrollo histórico de las sociedades encontró expresión académica en el evolucionismo de Malthus o en la teoría de la transición del salvajismo a la civilización de Lewis Henry Morgan. En términos geopolíticos, aquel universalismo proveyó sustento a la dominación colonial y terminó inscribiéndose en procesos de larga duración que hacen que aún hoy circulen en nuestro medio y en nuestro lenguaje algunas de las dicotomías con las que se justificó la dominación: avanzado/atrasado; civilizado/salvaje; culto/inculto, ó, moderno/primitivo.

La redistribución de poderes mundiales producida por el auge económico de los Estados Unidos a principios del siglo XX produjo cambios importantes en la imaginación geopolítica moderna. Según enfatizan Agnew (2005) y Ó Tuathail y Dalby (1998), mientras que Europa posicionó a sus otros coloniales con fundamento en el dominio territorial y los construyó como inferiores, situados en las escalas geopolíticas subalternas, Estados Unidos no se centró en la expansión territorial para el dominio colonial, sino que centró su accionar geopolítico en el establecimiento de mercados subsidiarios y dependientes y en la exportación del sistema financiero a través de la inversión extranjera, conjugando la geopolítica con una naciente *geoeconomía* sustentada en la difusión del *american way of life*. En esta estrategia de poder, el control de los recursos simbólicos y de la información se volvieron fundamentales, más aún cuando se considera que además de la economía como variable determinante del orden geopolítico, en los albores del siglo XX otros elementos se volvieron geopolíticamente significativos: la producción de conocimiento, el desarrollo tecnológico, las identidades políticas, los flujos financieros y los conflictos étnicos (Agnew, 2005).

Aquel giro de la agenda geopolítica en los albores del siglo XX puso de relieve que el control de las poblaciones garantiza a los países un adecuado ordenamiento interno, al tiempo que aumenta la influencia allende las fronteras, de manera que, en el concierto amplio de las naciones, aquellas capaces de administrar y regular procesos conectados con la manipulación de la vida de individuos y grupos, tales como las epidemias, la movilidad humana o la natalidad, estaban llamadas a ocupar un rol preponderante en el orden mundial. A partir de entonces las estrategias de control territorial de los estados-nación se articularon con políticas para el control de las poblaciones. A este respecto, Santiago Castro anuncia que: “La biopolítica se ‘enreda’ con la geopolítica” (Castro-Gómez, 2007, pág. 161).

Esto hizo que en el siglo XX las transformaciones sociales ligadas a la economía, los desarrollos tecnológicos, la ecología y las biotecnologías, propiciaran la aparición de una nueva imaginación geopolítica. Ó Tuathail y Dalby (1998), señalan que en este cambio fue esencial el rol de los procesos de industrialización ligados a la economía capitalista que progresivamente hicieron primar el dominio técnico y las relaciones de mercado. Sin embargo, posterior a la segunda guerra mundial, la competencia entre los modelos de modernidad propios del comunismo soviético y del capitalismo estadounidense, provocó una ideologización de la geopolítica, producto de la cual el control territorial tomó un nuevo auge, pero ahora no con énfasis en la presencia colonial, sino con un interés por producir una influencia externa cada vez mayor, a través del control y adscripción de países dependientes. En esta lucha por la hegemonía de modelos ideológicos, el control de los conocimientos y el dominio sobre las memorias locales se tornaron asuntos de importancia estratégica.

El ocaso de la Guerra Fría está marcado por la transición a la geopolítica contemporánea, denominada *geopolítica global* por Agnew y que se caracteriza por la expansión de los flujos de información que provocan una simultaneidad e instantaneidad del mundo y por el carácter decisivo de las finanzas, el comercio y las redes de mercado global que rebasan la soberanía de los Estados y

escapan a sus intentos de regulación. Según Ó Tuathail y Dalby (1998), en el orden geopolítico contemporáneo se consolida la primacía del capitalismo informacional posmoderno y son sus modos de relación y sus reglas de actuación las que construyen y determinan las relaciones sociales, produciendo la fijación de una “organización hegemónica de representación del espacio”¹⁰. La geopolítica contemporánea se enfoca a la atenuación del caos y la seguridad se convierte en el sustento de sus discursos y de su praxis. Terrorismo, inestabilidad financiera, inseguridad alimentaria, crisis ambiental, escasez de recursos, invasión migratoria, son algunos de los elementos que entran a romper con la idea de orden instaurada en la modernidad, produciendo la aparición de nuevos enemigos, fantasmas y amenazas que ya no surgen únicamente de la disputa territorial entre Estados nación. ¿Dónde se localizan las redes del terrorismo?, ¿dónde pueden confinarse las amenazas al equilibrio ecológico planetario?, ¿dónde yacen y cómo pueden contenerse los desequilibrios del sistema financiero?, ¿cómo contener las oleadas de migrantes que acechan tras los muros fronterizos?

Esta emergencia desaforada de peligros y amenazas ha hecho que la seguridad se convierta en uno de los conceptos más elaborados y potentes del discurso geopolítico actual. El discurso de la seguridad permite a los Estados intervenir en el orden internacional y controlar las relaciones sociales al interior de sus fronteras sin que puedan objetarse las medidas de coerción o los excesos de fuerza desplegados. No en vano señala Santiago Castro que: “Mediante la creación de una serie de ‘dispositivos de seguridad’, el estado procura ahora control racional sobre las epidemias, las hambrunas, la guerra, el desempleo, la inflación y todo aquello que pueda amenazar el bienestar de la población” (Castro-Gómez, 2007, pág. 160). Con la seguridad como discurso de ordenación, se crean las condiciones necesarias para jerarquizar seres, objetos y espacios, los cuales quedan insertos en clasificaciones binarias: aptos/inválidos; inofensivos/peligrosos; subdesarrollados/desarrollados. La

¹⁰ En el original: “congealed hegemonic organization of representation of space”. La traducción es mía.

geopolítica de la seguridad difunde la idea de un orden necesario, de un mundo que debe ser constantemente intervenido y salvaguardado. En la escala macro de las relaciones geopolíticas se determinan y condicionan una serie de valores, de formas correctas de ser, las cuales deben ser adoptadas por todos aquellos sujetos y pueblos que pretendan no ser declarados como una amenaza al orden. Esto nos conecta nuevamente con la importancia estratégica del control del conocimiento, los saberes y las memorias locales, que son sometidos a la prelación de una lógica hegemónica que defiende a ultranza unos valores pretendidamente universales que señalan que es lo que debe ser codiciado, venerado y admirado, al tiempo que determinan lo que ha de ser proscrito como incierto, peligroso y dañino. Con la seguridad como emblema del mantenimiento del orden amenazado, las exclusiones se justifican mientras los marginados se multiplican. A través de la seguridad se reeditan en la geopolítica global contemporánea, las viejas estructuras de dominación de los Estados nación fuertes sobre los débiles.

No sólo el terrorismo aparece como amenaza a la seguridad global tras el desmantelamiento de la ideología geopolítica de la Guerra Fría, otros muchos peligros deslocalizados han entrado en los cálculos del orden global, algunos de los cuales son la crisis financiera, los virus informáticos, la corrupción política, la inseguridad alimentaria, las enfermedades infecciosas, la degradación ambiental y, por supuesto, los seres humanos en movimiento huyendo a la muerte por la guerra y la pobreza. Los peligros aparecen siempre al acecho, provienen de entidades no territorializadas, volátiles, transculturales y, por supuesto, transnacionales. ¿Dónde y cómo ampararse de éstas amenazas móviles y en continua aproximación? Es por ello que hablo de una *geopolítica de la seguridad global*, en la que tanto individuos como Estados se reconocen permanentemente inseguros, precarios, amenazados y carentes. Este discurso de la seguridad ha permitido a los gobiernos nacionales encontrar nuevas formas de identificación y sujeción de los ciudadanos, poniendo en el llamado a la defensa frente a los peligros que acechan, nuevos cimientos a una entredicha idea de identidad nacional. Los ciudadanos

normalmente reacios a la participación y al ejercicio político, son movilizados ahora por la presencia de estas amenazas a su sobrevivencia y a su bienestar. A este respecto, Noam Chomsky muestra como la administración norteamericana, desde la época de Kennedy desplegó una estrategia geopolítica sustentada en la difusión de la existencia de los múltiples peligros y amenazas a la seguridad. Mientras Kennedy hablaba de la ‘conspiración monolítica e implacable’, Reagan desde 1981 preconizó la idea de ‘terrorismo internacional’ y del ‘Imperio del Mal’” (Chomsky, 2004) y, como sabemos, Bush habló insistentemente del ‘Eje del mal’.

La ansiedad producida por el sentimiento constante del riesgo, coloca al individuo en una posición subordinada en la que irreflexivamente acoge las directrices de aquellos con poder para restituirle su sentimiento de seguridad y tranquilidad. Mientras la antigua estrategia de los regímenes totalitarios fue la supresión y la sustitución de las memorias por el metarrelato, en la geopolítica contemporánea se aparenta permitir la conservación de las memorias mientras se induce el sentimiento de indefensión y precariedad de los recursos propios para enfrentar los incesantes peligros que acechan. La inseguridad como estrategia de control geopolítico se despliega constantemente, los peligros fabricados o reales circulan diariamente en los medios masivos de comunicación y se muestran abundantes, haciendo inobjetable y justificada la intervención de los poderosos para el restablecimiento de la paz y la tranquilidad. Según señala Zygmunt Bauman, ésta sobreexposición de las amenazas, entra en la lógica del Estado como un mecanismo necesario para su consolidación: “La producción de ‘temor oficial’ es la clave de la efectividad del poder” (Bauman, 2005, pág. 69). El estado neoliberal puede acallar las críticas al desmonte de las garantías y derechos sociales de sus ciudadanos, puede ahora legitimarse y producir identificación mediante otros símbolos colectivos, apoyado: “[...] en la cuestión de la *seguridad personal*: amenazas y miedos a los cuerpos, posesiones y hábitats humanos que surgen de las actividades criminales, la conducta antisocial de la ‘infraclase’ y, en fechas más recientes, el terrorismo global” (Bauman, 2005, pág. 73).

Al referirse a la sociedad del riesgo, Ulrich Beck (1996) anunciaba la creación de incertidumbre provocada por el colapso de la sociedad industrial que ya no puede responder a los desafíos que ella misma ha creado. El desmonte de aquella noción de seguridad propia del Estado de bienestar y la sociedad industrial, remite al individuo a la necesidad de plantear soluciones individuales a problemas producidos globalmente. Aunque debemos en todo caso interrogarnos si el análisis de Beck sobre el desmonte de seguridades puede aplicarse para el caso del sur geopolítico donde aquellas difícilmente han existido, lo que aparece sugerente de su noción de riesgo es la reflexión sobre la creación de miedos que introducen una afectación permanente sobre las vidas de los individuos, haciéndoles sentir como diversos peligros se traen desde el ámbito público hasta su intimidad. Siguiendo este análisis podemos afirmar que la producción de temor oficial se convierte en artificio fundamental del orden geopolítico, haciendo posible que la doctrina de la seguridad justifique la exclusión y el control sobre la vida: ¿qué mejor forma de explicar la libre disposición y la eliminación sin reparo de aquellos nombrados peligrosos?, ¿qué otras razones para hacer justificable socialmente el carácter prescindible asignado a ciertos seres humanos, a sus culturas y a sus territorios?, ¿qué mejor para validar la sustitución de las llamadas irracionales memorias y saberes ancestrales de los pueblos subdesarrollados?

Bajo la égida de la geopolítica de la seguridad global, los controles biopolíticos se despliegan para verificar la eliminación de los sospechosos y garantizar la neutralización de los amenazantes. Esto se comprende mejor si nos aproximamos a la interpretación propuesta por Foucault (1998) acerca del cambio de paradigma político que ocurrió en la sociedad moderna: del poder sustentado en la amenaza de muerte se pasó a uno ocupado de la vida y su dominio. Mientras que en el tiempo pasado, el poder soberano se manifestaba en el derecho de vida y muerte, haciendo que la espada simbolizara el poder; en el Occidente moderno ese derecho de dar muerte sólo se argumenta en los casos en que el soberano se ve expuesto en su misma existencia y el poder de

muerte aparece como complemento de un poder que se ejerce sobre la vida, de manera que:

“[el poder] procura administrarla, aumentarla, multiplicarla, ejercer sobre ella controles precisos y regulaciones generales. Las guerras ya no se hacen en nombre del soberano que hay que defender, se hacen a nombre de todos; se educa a sociedades enteras para que se maten en nombre de la necesidad que tienen de vivir. Las matanzas han llegado a ser vitales” (Foucault, 1998, pág. 165).

El poder pasa al plano general de la vida y las regulaciones se extienden hasta los fenómenos masivos de la población. Mientras disminuyen los que mueren en el cadalso, se multiplican los que mueren en la guerra: se mata legítimamente a quienes significan un peligro biológico para los demás. La eliminación de los que han sido declarados peligrosos y amenazantes pasa a ser un acto heroico, al fin y al cabo, para que la vida se mantenga es necesario el sacrificio de algunos. Este énfasis en la administración y gestión de la vida es lo que marca el inicio de la era del *biopoder*, fundamental en el desarrollo del capitalismo, en el que se multiplican las técnicas y las instituciones para sujetar los cuerpos (ejército, escuela, etc.) y para controlar las poblaciones (demografía, salud pública, etc.). En palabras de Foucault: “Un poder semejante debe calificar, medir, apreciar y jerarquizar, más que manifestarse en su brillo asesino; no tiene que trazar la línea que separa a los súbditos obedientes de los enemigos del soberano; realiza distribuciones en torno a la norma” (Foucault, 1998, pág. 174). El biopoder se articula con la geopolítica global para permitir la manipulación de los cuerpos de seres que han sido declarados residuales y para ocultar las vejaciones a las que son sometidos, lo cual explica, por ejemplo, las justificaciones dadas desde ciertas posturas extremistas a la xenofobia o la fundamentación de muchas de las intervenciones militares de los últimos años.

Bauman ha enfatizado de manera un tanto cruda en la forma en que en la sociedad contemporánea individuos y sociedades son clasificados como inservibles y son dispuestos para su desaparición:

“Que te declaren superfluo significa haber sido desechado *por ser desechable*, cual botella de plástico vacía y no retornable o jeringuilla usada; una mercancía

poco atractiva sin compradores o un producto inferior o manchado, carente de utilidad, retirado de la cadena de montaje por los inspectores de calidad. 'Superfluidad' comparte su espacio semántico con 'personas o cosas rechazadas', 'derroche', 'basura', 'desperdicios': con *residuo*" (Bauman, 2005, pág. 24).

En referencia a Giorgio Agamben, Bauman retoma la noción de *homo sacer*, originaria del derecho romano, que ofrece el arquetipo del ser excluido. El *homo sacer* está en un limbo que no le permite entrar en el espectro de la jurisdicción humana pero tampoco le brinda albergue en la divinidad. La vida del *homo sacer* no tiene ningún valor y por lo tanto su sacrificio o asesinato no constituye tipo alguno de sacrilegio o crimen. Bauman señala que el *homo sacer* ha devenido en la sociedad moderna en la categoría de seres humanos residuales, sancionados por el Estado-nación que "[...] ha reivindicado el derecho de presidir la distinción entre orden y caos, ley y anarquía, ciudadano y *homo sacer*, pertenencia y exclusión, producto útil (=legítimo) y residuo" (Bauman, 2005, pág. 49). Esta es una consecuencia de uno de los conceptos más arraigados en la imaginación geopolítica global: la idea de 'progreso', la cual desde los albores de la geopolítica del siglo XIX se asoció con el crecimiento económico y fue después apropiada por el discurso geopolítico del desarrollo tras la Segunda Guerra Mundial. De las clasificaciones realizadas bajo la noción de desarrollo deriva que un conglomerado siempre creciente de seres y pueblos subdesarrollados/pobres sean declarados inútiles. El 'progreso' contempla sus víctimas desde las tribunas de los vencedores del Primer Mundo, mientras a lo lejos se ahogan los estertores agónicos de un Tercer Mundo distante en el espacio/tiempo y perdido en el abismo de la diferencia/inferioridad.

La geopolítica de la memoria es anticipada por las geopolíticas de la seguridad y el conocimiento que refuerzan las ideas de primacía de ciertos saberes y formas de hacer, además de que proscriben y estigmatizan prácticas culturales que son relegadas por su atraso o por no estar en concordancia con las directrices del modelo económico hegemónico. Las memorias locales y los lugares que han configurado son de esta manera sometidos a un tratamiento

jerárquico en la geografía escalar del capitalismo global, haciendo que la producción histórica de espacialidades que han devenido de las memorias, saberes y conocimientos vernáculos sean anuladas o desconocidas cuando los intereses geopolíticos así lo determinen. Sin embargo, los lugares de la memoria, parafraseando el concepto de Pierre Nora, no cesan de aparecer y renovarse, e incluso se han hecho cada vez más diversos. A este respecto señala Francisco Ferrándiz:

“A medida que se transforman las formas de producción, circulación y consumo de conocimiento sobre el pasado y se transforman las prácticas conmemorativas asociadas a todo ello, y se difumina el Estado como referente identitario en paralelo a los procesos globalizadores y a las innovaciones tecnológicas, su repertorio y prácticas conmemorativas asociadas no dejarán de expandirse. Y el propio concepto, para que mantenga su eficacia para capturar un tipo de lugares y procesos de relación con el pasado, habrá de matizarse y ajustarse a las nuevas formas de ciudadanía, a las nuevas configuraciones de identidad social o a nuevas formas de estructuración y experiencia del espacio y el tiempo. Hoy en día, por ejemplo, es preciso cartografiar y analizar los lugares de memoria del ciberespacio que emergen y se transforman en los nuevos medios y en las tecnologías digitales y redes sociales a un ritmo hasta ahora desconocido, que requerirán el replanteamiento conceptual de dónde y cómo fijamos (de formas más o menos precaria o fluida) las memorias y cuáles son los nuevos dispositivos y rutas que posibilitan su proliferación u ocaso” (Ferrándiz, 2011, pág. 29).

Esta eclosión de lugares de memoria puede contribuir al cuestionamiento de los órdenes jerárquicos asignado por la geopolítica a las memorias e, incluso, pueden introducir interrogantes a su manejo estatal centralizado. Esto reitera que las memorias sociales son un elemento sobre el que vuelven su mirada los cálculos geopolíticos e incluso participan activamente de la geoeconomía que audazmente ha reconocido la potencia que tienen para las industrias culturales globales estos saberes locales y los lugares que producen. No en vano la noción de patrimonio ha reclamado un papel protagónico en el ámbito de las políticas de ordenamiento territorial contemporáneo, tanto en la escala nacional como transnacional y, no en vano, en la construcción de esta noción de lo susceptible de convertir en patrimonio se han visto libradas tantas disputas por las memorias locales y los lugares que ellas han producido.

CAPÍTULO 2. El conflicto armado en Colombia. Medio siglo entre memorias del terror, la desazón y la ignominia.

Más de cinco décadas ha durado el último conflicto armado en que Colombia aún hoy se debate. Han sido duros años de confrontaciones que han dejado su rastro en la geografía urbana y rural, creando en las memorias de miles de colombianos y colombianas escenarios traumáticos cifrados por las pérdidas y los desgarramientos que producen la muerte inclemente de seres queridos, la destrucción de los lugares o la expulsión de los espacios habitados. El duro acento de la matanza ha sido el rasgo sensible de una guerra que se caracteriza por la irregularidad y multiplicidad de los bandos en disputa, haciendo del asesinato una estrategia de poder y de la masacre colectiva un tenebroso legado que se inscribe en las memorias de quienes la sobreviven. Esta aguda violencia sobre la población civil ha sido una de las características nefastas de las guerras contemporáneas en todo el mundo, caracterizadas por la multiplicidad de los bandos, la precariedad de los Estados en el monopolio de la fuerza, la irregularidad de los ejércitos y el ensañamiento con la población desarmada. Según confirman Blair y Berrío:

“En efecto, en las guerras actuales no se trata de ejércitos enfrentados en batallas clásicas y financiados por los propios Estados, sino de ‘ejércitos irregulares’ mercenarios, señores de la guerra, guerrilleros, paramilitares, terroristas, miembros de pandillas que ejercen violencia sobre poblaciones civiles (que se han convertido en el nuevo ‘objetivo militar’) a través de las matanzas” (Blair & Berrío, 2008, pág. 96).

El conflicto armado en Colombia ha sido un marcador de la historia de las últimas décadas y ha movilizadado a la sociedad en diversas maneras, sin embargo, durante los dos periodos presidenciales de Álvaro Uribe Vélez entre 2002 y 2010 se negó insistentemente que en Colombia existiera conflicto armado interno, enfatizando en que este reconocimiento concedería status de beligerancia a las guerrillas y podría legitimar la existencia de una guerra civil. Uribe insistió fervientemente en que estos grupos eran terroristas, criminales sin ninguna condición política. Sólo hasta principios de mayo de 2011, el actual

gobierno del Presidente Juan Manuel Santos declaró públicamente que el país sí se encuentra en conflicto armado interno (León, 2011), afirmación que además quedó finalmente incluida en el proyecto de ley para la reparación de las víctimas del conflicto armado, el cual fue finalmente promulgado por el Congreso de la República el 10 de junio de 2011 como Ley de Víctimas y Restitución de Tierras.

Estas diferentes interpretaciones y posiciones políticas sobre la naturaleza del conflicto armado han sido una constante desde los años cincuenta del siglo pasado, manifestando no sólo los desacuerdos sobre los efectos sociales y el modo de actuar de los grupos armados, sino dejando en claro las pugnas ideológicas enraizadas en las confrontaciones. Lo que es una realidad ineluctable, allende la definición conceptual que se haga de estas disputas, es que la muerte ha sido la constante en un país que ha asistido a una profunda desvalorización de la vida humana. Si no existe conflicto armado interno: ¿cómo explicarse entonces las pérdidas de las víctimas?, ¿es todo esto acaso consecuencia de un desorden delictivo generalizado?, ¿qué marcos de sentido permitirán a los sobrevivientes reparar su dolor?, ¿adónde encajan las víctimas, a qué responden sus muertes y sus vejaciones?, ¿cómo explicar la ignominiosa estela de muerte esparcida a lo largo y ancho del país durante las últimas décadas?

El desdibujar y demeritar públicamente el horizonte político del conflicto armado interno no hace más que sembrar la confusión y arrinconar las posibilidades de reconciliación y reparación, ya que ante la imposibilidad de reconocerse como un país en guerra, la situación colombiana no podría ser explicada sino como la consecuencia de una sociedad delictiva en la que hordas desenfrenadas asesinan, violan y denigran de la dignidad ajena en pos del beneficio individual. Por ello, retomo el planteamiento de Alfredo Rangel, quien caracterizó lo sucedido en Colombia en las últimas décadas como una *guerra civil de baja intensidad* (Rangel, 2005), caracterizada por el enfrentamiento continuado entre facciones que pugnan por el poder, con acciones de combate rurales y urbanas, con bandos que asumen su postura como combatientes y que poseen

objetivos políticos apoyados por ciertos sectores de la población en cada caso. Como fenómeno yuxtapuesto a este conflicto armado, la economía de la droga ha penetrado en el accionar de los grupos armados y ha sido responsable de la expansión del terror como instrumento de poder.

En los siguientes apartados presentaré la evolución de las acciones y organizaciones armadas en las últimas décadas en Colombia, mostrando con ello la continuidad histórica de unas confrontaciones que no pueden dejar de calificarse como consecuencia de un conflicto armado interno. Es una reclamación responsable del reconocimiento que merecen las víctimas en la memoria colectiva y un intento por contribuir a que las muertes abandonen ese sentido prosaico al que las arrojó la negación discursiva de la guerra.

2.1. *La Violencia*, época de bandoleros y matanzas.

El que un período de la historiografía de un país adopte un nombre tan elocuente en su crueldad como es el de *La Violencia*, anuncia que en este apelativo se contiene una profunda carga de dolor colectivo. En Colombia, con el nombre de *La Violencia* se conoce el período comprendido entre 1948 y 1964, irremediablemente recordado por su sentido trágico. Este período está marcado por la insurrección popular que sucedió al asesinato del candidato presidencial del Partido Liberal, Jorge Eliécer Gaitán, el 9 de abril de 1948 en Bogotá, en la que la gleba enardecida se levantó en armas con el apoyo de algunos sectores de la policía y protagonizaron enfrentamientos armados contra las fuerzas leales al presidente Mariano Ospina Pérez, del Partido Conservador. El levantamiento en Bogotá fue sucedido por otros levantamientos en ciudades periféricas, siendo especialmente significativa la toma de la ciudad de Barrancabermeja por la Junta Revolucionaria. Gaitán había sido hasta el día de su asesinato el adalid de los pobres, encarnaba el ideal de lucha contra el latifundismo y contra la oligarquía que secularmente se había apropiado de los bienes del país, especialmente de la propiedad de la

tierra. Aunque antes del asesinato de Gaitán ya se habían dado enfrentamientos entre conservadores y liberales que ocasionaron algunas muertes en las zonas rurales, fue después de aquel suceso, conocido como *El Bogotazo*, cuando el enfrentamiento partidista adquirió inmensas proporciones. Desde la represión que se emprendió contra los insurrectos en la contraofensiva militar del ejército leal al gobierno, se inició lo que sería una drástica persecución por parte del Estado de aquellos acusados de seguir el ideario gaitanista, algunos de los cuales emigraron a las zonas rurales y conformaron los primeros núcleos de resistencia armada campesina (Meertens, 2000, pág. 137).

La represión del alzamiento en armas tomó la forma de terrorismo de Estado con el accionar de la que fue conocida como *policía chulavita*, un cuerpo especial de gendarmes llamados así por su región de origen situada en el Departamento de Boyacá y que se conformó como respuesta del gobierno conservador ante la traición que le había hecho la policía bogotana al apoyar a los sublevados. Esta policía chulavita emprendió una campaña de represión sangrienta de los núcleos liberales y su accionar en los primeros años de *La Violencia* (1948-1953) sembró el terror por medio de cruentas masacres, marcadas por la crueldad y el ensañamiento con las víctimas, lo cual provocó retaliaciones en serie en los años siguientes (Uribe M. V., 1990, pág. 54). Al accionar represivo de la policía chulavita se sumó la acción de organizaciones paramilitares, conocidas como *Los Pájaros* en los Departamentos del Valle y Caldas, *Los Aplanchadores* en el Departamento de Antioquia, *Los Contrachusmeros* en el Departamento del Tolima y *Los Penca Ancha* en el Departamento de Sucre.

Las víctimas de ésta primera etapa de *La Violencia* alcanzan cientos de miles (Meertens, 2000, pág. 138) y a la enorme mortandad se yuxtapusieron efectos sociales significativos: las migraciones y los desplazamientos de miles de personas que huían de *La Violencia* y la consecuente apropiación de sus tierras por los promotores de las matanzas. Pero también hubo un significativo efecto político: se conformaron regiones homogéneas en las que primaban los

miembros de una misma filiación partidista. Los campesinos liberales conformaron grupos de resistencia de manera desordenada e inconexa y sin un horizonte político concreto, como respuesta al exterminio sistemático al que estaban siendo sometidos y como estrategia de contención de las masacres. Estos grupos se estructuraron generalmente de acuerdo con las filiaciones parentales y sirvieron de base para la posterior conformación de las llamadas autodefensas campesinas y las guerrillas liberales, entre las que fueron especialmente significativas las que se conformaron en los Llanos Orientales que alcanzaron los 10.000 hombres en armas; las de la región del Sumapáz de clara filiación gaitanista y las del Sur del Tolima, con una fuerte influencia del Partido Comunista. A pesar del accionar de las autodefensas y guerrillas, la represión estatal continuó e incluso se recrudeció después de 1950, cuando tras unas elecciones con masiva abstención liberal asumió la Presidencia de la República el conservador Laureano Gómez.

En 1952 se produjeron algunos cambios en la lucha armada ya que las guerrillas liberales abandonaron su actitud de mera resistencia y pasaron a la ofensiva desafiando el poder central y además se produjo un intento de unificación de los distintos y desperdigados focos de resistencia armada en un único movimiento de carácter nacional. Esto produjo la reacción de las élites, tanto conservadoras como liberales, que vieron en el llamado de los grupos de resistencia campesina una instigación a la anarquía, ante lo cual pactaron un gobierno de transición, como una estrategia de conciliación que permitiera restablecer el orden y mantener sus privilegios. Este gobierno fue delegado en el General Rojas Pinilla, quien se tomó el poder en junio de 1953, auspiciado por los dirigentes de los Partidos Liberal y Conservador (Meertens, 2000). Durante su mandato la prioridad fue la pacificación rural, para lo cual ofreció una amnistía general a la que se sometieron la mayoría de los grupos guerrilleros liberales, pero que inmediatamente fue sucedida por asesinatos selectivos de los dirigentes y guerrilleros desmovilizados, lo cual provocó el regreso de muchos a la clandestinidad.

En 1957 los dirigentes de los Partidos Liberal y Conservador llegaron a un acuerdo para poner fin a *La Violencia* consistente en la alternancia en el poder presidencial durante 16 años (con períodos de gobierno de 4 años), lo cual se inició con la Presidencia del Liberal Alberto Lleras Camargo. Aquel pacto entre los Partidos Conservador y Liberal fue conocido como el Frente Nacional y pretendía dar por terminado el enfrentamiento y por superada la época de *La Violencia*, además de que sirvió para impedir la continuidad de la dictadura del General Rojas Pinilla, quien accedió a una entrega pacífica del poder a los civiles. Los acuerdos que hicieron posible el Frente Nacional fueron firmados por Alberto Lleras Camargo y Laureano Gómez, máximos dirigentes de los partidos Liberal y Conservador respectivamente, en Benidorm en julio de 1956 y en Sitges en julio de 1957 (Uribe M. V., 1990, pág. 75). En el Frente Nacional se produjo la conciliación y acuerdo entre las élites partidistas, pero los guerrilleros y los núcleos de autodefensa no fueron convocados a la concertación del poder sino que fueron conminados a su disolución, sin que se les diera ninguna participación política en el devenir de la nación. Esto tendría graves consecuencias que terminarían por agudizar *La Violencia*, en contravía con la intención de paz perseguida, ya que muchos de los guerrilleros liberales desmovilizados como Guadalupe Salcedo, el jefe de la guerrilla de los Llanos Orientales, cayeron asesinados cuando habían regresado a la vida civil, mientras que otros que ya se habían acostumbrado a la vida en armas no encontraron un lugar en una sociedad dividida y con grandes brechas de inequidad social.

A partir de 1958, con el primer gobierno del Frente Nacional, las zonas que habían sido escenario de *La Violencia* sufrieron un incremento de la delincuencia y proliferación de robos y otras vejaciones contra la población campesina, lo cual provocó el inicio de un período de *La Violencia* conocido como el bandolerismo, caracterizado por la aparición de cuadrillas o bandas armadas, la mayoría hombres recientemente amnistiados y que se concentraron en la perpetuación de la lucha bipartidista. Durante los años comprendidos entre 1958 y 1964, los bandoleros protagonizaron las más terribles masacres del período de *La*

Violencia, caracterizadas por la crueldad, el ensañamiento con las víctimas y la práctica de una serie de rituales de manipulación de los cuerpos asesinados.

Según lo caracteriza María Victoria Uribe:

“[...] las masacres son actos rituales llevados a cabo al margen de las actividades cotidianas, de manera repetitiva y con una secuencia de acciones que tiene un determinado orden. No son actos casuales ni fortuitos: son acontecimientos intermitentes por medio de los cuales ciertos sectores rurales, alejados del ejercicio del poder, ejercen una forma extrema de poder” (Uribe M. V., 1990, pág. 187).

Los bandoleros no aspiraban a la toma general del poder, su accionar se caracterizaba por las acciones esporádicas y descoordinadas, enfocadas en el dominio territorial que ejercían las cuadrillas en determinadas zonas en las que pretendían establecer el dominio absoluto del partido político con el que se identificaban. Los jefes de las cuadrillas fueron asumidos como héroes de la resistencia partidista por los demás campesinos que les recubrieron con un cierto aire mítico e incluso les endilgaron la inmortalidad, además de que les proveían sustento económico y les entregaban sus hijos para la lucha armada. La mayoría de las cuadrillas se concentraron en el centro del país, en las antiguas regiones ocupadas por las guerrillas liberales en los departamentos de Caldas, Valle y Tolima. Los bandoleros adoptaban alias en reemplazo de sus nombres de pila, buscando conferirse una identidad superlativa dentro del orden social campesino. Entre los jefes bandoleros más recordados por sus alias aparecen: *Capitán Venganza*, *Desquite*, *Sangrenegra*, *Pedro Brincos*, *Chispas*, *El Mosco*, *Zarpazo*, *Tarzán*, *Supermán*, *Judas*, *Caín*, *Libertador* y *Almanegra*. Las acciones armadas de las cuadrillas generalmente consistían en incursiones en áreas controladas por los opositores, donde cometían cruentas masacres como retaliación y venganza contra anteriores afrentas o como forma de provocación. En el territorio que controlaban, los bandoleros ejercían como protectores ante los peligros y amenazas, de lo que derivaban el apoyo popular.

Empeñado en la erradicación del problema de las cuadrillas de bandoleros, el gobierno emprendió una importante ofensiva militar a partir de 1960,

secundada por una serie de medidas represivas contra la población civil tendientes a disminuir el apoyo social de los bandoleros. Se adoptaron medidas de restricción a la circulación y a la reunión pública, además de que no se escatimó en el uso de la fuerza para la obtención de informaciones que llevaran al paradero de los bandoleros. El asedio fue creciente y provocó que los bandoleros tuvieran que realizar acciones de pillaje y robo en sus territorios controlados, además de que les llevó a cometer masacres de venganza contra los delatores, lo cual indujo la pérdida progresiva del apoyo popular del que gozaban. Para 1963 la mayoría de los bandoleros cayeron en enfrentamientos con el ejército y se dio así por terminado el período de *La Violencia*, con un saldo de muertos cercano a los 300.000¹¹ y una cifra no calculada de desplazados, exiliados y migrantes que en muchos casos no regresarían nunca más a sus regiones de origen.

Bajo los parámetros de la Convención de la Organización de Naciones Unidas que regula los actos de genocidio, adoptada y abierta a la firma y ratificación, o adhesión, por la Asamblea General en su resolución 260A de 9 de diciembre de 1948 (ONU, 1948), *La Violencia* de Colombia no podría ser categorizada como genocidio, debido a que en dicha Convención sólo se contempla como genocidio la intención de aniquilar un grupo por su carácter étnico, nacional, racial o religioso. Sin embargo, si recurrimos a definiciones antropológicas, como la proporcionada por Hinton, según la cual “el genocidio es la destrucción intencional de un grupo por lo que es” (Hinton, 2002), tendríamos que admitir que *La Violencia* sí adquirió el carácter de genocidio, particularmente por la intención explícita de erradicación de los adversarios de diferente afiliación política. Independiente de la definición que demos a dicho período, lo que interesa recalcar aquí es que *La Violencia* tiene enormes secuelas de trauma y sufrimiento en la memoria colectiva de Colombia. El nombre mismo de *La Violencia* es una metáfora dolorosa de la muerte indiscriminada que sobrevinía

¹¹ Existe una vasta producción bibliográfica sobre las características e implicaciones de éste período en la historia del país. Resulta particularmente sugerente el trabajo de Hobsbawn (1974) y la extensa producción del historiador Gonzalo Sánchez.

en cualquier momento y sin que mediara una provocación. *El Capitán Venganza, Almanegra, Sangrenegra, el corte de franela* y otras frases y denominaciones, han permanecido en la memoria colectiva, reproduciéndose en las generaciones que sobrevivieron a *La Violencia*, que han buscado sin éxito explicaciones y justificaciones a la tragedia vivida por sus antepasados.

2.2. A la toma del poder: surgimiento y expansión de las guerrillas de liberación.

Bajo el gobierno dictatorial del General Gustavo Rojas Pinilla se emprendió una ardua ofensiva militar contra los núcleos de autodefensa campesina que no se acogieron a la amnistía general. A principios de 1955 se dio inicio a la conocida como Guerra de Villarrica, una operación militar de gran envergadura tendiente a exterminar los focos de resistencia armada de la región del Sumapáz. Como consecuencia de las acciones militares, una gran cantidad de campesinos fueron desplazados de sus territorios y se produjo la colonización de los valles de los ríos Ariari, Guayabero y Duda en el Departamento del Meta, así como la colonización de la región del Pato en el Departamento del Caquetá. Posteriormente, en 1964 se produjo una gran ofensiva militar contra las regiones de autodefensa campesina ubicadas en el sur del Departamento del Tolima, conocida como la Operación Marquetalia, la cual tuvo como efectos el desplazamiento de la población campesina y la colonización de la región de San Vicente del Caguán en el Departamento del Meta (Pécaut, 2003, pág. 61). La Operación Marquetalia, iniciada en mayo de 1964, consistió en un gran despliegue militar con apoyo logístico y financiero de los Estados Unidos y tenía por objetivo contener y reducir el accionar de las autodefensas campesinas de influencia comunista asentadas en el sur del Departamento del Tolima, las cuales habían sido catalogadas como Repúblicas Independientes por los principales dirigentes políticos de los dos Partidos en el poder. La resistencia campesina originó la conformación de una guerrilla revolucionaria de corte agrario y con aspiraciones claras de toma del poder y subversión del

orden impuesto por una élite históricamente contraria a sus intereses. El Partido Comunista con sede en Bogotá, envió a la región de Marquetalia a dos de sus cuadros dirigentes: Jacobo Arenas y Hernando González, quienes serían posteriormente miembros de la comandancia de la guerrilla emergente. Según relatan en su página web las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia, durante la Operación Marquetalia, el 20 de julio de 1964 se proclamó el Programa Agrario de las Guerrillas y, para 1965, una vez el ejército ya había controlado la zona de Marquetalia, se convocó la Primera Conferencia Guerrillera, en la cual se conformó el movimiento conocido como Bloque Sur, nombre que se derivaba de su ubicación geográfica en el sur del Departamento del Tolima (FARC, 2005). Posteriormente para abril de 1966 se realizó la Segunda Conferencia Guerrillera en la que el Bloque Sur se constituyó como las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia –FARC–, iniciando su expansión en forma de grupos móviles que pretendían lograr influencia en extensas zonas del país, principalmente en aquellas regiones que habían sido escenarios predilectos de *La Violencia* (FARC, 2005). Las FARC son desde su inicio una guerrilla de extracción campesina, sus dirigentes eran muchas veces antiguos guerrilleros liberales amnistiados que adoptaron el modelo de la lucha popular generalizada de inspiración Maoísta. Esto hizo que una de sus estrategias principales de guerra fuera la consolidación de territorios bajo su dominio, buscando asiento en las zonas de colonización, generalmente territorios selváticos y marginales, en los que la presencia estatal era nula y en donde la guerrilla se erigía prontamente como poder regulador. Tal y como lo señala Daniel Pécaut:

“Si el Estado tiene un rostro, es sobre todo el de las Fuerzas Armadas que hacen persecución como si se encontraran en territorio enemigo y despiertan por consiguiente el recuerdo de persecuciones anteriores. La violencia, pues, está siempre allí y revive las huellas de violencias anteriores. En estas condiciones, muchos colonos perciben el alineamiento que hace la guerrilla como una barrera de protección” (Pécaut, 2003, pág. 63).

El carácter rural y el énfasis agrario puesto por las FARC en su horizonte de lucha armada fueron claves para su rápida expansión y para mantener un

apoyo social que les brindaba cierta cobertura frente al accionar militar estatal. Con el pasar de los años su estructura militar sufrió cambios significativos y en 1982, durante la llamada Séptima Conferencia, agregaron a su denominación el sufijo Ejército del Pueblo –FARC-EP-, lo cual manifestaba su decidida expansión y trajo consigo la ampliación del número de frentes de guerra y de hombres en armas.

No sólo la falta de presencia estatal acosaba las zonas rurales en los momentos de surgimiento de las FARC. Para la década de los años 60's existía una evidente desigualdad social, una muy inequitativa distribución de los ingresos y una acelerada expansión del latifundismo en desmedro de la pequeña propiedad campesina, lo cual generó un caldeado ambiente propicio para las protestas sociales que coincidió con la expansión de las luchas de liberación en Latinoamérica, favoreciendo el surgimiento en 1964 de otros dos grupos guerrilleros: el Ejército Nacional de Liberación –ELN- y el Ejército Popular de Liberación –EPL-. El ELN y las FARC son los dos grupos guerrilleros que aún hoy en día mantienen su lucha militar contra el estado colombiano. Los dirigentes y primeros cuadros dirigentes del ELN se habían formado en Cuba, en muchos casos eran estudiantes de las Universidades Públicas y, a partir de 1965, se integraron sacerdotes católicos, de entre los cuales los más conocidos serían el sacerdote Camilo Torres caído en combate en 1965 y el sacerdote español Manuel Pérez, quien llegó a ser máximo dirigente de la organización hasta su muerte. El ELN adoptó para su lucha armada el modelo foquista, consistente en el establecimiento de focos de poder, unas zonas liberadas que en su conjunto deberían terminar con el derrocamiento del poder estatal. La expansión del ELN no fue tan rápida como las de las FARC, ni tampoco su crecimiento militar. Para 1973 fue acorralado por el ejército en la conocida Operación Anorí, quedando reducido a tan sólo 50 hombres dispersos, sin embargo, años más tarde reapareció con un gran potencial militar que para los años 90's alcanzó los 5.000 hombres en armas.

El EPL surgió también hacia 1964 como una opción armada emprendida por los militantes políticos del Partido Comunista Marxista Leninista –PCML-,

aunque su aparición como ejército no se produjo sino hasta 1967 en el norte del país, en zonas que también habían sido asiento de guerrillas liberales durante *La Violencia*. El EPL adoptó para su lucha armada el modelo de la vía china, implantando la anulación de la comercialización y el retorno a las formas de autosubsistencia y el comunismo en las áreas bajo su control. El radicalismo de su modelo fue el principal freno a su expansión, al tiempo que sus acciones militares tampoco fueron muy aventuradas, limitándose a un mantenimiento autodefensivo de las regiones en las que se asentaba. Según sostiene Pécaut: “El balance al término de los diez años [hacia 1980] es, pues, bastante limitado. El EPL no logró constituir una verdadera ‘zona liberada’, ni organizar de manera sólida las luchas campesinas, ni mucho menos aún consolidar potencial militar significativo” (Pécaut, 2003, pág. 59).

En 1974 surgió un cuarto grupo guerrillero con alcance nacional: el Movimiento 19 de Abril –M-19-. En sus inicios estaba integrado por intelectuales, estudiantes, antiguos militantes de las FARC o de la Juventud Comunista, provenientes generalmente de la clase media urbana. Su aspiración era la toma del poder acelerada, por lo que proclamaban la necesidad de una subversión nacionalista apoyada en una crítica política al Estado que buscaba despertar los ánimos y atraer el apoyo de los sectores urbanos. En contraste con las otras organizaciones guerrilleras, el M-19 no planteó como estrategia de lucha armada la implantación de bases sociales amplias ni de territorios bajo su dominio, sino que pretendieron incitar a una revolución generalizada a través de la movilización social en contra del régimen, para lo cual privilegiaron como estrategia la realización de golpes militares sorprendentes y de gran alcance mediático, al tiempo que utilizaban un lenguaje nacionalista fundamentado en la expoliación histórica del país por la oligarquía y los intereses imperialistas. El M-19 protagonizó acciones militares de gran efecto simbólico y que se inscribieron por sus efectos propagandísticos o trágicos en la memoria colectiva: el robo de la espada del Libertador Simón Bolívar, que luego devolvieron al gobierno como muestra de su voluntad de paz; la toma de la Embajada de la República Dominicana; el robo de armas del Cantón Norte,

principal polvorín del Ejército Colombiano en Bogotá y, la toma del Palacio de Justicia en 1985, situado enfrente del Palacio Presidencial en Bogotá y que terminó en un derramamiento de sangre tras la intervención militar del ejército. El M-19 se desmovilizó en 1991, durante un proceso de paz que culminó con la reforma de la Constitución Política vigente desde 1886. Junto a ellos se desmovilizaron también el EPL y otras guerrillas menores como el grupo Manuel Quintín Lame. Apenas hoy, tras 25 años de ocurrida la toma del Palacio de Justicia se están produciendo los primeros juzgamientos y condenas de militares acusados de desapariciones forzadas durante los operativos, según confirma el magazín Semana:

“El excomandante de la Brigada 13 del Ejército, el general (r.) Jesús Armando Arias Cabrales, fue condenado a 35 años de cárcel por su responsabilidad en las desapariciones de once personas en los hechos ocurridos hace 25 años durante la toma del Palacio de Justicia. Es la segunda condena que se da en el proceso de investigación, después de la del coronel (r.) Alfonso Plazas Vega, y la más alta impuesta hasta ahora” (Semana, 29 de abril de 2011).

2.3. Aparición de la economía de la droga: la década de los 80's y la multiplicación de los actores armados.

Al arribar la década de los años 80's del siglo XX, Colombia se encontraba en medio de serias tensiones sociales, los grupos guerrilleros se estaban en plena expansión y los movimientos sociales presionaban por una reforma política. Tanto el campesinado como los estudiantes, los sindicatos y las minorías étnicas estaban comprometidas en procesos de reivindicación de sus derechos, lo cual, aunado al accionar militar de las guerrillas, generaba un tenso ambiente social y político. Dos factores determinantes se conjugaron para enturbiar aún más las relaciones sociales: el gobierno mediante la puesta en marcha del Estatuto de Seguridad Nacional confirió poderes extraordinarios a la Fuerza Pública y emprendió una campaña militar represiva tendiente a la erradicación del accionar guerrillero, de otro lado, la economía ilícita de la droga que desde finales de los años setenta se había venido consolidando con

el mercado de la cocaína, puso en circulación grandes cantidades de dinero que hicieron de los narcotraficantes nuevas figuras de poder. A comienzos de los años 80's, los traficantes fueron tolerados por algunos políticos a quienes compartían los beneficios de su negocio, lo cual favoreció la corrupción y la expansión de los cultivos, el procesamiento y la distribución de la droga. También por aquella época la extrema izquierda se manifestó favorecida por la aparición del narcotráfico, en el cual veía una manifestación de la descomposición del gobierno y de las clases dirigentes, por lo que se alinearon con los narcotraficantes en la lucha contra el Tratado de Extradición a los Estados Unidos que denunciaron como otra forma de intervención extranjera imperialista.

Los narcotraficantes no tardaron en manifestarse como un actor político a la hora de defender sus intereses, golpeando al Estado o a la extrema izquierda allí donde se sintieran vulnerados y sin dudar en el uso de la fuerza. En 1984 como respuesta al apoyo que ofreció a la extradición fue asesinado el Ministro de Justicia Rodrigo Lara Bonilla, lo cual hizo que las élites políticas se dieran cuenta de la amenaza latente que significaba la expansión del poder económico y militar de los carteles del narcotráfico. Para la misma época fue secuestrada por la guerrilla la hermana de Fabio Ochoa, un conocido narcotraficante, lo que propició que su familia en connivencia con algunos militares y miembros de la policía, conformara un grupo paramilitar conocido como Muerte a Secuestradores –MAS-. Este hecho favoreció la vinculación de los narcotraficantes con la extrema derecha y provocó la aparición de organizaciones paramilitares entrenadas por mercenarios ingleses e israelíes que fueron traídos a la región del Magdalena Medio y a la zona de producción de esmeraldas en el Departamento de Boyacá.

Como consecuencia de estos múltiples enfrentamientos, después de la mitad de la década de los años 80's Colombia sufrió duras acciones de terrorismo y un incremento sin precedentes de los asesinatos y el sicariato. Adicionalmente, se produjo en aquel período la cruel tragedia del asesinato masivo de los militantes del partido político Unión Patriótica, el cual se había conformado por

guerrilleros desmovilizados de las FARC y por diversos activistas sociales tras los acuerdos de paz del gobierno del Presidente Belisario Betancur. Tan sólo en el transcurso comprendido entre 1985 y 1989 fueron asesinados cerca de 2.500 militantes políticos, la mayoría cuando ejercían cargos públicos de elección popular o durante las diferentes campañas electorales. Los asesinatos continuaron aún después de la reforma constitucional de 1991 y aún cuando se produjeron fuertes denuncias sobre la participación de agentes del Estado en los crímenes. La magnitud de este asesinato masivo y las consecuencias políticas en la memoria colectiva se comprenden bien en las palabras de Iván Cepeda, hijo de Manuel Cepeda, senador de la Unión Patriótica asesinado en 1994:

“[...] el genocidio contra la UP se ha convertido en uno de los factores más poderosos de la clausura de una salida política al conflicto armado en Colombia. Para muchos sectores, su perpetración ha ratificado que los procesos democráticos en Colombia se estrellan inmediatamente con la barrera de la violencia sistemática y el homicidio político como únicas vías para resolver los conflictos sociales. [...] En consecuencia, un desafío fundamental para la salida de la violencia en Colombia consiste en una reparación plena de la cadena de crímenes políticos cometidos en este caso [...] En Colombia es impensable el fin negociado de la violencia sin que el caso del exterminio de la Unión Patriótica sea reparado de una manera satisfactoria, y sin que quede inscrito en la memoria colectiva como algo que no puede volver a ocurrir nunca más” (Cepeda, 2006).

Para el final de la década de los años 80's el gobierno colombiano presionado por los Estados Unidos promovió la aprobación del Tratado de Extradición e intensificó la lucha contra la economía de la droga. La respuesta de los Carteles de Medellín y Cali no se hizo esperar y bajo el lema: “preferimos una tumba en Colombia que una cárcel en los Estados Unidos”, emprendieron una guerra frontal contra el Estado basada principalmente en acciones terroristas urbanas. Entre 1987 y 1991, los atentados con explosivos ocurrieron incesantemente en las principales ciudades del país, especialmente en Medellín y Bogotá, además de que se produjeron asesinatos selectivos de jueces y fiscales, así como de miembros de la Fuerza Pública. A diferencia de lo ocurrido en la época de *La Violencia*, el accionar de los carteles trajo la guerra hasta las ciudades. Fue sólo hasta la muerte del conocido

narcotraficante Pablo Escobar Gaviria, en diciembre de 1993, que esta guerra contra el Estado llegó a su fin, dejando una estela ignominiosa de muertes y pérdidas inscritas en la memoria colectiva de sus miles de víctimas. Durante la guerra del Cartel de Medellín contra el Estado colombiano, la tasa de homicidios por cada cien mil habitantes en la ciudad de Medellín alcanzó los 381 en 1991, 352 en 1992 y 311 en 1993 (Medellín A. d., s.f), lo cual ha hecho que esta ciudad conserve el vergonzoso record histórico de homicidios por cada cien mil habitantes y se mantenga en el recuerdo como una de las ciudades más peligrosas del mundo.

Mientras se daba la guerra de los narcotraficantes con el Estado, las guerrillas se fortalecieron, ampliaron su cobertura territorial y aumentaron su número de hombres en armas, así como sus recursos financieros y logísticos. Según señala Eric Lair:

“En los años ochenta incluso lograron ampliar el número de sus combatientes gracias a los recursos financieros obtenidos por sus actividades económicas lucrativas de guerra (droga, “impuestos” exigidos a las poblaciones, secuestros, etc). Su espectacular crecimiento militar y territorial (las FARC pasaron de 32 frentes y 3.500 soldados en 1986, a más de 60 frentes y 7.500 combatientes en 1995, mientras que en el mismo período el ELN pasó de 11 a 32 frentes y de 800 a 3.200 soldados), no provocó una atomización anárquica de sus frentes” (Lair, 1999, pág. 68).

Como si de una emulación de la época de *La Violencia* se tratara, en el transcurso de los diez años comprendidos entre 1986 y 1995, los muertos en Colombia fueron alrededor de 250.000.

2.4. La guerra de hoy, regreso de los fantasmas de *La Violencia*.

El enfrentamiento de los carteles de la droga con el Estado estuvo marcado por un despliegue de atentados terroristas, especialmente en las áreas urbanas, lo cual hizo que reapareciera la violencia en la cotidianidad colombiana, además de que permitió que los actores armados se multiplicaran y las estrategias y acciones de guerra se hicieran más complejas. La participación de los narcotraficantes en la lucha armada anti-subversiva fue decisiva en la

transformación de las bandas de autodefensa o grupos de justicia privada en un ejército paramilitar de gran envergadura denominado Autodefensas Unidas de Colombia –AUC-. A partir de la mitad de la década de los años 90's, los paramilitares agrupados bajo un comando central, entraron en el escenario de la guerra con la pretensión de contener el avance de las guerrillas y disputarles el dominio de los territorios históricamente bajo su control. La expansión territorial de los grupos paramilitares se fundamentó en el uso de la fuerza sobre la población civil sospechosa o acusada de simpatizar con las guerrillas, para lo cual ejercieron acciones de terror de amplio impacto y difusión mediática, las cuales tuvieron profundos efectos en la memoria colectiva. Este terror desmedido revivió los fantasmas de la violencia, evocando la crueldad con la que los cuerpos eran masacrados y desmembrados y recurriendo además a un nuevo flagelo: la desaparición. Tal y como lo señala Daniel Pécaut:

“El terror está vinculado muy a menudo con el hecho de que la población se encuentra atrapada entre diversos protagonistas y que éstos se encuentran decididos a modificar las fronteras de su implantación territorial. La territorialización, en el sentido de conquista territorial, ya no es para ellos un complemento de la acción política, sino su sustituto. La evolución de la correlación de fuerzas se descifra en la conformación de las fronteras” (Pécaut, 2003, pág. 110).

La desaparición se convertiría en una práctica recurrente, privilegiada por su denotada potencia para generar incertidumbre, sembrar el terror y mantener ímpunes y sin responsabilidades a los perpetradores. La desaparición, creo en el caso colombiano su propia geografía del miedo, impregnando la sociedad de la confusión y sufrimiento que significa la pérdida miles de personas de las que simplemente no se conoció nunca más su paradero. Esto nos hace comprender la afirmación de Ferrándiz que señala:

“Cada estructura de desaparición forzada de personas, con sus contextos históricos y políticos, su significación y sus dispositivos específicos, así como las respuestas sociales, políticas y judiciales que desencadenan a corto, medio y largo plazo, es un mundo. En todo caso, cuando se habla de desaparecidos, no se trata sólo de la importancia o no del término, ni de los consensos que puedan existir sobre su adecuación a una situación determinada, sino también de las características específicas de las arquitecturas de represión que generan

y del universo de reclamaciones, actos y retóricas que se articulan paulatinamente a ellas” (Ferrándiz, 2010, págs. 177-178).

A partir de la mitad de la década de los años 90's las masacres que parecían ya historias remotas de *La Violencia*, volvieron a presentarse continuamente y en diversas regiones, dejando en las memorias de las víctimas dolorosas y terroríficas imágenes de los cuerpos mutilados, manipulados, expuestos y abandonados. En esta misma época se produjo el recurso a la economía de la droga como fuente de financiamiento por parte de los diversos actores armados y se inició la práctica de los desplazamientos masivos de población, los cuales se multiplicaron en las áreas rurales, particularmente en aquellas de tradicional influencia guerrillera, donde los paramilitares buscaban producir sujeción de la población a su autoridad armada. Como si de una apología de la ignominia se tratara, las prácticas del terror inscritas en la memoria colectiva desde la época de *La Violencia* regresaron para despertar los fantasmas del miedo y el horror sufrido.

La expansión del paramilitarismo se hizo a sangre y fuego, produciendo un aumento exponencial de los hechos violentos en toda la geografía nacional. A partir de abril de 1997 los grupos paramilitares iniciaron el proceso de unificación al que me referí más arriba, el cual pretendía organizar y centralizar el mando de los múltiples grupos paramilitares de carácter local y regional que venían operando en distintas zonas del país. La idea era conformar una estructura única con proyección política y social nacional, además de formular y ejecutar una agenda programática multirregional (VerdadAbierta, s.f). Esto deja verse en el documento de Constitución de las Autodefensas Unidas de Colombia, proclamado en Urabá, Antioquia, en abril 18 de 1997, el cual señala:

“En la primera Conferencia Nacional de dirigentes y comandantes de Autodefensas Campesinas convocada por las ACCU se determinó:

1. Agrupar los diferentes frentes de Autodefensas dentro de un Movimiento Nacional, con el nombre de AUTODEFENSAS UNIDAS DE COLOMBIA, integrado por: las Autodefensas Campesinas de Córdoba y Urabá ACCU, con sus veinte frentes establecidos en la zona norte del país; las Autodefensas de los Llanos Orientales, que operan en el sur del país; las Autodefensas de Ramón Isaza y las Autodefensas de Puerto Boyacá, que operan en el Magdalena Medio. [...]

3. Definir las Autodefensas Unidas de Colombia como un Movimiento político-militar de carácter antisubversivo en uso del derecho a la legítima defensa, que reclama transformaciones del Estado pero no atenta contra él” (ACCU, Boyacá, Isaza, & Orientales, 1997).

El principal objetivo de la ofensiva paramilitar fue la disputa de las zonas que tradicionalmente habían estado bajo el control de grupos guerrilleros, además de consolidar zonas de seguridad bajo el dominio y control de los agentes financiadores de la estructura armada paramilitar. Entre las principales zonas de despliegue de acciones paramilitares se cuentan para aquella época el Sur del Departamento de Bolívar y la región del Urabá Antioqueño y Chocoano, la región del Catatumbo en límites con Venezuela y el piedemonte de la cordillera Oriental, puerta de entrada a la región de los Llanos Orientales. Los grupos guerrilleros reaccionaron consolidando su presencia en zonas que históricamente habían sido su bastión militar: Arauca y Magdalena Medio en el caso del ELN y la macrorregión del sur de Colombia¹² en el caso de las FARC. Según Teófilo Vásquez en 1995: “[...] las FARC contaban con 14 frentes agrupados en 2 instancias intermedias: El Bloque Sur con diez frentes con influencia en Caquetá, Putumayo y Huila; y el comando suroccidental, que agrupa el histórico Sexto frente en el norte del Cauca y los frentes de las subregiones del Macizo Colombiano, El Patía, y la Costa Pacífica” (Vásquez, Vargas, & Restrepo, 2011, pág. 310). Los paramilitares por su parte, tal y como lo reseña Verdad Abierta, concentraron sus fuerzas y dirigieron su ofensiva inicial a la contención de la expansión guerrillera atacando sus principales fuentes de financiamiento, particularmente aquellas ligadas al narcotráfico (VerdadAbierta, s.f), además de que se dedicaron a la protección de sus colaboradores frente al secuestro y la extorsión.

Las FARC para esta época afianzaron su estructura militar e incrementaron su presencia en diversas regiones del país, multiplicando sus frentes y aumentando el número de hombres en armas. Este proceso se vio favorecido por las negociaciones de paz con el gobierno del presidente Andrés Pastrana, durante

¹² La macrorregión sur está integrada por los departamentos de Cauca, Caquetá, Huila, Nariño y Putumayo.

las cuales se creó una zona de distensión, sin presencia militar, la cual ocupaba una vasta área de cinco municipios en el piedemonte llanero, en jurisdicción de los departamentos de Meta y Caquetá. Tras la ruptura de los diálogos a principios de este siglo, las FARC salieron fortalecidas en su presencia militar en esta macroregión.

La expansión territorial de las FARC venía produciéndose desde mucho antes, incluso desde finales de la década de los años 80's del siglo XX, cuando se valieron de los diálogos de paz adelantados por el gobierno del presidente Virgilio Barco con los grupos guerrilleros M-19, EPL y Manuel Quintín Lame, además como respuesta a la persecución militar que hizo el gobierno por aquella época a los miembros del Secretariado¹³, su máximo órgano dirigente. La estrategia de fortalecimiento militar de las FARC quedó definida desde su VII Conferencia realizada en 1982, en la que se produjo una escisión entre las facciones militar y política. Posteriormente, durante la VIII Conferencia celebrada en 1993 se definió como objetivo principal el trascender de las zonas periféricas en las que tradicionalmente había tenido presencia las FARC, para llevar la guerra a zonas más integradas a los núcleos de poder nacional, creando presión sobre los principales centros urbanos (Vásquez, Vargas, & Restrepo, 2011, pág. 307). Es así como caracterizan Vásquez, Vargas y Restrepo la estrategia de expansión territorial que desde principios de los años 80's del siglo XX desplegó las FARC:

“[...] identifican la Cordillera Oriental y con ella la capital de la República como eje de despliegue estratégico de sus fuerzas, concentrando así su accionar y dejando a un lado las operaciones militares dispersas y espontáneas [...] Junto a esto, el grupo insurgente decide involucrarse de manera directa en el negocio de las drogas ilícitas. Estos más otros factores de financiación como el secuestro permitieron a las FARC crecer y fortalecerse cuantitativamente, además que la definición de sus fines estratégicos les aseguraron importantes victorias militares” (Vásquez, Vargas, & Restrepo, 2011, pág. 310).

¹³ Con este nombre se conoce al Comando Central de las FARC, integrado durante mucho tiempo por siete comandantes, el cual está hoy bastante diezmado tras las muertes de Luis Edgar Devia Silva alias Raúl Reyes, Manuel de Jesús Muñoz Ortíz alias Ivan Ríos, Manuel Marulanda Vélez alias “Tirofijo”, Víctor Julio Suárez Rojas alias “Mono Jojoy” y Guillermo León Sáenz Vargas alias Alfonso Cano, producidas entre 2008 y 2011.

A esta nueva estrategia de las FARC se le conoce como “la Nueva Forma de Operar”, con la cual se pasó de esperar al enemigo para emboscarlo y atacarlo por sorpresa, a una estrategia de asedio y acoso que buscaba encontrar el enemigo y confrontarlo. En 1997 las FARC decidieron adelantar una campaña de intimidación a los candidatos a las Alcaldías y Concejos Municipales de distintas regiones del país; además, durante los comicios electorales de ese año adelantaron una intensa operación militar para tratar de impedir las votaciones, lo cual tuvo como consecuencia una alta cifra de abstención (Vásquez, Vargas, & Restrepo, 2011, pág. 311). El objetivo de estas acciones era debilitar la presencia estatal en sus regiones de influencia y expandir en ellas la influencia guerrillera:

“Las FARC han decidido en coherencia con su plan político-militar y en reciprocidad a las medidas adoptadas por el Estado contra ellos, exigir la renuncia a todos los mandatarios departamentales, municipales y veredales, no por lo que ellos son como persona, sino por lo que representan al Estado” (Vanguardia Liberal, 11 de julio de 2002, citado por Vásquez, Vargas, & Restrepo, 2011, pág. 311).

Los paramilitares por su parte trazaron una estrategia de cooptación de las instituciones públicas de los municipios en los que llegaban a establecerse, haciendo alianzas con candidatos a corporaciones públicas o con funcionarios en ejercicio y buscando incidir de manera directa en los destinos institucionales de las regiones. Mediante esta infiltración en la institucionalidad pública local y regional, los paramilitares consolidaron zonas de seguridad desde las que se expandieron a otras áreas o desde las que hicieron incursiones armadas cuando era propicio. Esta estrategia de infiltración y cooptación institucional quedó en evidencia con las declaraciones del comandante paramilitar Fredy Rendón Herrera, alias “El Alemán”, cabecilla del Bloque Elmer Cárdenas de las AUC, quien se desmovilizó acogiéndose a la Ley de Justicia y Paz y confesó ante un fiscal en 2009 que financió campañas políticas en el 2002 a través del movimiento político “Urabá Grande, Unido y en Paz”, cuya influencia se extendió del Urabá Antioqueño y el Darién Chocoano a varios municipios de Córdoba, como Canaletes, Los Córdoba, Puerto Escondido y Moñitos, donde

el movimiento fue conocido con el nombre de “Morisco”. Otra serie de declaraciones que se han venido produciendo desde 2009 en Colombia han causado una gran conmoción y han llevado a denuncias y procesos penales contra cerca de cuarenta congresistas que habían sido elegidos en 2006. Los nexos con los paramilitares quedaron en evidencia tras la desmovilización de los principales comandantes y sus posteriores declaraciones públicas, así como después de que se anunció públicamente que en el año 2001 dirigentes políticos, empresarios, terratenientes e inversionistas suscribieron el que se conoció públicamente como el “Pacto de Ralito”, para financiar campañas políticas y llevar al poder candidatos que promovieran y apoyaran el paramilitarismo.

Como consecuencia de estas trayectorias y estrategias de fortalecimiento militar de los grupos guerrilleros y paramilitares en su búsqueda de dominio y control territorial, a partir de 1997 aumentaron drásticamente el número de combates, masacres y muertes, así como el desplazamiento forzado en áreas rurales, el cual se convirtió en una tragedia que aún hoy tiene repercusiones serias en la distribución de la población en el país. Según la Vicepresidencia de la República de Colombia, la tasa de homicidios por 100.000 habitantes en Colombia, pasó de 56.6% en 1998 a 65.7% en 2002, con un marcado aumento de los homicidios en las zonas relacionadas con la incursión y presencia de grupos armados o con el control de corredores estratégicos del narcotráfico (Colombia V. d., 2010). Según la Consultoría para los Derechos Humanos y el desplazamiento –COHDES-, el número de desplazados sufrió un incremento exponencial, pasando de 278.450 personas en el año 1999 a 1.292.252 personas en 2002; 2.096.557 personas en 2005; 2.589.360 personas en 2008 y a la escandalosa cifra de 3.630.987 personas en el año 2010 (COHDES, 2010). La relación entre las masacres y los desplazamientos es evidente, el efecto provocado por el terror se dejó ver en gran número de personas que abandonaron sus territorios de origen y llegaron a los grandes centros urbanos. Las masacres se multiplicaron en las zonas de expansión paramilitar, tal y como queda en evidencia en el siguiente mapa elaborado por el Observatorio

del Programa Presidencial de Derechos Humanos y Derecho Internacional Humanitario:

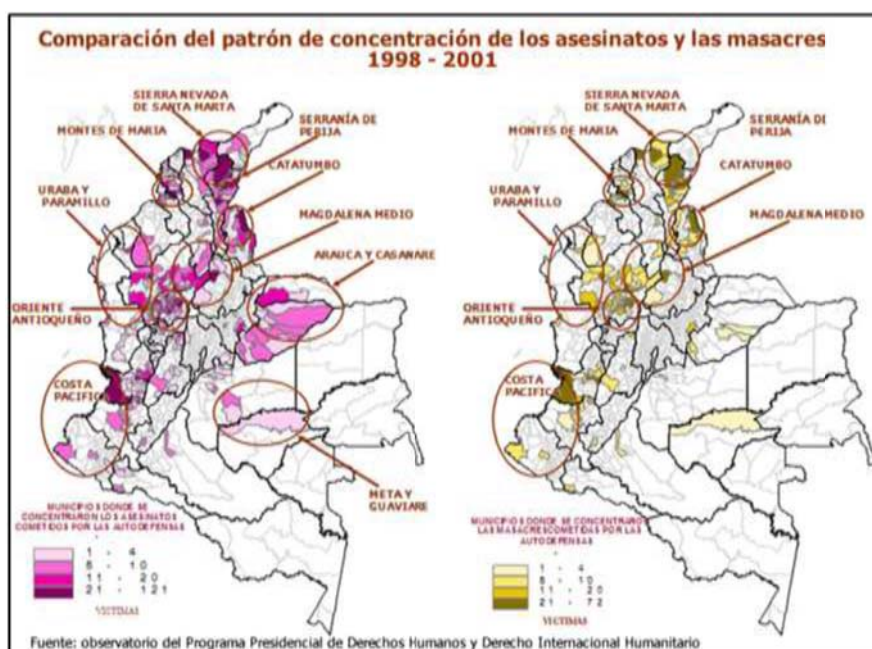


Ilustración 1. Mapa comparativo del patrón de concentración de los asesinatos y las masacres en Colombia entre 1998 y 2001.

Fuente: (VerdadAbierta, s.f)

A finales del siglo anterior, durante el gobierno del presidente Andrés Pastrana y paralelamente con los diálogos de paz con las FARC se dio inicio al Plan Colombia, consistente en el apoyo financiero de los Estados Unidos para la lucha antidrogas. Con esta inversión norteamericana y la contrapartida colombiana, se inició la reingeniería de las Fuerzas Militares y se intensificó la erradicación de los cultivos ilícitos a través de la fumigación y la consolidación de la presencia militar en regiones hasta entonces abandonadas, lo cual, aunado a la expansión paramilitar, sirvió como contención y forma de neutralización de la ventaja militar y territorial que las FARC venían obteniendo desde 1998 (Vásquez, Vargas, & Restrepo, 2011, pág. 312).

Con la inversión del Plan Colombia se sentaron las bases para la reforma militar en Colombia, la cual conlleva:

- “1. Cambios en las concepciones de la dirección estratégica y de mando.
2. Comprensión de las armas nuevas y de los instrumentos de lucha.
3. Mejoras tecnológicas y de equipo aéreo, fluvial y dotaciones para el combate nocturno, y uso sistemático de la inteligencia.
4. Entrenamiento, adquisición de habilidades en operaciones conjuntas y valoración de la logística.
5. Creación de unidades nuevas, redefinición de la doctrina y fortalecimiento de los servicios de apoyo para el combate, con el fin de obtener capacidades de reacción rápida” (Borrero, Armando citado por Escobar, Pabón, & Mendivil, 2006, págs. 178-179).

Con la cooperación estadounidense a través del Plan Colombia se consolidó la noción de conflicto armado y el narcotráfico como fenómenos asociados, de modo que el combate contra los grupos alzados en armas se vinculó al ataque a los cultivos ilícitos, al procesamiento y a la distribución de drogas, reconociendo con ello que afectar la producción de cocaína podría debilitar financiera y militarmente a los grupos armados.

El apoyo militar norteamericano a Colombia es coherente con su postura geopolítica posterior a la caída del muro de Berlín y, por supuesto, con sus líneas estratégicas de guerra contra el terror posteriores a los atentados de las Torres Gemelas, los cuales hicieron de la doctrina de seguridad su mayor apuesta geopolítica y del terrorismo un tema esencial en la agenda política. En ese contexto, el conflicto interno armado colombiano, asociado con la producción y distribución de drogas, pasó a ser un tema sugerente para la intervención militar norteamericana y se posicionó como uno de los peligros transnacionales a combatir. En coherencia con esto, desde el inicio de su primer período presidencial en 2002, Álvaro Uribe Vélez desestimó el carácter político de los alzados en armas y denominó a los grupos armados “narcoguerrillas” o “narcoterroristas”.

Con los recursos provenientes del Plan Colombia, el país se convirtió en 1999 en el tercer país del mundo que recibía una mayor ayuda militar estadounidense, superado tan sólo por Israel y Egipto: “Según fuentes de Latin American Group, para 1999 con US \$300 millones en armas nuevas, equipamiento, entrenamiento y servicios, Colombia recibió más asistencia policial y militar que el resto de América Latina y el Caribe juntos” (Escobar,

Pabón, & Mendivil, 2006, pág. 192). El costo estimado de los bienes y servicios que el gobierno de Estados Unidos ha dispuesto en las unidades operativas de la Fuerza Pública en Colombia es:

“[...] del orden de US\$1.011,3 millones entre 1999 y 2004, de los cuales US\$513,2 millones (51% del total) corresponden al Plan Colombia [...] El valor total de la cooperación es de US\$2.787 millones, para igual periodo [...] El promedio anual estimado de los bienes y servicios recibidos durante el periodo, equivale a US\$169 millones cifra que representa el 5.2% del presupuesto total de la Fuerza Pública para el año 2004 y el 0.18% del PIB” (Ministerio de Defensa de Colombia, citado en Escobar, Pabón, & Mendivil, 2006, pág. 194).

La transformación de las Fuerzas Armadas fue decisiva en el nuevo rumbo del conflicto armado en el inicio de este siglo. Con la tecnología, la ampliación de cobertura y el aumento del pie de fuerza, los golpes militares contra las FARC se hicieron contundentes y se produjo con ello su repliegue y el cambio de su estructura de grandes frentes armados a cuadrillas de movilidad rápida. Esto, aunado a la desmovilización de los grupos paramilitares a mediados de la década anterior, provocó una transformación en los intereses estratégicos y en las zonas en disputa, la cual puede verse en el siguiente mapa:



Ilustración 2. Mapa Geografía de la Guerra en Colombia.
Fuente: (CINEP, 2004).

Un factor que ha recrudecido los efectos del conflicto armado en la última década ha sido la connivencia o, según algunas denuncias, la alianza de miembros de las Fuerzas Militares con los grupos paramilitares, de la cual queda evidencia en diversos procesos judiciales, así como en las versiones libres entregadas por integrantes de éstos grupos tras su desmovilización y en diversas investigaciones periodísticas y documentales como “Impunity” (Lozano, 2010), pero además en los testimonios de las víctimas y los informes elaborados por el Grupo de Memoria Histórica de la Comisión Nacional de Reparación y Reconciliación. Algunas de las denuncias públicas emitidas por víctimas se han referido a esta macabra colaboración de las Fuerzas Armadas con los paramilitares: “La Unidad de Justicia y Paz de la Fiscalía registraba en agosto de este año cerca de 500 denuncias contra miembros de la fuerza pública por posibles nexos con las autodefensas” (VerdadAbierta, s.f). El informe de Human Rights Watch titulado: “La Sexta División: Militares, Paramilitares y Política estadounidense”¹⁴ publicado en septiembre de 2001, se centró en esta relación entre Fuerzas Armadas y paramilitarismo, enunciando gran cantidad de situaciones en las que la Fuerza Pública por acción u omisión estuvo involucrada en graves violaciones a los Derechos Humanos y al Derecho Internacional Humanitario en las diferentes regiones del país.

El caso de la Masacre de Mapiripán, ocurrida en julio de 1997 en el municipio del mismo nombre ubicado en el departamento del Meta al oriente del país, es uno de los casos emblemáticos sobre este tema, pues el desmovilizado jefe paramilitar Salvatore Mancuso reveló en sus declaraciones que los paramilitares habían contado para esta acción con la complicidad de miembros del ejército, la policía, funcionarios públicos e incluso algunos habitantes de la localidad. Las investigaciones por estos hechos llevaron a que la Corte Interamericana de Derechos Humanos proferiera un fallo ejemplar en el que condenó al Estado Colombiano por la complicidad de las Fuerzas Militares y las

¹⁴ El nombre de “Sexta División” obedece a que en esa época el Ejército Nacional contaba con cinco Divisiones que operaban en el país, pero debido a esta alianza extra-oficial, los paramilitares empezaron a ser llamados popularmente de esta manera.

Autodefensas y exigió la reparación integral de las víctimas. Este fallo fue recientemente controvertido por el gobierno colombiano y se le intentó deslegitimar ante la opinión pública por la revelación de supuesta información falsa en cuanto al número de víctimas de la masacre, ante lo cual la Corte Interamericana de Derechos Humanos emitió un comunicado el 31 de octubre de 2011 en el que afirma:

“El Estado colombiano reconoció su responsabilidad internacional por la violación de los derechos a la vida, la integridad y la libertad personal de las víctimas de la Masacre de Mapiripán mediante un escrito del 4 de marzo de 2005. El Estado pidió perdón en los siguientes términos: “expresa su profundo respeto y consideración por las víctimas de los hechos ocurridos en Mapiripán entre el 15 y el 20 de julio de 1997, y evoca su memoria para lamentar y pedir perdón a sus familiares y a la sociedad colombiana” [...]

El 12 de julio de 1997, aproximadamente un centenar de miembros de las Autodefensas Unidas de Colombia (AUC) aterrizaron en el aeropuerto de San José de Guaviare. El Ejército colombiano permitió el aterrizaje y facilitó sus camiones para transportar a los paramilitares hasta Mapiripán. Al amanecer del 15 de julio de 1997, más de 100 hombres armados rodearon Mapiripán por vía terrestre y fluvial. Los paramilitares vestían prendas de uso privativo de las fuerzas militares, portaban armas de corto y largo alcance, cuyo uso era monopolio del Estado, y utilizaban radios de alta frecuencia. Al llegar a Mapiripán, los paramilitares tomaron el control del pueblo, las comunicaciones y las oficinas públicas y procedieron a secuestrar, matar e intimidar a sus habitantes. El ejército colaboró con el suministro de pertrechos y comunicaciones. La Fiscalía General de la Nación concluyó que los comandantes de las Brigadas VII y de la Brigada Móvil II exhibieron completa inactividad funcional y operativa a pesar de tener conocimiento sobre la masacre. [...]

La Comisión reitera que es obligación del Estado investigar debidamente las violaciones a los derechos humanos ocurridas en Colombia que han costado la vida a miles de colombianos y que han contado con la comprobada aquiescencia y/o participación de agentes estatales. Asimismo, reitera su reconocimiento a las organizaciones de derechos humanos colombianas, que a lo largo de estas últimas décadas han desarrollado su trabajo en defensa de derechos humanos en situaciones de serio riesgo, lo cual ha costado la vida a defensores y defensoras y que ha llevado a la Comisión Interamericana a solicitar reiteradamente al Estado colombiano a respetar y proteger su accionar” (CIDH, 2011).

La expansión territorial de los grupos paramilitares y su disputa con las guerrillas hicieron que los hechos de violencia ligados al conflicto armado se extendieran por toda la geografía nacional, dejando de limitarse a las zonas rurales y tomando paulatinamente a las ciudades, principalmente Medellín, Cali y Bogotá. Como producto de ello, en 2002 el Ejército Nacional lanzó dos

grandes operaciones conjuntas en la Comuna 13 de Medellín, argumentando que existía allí la presencia y control armado de milicianos de las FARC, del ELN y de los Comandos Armados del Pueblo –CAP-. Estas operaciones militares que se denominaron Mariscal, realizada en mayo de 2002, y Orión, realizada en octubre del mismo año, fueron las más grandes intervenciones de guerra urbana en la historia del país. Durante las operaciones fueron cercados los barrios que componen esta Comuna y que albergan a más de 100.000 habitantes y se desplegaron en ellos miembros de la Policía, el Cuerpo Técnico de Investigaciones de la Fiscalía, el Departamento Administrativo de Seguridad y las Fuerzas Armadas. En la operación Mariscal se calcula que participaron aproximadamente 700 efectivos, con uso de helicópteros y tanquetas, que dispararon en las calles de los barrios con armas de alto poder, entre las que se cuentan ametralladoras M60, fusiles, helicópteros artillados y francotiradores que se ubicaron en las partes altas de los barrios:

“En desarrollo de la operación, la Fuerza Pública sostuvo combate con miembros de las FARC-EP, ELN y Comandos Armados del Pueblo, CAP [...] La situación más grave se presentó en la unidad hospitalaria, en donde se estableció el comando del operativo y aguardaban los miembros de la Fiscalía y Procuraduría. Desde allí, los miembros de la Fuerza Pública disparaban indiscriminadamente” (CINEP & JusticiaPaz, octubre de 2002, pág. 73).

En la Operación Orión realizada en octubre de ese mismo año por orden directa del Presidente de la República Álvaro Uribe Vélez, participaron más de 1.000 integrantes de la Fuerza Pública que:

“[...] sostuvieron enfrentamientos con guerrilleros de las FARC-EP y ELN, al igual que con los Comandos Armados del Pueblo, CAP, durante los cuales murió un civil y 38 más resultaron heridos, entre ellos varios menores de edad; fueron desaparecidos por miembros del Ejército Nacional, paramilitares de las AUC e integrantes del CTI de la Fiscalía otros ocho civiles y detenidos más de 300 pobladores de la Comuna 13. Igualmente, murieron ocho guerrilleros, así como un subteniente de la Policía, un teniente y dos soldados del Ejército; también resultaron heridos cinco miembros de la Policía y nueve del Ejército Nacional” (CINEP & JusticiaPaz, octubre de 2002, pág. 24).

En ambas operaciones existieron denuncias acerca de graves violaciones a los Derechos Humanos cometidas por los miembros de la Fuerza Pública, entre las que se cuentan: ejecución extrajudicial por persecución política; herido por persecución política; detención arbitraria por persecución política y amenaza por persecución política. Además se registraron denuncias por infracciones al Derecho Internacional Humanitario, entre las que sobresalen: homicidio intencional de persona protegida; herida intencional en persona protegida; amenaza; ametrallamiento y/o bombardeo indiscriminado sobre bienes civiles y pillaje.

Con los dos períodos presidenciales de Álvaro Uribe Vélez entre los años 2002 y 2010, el conflicto armado colombiano tuvo un viraje significativo por el énfasis puesto por el mandatario en la vía militar a través de su “Política de Seguridad Democrática”, con la cual se dio continuidad a la reestructuración de las Fuerzas Armadas iniciada durante el gobierno de Andrés Pastrana, pero se pasó a un mayor énfasis en la recuperación del territorio por parte de la Fuerza Pública y al aumento del número de hombres en armas, para lo cual se plantearon programas de vinculación de soldados campesinos, así como de capacitación y entrenamiento para soldados regulares y profesionales. Según señalan Escobar, Pabón y Mendivil:

“La estrategia anunciada para lograr la reconstrucción del país a través de la seguridad democrática consta de siete pasos: 1) fortalecer la Fuerza Pública para recuperar el control del territorio y proteger la infraestructura y soberanía nacionales; 2) desarticular la cadena de producción y tráfico de drogas ilícitas; 3) fortalecer la justicia; 4) atender las zonas deprimidas y de conflicto; 5) fortalecer las relaciones internacionales; 6) fortalecer la convivencia y los valores ciudadanos y 7) promover y proteger los Derechos Humanos y el Derecho Internacional Humanitario [...] La política de Seguridad Democrática busca que el Estado retome el control legítimo de las zonas de influencia de los grupos ilegales, mediante la acción de las Fuerzas militares y la presencia de la Policía Nacional, que conduzca finalmente a otro tipo de presencia del Estado. La estrategia se resume en recuperación, presencia y consolidación” (Escobar, Pabón, & Mendivil, 2006, págs. 201-202).

Para profundizar en la actualización militar de las Fuerzas Armadas y en el marco de la Política de Seguridad Democrática, el gobierno de Álvaro Uribe

Vélez formuló el “Plan Patriota”, presentado como una extensión del Plan Colombia y catalogado como el plan más ambicioso para hacer un cambio en la situación de guerra contra los insurgentes, pasando de la defensiva a la ofensiva (Escobar, Pabón, & Mendivil, 2006, pág. 205). Adicionalmente, para el desarrollo de las operaciones militares en el sur del país, una macroregión de tradicional control guerrillero que abarca desde el Océano Pacífico en frontera con el Ecuador hasta el río Amazonas en frontera con Perú y Brasil, se creó la “Fuerza de Tarea Conjunta Omega” entre noviembre de 2003 y enero de 2004, la cual dio inicio a una nueva forma de operar de las Fuerzas Armadas, combinando las acciones de Ejército, Armada y Fuerza Aérea, las cuales son comandadas y coordinadas por un solo oficial, que puede hacer parte de cualquiera de los tres cuerpos: “La nueva doctrina es dividir el país en seis zonas geográficas (Caribe, Pacífico, sur, oriente, centro, Llanos), y crear comandos unificados de las tres fuerzas bajo el mando de un solo hombre” (Escobar, Pabón, & Mendivil, 2006, pág. 208). Con esta nueva estrategia las Fuerzas Armadas han logrado algunos de los golpes militares más fuertes que han sufrido las FARC desde su creación, lo cual ha llevado a esta guerrilla a cambiar su estrategia de la “guerra de posiciones” propia de su estrategia de control territorial de la segunda mitad de la década de los años 90’s, a una nueva guerra de guerrillas caracterizada por pequeños grupos de rápida movilidad, efectivos para realizar sabotajes y emboscadas, pero no para sostener grandes confrontaciones. Entre los golpes sufridos por las FARC en el último tiempo, muchos de los cuales derivan de los adelantos tecnológicos aplicados en la guerra por las Fuerzas Armadas tales como el rastreo satelital, la visión nocturna y los bombardeos dirigidos por teledetección laser, están: la muerte en combate de su máximo comandante Guillermo León Sáenz alias Alfonso Cano, el 4 de noviembre de 2011; la muerte del miembro del Secretariado Víctor Julio Suarez Rojas alias “Mono Jojoy” bombardeado en su campamento el 22 de septiembre de 2010; la muerte del miembro del Secretariado Luis Edgar Devia Silva alias “Raúl Reyes” bombardeado en su

campamento en frontera con Ecuador el 1 de marzo de 2008¹⁵ y la captura de Ricardo Palmera alias “Simón Trinidad” en 2004¹⁶. También se han producido varias operaciones de rescate de civiles y militares secuestrados por las FARC, entre las que se cuenta la conocida Operación Jaque, en la fueron liberados la excandidata presidencial Ingrid Betancourt, tres contratistas estadounidenses, siete miembros del Ejército Nacional y cuatro de la Policía del 2 de julio de 2008¹⁷. El énfasis puesto en la acción militar contra las FARC se explica en el auge que tenía esta guerrilla y en su relación con el negocio del narcotráfico, por lo cual las acciones militares contra otros grupos como el ELN han disminuido radicalmente desde 2004, ya que: “según las autoridades castrenses, las FARC cuentan ahora con unos 8.000 combatientes y el ELN con no más de 2.500” (Elespectador.com, 8 de noviembre de 2011).

La situación de conflicto armado en Colombia varió también sustancialmente en los últimos cinco años como consecuencia de la aplicación de la Ley de Justicia y Paz aprobada en 2005 y la desmovilización de los grupos paramilitares, lo cual fue sucedido por la aparición de estructuras criminales ligadas al narcotráfico y remanentes de los grupos paramilitares antes agrupados en las Autodefensas Unidas de Colombia. Estos nuevos grupos que se reconocen en el país como Bandas Criminales Emergentes al servicio del narcotráfico – BACRIM-, en muchos casos obedecen al rearme de aquellos grupos que se suponían desmovilizados y actúan en zonas que se suponían “pacificadas”:

“El surgimiento de estos grupos [las BACRIM] coincidió con un incremento significativo de los índices de desplazamientos internos en todo el país desde 2004 hasta al menos 2007. Y resulta claro que en algunas regiones, como en la ciudad de Medellín, donde el índice de homicidios casi se ha duplicado en el último año, los operativos del grupo han causado un marcado incremento de la violencia. Para gran parte de la población civil, la desmovilización de las AUC prácticamente no ha contribuido a cambiar la situación de temor y violencia con

¹⁵ Por este hecho se produjo la ruptura de relaciones entre el gobierno de Rafael Correa y Álvaro Uribe Vélez, ya que el bombardeo se realizó en territorio ecuatoriano.

¹⁶ Para una mayor profundización acerca de la estrategia de golpes selectivos a los miembros del Secretariado de las FARC puede verse BBCMundo (2011).

¹⁷ La Operación Jaque fue ampliamente difundida a nivel internacional e inclusive fue tema para un documental realizado por The History Chanel. Para mayor información sobre esta operación puede verse Elespectador.com (2 de julio de 2011).

la cual conviven [...] La amenaza que representan los grupos sucesores es a la vez grave y cada vez mayor. La Policía Nacional de Colombia estima que tienen más de 4.000 miembros. Los cálculos de las organizaciones no gubernamentales indican que podrían ascender a 10.200. Según datos conservadores de la policía, los grupos suman rápidamente nuevas zonas de operación y, en julio de 2009, tenían presencia en al menos 173 municipios de 24 de los 32 departamentos de Colombia” (HumanRightsWatch, 2010, pág. 3).

A principios de este año, el entonces Ministro de Defensa, Rodrigo Rivera, reconoció que las BACRIM: “fueron responsables del 47% de los homicidios ocurridos en el 2010, es decir, algo más de siete mil” (El Tiempo, 25 de enero de 2011 citado en Romero & Arias, 2011). Existen al menos nueve BACRIM de las que se tiene información: Los Urabeños, Los Rastrojos, el Ejército Revolucionario Popular Anticomunista –ERPAC–, Los Paisas, Los Machos, Nueva Generación, el grupo del Magdalena Medio, Renacer y Las Águilas Negras.

“El gobierno colombiano y algunos analistas califican a los grupos sucesores como “bandas criminales emergentes al servicio del narcotráfico” (o BACRIM), e insisten en que los grupos sucesores son un fenómeno nuevo y totalmente distinto de los paramilitares. Otros expertos consideran que son una continuación de las AUC, o una nueva generación de paramilitares. Independientemente de cómo se clasifique a los grupos sucesores, la realidad es que actualmente cometen en forma habitual ataques contra civiles y crímenes atroces que incluyen masacres, ejecuciones, violaciones sexuales y desplazamientos forzados” (HumanRightsWatch, 2010, pág. 4).

Dentro de las zonas de influencia de estos grupos armados resaltan el Urabá y el Bajo Cauca Antioqueño, la zona media de la Costa Pacífica, la ciudad de Medellín y los departamentos de Meta y Nariño.

Este recorrido histórico por el conflicto armado colombiano nos hace comprender porque son imágenes recurrentes de la memoria colectiva las miles de muertes y las pérdidas materiales producidas en más de cinco décadas de enfrentamientos que se han caracterizado por la multiplicidad de

los actores armados y por sus implacables y crueles arremetidas contra la población no combatiente¹⁸.

2.5. Memoria, verdad y reconciliación. Avances legales para la superación del conflicto armado colombiano.

Colombia no ha sido ajena al auge descrito de la memoria colectiva como elemento esencial en la reparación, la reconciliación y la superación de los traumas producidos por el conflicto armado. En concordancia con el interés de producir en el país un “escenario post-conflictual”, los gobiernos de los últimos años, presionados por sectores críticos de la sociedad civil y asociaciones de víctimas, han enfatizado en la necesidad de reconstruir la memoria histórica y reivindicar el derecho a la verdad y a la reparación como condiciones de posibilidad para el perdón y el olvido necesarios para la tan anhelada paz. Esta reflexión se incorporó en el año 2005 en la Ley de Justicia y Paz (conocida como Ley 975 de 2005) del gobierno del Presidente Álvaro Uribe Vélez, la cual resultó de unos diálogos de paz con los paramilitares y sirvió para su desarme y desmovilización. Aunque esta Ley no está enfocada exclusivamente a la reconstrucción de la memoria histórica, incorpora valiosas instancias como las “versiones libres” que permiten que aquellos que se acogen a los beneficios de la Ley, ofrezcan a cambio declaraciones sobre los hechos de su responsabilidad, confrontando a las víctimas y ofreciendo respuestas a quienes muchas veces desconocían las maneras en que fallecieron o desaparecieron sus seres queridos. Sobre esta Ley ha habido múltiples críticas, pues según manifiestan expertos juristas, otorga un vacío legal en el que se privilegia la impunidad y en el que no se dan garantías reales para la reparación y la reconciliación. Human Rights Watch por ejemplo señala:

“Para quienes ya estaban siendo investigados o admitieran haber cometido delitos graves, el gobierno de Uribe redactó la Ley de Justicia y Paz de 2005,

¹⁸ Para profundizar sobre las implicaciones de la generalización de la violencia en la identidad individual y colectiva, puede verse Blair (1998).

que establecía que las personas desmovilizadas responsables de delitos graves, incluidos delitos de lesa humanidad y narcotráfico, podrían beneficiarse con penas reducidas de entre 5 y 8 años (y, si se aplicaban nuevas reducciones, esas penas podían ser, en los hechos, de menos de tres años) [...] Si la Ley de Justicia y Paz se hubiera implementado en los términos de su redacción original, los paramilitares no habrían tenido ningún incentivo significativo para hablar sobre sus crímenes o cómplices, y cualquier investigación de sus delitos se habría cerrado rápidamente. Todo cambió cuando la Corte Constitucional colombiana revisó la ley a mediados de 2006. La Corte aprobó la ley, pero condicionó dicha aprobación a que se le realizaran varias reformas fundamentales. Como resultado de las modificaciones de la Corte, la Ley de Justicia y Paz ahora exige confesiones completas y veraces, dispone la revocación de las penas reducidas si los paramilitares mienten o no cumplen con una serie de requisitos, y no establece límites en cuanto a los plazos de las investigaciones. La Corte también eliminó disposiciones que permitirían a los paramilitares cumplir penas reducidas fuera de prisión y que reducirían sus condenas a menos de cinco años, al computar el tiempo transcurrido durante las negociaciones como tiempo efectivamente cumplido a efectos de la pena” (HumanRightsWatch, 2008).

En su Artículo 4º, la Ley 975 reconoce el derecho a la verdad, la justicia y la reparación y al debido proceso, señalando que: “El proceso de reconciliación nacional al que dé lugar la presente ley, deberá promover, en todo caso, el derecho de las víctimas a la verdad, la justicia y la reparación”. Para efectos del cumplimiento de este derecho, define las víctimas de la siguiente manera:

“ARTÍCULO 5º. DEFINICIÓN DE VÍCTIMA. Para los efectos de la presente ley se entiende por víctima la persona que individual o colectivamente haya sufrido daños directos tales como lesiones transitorias o permanentes que ocasionen algún tipo de discapacidad física, psíquica y/o sensorial (visual y/o auditiva), sufrimiento emocional, pérdida financiera o menoscabo de sus derechos fundamentales. Los daños deberán ser consecuencia de acciones que hayan transgredido la legislación penal, realizadas por grupos armados organizados al margen de la ley” (Colombia C. d., Ley 975 de 2005., 2005).

Esta definición de víctima excluye aquellas personas que hayan sido afectadas por el accionar de los agentes del Estado. Los Artículos 6º y 7º definen el Derecho a la Justicia y el Derecho a la Verdad, respectivamente, mientras que el Artículo 8º al definir el derecho a la reparación expresa directamente la importancia de la reconstrucción de la memoria:

“ARTÍCULO 8°. DERECHO A LA REPARACIÓN. El derecho de las víctimas a la reparación comprende las acciones que propendan por la restitución, indemnización, rehabilitación, satisfacción; y las garantías de no repetición de las conductas.

Restitución es la realización de las acciones que propendan por regresar a la víctima a la situación anterior a la comisión del delito.

La indemnización consiste en compensar los perjuicios causados por el delito.

La rehabilitación consiste en realizar las acciones tendientes a la recuperación de las víctimas que sufren traumas físicos y psicológicos como consecuencia del delito.

La satisfacción o compensación moral consiste en realizar las acciones tendientes a restablecer la dignidad de la víctima y difundir la verdad sobre lo sucedido.

Las garantías de no repetición comprenden, entre otras, la desmovilización y el desmantelamiento de los grupos armados al margen de la ley.

Se entiende por reparación simbólica toda prestación realizada a favor de las víctimas o de la comunidad en general que tienda a asegurar la preservación de la memoria histórica, la no repetición de los hechos victimizantes, la aceptación pública de los hechos, el perdón público y el restablecimiento de la dignidad de las víctimas.

La reparación colectiva debe orientarse a la reconstrucción sico-social de las poblaciones afectadas por la violencia. Este mecanismo se prevé de manera especial para las comunidades afectadas por la ocurrencia de hechos de violencia sistemática” (Colombia C. d., Ley 975 de 2005., 2005).

La Ley contiene además otro importante aporte para el posicionamiento público del valor de la memoria en la superación del conflicto armado en su Artículo 50°, en el cual se crea la Comisión Nacional de Reparación y Reconciliación – CNRR- que tiene entre sus funciones definidas en el Artículo 52°:

“Garantizar a las víctimas su participación en procesos de esclarecimiento judicial y la realización de sus derechos; Hacer seguimiento y evaluación periódica de la reparación de que trata la presente ley y señalar recomendaciones para su adecuada ejecución; y Adelantar acciones nacionales de reconciliación que busquen impedir la reaparición de nuevos hechos de violencia que perturben la paz nacional” (Colombia C. d., Ley 975 de 2005., 2005).

En el encuentro programático llevado a cabo entre noviembre de 2007 y marzo de 2008 por la plenaria de la CNRR, se definió que este organismo:

“Abordará el tema de la reconciliación en un contexto de justicia transicional, es decir, en conexión y concordancia directa con los problemas de **la verdad, la justicia, la reparación y las garantías de no repetición** y teniendo siempre en cuenta el conjunto de las obligaciones que se derivan para las diferentes sectores de la sociedad. Y, de la misma manera, la CNRR adopta como marco de sus definiciones, el horizonte político e institucional de la construcción de un

Estado social de derecho que defienda y promueva los derechos humanos y la democracia participativa y que defienda toda vida, incluida la del Planeta” (CNRR, 2008: 2)¹⁹.

Además plantea que:

“La reconciliación es “tanto una meta como un proceso de largo plazo, de personas o sociedades, encaminado a construir un clima de convivencia pacífica basado en la instauración de nuevas relaciones de confianza entre los ciudadanos y las instituciones del Estado y entre ellos mismos, así como la profundización de la democracia, con la participación de las instituciones y la sociedad civil” (CNRR, 2008, pág. 2).

En mayo de 2008 fueron extraditados a los Estados Unidos la mayoría de los líderes paramilitares que se habían acogido a la Ley 975 de 2005, por orden del Presidente de la República Álvaro Uribe Vélez, con el argumento de que serían juzgados por delitos de narcotráfico en ese país. Aunque las penas que se ven obligados a pagar en Estados Unidos pueden ser mayores a las que recibirían en Colombia, el proceso de verdad, justicia y reparación se vio abruptamente interrumpido por su salida del país, además de que no es claro ahora que sigan confesando sus crímenes y confrontando a sus víctimas en Colombia. Luego de 5 años de la entrada en vigencia de la citada Ley, sólo se había logrado una condena y el represamiento de los procesos iba en aumento, tal y como lo indicaba la Fiscalía General de la Nación (Elcolombiano.com, 2010). Esto hizo que a 31 de julio de 2011, sólo se hayan obtenido 4 sentencias en Justicia y Paz (VerdadAbierta, 2011).

Aunque el gobierno señaló que la Ley de Justicia y Paz era un éxito en tanto que permitió la desmovilización de 3.000 paramilitares, según el informe de Human Rights Watch en 2008 sólo 300 de los desmovilizados se habían acogido a dicha Ley (HumanRightsWatch, 2008, pág. 8). Para solucionar esta situación en octubre de 2011 se declaró por parte de la Corte Constitucional la conformidad con la Constitución Política de la Ley 1424 de 2010, que busca solucionar la situación jurídica de la mayoría de los casi 25.000 desmovilizados de los grupos armados ilegales. Según señala la Revista Semana, mediante

¹⁹ El resaltado en negrilla es mío.

esta ley se les suspendieron las órdenes de captura y las condenas vigentes en su contra, siempre y cuando no hubiesen cometido delitos de lesa humanidad, en respuesta a ello:

“Los desmovilizados deberán, a cambio, contribuir con la construcción de la verdad, en un mecanismo que no tendrá consecuencias jurídicas ni penales, y suscribir compromisos con los programas de reintegración ofrecidos por el Estado. Serán imputados del delito de concierto para delinquir, pero no pagarán pena de cárcel [...]” (Semana.com, 13 de octubre de 2011).

El actual gobierno del Presidente Juan Manuel Santos, que se desempeñó como Ministro de Defensa durante la Presidencia de Álvaro Uribe Vélez, ha realizado esfuerzos importantes por la reparación de las víctimas, reconociendo la importancia de la memoria histórica en la resolución del conflicto armado. Su mayor aporte hasta ahora ha sido la formulación y gestión para la aprobación por parte del Congreso de la República de Ley de Víctimas y Restitución de Tierras, aprobada el 10 de junio de 2011. Con esta Ley se busca garantizar los derechos de verdad, justicia y reparación y favorecer procesos de reconciliación, por lo cual establece en su Artículo 3º que son víctimas:

“Todas aquellas personas que individual o colectivamente hayan sufrido un daño por hechos ocurridos a partir del 1º de enero de 1985, como consecuencia de infracciones al Derecho Internacional Humanitario o de violaciones graves y manifiestas a las normas internacionales de Derechos Humanos, ocurridas con ocasión del conflicto armado interno” (Colombia C. d., 2011).

Con la entrada en vigencia de esta Ley se dio un importante paso para el reconocimiento público de procesos de victimización y vulneración de derechos que habían hasta este momento estado ocultos o permanecían en la impunidad. Se calcula que por lo menos el 10% de la población colombiana podría ser considerada en la categoría de víctima contemplada en la Ley. Otro de los aportes importantes de la Ley de Víctimas es el reconocimiento que hace de los efectos diferenciales del conflicto armado, para lo cual establece políticas específicas para el tratamiento de las afectaciones de acuerdo con criterios de género y grupo étnico. Ante todo, el avance sustancial de la Ley está en el haber establecido que la disputa por la tenencia de la tierra y el

desplazamiento forzado son fenómenos constitutivos del conflicto armado colombiano, además de que sienta las bases para la restitución, reparación y reconciliación con recurso a un proceso de reconstrucción de la memoria histórica. Lo más difícil por ahora es la implementación de la Ley en un país que continúa en guerra y en el que las trabas a la justicia y la impunidad han sido una constante. Un primer obstáculo podría estar en el hecho de que las BACRIM no fueron reconocidas como actores políticos del conflicto armado interno y el negarles su condición de beligerancia dejará a sus víctimas por fuera del ámbito de aplicación de esta Ley. Otra dificultad sensible para los procesos de reparación la representa la inexistencia de títulos de propiedad en muchas de las áreas de desplazamiento, así como la continuidad de la presencia de los actores armados, lo cual aunque ha sido reconocido por la Ley, sigue representando un problema en el momento de la reparación que debe ser administrada por las autoridades locales que son amenazadas o que no tienen los recursos legales suficientes. Un último obstáculo para la restitución de tierras lo puede representar la categoría de “tenedores de buena fe”, dentro de la cual fueron considerados en la Ley aquellas personas que adquirieron los predios desconociendo que estaban involucrados en apropiaciones violentas por parte de actores armados. Estos nuevos propietarios difícilmente querrán renunciar a sus tierras para restituirlas a sus dueños originales.

Un último aporte del actual gobierno para la búsqueda de salidas al conflicto armado, en concordancia con la importancia que tiene la memoria histórica para la reconciliación, la reparación y el restablecimiento de la cohesión social y la convivencia lo constituye el Decreto 2244 de junio 28 de 2011, por medio del cual se le asignaron funciones al Centro de Memoria Histórica en su artículo 1º:

“Recolectar, clasificar, sistematizar, analizar y preservar la información que surja de los Acuerdos de Contribución a la Verdad Histórica y la Reparación de que trata la Ley 1424 de 2010, así como de la información que se reciba, de forma individual y colectiva, de los desmovilizados con quienes se haya suscrito el Acuerdo de Contribución a la Verdad Histórica y la Reparación y de aquellas personas que voluntariamente deseen hacer manifestaciones sobre asuntos que guarden relación o sean de interés para el mecanismo no judicial de contribución a la verdad y la memoria histórica.

Suscribir convenios, contratos y cualquier otro acto jurídico que se requiera para la ejecución de sus funciones y el desarrollo de su mandato.

Producir informes periódicos con carácter general que den a conocer a la sociedad colombiana los avances en el desarrollo de sus funciones. Estos informes serán publicados y difundidos por los medios que se consideren más conducentes para que su contenido sea conocido por toda la sociedad colombiana” (Colombia M. d., 2011).

El Centro de Memoria Histórica contará con la colaboración de todas las entidades del Estado y podrá acceder a la información que posean y que sea relevante para el proceso de reconstrucción de la memoria histórica.

Estos avances legislativos abren un panorama importante para la reconciliación nacional y para la reparación integral de quienes han sido víctimas de los actores armados. En todos ellos se pone en evidencia la importancia de la memoria para la restitución de condiciones de vida digna, para la superación de los traumas, la creación de espacios de encuentro y perdón y, para la recuperación de los relatos de dolor y sufrimiento que han permanecido ocultos o silenciados, atormentando incesantemente a quienes aunque lograron sobrevivir a los hechos de violencia llevan las pérdidas tatuadas en sus memorias y en sus cuerpos.

CAPITULO 3. Las tramas de la evocación. Estrategias metodológicas para la etnografía de la memoria.

La antropología de la memoria comporta serios retos metodológicos, su objeto trascendido en el tiempo e inscrito de formas ingeniosas en el espacio hace que las técnicas de la etnografía convencional sean insuficientes para agotar la riqueza narrativa con que la memoria provee a individuos y colectivos. ¿Cómo hacer etnografías del pasado recordado, narrado e inscrito en el espacio habitado?, ¿cómo aproximarse a objetos tan inasibles como los recuerdos y los olvidos? Estos interrogantes nos acercan a la insuficiencia de la observación participante, técnica privilegiada por la etnografía clásica, a la hora de abordar la investigación antropológica de la memoria que está confrontada con un objeto no observable ni medible y cuya puesta en evidencia requiere del acto de habla.

El carácter dialógico y la polivalencia de las versiones del pasado, además de su evidente y característica multiplicidad, ameritan que el etnógrafo recurra a estrategias creativas de expresión y a la disposición de espacios de debate apropiados para permitir el intercambio, el encuentro y la disputa narrativa entre los múltiples sujetos implicados en la rememoración. Es por ello que la exploración realizada en torno a las memorias sociales me ha llevado a formular una metodología integradora, abierta al diálogo de saberes y expuesta al reconocimiento del etnógrafo como un agente social que interactúa en un campo de aprendizajes compartidos. Este diálogo de saberes parte del reconocimiento del etnógrafo como portador del saber científico, propio de la formación académica que le ha provisto de un entrenamiento y de un léxico particular, mientras que las personas que habitan los lugares a los que arriba para realizar su etnografía, poseen también unos saberes derivados de su experiencia de interacción social y del proceso de configuración de sus territorios. Estos saberes anteceden y seguramente sucederán en dichos lugares al saber del etnógrafo, por lo que necesariamente deben entrar en

diálogo y en negociación a la hora de construir colectivamente el conocimiento al que la investigación aspira.

La preocupación por el diálogo de saberes es consecuencia de la revaluación que se ha promovido en el quehacer antropológico desde hace ya algún tiempo como resultado de las reflexiones hechas por la antropología posmoderna anglosajona, los estudios poscoloniales hindúes y la modernidad/colonialidad en Latinoamérica, los cuales han generado posturas críticas sobre la manera en que la ciencia occidental en general y la disciplina antropológica en particular construyeron su objeto de estudio. En la vertiente posmoderna se cuestionaron seriamente: la relación de dominio entre el antropólogo y sus informantes; la construcción discursiva de la realidad del otro que se asemeja a una ficción narrativa y las implicaciones éticas de la prejuiciosa mirada del etnógrafo sobre la cultura a la que se aproxima²⁰. Los estudios de la poscolonialidad y la perspectiva decolonial por su parte, pusieron el acento crítico en la relación de dominio epistémico entre la ciencia occidental y los saberes locales, llamando la atención sobre el lugar de enunciación desde el que se produce y circula el conocimiento y develando con ello la práctica colonial de supresión de las experiencias, las memorias y los saberes locales. Esta dominación se articula en la geopolítica del conocimiento y se expresa en la colonialidad del poder, del saber y del ser (Castro-Gómez & Grosfoguel, 2007).

La conjugación de estas vertientes críticas permite a la antropología contemporánea confrontar un hecho que evadió la tradicional asunción de la autoridad textual en la persona del etnógrafo: los objetos de estudio son también seres humanos, personas como nosotros y, en tanto tal, sujetos en interacción al momento de participar en el proceso etnográfico. La imposición del carácter de objetos de estudio es contestada e invalidada por sujetos capaces, conscientes y proclives a participar de la interpretación de los datos etnográficos, desmintiendo con ello que la autoridad textual sea propiedad

²⁰ Resulta pertinente el texto de Reynoso (1996) que compila una serie de textos relacionados con la hermenéutica textual y las encrucijadas de la etnografía en el contexto contemporáneo.

exclusiva del etnógrafo. Sus cuestionamientos coinciden en que la sociedad contemporánea se caracteriza por la diversidad y exalta la pluralidad, favoreciendo en ciertos sectores el desasosiego y la contestación frente a discursos que pretenden anular la diferencia. Tomando en cuenta estas cuestiones, es necesario que la antropología de la memoria asuma seriamente el reto que le impone esta interpelación hecha por los otrora objetos de estudio, de manera que ahora no deberá apuntarse a la consecución de categorías y conceptos abstractos, pretendidamente objetivos, neutros y desprovistos de la interferencia molesta de quienes, paradójicamente, constituyen su naturaleza, sino que deberá más bien realizarse la etnografía en una constante mediación de significados que controvierte el arrebató egoísta de la autoridad textual por parte del etnógrafo y crea un espacio para el debate y la interacción con los demás sujetos partícipes de la investigación.

La consolidación de movimientos sociales que disienten y expresan sus puntos de vista alternativos sobre lo que debe ser la producción de conocimiento en y sobre las comunidades locales está creando en América Latina fracturas con los sectores radicales de la academia, aferrados a criterios clásicos de rigurosidad y autoridad textual. Esto ha generado también interesantes asociaciones con sectores renovadores del quehacer académico que han reconocido que la emergencia de esos sujetos sociales plantea críticas serias a la práctica científica. La etnografía, que ha sido la herramienta privilegiada de la antropología, no escapa a este conjunto de críticas que reclaman el cuestionamiento del realismo endilgado a la escritura del etnógrafo como modo de autoridad y buscan con ello que sean replanteados conceptos y categorías analíticas asumidos de manera automática como válidos. Se trata en últimas de un posicionamiento político en que aquellos “otros”-objetos de estudio, reivindican la validez del saber propio e interrogan la intrusión de las investigaciones académicas en sus espacios, reclamando claridad sobre las intenciones del etnógrafo, sobre sus métodos y técnicas para la recolección de información y sobre la utilidad de sus estudios para las comunidades locales. La respuesta comprometida a estos interrogantes implica al etnógrafo una seria

postura ética y una creativa apuesta metodológica que deposite la autoridad etnográfica en la interacción y en la construcción colectiva de conocimiento, reconociendo el quehacer investigativo como un ejercicio de reinterpretación mutua, un camino para ir del otro hacia mí y en sentido inverso.

De acuerdo con lo anterior, la presente etnografía de las memorias en fuga de las violencias colombianas se concibe como un diálogo y no como un simple relato, lo cual hizo que el diseño metodológico no pudiera limitarse a la observación participante y requirió de un creciente grado de implicación con los interlocutores partícipes del proceso de investigación. El reconocimiento de que este acercamiento a las memorias de violencia, a las imágenes del recuerdo y a los silencios del olvido, se hace en diálogo con ‘personas reales’ que producen sus discursos y narraciones sobre lo acontecido y que sufren muchas veces el desgarramiento de la pérdida de sus territorios y espacios habitados, hizo que las estrategias metodológicas integraran en distintos momentos:

- Recopilación de relatos: entrevistas, historias de vida, diálogos informales y guiones sobre recuerdos familiares.
- Objetos de la memoria: reconstrucción de recuerdos a partir de las cosas y sus lugares de conservación.
- Recorridos territoriales: andar y contar como insumos esenciales para reconocer la conexión de las memorias con el territorio vivido o perdido.
- Cartografía social: dibujo de mapas temáticos sobre el espacio habitado, incluyendo escenarios de pasado, presente y futuro.
- Fotografías como huellas del pasado compartido: trabajo de rememoración basado en los archivos familiares, imágenes de prensa y otros medios impresos.
- Fotografía como recurso expresivo: talleres de composición de relatos en imágenes.
- Elaboración de videos: un paso más para narrar, esta vez con la imagen en movimiento.

3.1. Antes del campo: expectativas y prejuicios.

Algunos referentes que circulan en la literatura antropológica sobre la memoria de la violencia suelen presentarla como la expresión de los recuerdos contenidos, los olvidos impuestos y el silenciamiento al que un determinado *grupo* social, más o menos homogéneo, ha sido sometido como producto de situaciones de subyugación inherentes al conflicto, la dominación y el poder (Castillejo, 2000; Das, 2003; Hinton, 2002). El carácter homogéneo atribuido a la condición de víctimas permite anticipar que existe entre ellas una cierta continuidad narrativa que entrelaza y articula sus relatos en una trama discursiva colectiva, por lo cual, el testimonio y la historia de vida son los elementos claves de la metodología. Los talleres de memoria, concebidos como ejercicios de expresión mnemónica grupal, aparecen como la posibilidad de reunión y debate conjunto para la confrontación de los recuerdos sobre experiencias de violencia compartidas. En el contexto de Suráfrica post-conflicto por ejemplo, Alejandro Castillejo utilizó con bastante acierto esta estrategia que le permitió establecer un vínculo narrativo entre sus interlocutores; sin embargo, partía del hecho de que ya aquellos estaban integrados, casi siempre en organizaciones no gubernamentales dedicadas a la reparación de los efectos del conflicto y a la reinserción de los excombatientes. En cierta manera, la colindancia de los relatos de memoria había sido anticipada y la cohesión entre los sujetos de la investigación era resultado de una vida social compartida. En esas condiciones, los talleres de memoria actuaron no sólo como espacios de remembranza sino que además comportaron un significativo efecto catártico (Castillejo, 2004a).

En las situaciones que están integradas en esta investigación no siempre ese carácter grupal estuvo garantizado, pues no en todos los casos se trabajó con 'comunidades' victimizadas por los mismos procesos de violencia. Las trayectorias individuales y las experiencias específicas adquieren aquí un papel

relevante, con lo cual, la metodología de trabajo grupal utilizada en el contexto del Sudáfrica post-conflicto resulta insuficiente. De allí deriva el que el diseño metodológico de los tres casos etnográficos haya integrado de manera versátil y contextualizada, herramientas y ejercicios específicos, adecuados a las necesidades y retos que cada diálogo con los interlocutores planteaba. En los talleres de la memoria se esperaba crear un campo de encuentro narrativo en el que un grupo convocado para tal efecto realizara una rememoración conjunta de los eventos de violencia sufridos o de aquellos reconocidos conjuntamente por su carácter emblemático, ya fuera por su referencia a magnicidios o por su condición de sucesos con un gran despliegue mediático y que, por lo tanto, pudieran ser sucesos de alguna manera reconocidos e inscritos en la memoria de cualquier colombiano. Las entrevistas estructuradas, una de las herramientas preferidas en muchas etnografías, intentaban crear un entorno narrativo en el que el relato del interlocutor se circunscribiera a las experiencias de violencia que actuaban como marcadores insoslayables en su reconstrucción del pasado, con lo cual se pretendía inferir cuales de esos contenidos de la memoria trascendían de la individualidad y se inscribían en el horizonte conjunto de las representaciones sociales. Las entrevistas se enfocaron en la relación entre memoria/desarraigo/migración, partiendo de la pregunta: ¿actúa la violencia como uno de los desencadenantes de la partida? La historia de vida por su parte se erigió en un elemento clave de aquel diseño metodológico, asumida como una instancia narrativa contundente en la que se pretendía permitir la libertad expresiva de mis interlocutores y obtener relatos sin sometimiento a intereses predeterminados, surgidos de la representación que de sí mismos y de la violencia como marcador indeleble de la memoria pudieran albergar. Esta preocupación por la fluidez narrativa en la historia de vida y su presentación como la versión del 'otro', es un asunto que desde hace algún tiempo ha tomado fuerza en la antropología, tal y como lo señala Néstor García Canclini (1991). Sin embargo, el carácter irrefutable endilgado a la presentación que cada uno hace de su historia personal, desconoce que aún en la transcripción textual las narrativas están atravesadas por la persona del

entrevistador e incluso el ejercicio de la compilación no está desprovisto de intereses sino que incorpora elementos narrativos desde que se inicia la escucha: la emisión del relato está acompañada de la aparición del correlato del oyente.

En una reflexión crítica sobre aquel conjunto de instrumentos para la recolección de información contenidos en el diseño metodológico de la presente investigación, considero que en un principio adolecían de una evaluación coherente de las implicaciones que tiene el acercamiento a un tema tan sensible en la experiencia personal y colectiva como lo son las memorias de violencia. El énfasis puesto en la recolección de datos conexos con los eventos traumáticos, produjo un desinterés por otras facetas de la vida de los interlocutores, desconociendo el contexto socioespacial en que seguían desplegando sus estrategias individuales, familiares o grupales para superar los efectos de los daños sufridos. Es por ello que considero que ciertas preconociones que tenía en relación con el tema y el desconocimiento del contexto social de mis interlocutores me llevaron en los primeros acercamientos a encasillarme en lo que llamo estrategias de *congelamiento ontológico del recuerdo*, pues los distintos instrumentos etnográficos a los que recurría implicaban una suspensión narrativa del interlocutor, quien era sacado de su cotidianidad y compelido a producir imágenes de los hechos concretamente referidos a la violencia sufrida. Este conjunto de herramientas no sólo implicaban la abstracción y aislamiento del presente vivido, sino también la inmersión forzada en el tiempo perdido, en el pasado. Pero además, estos primeros acercamientos habían perdido de vista la relación mutua entre el etnógrafo y sus interlocutores, a quienes les fue asignado un papel relegado y sometido al interés de la extracción mnemónica que constituía el interés de ésta investigación.

El desarrollo del trabajo de campo mismo se encargó de mostrarme lo metodológicamente inconsistente y lo políticamente desacertado de esta forma de proceder, pues aún cuando la persistencia en ceñirme a las historias de vida como elementos claves en la metodología fue transversal a las tres etnografías

que componen esta investigación, surgieron en cada caso suficientes *imponderables* que terminaron por reventar el diseño metodológico previo y exigir la flexibilidad en la integración y aplicación de instrumentos etnográficos. Mis interlocutores mostraron con fortaleza que no estaban dispuestos a la sumisión a la lógica extractiva, confrontando con seriedad y profundidad analítica los presupuestos de la investigación académica, forzándome con ello a vincularme con la intimidad de sus relatos y a compenetrarme con el contexto en el que éstos se producían. En diversas ocasiones la intención de realizar talleres colectivos fue objetada con el argumento de que no estaban en disposición de ventilar sus recuerdos de violencia delante de otras personas. Algunas veces también rechazaron la propuesta de realizar mapas arguyendo casi siempre la incapacidad de expresarse mediante un dibujo. Pero lo más objetado fue la grabación y la realización de entrevistas estructuradas que indagaban de manera recurrente en la presencia de la violencia en sus historias personales. A mi modo de ver, esta objeción escondía detrás del argumento de que: “lo que a mí me pasa o lo que yo sé poco importa a los demás”, dos grandes obstáculos narrativos al relato de las memorias de violencia: 1) el temor a la retaliación aún latente (¿adónde van a parar estos relatos?), 2) la sensación de que los recuerdos personales están limitados al ámbito cercano y nada significan para las vidas e historias ajenas.

Estas objeciones de mis interlocutores suscitaron una revisión de las inconsistencias inherentes a la rigidez con que había diseñado mi metodología de campo, haciéndome entender que había dado demasiado énfasis a la interrogación en torno a la memoria de violencia en encuentros delimitados a hablar sobre el tema y a producir unos relatos concretos. Esto producía una desconexión de mis interlocutores con sus vidas, con el espacio que habitan actualmente y con las personas que comparten sus luchas y sus pérdidas, además de que permitía también que se perdiera la interacción que durante nuestros encuentros se producían entre sus narraciones y mis emociones e ideas. Esta resistencia de mis interlocutores a ser tomados únicamente como dispensarios de información y a someterse a esa lógica extractiva, conculca

con lo descrito por Alejandro Castillejo (2004b) sobre la “industria extractiva” existente en el caso de la reconstrucción de la memoria histórica en Suráfrica. A lo que me estaban llevando mis interlocutores con esta negativa era a compenetrarme con sus vidas y a comprender que el desvelamiento de la memoria de violencia –por extensión a la historia de vida- no se produce a través de sesiones organizadas y planificadas que ellos rechazaban, sino mediante la participación en su experiencia vital y mediante el acercamiento a su cotidianidad. El acceso a los relatos de la memoria y a la reconstrucción de las historias de vida se produjo como efecto del diálogo espontáneo sobre asuntos tan diversos como la desmovilización de los paramilitares, la expansión de los cultivos ilícitos, las noticias sobre el conflicto armado en el país, las leyes de inmigración en España, así como por el acercamiento a sus trayectorias personales y por el recorrido del territorio que actualmente habitan –los *lugares de la permanencia*-.

Las revisiones a las que me forzaron mis interlocutores no sólo fueron un llamado de atención para el diseño metodológico sino que tuvieron también repercusiones sobre la forma en que escribiría el texto con el que narraría la experiencia etnográfica. ¿Qué criterio de autoridad utilizaría durante la presentación textual de la etnografía? La puesta en escena de narraciones en primera persona podría aparecer sugerente en diversos momentos, pero no es suficiente para interpretar lo que esta experiencia de campo significó. Tampoco es suficiente el modo del realismo etnográfico empleado en los estudios clásicos para presentar un relato aparentemente sin suturas en que el etnógrafo deriva sus interpretaciones del hecho inobjetable de ‘haber estado allí’. Por lo tanto, en este texto la autoridad etnográfica está establecida como una mutua implicación narrativa entre el etnógrafo y sus interlocutores, en una postura adherida en parte a la visión interpretativista propuesta por Clifford Geertz (1989), pero consciente además de la importancia que los prejuicios propios interponen como sesgo narrativo a los contenidos que finalmente se privilegian en el texto. Las narraciones en primera persona no sólo representan el intento por dar la voz al ‘otro’, sino también la reflexión crucial de que esta

etnografía está hecha de relatos emitidos por seres humanos sensibles que no quieren ser desconocidos sino, por el contrario, reivindicados en la valentía de su narración. Este descentramiento de la autoridad textual de la persona del etnógrafo es un intento por resolver una seria encrucijada que me planteara mi director de tesis Manuel Delgado: “haz que tu etnografía esté habitada”; aún cuando creo que la contundencia de ésta exigencia me exigirá todavía muchos desvelamientos.

3.2. De la etnometodología a la hermenéutica de la interacción: metodología para la exploración del discurso compartido.

De acuerdo con lo planteado en el apartado anterior, puede comprenderse que la ruta metodológica que implica la investigación en antropología de la memoria comporta importantes retos para el uso y aplicación de herramientas e instrumentos de compilación de los datos, además de que tiene aparejadas profundas reflexiones en torno a los referentes teóricos que deben sustentar los diferentes procesos etnográficos. Asumiendo estas condiciones, durante la presente investigación realicé un acercamiento a los lineamientos de la etnometodología, los cuales en primer momento se me presentaron como los adecuados para abordar de manera rigurosa las implicaciones metodológicas descritas para los estudios de memoria, llegando a consolidar lo que llamaría una *hermenéutica de la interacción*, derivada de los planteamientos del interaccionismo simbólico propuesto por Herbert Blumer (1982).

Bajo el prefijo *etno*, se han producido en las últimas décadas una gran cantidad de estudios cuya intención subyacente es acceder a la interpretación endógena de los fenómenos sociales, en un intento por evitar la intervención del científico social en la interpretación de la realidad. En cierto sentido, la etnometodología representa la exaltación del sentido de lo *emic* -una mirada desde dentro-, que rebatiría la supuestamente prejuiciosa y subjetiva mirada *etic* -desde fuera-. Los estudios etnometodológicos recurren a la lingüística para intentar asegurar la fidelidad a las categorías nativas de interpretación, el levantamiento de

campos semánticos, la construcción de corpus lexicales y el estudio del significado y apropiación de los términos foráneos al interior de la cultura local, constituyen los ejercicios de reflexión preferidos a la hora de establecer la autoridad etnográfica y garantizar la validez de las interpretaciones.

En el contexto Latinoamericano los estudios etnometodológicos han sido utilizados ampliamente por las comunidades locales en un esfuerzo por rebatir la intervención de las ciencias sociales en la definición de su historia propia, además como respuesta política al papel que la ciencia social ha tenido en la configuración de la subalternidad conferida a los grupos étnicos y a las minorías, tal y como lo muestra Rappaport (1998). Lo sugerente de la etnometodología en el caso de las memorias de violencia, es que puede proveer acceso a la interpretación que las personas sometidas a eventos traumáticos tienen acerca de las causas, orígenes y consecuencias de la violencia en Colombia y la relación que tiene con la movilidad humana, el desarraigo, la expulsión de los lugares de origen y la migración. Hay que señalar también que la perspectiva etnometodológica tiene como potencia su compenetración con los significados construidos colectivamente, lo que permite situar la reconstrucción de la memoria en el orden de las imágenes y representaciones producidas en la interacción social.

Este enfoque metodológico privilegia la cotidianidad como instancia narrativa, pues en ella se experimenta la profunda relación que establecen los territorios vividos y perdidos como consecuencia de las experiencias de violencia individual o colectiva. El énfasis en la interacción social se fundamentó precisamente en el hecho de que si se pretende acceder a la memoria de violencia a través de la participación en la cotidianidad de sus portadores, se debe estar dispuesto a controvertir la concepción de la memoria como algo cosido y detenido y se debe atender en cambio la manera en la que ésta se hace presente en la vida social, es decir, se debe estar dispuesto a considerar la *memoria como una acción* que manifiesta lo permeable del presente por las representaciones del pasado. De lo que se trata es de inferir los modos en los que la memoria se hace presente en la cotidianidad y participa en la

actualización de la identidad individual y colectiva y en la definición de las relaciones que se establecen con el actual espacio habitado. Por ello, el diálogo abierto constituye el elemento clave de la estructura narrativa mediante la que se establece la relación con los interlocutores durante la investigación, haciendo que el diario de campo se convierta en un instrumento idóneo para la recopilación de la información que será después integrada en los análisis, además de que permite contener en cierto modo la vivacidad narrativa que comporta una cotidianidad pletórica de situaciones en apariencia inconexas con las memorias de violencia y de otras que remiten inmediata y dolorosamente a ellas.

La observación de la cotidianidad se torna sumamente compleja, ya que introduce al etnógrafo en un flujo de relaciones de gran vivacidad que develan una gran riqueza narrativa, pero a la vez le someten al reto de contener los numerosos intersticios de fugacidad por los que se filtran y escapan informaciones valiosas para las interpretaciones. La participación en la cotidianidad trasciende el aislamiento narrativo dispuesto en técnicas de taller o de entrevista y obliga a ir más allá del papel de simple oyente compilador de historias de vida, produciendo más bien la vinculación con la puesta en escena de las mismas. Fue por ello que en esta investigación se utilizaron distintas estrategias de acercamiento a la cotidianidad, participando de eventos colectivos, asistiendo con mis interlocutores a actividades y sitios diversos, participando en sus reuniones, visitándoles en sus trabajos o realizando recorridos individuales o grupales por los lugares de mayor significación, todo lo cual buscó producir un acercamiento a sus relaciones sociales y desmontar la resistencia que interponían a ciertas formas jerárquicas de interrogación. El reto narrativo aquí es producir los relatos de las memorias de violencia en relación con la cotidianidad, en la cual están presentes, aunque no siempre evidentes, las señales a través de las cuales se manifiestan el recuerdo y los olvidos. La memoria como la identidad están en continua definición, les es propio un dinamismo que no se puede anticipar previamente al trabajo de campo, de manera que sólo de la inmersión en el entramado de relaciones

sociales en la que los seres humanos ejecutan sus acciones y comparten significaciones pueden derivar interpretaciones asertivas de las funciones y valores atribuidos a la rememoración.

El interaccionismo simbólico propuesto por Herbert Blumer permite encuadrar muchos de los retos metodológicos descritos, ya que parte de considerar la interacción como el sustento de la vida en sociedad. Cada individuo es compelido a actuar dentro del flujo de las relaciones sociales y sus actos los orienta de acuerdo a una serie de significados que conoce y comparte con los demás y que le permiten anticipar en cierta manera la respuesta que aquellos tendrán frente a sus actos. Sin embargo, Blumer no asume los significados como algo dado sino que considera que son continuamente revisados en el proceso de la acción, es decir, el significado de las cosas es puesto en perspectiva constantemente por el individuo durante la interacción social. Con estas consideraciones, Blumer señala que es justamente la acción la que debería comprender el objeto de análisis y define el interaccionismo simbólico de la siguiente manera:

“Este enfoque considera que una sociedad humana se compone de personas comprometidas en el acto de vivir. La vida es un proceso de continua actividad en la que los participantes desarrollan líneas de acción ante las innumerables situaciones que han de afrontar. Están como engranados en un vasto proceso de interacción, en el seno del cual deben hacer que sus acciones se adapten a las ajenas. El proceso consiste en formular indicaciones a los demás sobre lo que hay que hacer, y en interpretar las que ellos formulan a su vez” (Blumer, 1982, pág. 16).

Si hay algo que distingue a la memoria es justamente su carácter de acción - que produce recuerdos-. Es importante señalar que esos recuerdos actúan como representaciones que intervienen en la definición del comportamiento del individuo, además de que le proveen guías para formular respuestas en contextos y situaciones de interacción específicas. No en todo lugar actuamos del mismo modo y en la memoria encontramos formas creativas de responder según lo que se espera de nosotros en un contexto específico, lo cual permite afirmar que en la memoria están las claves interpretativas de la acción presente. Sin embargo, Blumer no se remite expresamente a la memoria, ya

que para él es la interacción misma la que determina el comportamiento, por lo que afirma: “[...] la interacción es un proceso que *forma* el comportamiento humano, en lugar de ser un simple medio o marco para la expresión y liberación del mismo” (Blumer, 1982, pág. 6). Afirma además que la interacción no acontece sólo en el plano físico, sino que la forma característica de interacción de los seres humanos: “[...] se ejerce a un nivel simbólico, puesto que tratan de comprender el significado de los actos ajenos” (Blumer, 1982, pág. 7). Desde mi punto de vista, la memoria colectiva será determinante en tal proceso de comprensión, pues en ella están contenidos los marcos sociales que permiten asignar un lugar y un sentido a las representaciones de los actos propios y las respuestas ajenas.

El aporte fundamental de Blumer en la perspectiva metodológica de esta etnografía de la memoria de violencia va más allá de la definición que hace de la interacción y se refiere a su planteamiento de que la realidad social existe por sí misma, en un mundo empírico que no es posible anticipar ni aún con los más sofisticados modelos teóricos, por lo que es justamente del examen de la interacción social de donde deben derivarse las interpretaciones. Según Blumer, esto es frecuentemente ignorado por las ciencias sociales que se acomodan servilmente a los protocolos de lo que se considera una investigación rigurosa, los cuales terminan sustituyendo el examen directo del mundo social empírico. Para Blumer éste es un gran error, pues siempre los protocolos de investigación, las técnicas, los modelos y las teorías preestablecidas deben ser ajustados a partir de la confrontación con el mundo empírico. Según afirma:

“La realidad existe en el mundo empírico y no en los métodos empleados para estudiarlo; hay que descubrirla examinando ese mundo, y no a través de los análisis o la elaboración de los métodos empleados para estudiarlo. Los métodos son meros instrumentos concebidos para reconocer y analizar el carácter obstinado del mundo empírico, y por ello su valor reside únicamente en su capacidad de hacer posible la tarea a realizar. En este sentido fundamental, los procedimientos empleados en cada una de las partes del acto de investigación científica han de evaluarse en función de si respeta o no la naturaleza del mundo empírico en estudio; se trata de saber si lo que significan o implican es la naturaleza de aquél” (Blumer, 1982, pág. 21).

Sin esa revisión continua y sin ese carácter reflexivo, la investigación social estaría condenada a convertirse en mera especulación. Es justo aquí donde encuentro mayor valor a los planteamientos de Blumer, pues nos sitúan en un nivel reflexivo que aboga por una constante revisión y un ánimo crítico, correspondiendo en cierto sentido con la *vigilancia epistemológica* de que nos hablara Gregory Bateson y yendo más allá de los planteamientos de algunas corrientes posmodernas que limitan la reflexividad a las condiciones personales que afronta el antropólogo/autor del texto. Blumer define dos métodos propios de la ciencia social empírica: la *exploración* y la *inspección*. La intención de la investigación exploratoria es justamente responder a los interrogantes que se suscitan de la confrontación entre la realidad empírica y la metodología anticipada para su examen, para lo cual se plantea una metodología flexible, en continua revisión y cuya máxima es la recurrencia a cualquier procedimiento éticamente válido que permita acercarse con la mayor claridad al área de vida social en estudio. Blumer es taxativo sobre la necesaria flexibilidad de la investigación exploratoria, ya que ésta:

“[...] puede recurrir a la observación directa, a entrevistar personas, escuchar sus conversaciones, obtener informes sobre la vida real, utilizar cartas y diarios, consultar documentos públicos, organizar discusiones de grupo, y efectuar recuentos de determinados elementos siempre que se considere conveniente. No es necesario ceñirse a un protocolo para aplicar dichos procedimientos” (Blumer, 1982, pág. 30).

Además, la reflexividad debe acompañar todo el proceso, pues como seguidamente afirma: “[...] en la investigación exploratoria es particularmente importante para el especialista el estar constantemente alerta sobre la necesidad de revisar y verificar sus imágenes, creencias y conceptos sobre el área que está estudiando” (Blumer, 1982, pág. 31). De aquí deriva la importancia que en esta investigación he dado a la reflexión metodológica, al establecimiento de mis prejuicios y prenociones y a su confrontación y debate en el proceso de acercamiento a ese mundo social empírico en el que me adentré, lo que aproxima el presente trabajo a las características de la investigación exploratoria, tanto por las implicaciones de lo hasta aquí

planteado como por la afirmación subsiguiente de Blumer según la cual: “La exploración y la inspección que representan, respectivamente, a la descripción y al análisis, son los procedimientos necesarios para un examen directo del mundo social empírico” (Blumer, 1982, pág. 34).

Retomando los planteamientos anteriores, defino la metodología de la presente etnografía de las memorias de violencia como un proceso de *hermenéutica de la interacción*, que tiene como sus insumos fundamentales la interacción social y sobre ella realiza una mirada reflexiva que apunta a la comprensión de esas interacciones entre los interlocutores y el etnógrafo o entre ellos mismos y que usa precisamente como eje de la reflexión las memorias, recuerdos e imágenes cotidianas en el contexto del extrañamiento provocado por la violencia sufrida. Esta perspectiva interpretativa permite asumir las historias de vida como relatos porosos, sin la intención de que sean tan compactos y acabados que compilen un cúmulo organizado de recuerdos que resuman con contundencia la historia personal de mis interlocutores. Por el contrario, estos relatos surgen de la compleja relación que establecí con ellos, en todos interviene la conexión narrativa que se estableció entre mi propia memoria y la suya, en suma, es un proceso dialógico en el que no pretendo desconocer que aunque un cuidadoso sentido ético me inspira, las historias de vida pueden estar vinculadas con los mismos prejuicios que sobre ellas mantenía. Ésta dificultad que tiene aparejada la construcción discursiva de las historias de vida se comprende mejor si atendemos a los interrogantes que plantea Michel De Certeau:

“[...] la calidad de la transcripción y de la edición, su honestidad y su fidelidad al verdadero relato dependen estrechamente de la persona del recopilador: la grabadora permite muchas trampas y muchas libertades con el habla del narrador. Todos los recopiladores no son todo lo atentos, respetuosos y probos que pudiera desearse: la recopilación de una historia de vida no se improvisa, se necesita un cierto método y hasta una deontología. A menudo, las series son más significativas que el relato aislado, lo cual exige una perseverancia de parte del recopilador” (De Certeau, 1995, pág. 177).

En nuestro caso, las series se encuentran sustituidas por la convivencia con la que se reemplazaron los encuentros determinados por lo que denominé antes la lógica de la extracción mnemónica. El que ésta intervención del recopilador

fuera al máximo disminuida constituyó el propósito del carácter reflexivo que caracteriza éste texto, aunque soy consciente que no podría alcanzarse la total eliminación de un cierto sentido de intervención. La cámara-ojo, que brillantemente nos legara Dziga Vertov en el film “El hombre de la cámara” como un ejercicio de observación sin guión, sin limitaciones impuestas a la vida de la ciudad sino atento a una mirada no intencionada (Vertov, 1929), está aún distante de la presente etnografía, en la que opto por ser consciente de que participo de la determinación de la realidad empírica que finalmente pretendo convertir en texto. Es por ello que me asumo como observador, pero no sólo ojos sino también voz, esta es la paradoja en la que se debate el etnógrafo y que no debería desconocerse sino más bien convertirse en principio reflexivo de su quehacer para que la ciencia social no termine instaurando esas ficciones persuasivas de que habla Marilyn Strathern (1998), o para que no se convierta en la mera especulación filosófica social referida por Blumer.

3.3. La cartografía social en la reconstrucción de las memorias de violencia: representaciones del territorio vivido, tránsitos y nuevos espacios.

La cartografía social es una metodología de investigación social que comporta estrategias de construcción de conocimiento que subvierten los lugares de enunciación, las categorías de validación y la gramática hegemónica de la ciencia occidental. En lo que se refiere al análisis territorial, la cartografía social se ha mostrado como una valiosa herramienta política, cultural, social y económica para las comunidades locales, que pueden apuntalarse en ella para dar cuenta de las diversas y específicas territorialidades desarrolladas en el proceso histórico de producción de su espacio social (Montoya, 2009). En este sentido, la cartografía social reflexiona sobre la tradicional hegemonía de la epistemología occidental y sobre la insuficiencia de la disciplina geográfica y de la cartografía cartesiana para dar cuenta de esa diversidad y especificidad (Piccolotto, 2004; Montoya, 2007). Por lo tanto, las cartografías sociales

pueden convertirse en un insumo propicio para la planificación urbana, para las propuestas de desarrollo territorial y para el tratamiento de conflictos socioambientales, fortaleciendo espacios participativos que contribuyen a la afirmación de identidades colectivas, a la apertura de las políticas públicas y a la proposición de estrategias conducentes a la equidad territorial y poblacional. En el caso de los procesos de reconciliación tras procesos de conflicto armado, la cartografía social puede ser un instrumento propicio para la recuperación de la memoria, ya que al ser tematizada sobre la violencia, sus agentes, sus motivaciones y sus efectos en las vidas individuales y en la historia colectiva, la cartografía construida de manera participativa puede arrojar valiosos insumos para interpretar las consecuencias de la violencia en la apropiación, manejo y distribución del territorio, lo cual contribuye a la adecuada información de las acciones de reparación con la perspectiva de las víctimas.

La cartografía social es definida como:

"[...] una metodología nueva, alternativa que permite a las comunidades conocer y construir un conocimiento integral de su territorio para que puedan elegir una mejor manera de vivirlo. Es una forma de investigación humanista y humanizadora. Es una propuesta conceptual y metodológica novedosa que hace uso de instrumentos técnicos y vivenciales. Este tipo de mapas (en oposición con los mapas tradicionales que se elaboraban únicamente por los técnicos) se elaboran por la comunidad en un proceso de planificación participativa poniendo en común el saber colectivo (horizontal) y de esta forma legitimarlo. Es un proceso democrático de construcción de conocimiento a través de la transcripción de la experiencia de los lugares no nombrados, donde los miembros de la comunidad analizan colectivamente los problemas sociales, en un esfuerzo por comprenderlos y solucionarlos" (Habegger & Mancila, 2006).

La cartografía social implica como punto de partida el reconocimiento de que todos los actores sociales tienen unos saberes por compartir y aportar para los procesos de construcción social de conocimiento en torno a sus realidades socioculturales, ambientales, políticas y económicas. En la cartografía social se debe posibilitar la construcción colaborativa y dialogante de los gráficos y las interpretaciones espaciales por parte de los investigadores, los habitantes de distintas regiones y sus usuarios finales (Suchan & Brewer, 2000).

Esta reflexión se encuentra de manera transversal en la experiencia de aplicación de la cartografía social como metodología de investigación realizada en la Universidad Federal del Amazonas, en Brasil, en el proyecto Nueva Cartografía Social de la Amazonía, coordinado por el profesor Alfredo Wagner Berno de Almeida y financiado por la Fundación Ford, el cual constituye el ejercicio de aplicación sistemática de la cartografía social para el análisis territorial más avanzado de entre los que pude recabar información en Latinoamérica. En dicho proyecto se asume la cartografía social como una estrategia y un método para el conocimiento de los movimientos sociales desde las voces de sus propios actores, las cuales son plasmadas en mapas que a través de diferentes íconos representan diversas situaciones de uso de los recursos naturales, los conflictos ambientales, sociales y culturales, para formular desde allí lineamientos para orientar adecuadamente las acciones y políticas públicas en los bosques, ríos, litorales y ciudades de la Amazonía Brasileña. La Nueva Cartografía Social del Amazonas busca la elaboración de documentos que formalicen la existencia de diferentes grupos sociales, su historia, sus conflictos y las reivindicaciones que ellos mismos agencian. Según relata Alfredo Wagner, las cartografías son construidas en talleres colectivos, complementadas por recorridos etnográficos, registro fotográfico, entrevistas y conversaciones, además de que se apoyan en la elaboración de mapas mentales y físicos a partir de los conocimientos locales sobre el medio rural y urbano: “[...] estas formas de cartografía funcionan como ‘documentos de identidad colectiva’ de las comunidades y contribuyen en relatar su situación social y en la afirmación de la ciudadanía” (Berno, 2001). A través de los ejercicios de construcción colectiva de los mapas, los distintos grupos locales encuentran sustentos a sus estrategias de resistencia social y cultural, al tiempo que van descubriendo elementos definitorios de su unidad y cohesión social. Para la confección de los mapas se utilizan recursos tecnológicos avanzados como imágenes satelitales, cartografía base digital, geoposicionamiento, aerofotografía y otras técnicas integradas en la plataforma ARCGis, los cuales son apropiados por las comunidades locales que

acompañan a los técnicos en el levantamiento de información en campo y posteriormente participan también de la construcción de las cartografías temáticas, previa realización de talleres colectivos en los que se discuten los elementos que finalmente integrarán los mapas y en los que se elaboran los íconos y las denominaciones para cada uno.

En Colombia la cartografía social tuvo un auge significativo durante los años setenta del siglo pasado, en concordancia con la relevancia que tuvo la Investigación Acción Participativa –IAP-. En términos generales, la cartografía social en Colombia ha sido empleada para la elaboración colectiva de mapas, imágenes o representaciones de las percepciones de los pobladores sobre las transformaciones de territorios específicos. En la Fundación La Minga, la cartografía social se utilizó desde 1986 en la región norte del Departamento del Cauca, en el marco del “Plan Solidario para Recuperar La Vida” que contó con el apoyo de la Empresa Cooperativa de Desarrollo –EMCODES- y permitió que tras unos primeros años de énfasis en la utilización de mapas técnicos para el estudio de la organización comunitaria, se pasara a la elaboración de los mismos por la propia gente, apoyados en la idea política de “poner sobre la mesa el saber de los Pueblos Indígenas sobre su territorio y, de esta manera, legitimarlo” (Andrade & Santamaría, s.f). El punto de partida fue la cartografía oficial disponible en el Instituto Geográfico Agustín Codazzi, sobre la cual se dibujaban colectivamente mapas de pasado, presente y futuro del territorio. Esta metodología es la que aparece acogida años más tarde por el proyecto: “Fortalecimiento de las Organizaciones pertenecientes a la Asociación de Proyectos Comunitarios. A.P.C”, con sede en Popayán.

Los desarrollos logrados por estos procesos de cartografía social en Colombia para la comprensión integral del territorio habitado por un grupo social determinado dejan abierta la puerta a la experimentación con la cartografía social para la identificación de los conflictos entre diferentes elementos del territorio y los actores que en él convergen, así como las vulnerabilidades y/o potencialidades del mismo. Evidentemente, en el caso colombiano, la violencia asociada al conflicto armado puede ser uno de los principales temas para

realizar cartografías a la hora de interpretar los procesos de transformación territorial. Con base en ello, he vinculado la cartografía social en la metodología para la reconstrucción de la memoria colectiva asociada a la violencia, especialmente por su potencia para producir interpretaciones colectivas sobre los efectos de los enfrentamientos armados, las masacres, los asesinatos selectivos, las desapariciones forzadas, los desplazamientos y emplazamientos de personas, así como por las posibilidades que ofrece para interpretar los efectos del control de los grupos armados sobre las condiciones históricas de apropiación y uso del territorio por parte de sus víctimas. Para esta etnografía de las memorias de violencia, el haber tematizado la cartografía social con las trayectorias desde los lugares de origen hasta los lugares que se habitan actualmente ha sido una valiosa estrategia para recordar los tránsitos provocados por la violencia, ubicando las pérdidas sufridas en los distintos sitios en los que se ha buscado refugio y confrontando las versiones sobre lo sucedido con aquellas personas que de alguna manera han compartido los sucesos cartografiados o que conocen las trayectorias de fuga emprendidas. En la siguiente cartografía social se puede observar una forma de representación de las trayectorias de viaje de personas afrodescendientes desterradas de sus lugares de origen como consecuencia de la violencia. Cada trayectoria es representada con los medios utilizados para la huida: barco, buses o caminos; los lugares de origen se representan con elementos de los paisajes abandonados y los lugares de llegada en las ciudades se representan con las formas creativas con que se han conquistado los lugares de las geografías urbanas que sirven como refugio para la huida y que se convierten en los nuevos lugares de vida de los desterrados. La utilización del mapa del país hace una especial referencia a los litorales, lo cual permite comprender la significación que ha tenido para los afrodescendientes el hecho de tener que abandonar sus lugares de habitación tradicionalmente asociados a las costas, los ríos y las selvas, para tener que moverse hacia los grandes centros poblados del centro del país.



Ilustración 3. Cartografía Social Movilidades Afrodescendientes.
Realizador: Luis Eduardo Loaiza. Mayo de 2009.

El aporte de la cartografía social a la reconstrucción de las memorias de violencia deriva de su condición de saber fronterizo que se sitúa en el diálogo y colaboración entre los conocimientos técnicos de producción cartográfica y las formas en que las comunidades locales reconocen y representan su territorio, lo cual hace de los mapas producidos en talleres colectivos valiosos instrumentos para la expresión de las víctimas del conflicto. En la cartografía social se pueden escenificar los modos diferenciales por los que cada colectivo representa, reconoce y comprende sus procesos de interacción con el medio natural y social, lo cual al aplicarse a la indagación por las memorias de violencia permite crear espacios de diálogo y cooperación que bien pueden complementar los silencios a los que muchas veces llevan técnicas convencionales de entrevista o historia de vida. En este trabajo se han combinado experimentalmente la producción de representaciones gráficas en talleres colectivos, el análisis de fotografías, el recurso audiovisual e incluso la interacción con recursos tecnológicos como el geoposicionamiento, buscando mecanismos que ampliaran las posibilidades expresivas de aquellos interlocutores que querían compartir sus memorias de violencia. La producción de este tipo de cartografías, realizadas con los sentimientos de las pérdidas y pletóricas de memorias silenciadas por la violencia, pueden cumplir una valiosa labor de complementación de la historia oficial, muchas veces ajena a las realidades sociales y políticas en las que debaten las comunidades locales, además de que pueden nutrir el debate público sobre los males recibidos durante la confrontación y aportar horizontes de reparación colectiva territorialmente equitativos. No hay que olvidar que en Colombia, tal y como vimos en la revisión histórica de la evolución del conflicto armado, la lucha por el dominio y apropiación territorial ha sido y sigue siendo el gran instigador de las confrontaciones.

3.4. Los dispositivos fotográficos fílmicos en la evocación: la memoria en imágenes.

La cámara ha sido un tradicional medio de registro en la labor etnográfica. Su potencia para capturar la realidad blinda sus registros con un manto de fidelidad que en muchos casos ha sido esgrimido como criterio de autoridad etnográfica inobjetable. Sin embargo, cuando se trata de la rememoración, no son tan evidentes las imágenes susceptibles de ser capturadas y convertidas en discurso etnográfico. Hay que poner de relieve que el evocar es un acto realizado en el presente sobre objetos y sucesos del pasado, lo cual hace que la narración a construir mediante imágenes audiovisuales deba utilizar recursos diversos. Estas consideraciones hicieron que al explorar las memorias de violencia durante esta investigación, realizara distintos experimentos narrativos que buscaban vincular de manera activa a mis interlocutores en la producción de sus propios relatos. En distintos momentos intenté que las cámaras abandonaran su condición de instrumentos de registro aferrados a los ojos del etnógrafo y, con fundamento en la metodología de transferencia de medios que consiste en compartir las cámaras con los interlocutores, se convirtieran en un medio privilegiado para apoyar la producción de discursos vernáculos sobre los lugares, los objetos, las relaciones, los recuerdos y los olvidos inherentes a los espacios vividos y las maneras como son simbolizados y resignificados, particularmente cuando devienen de procesos de fuga, desterritorialización y exilio.

Las posibilidades de la antropología audiovisual en el acercamiento a las memorias de violencia van mucho más allá del refinamiento de las técnicas de registro de información y recuperación de datos en campo. Asumir estas posibilidades requiere acoger la imagen como representación y como lugar de encuentro, lo cual implica reconocer la subjetividad y el conocimiento como construcciones, en las que el *observador* y el *observado* se sitúan en una relación dialéctica, marcada por el poder y la jerarquía (Buxó & De Miguel, 1999, pág. 2). En el caso específico del uso de la imagen como recurso para la

recuperación de memorias, encontramos que en el desarrollo de la ciencia occidental lo visual ha sido un rasgo predominante (Piault, 2002), por lo que puede utilizarse la antropología visual para producir un espacio de interacción y debate entre las múltiples representaciones/imágenes que se disputan las versiones del pasado.

Esta perspectiva metodológica bien puede ser alimentada por el experimento que realizó hace algunos años en Medellín la antropóloga Pilar Riaño en el Barrio Antioquia, un sector populoso conformado por efecto de la inmigración por violencia a mediados del siglo XX. Riaño realizó el montaje de un museo en un autobús, recopilando diferentes objetos considerados significativos por los habitantes del barrio y dejó con ello en evidencia que: “El énfasis de las representaciones sociales institucionalizadas en la caracterización de los habitantes de este barrio como otro peligroso ha silenciado las experiencias y memorias traumáticas y dolorosas de sus habitantes y los modos creativos y recursivos desde los que han mantenido un cierto sentido de dignidad” (Riaño, 2000, pág. 29). Es precisamente a poner en evidencia estos modos creativos con los que se rehacen las vidas atravesadas por el dolor y las pérdidas de la violencia a lo que puede contribuir de manera significativa la incorporación de las cámaras en el quehacer etnográfico.

Para comprender la importancia de la etnografía audiovisual y los aportes que puede brindar a la etnografía de la memoria es necesario reconocer los desarrollos que se dieron entre los años 60's y 70's del siglo anterior, cuando diversos usos empezaron a cuestionar su papel de instrumento de registro y fueron posicionando a la imagen como dispositivo de memoria y herramienta etnográfica (Montoya & Arango, 2008). Esto fue posible en parte por la crisis de la antropología textual, pero sobretudo por las profundas críticas provenientes del *cinéma vérité*, el postestructuralismo y la semiología. El *cinéma vérité* que fuera fundado por Jean Rouch y Edgar Morin inspirados en la obra de Robert Flaherty y DzigaVertov, propone observar la cotidianidad como forma de arte (Sánchez-Biosca, 2004, pág. 229). Rouch que se había interesado por la imagen desde los años 40's, conjugó su formación antropológica y su

conocimiento sobre las artes cinematográficas y fue quizás el primer investigador que se dedicó por completo a la antropología audiovisual, realizando una extensa filmografía en África y llevando después la cámara a las calles de París con el propósito de captar la cotidianidad. Rouch llamó la atención sobre la importancia de acudir a metodologías reflexivas para la realización de las películas etnográficas, buscando acceder al punto de vista nativo. A partir de entonces se reconoce que lo etnográfico de una imagen no se encuentra ligado solamente a su contenido, sino al contexto en el que es producida (Pink, 2001, pág. 50). Además, la intencionalidad de quien captura las imágenes es un condicionante que delimita lo observado, ya que el fabricante de imágenes inscribe en sus producciones una versión de lo real que es una manipulación del mundo visible (Nichols, 1997, pág. 119). Otra importante vertiente crítica que se ha incorporado a la etnografía audiovisual proviene de los estudios postcoloniales que han llamado la atención sobre la hegemonía de la interpretación occidental de la imagen que oculta otras miradas y discursos, muchas de las cuales pre-existen a la llegada de los etnógrafos visuales. Estas críticas han provocado que las ciencias sociales dirijan su interés hacia miradas subalternas, buscando en ellas formas alternativas de contar y representar que controvierten las historias oficiales. Las imágenes que configuran las memorias sociales no dan cuenta de un tiempo histórico lineal sino de un tiempo social fragmentado, que permite nuevas relaciones de sentido que cuestionan la Historia Oficial, construyendo nuevos presentes y futuros a partir de la relación con el pasado. En estas condiciones, la imagen es un dispositivo que activa un conjunto de fragmentos del pasado que no deben articularse linealmente: “Nada es como es, sino como se recuerda. Nada es como es, sino como la memoria lo evoca” (Valle-Inclán; citado en Buxó & De Miguel, 1999, pág. 5). Por lo tanto, la objetividad de lo visual reside en su condición de construcción social.

Las memorias de violencia como construcciones sociales pueden estar marcadas por el silenciamiento impuesto por los perpetradores y no son posibles de reconstruirse de manera plena, además, por su condición de saber

subalterno, se encuentran dispersas como retazos, lo cual las convierte en versiones divergentes de la Historia Oficial y, por lo tanto, actúan como lugares de resistencia de los grupos sociales. Es por ello que integré en la metodología las posibilidades ofrecidas por la actancialidad desde la fotografía y por el re-enactment en el trabajo audiovisual. La actancialidad fotográfica permite trabajar con grupos de discusión en torno a la interpretación de fotografías, mientras que el re-enactment permite reconstruir un suceso pasado, reproduciendo con actores y locaciones actuales, los personajes y lugares en que se desarrolló el acontecimiento. Según plantea Orobítg, la actancialidad es un método:

“[...] propio de la semiótica visual que se replantea la fotografía como proceso dialógico, refiriéndose al complejo de relaciones que se articulan a través de una imagen tanto en el momento de su producción como en momentos posteriores de visualización y circulación. [...] debemos tener en cuenta las interacciones entre el fotógrafo, o fotógrafo/investigador y sus interlocutores” (Orobítg, 2005, pág. 112).

Teniendo esto en cuenta, para los ejercicios de reconstrucción de las memorias de violencia utilizamos fotografías en encuentros colectivos como instrumentos para inducir los relatos individuales y provocar debates en torno a las distintas formas de representar y autorepresentarse. Lo que se elige dentro del encuadre y lo que se considera susceptible de ser fotografiado constituyen los elementos privilegiados para la conservación de aquello asumido como valorable y, por lo tanto, la fotografía constituye por antonomasia un dispositivo de memoria. Mediante la actancialidad se suscitan debates sobre aquello que se considera importante de ser fotografiado: eventos, lugares, objetos y personajes, permitiendo preguntar qué es lo que se quiere mostrar y qué es lo que se quiere ocultar o, equivalentemente, qué es lo que se pretendió conservar como recuerdo y qué es lo que se quiso dejar para el olvido.

Mediante la técnica del re-enactment se pueden realizar ejercicios de representación o puestas en escena que recrean asuntos significativos para las comunidades, en este caso relacionados con las memorias de violencia. Los antecedentes del re-enactment se encuentran en las películas etnográficas

realizadas por Edward Curtis con los indígenas Kwakiult y los trabajos de Jean Vigo durante los años 20's del siglo XX. En 1997 Patricio Guzmán realizó un ejercicio de re-enactment en el documental "Chile, la memoria obstinada", en el que logra mostrar la potencia de esta técnica para la reconstrucción de memorias, ya que pudo alcanzar una gran profundidad narrativa de los participantes que recordaron detalles de lo ocurrido (Guzmán, 1997).

Estas dos técnicas de exploración de las memorias a partir de la imagen: actancialidad y re-enactment, fueron utilizadas a profundidad en los procesos etnográficos adelantados para esta investigación en la vereda Mogotes del municipio de Buriticá y en el Barrio Popular No.1 de la ciudad de Medellín. Allí fue posible crear grupos compuestos por jóvenes y adultos que realizaron los distintos pasos propuestos para la obtención y posterior discusión y análisis conjunto de fotografías e imágenes de video. Adicionalmente, fue posible con ellos adelantar actividades complementarias a las sesiones de taller que fortalecieron la profundidad de los datos etnográficos: recolección de historias y anécdotas con los demás habitantes de la vereda o del barrio, los cuales permitieron recopilar múltiples versiones sobre eventos significativos y además produjeron una reflexión colectiva sobre el papel que cumple quien narra en lo que termina siendo narrado, o lo que es lo mismo, la importancia del punto de vista en lo contenido en la narración. Los talleres relacionados con la fotografía y el video partieron de una introducción a conceptos básicos de lenguaje audiovisual, prosiguiendo con el análisis de imágenes conservadas en álbumes familiares. Otros talleres consistieron en la realización de series fotográficas sobre las trayectorias de vida, resaltando lugares y personajes significativos. Algunos otros ejercicios realizados consistieron en: realización de fotografías de tema libre utilizando conceptos básicos de encuadre y punto de vista; escritura de pequeños guiones con base en las historias recopiladas y, visualización de ilustraciones y de películas documentales y argumentales. El punto de partida de estos talleres fue el acercamiento al contexto de producción y circulación de las imágenes en la vida cotidiana de las personas involucradas en el proceso etnográfico.



Ilustración 4. Taller para la reconstrucción de memorias en el Barrio El Popular.

Fotógrafo: Vladimir Montoya. Octubre de 2008.

Una valiosa actividad de taller para la reconstrucción de las memorias de violencia está relacionada con las fotografías familiares o, cuando éstas no existen, el trabajo de rememoración a partir de los objetos que la gente conserva y almacena de manera especial. A partir de estas imágenes y objetos se pueden contar acontecimientos relacionados con ellos, los cuales al ser escuchados por otras personas que estuvieron cercanas o que conocen eventos similares son contestados con sus propias versiones, mostrando la importancia que tiene el punto de vista a la hora de componer un relato. Esto permite a los participantes del taller reflexionar sobre el hecho de que en cualquier crónica sobre el pasado se encuentra la mirada de alguien que selecciona aquellas cosas importantes de resaltar y aquellas susceptibles de ocultar, lo cual muestra que la memoria se compone de muchas versiones encontradas, contrapuestas o en disputa. En la siguiente ilustración se puede observar una fotografía que sirvió para provocar diálogos sobre el proceso de poblamiento del barrio El Popular, evocar sus personajes y recordar algunos

eventos significativos. Así como ésta, se utilizaron también otras fotografías de diversos archivos familiares para ejercicios similares.



Ilustración 5. Fotografía familiar de los años 70's en el Barrio El Popular No.1.

Fuente: Archivo de la Fundación para el Fomento de la Educación Popular y la Pequeña Industria –FEPI-

Otro útil ejercicio de recuperación de memorias utilizando fotografías consiste en emplear marcos de cartón de diversos tamaños que simulan lentes de cámaras fotográficas y que reproducen los distintos planos: panorámico, general, primer plano o detalle. Con estos marcos se hacen recorridos por los lugares significativos para la memoria, realizando fotografías imaginarias de personajes, eventos y objetos y reflexionando sobre las razones que llevan a cada uno a elegir ciertos elementos y no otros para integrar dentro de su fotografía.



Ilustración 6. Ejercicios de fotografía con marcos de cartón en el Barrio El Popular No.1.
Fotógrafo: Germán Arango Rendón. Noviembre de 2008.

En otros talleres hemos utilizado cámaras de fotografía instantánea, organizando grupos que tenían como tarea realizar no más de cinco fotografías para contar con ellas una historia. Lo interesante aquí es la manera en que se producen acuerdos sobre los elementos significativos y los personajes que deben ser integrados en la fotografía para dar cuenta de los eventos que se quieren narrar. Se propone que previamente a las fotografías se escriba un pequeño guión y se realicen diagramas de las locaciones y elementos a fotografiar.



Ilustración 7. Ejercicio de realización de instantáneas en la vereda Mogotes.
Fotógrafo: Germán Arango Rendón. Noviembre de 2007.

Con las series realizadas por cada grupo se elabora una plenaria en la que se presentan los relatos y se escuchan las interpretaciones dadas por todos los participantes a las fotografías que integran la serie, lo cual permite al autor de cada fotografía conocer las interpretaciones de los demás y genera un espacio

propicio para el intercambio de ideas sobre las situaciones, personajes y lugares contenidos en las imágenes.



Ilustración 8. Ejercicio de realización de instantáneas en el Barrio El Popular No.1.

Fotógrafo: Vladimir Montoya. Octubre de 2008.

Debo insistir por último en la importancia que tiene en esta metodología el acompañamiento permanente del trabajo audiovisual con actividades que profundizan el conocimiento del etnógrafo del espacio habitado por sus interlocutores. Los recorridos son esenciales para la reconstrucción del saber local sobre el territorio: toponimia, hitos geográficos y eventos significativos, aparecen aquí con una agudeza que difícilmente se logrará en sesiones de interrogación y entrevista, lo cual demuestra que la memoria y su narrativa se potencian por el vínculo con el territorio habitado. Adicionalmente, estos recorridos permiten vincular a distintas personas con las narraciones individuales, lo cual es muy importante para el caso de comunidades locales compuestas por personas que han compartido la mayor parte de sus vidas o

que inclusive, pueden provenir de varias generaciones que han compartido un territorio común, como veremos en el siguiente capítulo en el caso de la vereda Mogotes del municipio de Buriticá.

CAPÍTULO 4. La resistencia al destierro en Mogotes. Memorias de la lucha por el espacio habitado.

Para la gran mayoría de las comunidades rurales en Colombia, el espacio que habitan deriva de largos procesos de lucha por la tierra en los que han tenido que afrontar la presión de los grandes propietarios, de corporaciones mineras, de empresas agrícolas, de grupos armados o, en otras ocasiones, de los proyectos de desarrollo impulsados por el Estado. Esto hace que muchas veces el territorio que se reconoce como propio no sea más que un botín en disputa por parte de agentes externos que ven en la salida de las comunidades originarias la posibilidad de obtener los mayores beneficios para sus intereses. Sin embargo, estos espacios conquistados a la exclusión del capital, son para estas comunidades rurales el baluarte desde el que se resisten a la pobreza y mantienen su cohesión social mientras construyen sus horizontes de futuro. Mogotes, una pequeña vereda²¹ del municipio de Buriticá en el occidente del Departamento de Antioquia, muestra con sus memorias el proceso de resistencia al desarraigo en el territorio de origen, dejando ver que aún en los más apartados lugares, en apariencia aislados y desconectados del resto de la sociedad nacional o internacional, se dejan sentir los efectos de las tensiones de poder en distintas escalas, desde los intereses/discursos/prácticas de orden geopolítico, hasta su aterrizaje en la cotidianidad de un lugar en el que sus moradores defienden sus derechos a la tierra, a la diferencia cultural y a la pervivencia de sus maneras específicas de ser y estar en el mundo globalizado de hoy.

Mogotes está emplazada en la confluencia del río Cauca con la quebrada La Mina, en jurisdicción del Municipio de Buriticá, aproximadamente a ocho kilómetros de distancia del casco urbano. La elevación sobre el nivel del mar es de apenas 600 metros, lo cual hace que tenga una temperatura que oscila

²¹ En Colombia una vereda corresponde a la sección administrativa menor de un municipio.

entre los 28 y los 30 grados centígrados durante todo el año. Según señala el Atlas Veredal publicado por la Gobernación de Antioquia en el año 2007, la vereda Mogotes se encuentra en extrema pobreza y con niveles alarmantes de inseguridad alimentaria (Antioquia G. d., 2007). Acerca de la ubicación y las características de Mogotes señala la Alcaldía Municipal de Buriticá en su sitio web oficial:

“Por el oriente limita con el río Cauca contiguo al municipio de Liborina, por el occidente con la cabecera municipal con el intermedio del Alto del Chocho y la finca de la Aguaita, por el norte con la vereda Carauquia y por el sur con el corregimiento La Angelina. Mogotes queda situado en un valle del río Cauca a tan solo 600 o 700m de distancia de éste y es bañada por la quebrada la Mina, la cual nace en la vereda Los Asientos. Topográficamente, Mogotes está ubicada en la cabecera de un pequeño valle llamado Tesorero, con una extensión aproximada de 45 hectáreas de las cuales 15 son cultivables las otras 30 están en peñascos y rastrojos con una pendiente incultivable en su mayoría. Su principal elevación es el filo de Quelé situado al sur del caserío a 1.500 M.S.N.M. El caserío está en un pequeño lote de 1.5 hectáreas aproximadamente [...]” (Salazar, Guardia, & Hurtado, s.f).

La presencia de instituciones estatales en la vereda Mogotes es casi nula, se limita a una escuela pública que cubre la enseñanza primaria y que está en muy malas condiciones infraestructurales y cuenta con tan sólo un profesor que se encarga simultáneamente de atender todos los grados y todas las asignaturas. También funciona en Mogotes un bachillerato rural impartido bajo el “Sistema de Aprendizaje Tutorial” por un habitante de la misma comunidad que está bajo la tutela de la Corporación para la Investigación y el Ecodesarrollo Regional –CIER-, la cual administra recursos para la básica secundaria y el bachillerato provenientes de la Gobernación de Antioquia (CIER, s.f). En el año 2007 se encontraban inscritos en esta modalidad 22 estudiantes, 12 hombres y 10 mujeres, quienes recibían clases en sus propios hogares y ocasionalmente se reunían en la escuela para resolver conjuntamente los talleres y ejercicios propuestos en las guías.

El acercamiento a las memorias de Mogotes nos permitirá reconocer la fortaleza en la defensa del lugar desde las vivencias de sus habitantes que han afrontado incluso la violencia producida por grupos armados diversos, luchando

por mantener su territorio, lo cual nos permite reflexionar en la manera como en el contexto de la globalización neoliberal se mantienen las diferencias y se dan batallas desde lugares apartados que quieren conservar su diferencia cultural y afianzar los procesos de apropiación y transformación que se han hecho del territorio habitado. El profundo conocimiento de la vereda y su valoración por parte de sus habitantes queda reflejado en la siguiente cartografía social, realizada por la pequeña Maribel:

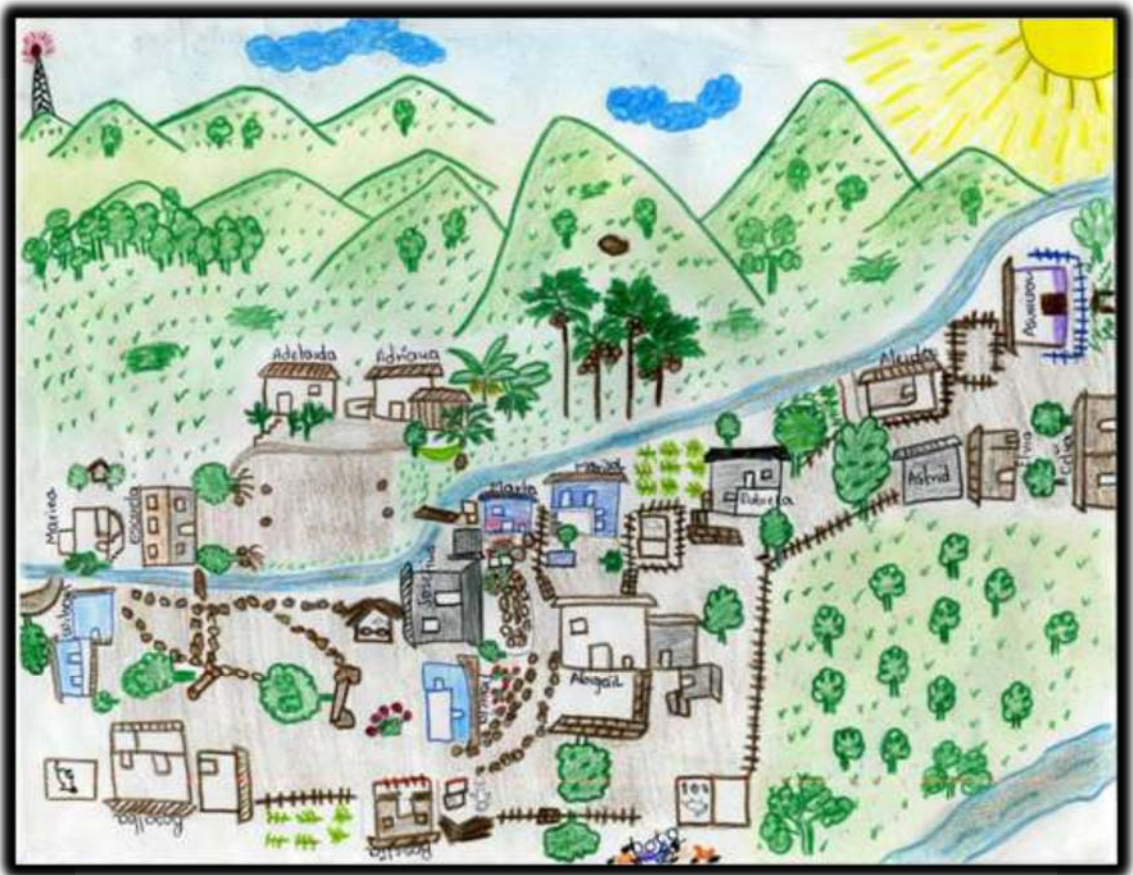


Ilustración 9. Cartografía social Vereda Mogotes, Buriticá.
Realizadora: Maribel. Noviembre de 2007.

En el caso de Mogotes estas luchas han recurrido a la tradición de la minería artesanal del oro con las específicas formas de relación social y ambiental que produce. La perseverancia de los habitantes de Mogotes en la defensa de su

territorio nos llevará a reflexionar acerca de la oposición a las prácticas hegemónicas de ordenamiento espacial propias de la lógica del sistema capitalista de los Estados-nación, que hace que los lugares y sus gentes propongan maneras alternativas de configurar los territorios y de manejar las relaciones entre naturaleza y sociedad. Esto corrobora lo que anunciara Milton Santos:

“Si el espacio se unifica para atender las necesidades de una producción globalizada, las regiones aparecen como las distintas versiones de la mundialización. Esto no garantiza la homogeneidad, sino al contrario, instiga diferencias, las refuerza y hasta depende de ellas. Cuanto más se mundializan los lugares, más se vuelven singulares y específicos, es decir, únicos” (Santos, 1996, pág. 46).

La memoria colectiva en Mogotes refuerza este planteamiento y controvierte con ello aquellas hipótesis que avizoraban la tendencia a la homogeneidad cultural como efecto de la globalización, pero también confirma que la expulsión y el despojo de poblaciones originarias son uno de efectos más sentidos en la escala local.

Cuando los paramilitares irrumpieron por primera vez en Mogotes en el año 2001, por el camino que cruza el asentamiento conectando la ribera del río Cauca con la cabecera municipal de Buriticá habían antes transitado cientos de veces hombres armados de otros grupos: guerrilla y ejército nacional. La gente de Mogotes estaba en cierta manera acostumbrada a interactuar con los grupos armados, incluso habían tenido en algunas ocasiones que tolerar su permanencia por algunos días en los campamentos que improvisaban en las afueras de la vereda. Pero con la llegada de los paramilitares la relación con los grupos armados cambió drásticamente, ya que ellos venían a quedarse definitivamente y a limpiar el territorio de la presencia de la guerrilla. El anuncio de lo que sucedería fue un cruce de disparos y la instalación de un gran campamento en la ribera del río Cauca. Después vendrían las imágenes del terror, los gritos desolados de madres y los llantos desesperados de niños. El fantasma de la época de *La Violencia* volvió a cernirse sobre Mogotes, presionando una nueva fuga como aquella que emprendieron años atrás

cuando tuvieron que abandonar el caserío Fortuna. La huida se presentó como el único recurso para conservar la vida, aunque hubiese que dejar atrás todo aquello que se había construido, haciendo del desarraigo un horizonte plagado de temor e incertidumbre. En el casco urbano de Buriticá, los mogoteños se encontraron con lo inenarrable: cientos de personas que llegaban de otras veredas y caseríos, acosados por el miedo, expulsados, enajenados, vilipendiados y angustiados por las pérdidas de sus seres queridos. En sus memorias permanecen desde entonces la crudeza del sufrimiento y la desolación del desarraigo, pero también el recuerdo de la fortaleza con que afrontaron el retorno a su vereda como única posibilidad de reconstruir sus vidas, de recuperar sus tierras y repeler la arremetida de los armados. Como veremos, las memorias de Mogotes son testimonio del inmenso valor del territorio para el sostenimiento colectivo.

4.1. De Fortuna a Mogotes, en el camino hacía el oro del río Cauca.

La prosperidad económica de lo que hoy es la región antioqueña fue prontamente percibida por los conquistadores españoles a su llegada a las tierras indígenas en las que encontraron grandes cantidades de oro y fértiles suelos. Las leyendas de caciques indígenas que vestían en oro y que realizaban enterramientos y ofrendas trajeron hasta las riberas del río Cauca a los conquistadores y después a los colonizadores que se establecieron en Santa Fe de Antioquia buscando aprovechar la riqueza del territorio indígena. Sobre el cacique Buriticá, quien finalmente dio el nombre al municipio al que está adscrito Mogotes, se contaba que dominaba un extenso territorio en el que abundaba el oro en túneles cavados a mano por los indígenas que le rendían tributo. Esto llevó a los españoles a seguir el curso del río Cauca aguas abajo de Santa Fe de Antioquia y remontar la cordillera en busca de la minería de oro bajo tierra, fundando tan temprano como 1614 un caserío que fue después erigido como el municipio de Buriticá en 1822.

Según relata la historia del poblamiento de la región, la presión que ejercieron los conquistadores españoles sobre el cacique Nabuco hizo que éste les hablara de las riquezas del cacique Buriticá y los llevara hasta sus dominios para librarse de ellos. Una vez allí, los conquistadores intentaron obligar al cacique Buriticá a entregarles sus tesoros secuestrando a su familia y exigiéndole el pago de un rescate en oro, ante lo cual el cacique ofreció llevarles hasta el lugar donde escondía sus riquezas a cambio de la libertad de sus seres queridos. Sin embargo, cuando conducía a los conquistadores por un despeñadero el cacique se lanzó al vacío para producir su muerte, pero todos resultaron ilesos (Antioquia H. d., 2010). Después de esto, Juan Badillo ordenó que el cacique Buriticá ardiera en la hoguera y la leyenda sobre su enorme tesoro oculto sigue desde entonces trayendo buscadores de oro a la región. Esta abundancia del oro hizo que durante el período colonial español, Buriticá que estaba inscrito en la jurisdicción de Popayán emplazado en el sur del país, fuera intensamente disputado por Cartagena emplazada en el norte, ya que los administradores coloniales de ésta ciudad codiciaban los recursos mineros de Buriticá. El mayor apogeo de la actividad minera se dio en el siglo XVII, después de lo cual se produjo una decadencia que tardaría por lo menos dos siglos en recuperarse.

Mogotes hace parte de esta leyenda de abundancia del oro desde su mismo nombre que, traducido de la lengua indígena al español, significa “túmulos”, es decir, sepulcros levantados de la tierra que forman pequeñas elevaciones perceptibles por las variaciones que introducen en la topografía y que generalmente se asocian con enterramientos indígenas que guardan ofrendas fúnebres en oro y cerámica. Esto hizo que por la región transitaran prontamente los conquistadores saqueando las tumbas indígenas, lo cual se convirtió en una práctica que aún hoy persiste en la tradición de los llamados *guaqueros* que se dedican a buscar tesoros. El oro fue también abundante en Mogotes desde la época de la colonia, cuando la mítica María Centeno se estableció en la parte alta de la cordillera y la quebrada La Mina arrastraba hasta allí residuos del oro excavado y lavado en sus aguas, además del aporte

del oro aluvial presente en las riberas del río Cauca. Doña María Centeno, era una española que llegó a convertirse en una leyenda por su riqueza y su carácter, según refiere Ocampo:

“[...] Doña María Centeno, a quien también llamaban María Pardo, la primera mujer que con su cuadrilla de esclavos se dedicó a explotar el oro en las montañas antioqueñas. Ella vivió entre los años 1548 y 1645; fue propietaria de las más grandes minas de oro en Buriticá y Remedios. Se casó cuatro veces [...] María Centeno heredó de sus padres y esposos una rica fortuna, representada en las minas de oro y en grandes latifundios en el occidente antioqueño; era la mujer más rica de Antioquia. Los mineros fueron convirtiendo en leyenda a María Centeno, pues se generalizó la idea de que ella tenía pactos con el diablo. Algunos decían que atravesaba el río Cauca, cabalgando por los aires en el demonio, en forma de mula negra” (Ocampo, 2001, págs. 181-182).

Es por ello que al referirse a la historia de la región en que está emplazado Mogotes es indispensable remitirse a la minería como la práctica que la ha configurado territorialmente y que ha determinado la localización de los asentamientos y las relaciones sociales que en ellos tienen lugar. Las memorias sobre la fundación de Mogotes narran la importancia de la minería, pero describen también el influjo determinante de la violencia sufrida por los habitantes de Fortuna que los obligó a desplazarse aguas arriba del río Cauca hasta el lugar en el que hoy se levanta Mogotes. Esto coincidió con la época de *La Violencia* cuando el acoso de los partidarios conservadores terminó con la muerte de varios partidarios liberales y el incendio del pueblo, según lo narra Roberto:

“Comentan los viejitos que hay, que aquí en este caserío en que estamos habían como tres casas me parece, comentan unos viejitos que hay por ahí. La familia de nosotros es de una vereda que se llamaba Fortuna. Nos comentan que en la época de *La Violencia*, por allá en el cincuenta o sesenta, no sé, por ahí, que dizque le metieron candela, entonces ya muchos fueron tirando más arriba, no retirándose mucho del terreno [...]” (entrevista, octubre de 2007).

Fortuna estaba ubicado en la ribera del río Cauca y era un próspero asentamiento dedicado a la extracción del oro, tal y como lo recuerdan Eugenia, Antonia, Verónica, Diego, Ricardo y Fernando:

“Anteriormente cuando se habitaba en Fortuna, la gente de allá, al igual que las pocas familias que vivían en Mogotes, cosechaban algunos productos como el maíz, frijol, etc. Principalmente se vivía de la minería, trabajando el oro a orillas del Río Cauca, con algunas herramientas como la batea, que está hecha de madera en forma de platillo, la cual era utilizada para lavar la tierra que recogían con almocafres, estos los conseguían en el pueblo más cercano como Liborina y Buriticá. También se usaban las totumas, hechas a partir de totumos cortados a la mitad, y al igual que las bateas eran fabricadas por las mismas personas. Las totumas eran utilizadas para catear y de esta manera localizar los lugares con más oro” (reconstrucción de la historia de la minería en Mogotes a partir de los relatos de Eugenia, Antonia, Verónica, Diego, Ricardo y Fernando, septiembre de 2007).

La importancia de la tradición de la minería artesanal es corroborada por el relato de Roberto:

“La cuestión es que por aquí todo el mundo ha vivido del barequeo²² que llaman, porque minería son esos que tienen esas grandes maquinarias y uno es ahí escarbando prácticamente con las uñas. Los antepasados nos comentan que primero eran con unas totumas, dele y dele y así lavaban todo el día, luego aparecieron unas bateas, en el mismo oficio, desempeñando el mismo trabajo, el barequeo. Ya de ahí aparecieron dizque unos molinos, ya esos molinos le ponen una zaranda y encima de la zaranda empieza uno ahí, y así como barequeros²³, así es como hemos vivido siempre” (entrevista, octubre de 2007).

La utilización de la zaranda y la introducción del molino se evocan como una mejora significativa en los métodos artesanales de producción del oro:

“Un día un señor de Fortuna, llamado Antonio Granda, trajo a la vereda un método mejor para lavar el oro, una herramienta hecha de madera, llamada molino, estaba hecho de forma de un cajón largo, y sobre este una zaranda de madera y zinc. Sobre este instrumento se echaba la tierra que se arrancaba de la barranca y se lavaba echando agua lentamente para que el oro no se bajara. Desde entonces todos empezaron a utilizar este método para lavar el oro. Los viejos de la época no estaban de acuerdo con este método, porque temían que se arruinara la playa” (fragmento de la reconstrucción de la historia de la minería en Mogotes a partir de los relatos de Eugenia, Antonia, Verónica, Diego, Ricardo y Fernando, septiembre de 2007).

²² Con este nombre se conoce la minería artesanal.

²³ Apelativo con el que se identifica a los mineros artesanales.

Las imágenes de terror de la época de *La Violencia* aún persisten entre las personas mayores que mantienen formas de identificación propias de aquella época, por lo que aún se les escucha hacer distinciones entre los *manzanillos* (nombre con el que se reconocía a los seguidores del partido liberal) y los *godos* (nombre con el que se reconocían los seguidores del partido conservador). Estas identidades políticas se enraizaron profundamente en las memorias de las personas mayores que tuvieron que soportar el asolamiento de Fortuna y en muchos casos perdieron allí sus seres queridos. Esto queda en evidencia en el siguiente relato de Ricardo:

“De Fortuna nos sacaron el miedo y también la desesperación de sentirnos como solos, abandonados. Empezaron a decir que los godos nos iban a matar a todos, que unos tales chulavitas venían a terminar con cuanto manzanillo encontraran y se regó la noticia. Un día llegaron unos hombres desconocidos al pueblo y al otro día empezaron las muertes, alguna gente se fue y otra decía que había que quedarse. El caso fue que ese pueblo lo terminaron quemando y todos nos tuvimos que ir” (comunicación personal, septiembre de 2007).

Tras la arremetida de los partidarios conservadores en Fortuna se produjo la huida de los pobladores hacia el casco urbano de Buriticá, aunque en muchos casos tuvieron que seguir huyendo hacia Medellín. Algunas familias buscaron permanecer en los alrededores para poder continuar con la tradición de la economía aurífera y se ubicaron en el caserío conocido como Cabecera del Llano, que fue el primer nombre que recibió Mogotes. La conformación del asentamiento se hizo con base en las relaciones de parentesco según lo cuenta la señora Socorro:

“Esto aquí era de mi abuelo y entonces le dejaron el pedazo a mi mamá. Mi papito era muy jugador, se la pasaba jugando y jugando y jugando y bebía mucho, entonces vino Ricardo Higueta y le dijo a Matilde: ¿no vas a hablar?, ¡quedate callada pa’ que te quedés en la playa!, te van a dejar sin casa. Entonces fue mi mamita al pueblo a hablar, donde él y ya le quedó el pedacito, entonces ahí está el pedacito donde vivían las tres, eran cuatro hermanas. Allá donde vivía Alberto era el pedacito de mi tía Josefa, y aquí donde vivía Roselia era de mi mamá, y aquí donde está Rosa eso era de mi mamá y aquel pedacito de allí y allá donde vive Adriana en Picacho, allá era el pedacito de mi tía

Visitación. Mi tía María, la mujer de mi tío Laurecio, ella vive de ahí para arriba de la escuela, eso era de ella” (entrevista, octubre de 2007).

La extracción artesanal de oro se mantuvo como la mejor estrategia de sobrevivencia y la posibilidad de continuar habitando en la región, además era el principal recurso y la actividad que mejor conocía la gente, ligada a su tradición cultural y producto del legado generacional de conocimiento sobre el territorio. La carencia de tierras para el cultivo tras el desarraigo de Fortuna presionó también la dedicación de las familias a la exploración de la ribera del río Cauca en busca del oro, ya que allí no eran necesarios permisos de explotación de parte de los propietarios de las fincas vecinas. Es por ello que, una vez se produjo el asentamiento en Mogotes, la extracción artesanal de oro se consolidó definitivamente como la actividad productiva privilegiada:

“Cuando las personas de Fortuna se vinieron a vivir a Mogotes, empezaron a vivir de la fabricación de esteras, escobas y sombreros, hechos de cogollos de iraca; también hacían atarrayas para la pesca y algunos cultivaban frutos para vender en el pueblo (Buriticá). Pero al descubrir que en la orilla del Río Cauca había mucho oro, todas las familias empezaron a lavar el oro con el molino, otros con bateas y totumas; y lo vendían en el pueblo a un señor llamado Eduardo Varela” (fragmento de la reconstrucción de la historia de la minería en Mogotes a partir de los relatos de Eugenia, Antonia, Verónica, Diego, Ricardo y Fernando, septiembre de 2007).

El poblamiento de Mogotes implicó la reconstrucción de las redes de solidaridad y parentesco fragmentadas por la salida de Fortuna. En el nuevo territorio, conquistado mediante la invasión de predios privados situados al borde de un camino que tradicionalmente conectaba la cabecera municipal de Buriticá con el río Cauca, se iniciaron procesos de lucha para transformar el medio ambiente cercano y hacer posible el establecimiento permanente, todo esto en medio de la inmensa precariedad material y la escasez de recursos producida por el incendio de Fortuna. Haciendo frente a la exclusión y el miedo y propugnando por una vida digna, los pobladores de Mogotes levantaron con esfuerzo el nuevo asentamiento y en el transcurrir de los años cimentaron condiciones propicias para la reproducción de su cultura y el mantenimiento de

la cohesión social. Los esfuerzos colectivos por la consecución de agua potable son una muestra de esto:

“Anteriormente en Mogotes, no había servicio de acueducto y había necesidad de ir a la cañada Enchico para traer el agua. Esta cañada queda como a media hora de distancia, el agua la cargaban en tinajas y en ollas de aluminio. También cuando llovía se recogía el agua que corría por las palmas de coco, con hojas de iraca. Igualmente utilizaban el agua de la acequia para lavar, ya que esta, antes era limpia. Otros “aparaban” el agua del techo cuando llovía. Viendo esta dificultad, el señor Alfonso Granda, como presidente de la junta de acción comunal, propuso a la comunidad conseguir una manguera para traer el agua hasta la vereda. Entonces la instalaron desde la cañada de Enchico hasta la casa de Rosangela Guardia, de donde todas las familias se surtían. Con el tiempo se decidió pasar el agua por Enchico y se pidió ayuda a la administración para construir el acueducto, se construyó un tanque en la finca potrerito, que está situada a orillas de la quebrada La Mina, a quince minutos aproximadamente, y otro en Enchico. Después de estar todos estos tanques construidos, instalaron una tubería desde Colchón hasta Enchico pasando por Potrerito. Desde Enchico instalaron una tubería que bajaba hasta el Burro, y de esta llevaron agua a todas las casas de Mogotes, incluyendo a la finca Tesorero. Hasta ahora este acueducto es el que nos ha estado sirviendo a las familias de Mogotes” (fragmento de la reconstrucción de la historia del agua potable en Mogotes a partir de los relatos de Gabriela y Pablo).

El escaso espacio conquistado para el asentamiento en Mogotes reforzó la necesidad de cohesión y solidaridad social para afrontar colectivamente las carencias, la pobreza y la marginación. La familia y las redes parentales se convirtieron en el apoyo básico para la sobrevivencia y el necesario estímulo para la transformación de territorio, tal y como lo cuenta Luisa:

“La vida aquí en Mogotes es muy buena. Mi destino es barrer, buscar leña, arreglar casa y lavar. Yo crié mis hijos lavando oro, me iba para el río a lavar oro, a criar mis hijos, de allá venía a trabajar acá a la cocina, porque no tenía quien me los bregara, y ya ahora estoy descansando porque ya los nietos me están dando la comida aquí. Por aquí así había un monte, aquello era un bejuquero, un iracal²⁴, aquí era la casita vieja donde nosotros vivíamos, la casita donde nos crió mi mamá, ya después comenzaron a hacer aquellas casas y yo formé la mía aquí” (entrevista, octubre de 2007).

²⁴ Cultivo de iraca, especie de palma de la cual se extrae una fibra con la que se tejen sombreros, canastos, tapetes y se fabrican escobas.

El sentimiento y la identificación como “comunidad” se afianzaron entre los mogoteños y consolidaron un fuerte sentido de pertenencia y arraigo en su territorio, por lo que es recurrente entre ellos y ellas el uso del apelativo de comunidad para nombrar la vereda, haciendo referencia constante a las actividades compartidas y a las formas de asociación y solidaridad que convierten el trabajo en una acción colectiva. Tal y como lo indicaron algunos jóvenes de la vereda, la identidad como “comunidad” es: “trabajo, solidaridad y alegría” (colectivo de jóvenes, taller sobre identidad, septiembre de 2007).

Pero también dicha insuficiencia de espacio habitable se ha traducido en difíciles condiciones de hacinamiento o escasez alimentaria, tal y como lo narra José:

“Económicamente esta vereda ha vivido de la minería y de la pesca, aunque anteriormente se utilizaba el maíz como producto de la canasta básica de alimentos, pero ahorita no hay forma de cultivar maíz, ya que los dueños de las fincas no arriendan para este producto. Mogotes es una población sin tierra, el lugar donde está la casa sí es de la gente, pero los alrededores son todos de una sola persona que maneja las tierras” (entrevista, noviembre de 2007).

Esta falta de un territorio cultivable hace de la economía de las familias totalmente dependiente de la extracción del oro y condiciona la consecución de alimentos a la disponibilidad de dinero con el que realizar mercados en la cabecera municipal de Buriticá. La vereda está circundada por fincas de gran extensión, pertenecientes a unos cuantos propietarios que sólo esporádicamente visitan la región. El testimonio de Roberto da cuenta de esta carencia:

“Que tengamos tierra no, no tenemos. Hemos solicitado a los que tienen tierrita haber si nos arriendan. Cuando nos arriendan es muy bueno porque tenemos el maíz en la casa, y así por el mismo estilo. A todo el mundo nos gusta tener lo que es el maíz. Cuando no nos arriendan hay que comprar hasta el maíz, desde la sal hasta el maíz” (entrevista, octubre de 2007).

La tierra comunal que limita con la vereda y la conecta con el río Cauca que es conocida como La Llanada, es el último reducto de bosque cercano en el que se pueden realizar algunas actividades de pastoreo y recolección, pero tampoco de esta área tiene la comunidad título de propiedad y el

aprovechamiento que hacen de ella es considerado ilegal. Lo mismo sucede con un área montañosa ubicada frente al asentamiento, al otro lado de la quebrada La Mina, que ha sido secularmente utilizada para el pastoreo y ha provisto importantes servicios para la comunidad, aunque en el último tiempo apareció una reclamación sobre dicho terreno, tal y como lo refiere Roberto:

“Nosotros nos comentan los antepasados, que como nosotros siempre hemos tenido las bestias, que nos servimos de ellas para traer el mercado, las hemos tenido en esa loma de allá de Saimito que llaman, eso va hasta La Llanada arriba...entonces los viejitos nos dicen: ¡no se dejen quitar esas lomas que eso ha sido de nosotros acá! Entonces ya ahora último esa señora dijo que eso era de ella, que nos iba a sacar los animales. Entonces yo conversando con ella le dije: ¡oiga!, pero hasta que yo me doy cuenta esa loma siempre ha sido de la comunidad, Tesorero siempre ha existido, pero muy aparte de esa tierra de aquel lado...entonces como viene usted a decir. Entonces dijo: si, lo que pasa es que nosotros por servirles a ustedes y por no estrecharlos les hemos dejado los animales ahí, pero eso es de nosotros, está en la escritura. Bueno, nosotros nos quedamos así y como hemos sido una comunidad que no nos gustan problemas” (entrevista, octubre de 2007).

La explotación del oro ha sido por ello la única vía de sostenimiento económico de las familias que han aprendido a lidiar con la imposibilidad de las actividades agrícolas a través de un profundo conocimiento del territorio en el que han desarrollado prácticas hortícolas, recolección de frutos, cacería de especies silvestres, aprovechamiento itinerante de zonas de pastoreo y tala selectiva, además realizan una rotación de los sitios de extracción del oro, todo lo cual contribuye al mantenimiento del equilibrio ecológico. Estas prácticas se acompañan de procesos de concertación para el manejo del territorio y de actividades de transmisión del conocimiento de los mayores a las nuevas generaciones, por lo que es común que los niños y las niñas acompañen a sus padres a la minería o a las expediciones en el bosque.

La insuficiencia de excedentes en la producción ha estado acompañada entre los mogoteños de un desinterés por la acumulación y el enriquecimiento, según lo cuenta José:

“Gente con plata no, nosotros sacamos apenas lo que necesitamos como para comer, no nos preocupamos como por explotar el oro en grandes cantidades.

En un tiempo si hubo plata bastante pero nosotros nos la gastamos... La vida del minero es esa: sacamos la mina y si hay bastante nos la gastamos pero como la mina sigue ahí, entonces uno cree que nunca se va a acabar” (entrevista, noviembre de 2007).

Es común entre los mineros no pensar en el porvenir y concebir la vida como un presente continuo en el que la dura faena de extracción y obtención del oro se ve recompensada con la disposición de recursos que se consumen de inmediato. Esta racionalidad económica ha acompañado a los mogoteños en su proceso de resistencia en el territorio habitado, dándole una particular fortaleza a la comunidad para afrontar las presiones que sobrevienen de los intereses externos sobre el oro y la tierra. En sus conocimientos y memorias se narra su forma particular de aprovechamiento económico del territorio que les ha diferenciado de los demás habitantes del municipio de Buriticá e incluso les ha hecho en ocasiones objeto de envidia, según lo cuenta Roberto:

“Por acá no nos ha gustado mucho jornalear es porque uno depender de otro es muy maluco, que le estén dando órdenes, que pa’ allá, que pa’ acá y que el trabajo que tenemos como barequeros se nos ha dado para no hacer tal trabajo, ¡cierto! Entonces uno con el barequeo se consigue los arroces sin mucho maltrato, trabaja por ahí cuatro días, a veces tres días, y ahí, no es que va a conseguir plata, pero ahí tiene el mercado y nosotros somos conformes con tal de que nos consigamos la lata. Muchos dicen: ¡hombre! esa gente del Cauca que no los ve uno por ahí jornaleando, en las tiendas más que todo que uno tiene los créditos, y no viven alcanzados. ¡Hombre!, y gente que pasa jornaleando diario pasan alcanzados, alcanzados. El sistema de nosotros es ese, conseguimos pa’ el mercado y bueno, a descansar” (entrevista, octubre de 2007).

Aparecen aquí valores de clasificación del bienestar que son ajenos a las valores convencionales de la modernidad/colonialidad y definitivamente diferentes de los promovidos por la sociedad global de consumo. En la racionalidad económica de Mogotes la independencia laboral y el manejo autónomo del tiempo permiten asignarle un rol central al ocio, al disfrute de los momentos familiares, a la contemplación del paisaje y a otras actividades no necesariamente generadoras de lucro. Los períodos de descanso son abundantes, se disfrutan con tranquilidad y son reconocidos como bienes

importantes para el bienestar de los mogoteños, aún cuando implican renunciar a la posibilidad de obtener mayores rendimientos económicos en su labor minera. Esta característica forma de gasto de las ganancias y el desinterés por la acumulación han servido a la gente de Mogotes como mecanismo para resistir/controvertir desde su cotidianidad y muchas veces con recurso al silencio, las lógicas desplegadas por actores institucionales, grupos armados y agentes económicos externos que tienen intereses sobre su territorio y que mediante coacciones o presiones han querido incitar a las familias a emplearse en relaciones laborales formales. Sin embargo, la dependencia del oro es un asunto que comienza a preocupar y la carencia de otras fuentes de sostenimiento es asumida como un riesgo para la comunidad, tal y como lo describe Fabián:

“A veces nos preguntamos en eso, cuando se acabe el oro qué, ¡hombre! estamos a la deriva, no sabemos, porque el oro tradicionalmente se viene acabando hace por ahí veinte años y no se ha acabado y ahí estamos, y entonces no sabemos que puede ser el futuro de nuestros hijos, o de nosotros mismos, pero hasta ahora nos sostenemos con el oro [...] hasta ahora no tenemos pensado que puede pasar cuando se acabe el oro” (entrevista, noviembre de 2007).

También Roberto expresa su preocupación por un porvenir en el que el oro sea escaso, sobretudo cuando la presión de la minería industrializada es evidente:

“Nosotros tenemos una fe de que mientras uno se está moviendo algo consigue, porque nosotros al principio sí la guerriábamos así con el oro y sacábamos bastante y ahorita ha mermado mucho la producción, más sin embargo, notamos un poquito el cambio sí, pero a medida que rebaja la producción, como que aumenta el precio y como que todo va a compás. Mogotes con lo que se está viendo, hasta a nosotros mismos nos preocupa la situación. Es verdad que era un oro que con esa maquinaria que trajeron ahora, era un oro que nosotros no lo sacábamos, pero al nadie desboronar la tierra queda ahí y muy fácil le puede servir a uno que la trabaja, pero ahorita que no queda sino piedra. Mejor dicho: nosotros estamos preocupados pensando en el mañana” (entrevista, octubre de 2007).

Pero aún en los tiempos de escasez del oro cuando bajan drásticamente las ventas y los ingresos de las familias, se mantiene la reciprocidad y se reparte el

beneficio de lo poco que se vende con todas las personas que han participado del proceso de extracción mediante un acuerdo previo sobre el porcentaje que recibe cada uno, el cual puede ser recibido en dinero o en una concesión mediante la cual el dueño del sitio donde se realizó la extracción paga a los demás cediéndoles la explotación durante un período de tiempo determinado por el trabajo que invirtieron. Esta reciprocidad en las actividades laborales también se extiende a momentos de enfermedad u otro inconveniente que afecte alguna de las familias, mostrando el compromiso compartido con el sostenimiento colectivo. Esto hace que por ejemplo al realizar la práctica de recolección de frutos silvestres se realice un control del volumen recogido individualmente, permitiendo el aprovechamiento del producto por parte de otras personas, según lo deja ver el testimonio de Roberto acerca de la recolección de limones:

“Si uno va a coger, por digamos algo treinta limones, pero hay más compañeros que necesitan llevar, así sea para comprar cebolla o lo que necesiten, entonces uno se exagera en la cogida, pensando en el compañero...así es el bate del limón. Cuando uno piensa en el otro hay para todos y cuando no, pues come uno solo” (entrevista, octubre de 2007).

Como hemos visto hasta aquí, los saberes que han desarrollado los habitantes de Mogotes en su relación con el territorio y su memoria colectiva dan cuenta de hábiles estrategias para la conservación de la autonomía y de los esfuerzos por mantener su integridad como comunidad, defendiendo la especificidad de su identidad cultural. Esta perseverancia constituye una clara contestación a la pretendida universalidad del modelo de desarrollo capitalista/neoliberal/global y es el fundamento de los procesos de resistencia que emprendieron los mogoteños tras la incursión de los actores armados a principios de este siglo que hizo que, dolorosamente, sus memorias recientes remitan también a la violencia y al terror de las vejaciones y las coacciones físicas y simbólicas que han afrontado con la mayor dignidad y entereza frente a las pérdidas y con la firmeza de resistir desde su lugar, negándose al desarraigo.

4.2. Oro y agua en Mogotes, vuelta de la geopolítica a la escala local.

El oro que atrajo a los conquistadores españoles a Buriticá parece haber permanecido oculto por un tiempo, pues entre los siglos XVII y principio del siglo XX, no se tienen reportes de gran actividad minera en la zona. Pero el final del siglo XX y el inicio del presente siglo han estado marcados por el descubrimiento de nuevos yacimientos auríferos que han atraído hasta aquí a compañías mineras extranjeras y algunos mineros de otras regiones de Colombia ávidos por realizar una explotación en gran escala con el uso de maquinaria para la excavación en las entrañas de la zona montañosa y para el lavado a presión y separación con mercurio en las riberas del río Cauca. Pero además otro elemento que ya estuvo presente durante el establecimiento colonial en la región se ha tornado nuevamente significativo: la posición geoestratégica de Buriticá que conecta la alta montaña con el cañón del río Cauca, propicio para la conexión vial y, últimamente, integrado dentro de la zona inundable del embalse del proyecto de generación hidroeléctrica conocido como Pescadero-Ituango, el cual tendrá la mayor capacidad instalada del país con 2.400 megavatios, suficientes para la provisión local y la exportación de energía eléctrica a Perú, Panamá y Venezuela (Ituango, s.f).

Estos asuntos han tenido un efecto significativo en la transformación territorial durante los últimos veinte años, además que han provocado un creciente interés de distintos actores armados por posicionarse en una zona que aparece como geoestratégica para adquirir ciertas ventajas posicionales sobre los adversarios, lo cual puede en parte explicar la intensiva presencia de las FARC en esta parte del cañón del río Cauca desde principios de la década de los noventa del siglo XX y, seguramente permitirá también comprender la posterior llegada de los paramilitares en el inicio del presente siglo.

Este conjunto de intereses y disputas que tienen a Mogotes por escenario nos muestran como en el contexto contemporáneo una vereda de un municipio relativamente periférico en las redes de poder de la geografía del Departamento de Antioquia, se vuelve interesante y atrae el accionar de

distintos grupos y corporaciones, en este caso con base en la riquezas de sus recursos naturales mineros y acuíferos. Una reflexión similar hace Arturo Escobar para el caso del Pacífico Colombiano, una región periférica y marginada, históricamente desconectada del circuito de poder, pero que en los últimos años se ha vuelto interesante por su riqueza en minerales, su disposición de selvas y biodiversidad, así como por su abundancia en agua. Hasta allí han llegado importantes proyectos de explotación minera y agronegocios, debido a los cuales, según afirma Escobar, se ha exacerbado la violencia y se han visto profundos efectos de transformación territorial:

“En otras palabras, a la región del Pacífico Colombiano, como a muchas otras del mundo antes que ella, se le está sometiendo a las exigencias territoriales y culturales del proyecto de modernidad capitalista. En última instancia, este proyecto se debe contemplar en su triple dimensión de transformación simultánea en el plano económico, ecológico y cultural” (Escobar, 2005, pág. 55).

Este aterrizaje de grandes intereses corporativos sobre áreas que tradicionalmente habían permanecido desconectadas y aisladas, coincide en el caso de las repúblicas del *sur geopolítico*, con territorios que han sido habitados secularmente por pueblos tradicionales, casi siempre indígenas, afrodescendientes o campesinos mestizos, los cuales deben muchas veces ceder su derecho de propiedad o soportar diversos tipos de presiones, entre las que se cuenta por supuesto la violencia. En muchos casos la venta a bajos costos es la única alternativa ya que en Colombia el destierro ha sido la constante durante las últimas décadas y sólo en algunos pocos casos, la entereza y la voluntad han logrado resistir al desarraigo inducido por la presión armada. A este proceso de expansión del capitalismo le ha denominado David Harvey: “acumulación por desposesión”, caracterizada por prácticas inclementes de apropiación del capital para la acumulación, entre las que se cuentan: la mercantilización y privatización de la tierra incluyendo el desplazamiento de sus poblaciones; la supresión del derecho a los bienes comunes; el aniquilamiento de formas de producción y economías alternativas; la ocupación de espacios estratégicos para el control de los recursos naturales; el tráfico de seres humanos; el crédito al borde del límite de usura; la

usurpación de los derechos de propiedad intelectual; la proliferación de licencias genéticas en beneficio de unas pocas grandes empresas multinacionales; la transformación de la naturaleza en mercancía; la expropiación de los conocimientos tradicionales y, la privatización de activos y bienes públicos (Harvey, 2004).

La minería en Mogotes sufrió una transformación significativa cuando aparecieron las grandes empresas mineras, con maquinaria pesada capaz de intervenir en el caudaloso río Cauca, el cual desciende allí por un estrecho cañón de alta pendiente que hace sus aguas turbias y rápidas de muy difícil navegación. En la mina industrial instalada en las afueras de la vereda se emplean algunos de los miembros de la comunidad, aunque la mayoría de los empleados allí son foráneos. En la mina se realizan las labores de manera informal, sin ningún contrato ni seguridad social sino bajo acuerdos de palabra, lo cual no garantiza una inserción laboral real, ni tampoco se ha visto interés de los empresarios de la mina por destinar parte de sus ganancias en el bienestar de la vereda. La mina industrial compromete seriamente las posibilidades de pervivencia de los mineros artesanales, tal y como lo explica Fabián:

“Cuando ellos empezaron [los mineros industriales] como que llegaron a un acuerdo con los dueños de las tierras, ellos empezaron en la parte que se llama Juncal, osea abajo, en la parte de El Manso, prácticamente empezaron en la parte de El Manso. Resulta que ahí trabajaron varios meses, llegaron a una contratación de tierras y entraron a negociar con la dueña de aquí de Tesorero, inclusive estábamos nosotros trabajando ahí, o estamos y bueno, explotaron ahí dejándonos a nosotros una parte quieta, respetando los trabajaderitos de nosotros. Explotaron ahí y como que nos les dio parecer, entonces llegaron a negociar con los dueños de la tierra de Fabalcón y están explotando allá. No sé como irán ahora, nosotros seguimos ahí en las mismas vegas de Tesorero, hacia el lado de abajo porque nosotros el perjuicio no lo hacemos, siempre estamos lavando los sobrados de la retroexcavadora, lo que dejaron” (entrevista, octubre de 2007).

Esta intención de establecer una explotación minera a gran escala, coincide con lo que hemos visto sobre la historia del territorio en que está emplazado Mogotes: miradas externas e intereses económicos que han enfatizado en la riqueza y abundancia de recursos extractivos o se disputan la situación

geoestratégica, todo ello combinado con el olvido de la gente que allí habita o la intención manifiesta de desalojarles si es necesario. La fuerza de estos grandes intereses sobre un lugar periférico nos recuerda la tensión que encuentra Milton Santos en las dinámicas propias de la expansión económica en la globalización: “La relación social, por más parcial o más pequeña que parezca, contiene parte de las relaciones globales. [...] La historia de la producción de un hecho desencadena un proceso mucho más amplio, que coloca el fenómeno en contextos cada vez más amplios” (Santos, 1996, pág. 56).

Esta interrelación del lugar con sus contextos más amplios y, en particular, con las escalas geopolíticas de macrointereses económicos, aterrizaría sobre Mogotes en una fatídica tarde del año 2001, cuando la disputa entre grupos armados por el control de la zona ocasionó la masacre de tres pobladores y el desplazamiento masivo de la comunidad. La señora Dorotea cuenta que después de escuchar los disparos y ver los cuerpos sin vida de sus familiares y amigos: “Ya nosotros nos fuimos atrasito con toda la familia, con lo poco que pudimos llevar, todo lo dejamos por ahí, que marranos, gallinas, pudimos alzar con los niños y lo poco que teníamos por ahí, que cogimos de afán” (entrevista, noviembre de 2007). Ese suceso significó la entrada de los paramilitares en la región, dejando una huella indeleble en la memoria de los Mogoteños, un tatuaje mnemónico que dolorosamente les recuerda que su territorio fue objeto de disputa entre el grupo armado recién llegado y la guerrilla que hacía ya varios años pasaba ocasionalmente por allí. José evoca de esta manera la amarga experiencia del desplazamiento de la vereda y la sorpresa que se llevaron cuando llegaron al casco urbano de Buriticá:

“La vereda tenía 135 personas, pero en el año 2000 hubo un desplazamiento por actores armados. Entonces nos tocó desplazarnos al municipio de Buriticá por un espacio de un mes con una semana, pero allí nos estaba yendo muy mal porque no éramos los únicos desplazados sino que los actores armados siguieron andando por todas las veredas del municipio e hicieron desplazar a todas las veredas del municipio como Palenque, las Brisas, Guadual, Tabacal, Llanos de Uarco y muchas regiones de por allá. Eso fue un encuentro de desplazados como de más de dos mil personas” (entrevista, octubre de 2007)

El relato de José coincide con los registros de la prensa que señalaban alarmantes cifras de desplazados a comienzos de 2001, no sólo en Buriticá, sino en otros municipios del departamento de Antioquia. Son propios de aquellos días titulares de prensa como: “Terror en Buriticá”, ó, “Esta vez ocurrió en Buriticá”; refiriéndose a que hechos similares se presentaban en municipios como San Luís y Granada, entre otros, por lo cual señalaba el periódico de mayor circulación en el Departamento de Antioquia:

“Para atender a los desplazamientos que se originan en el departamento, el gobernador de Antioquia Guillermo Gaviria Correa, conformó el comité departamental de Atención a la Población Desplazada por la Violencia, que de inmediato comenzó a trabajar en el caso de Buriticá, donde más de 1.300 campesinos tuvieron que abandonar sus viviendas, ubicadas en 25 veredas de este municipio” (Colombiano, 2001).

Efectivamente, coincidiendo con la llegada de los habitantes de Mogotes al casco urbano de Buriticá, se aglutinaron allí alrededor de 1.500 personas procedentes de distintas veredas y aterrorizadas por razones diversas: algunas fueron amenazadas por la guerrilla de las FARC, otras presenciaron masacres y ajusticiamientos selectivos por parte de grupos paramilitares y, una gran mayoría, prefirió desterrarse frente al riesgo de que algo malo les ocurriera a sus familias o como forma de prevenir y anticipar la llegada de los grupos armados a su territorio. Para los habitantes de Mogotes la transformación que sufrió sus vidas fue radical, pues se fracturaron sus relaciones territoriales, sintieron la desazón de las pérdidas materiales y afectivas y volvieron las imágenes de la época de *La Violencia*, cuando los mayores tuvieron que huir de Fortuna para sobrevivir. Esta llegada masiva de personas al casco urbano de Buriticá no hacía más que fomentar el terror y la incertidumbre, tal y como lo cuenta Martín:

“En el pueblo, en Buriticá nos empezó a ir mal porque se empezó a agotar la comida que llevábamos y quedamos dependientes de la ayuda del gobierno. La mayoría teníamos familia o amigos que viven allá, pero no podían socorrer a tanta gente, además, el miedo iba creciendo porque diario llegaba gente con historias de lo que les habían hecho en un lado y en otro. Ya nos pusimos que no sabíamos que hacer, volver era peligroso, quedarnos ahí era insoportable

porque no teníamos servicios, irnos para Medellín, tal vez, pero nosotros hemos sido gente de campo y no de vivir en la ciudad” (comunicación personal, noviembre de 2007).

El miedo al retorno era alimentado por la imagen de la manera cruel en que habían sido masacrados los habitantes de la vereda. Doña Francisca lo narra así:

“Mataron los tres sobrinos míos allí abajo, a Héctor, Gerardito, todos los mataron así sin más. Héctor porque era mayordomo en esa finca, Darío porque estaba trabajando ahí en esa finca y Gerardo porque ellos le robaron todo el ganado que tenía y entonces mandaron a Gerardo que lo arriara pa'bajo, que lo arriara hasta Fabalcón, y entonces Darío como vio que al hermano lo tenían amarrado, a Héctor, dijo: yo sí se los voy a arriar, pero ahora...y era para darle fin al hermano...cuando vio que lo mataron, cogió ese muchacho y dijo, estos hijuetantas (yo no digo), como mataron a mi hermano! Sacó la pata y le pegó tres patadas a uno de esos en la barriga y le pegó otras tres a otro en la espalda... ahí fue donde lo mataron, ese fue el motivo” (entrevista, noviembre de 2007).

Las razones para los asesinatos son buscadas incesantemente en las memorias de aquel día, buscando dar una explicación que pueda ayudar al duelo y a la superación del dolor de la pérdida de aquellos tres jóvenes. Mientras recorríamos las afueras de la vereda, Sebastián que en el momento de la masacre era sólo un niño, recuerda de esta manera los eventos y explica a su modo las razones que los ocasionaron:

“Esto acá se llama Tesorero, era donde la guerrilla hacía primero los campamentos, y donde se encendían cuando siempre se hacían las balaceras por acá la guerrilla y los paracos y los soldados. Un día nosotros estábamos en la vereda, así sin saber nada, y acá había otra gente, la del grupo armado, la guerrilla. Entonces bajó los paracos, y nadie sabía que aquí estaba esa gente y mataron y comenzaron aquí a encenderse a balacera, aquella casa la llenaron de puros huecos, a la virgen le tiraron una granada y le mocharon una mano y la casa quedó vuelta nada. Acá en este Llano fue donde mataron a los muchachos. Acá habían unos palos grandes y los palos se murieron por falta de agua y otra gente los mocharon y los conservaron como leña” (entrevista, noviembre de 2007).

Este relato deja ver que ya desde antes de la masacre la presencia de la guerrilla había perturbado la tranquilidad de la vereda, creando un ambiente de

guerra que trastornó la cotidianidad e hizo difícil el desempeño normal de las labores ya que se prohibió la circulación por determinados lugares y en ciertos horarios. La irrupción de los paramilitares creó pánico aún antes de la masacre por los antecedentes que conocían las personas de otras zonas donde se habían producido desplazamientos y asesinatos selectivos como consecuencia de acusaciones de colaboración o connivencia con la guerrilla, lo cual ya había comenzado a ser parte de las noticias que circulaban ampliamente en la radio y la televisión nacional, creando entre muchos pobladores rurales incertidumbre y una sensación de vivir en riesgo constante. En el caso de Mogotes este sentimiento de indefensión era alimentado por las imágenes, ruidos y trastornos que se produjeron con la conversión del llano de Tesorero, colindante con la vereda, en campo de batalla. Durante algunas semanas antes de la masacre se vieron asediados por el tránsito de hombres y mujeres armadas, con su característica mirada inquisitiva, su rudo silencio y sus pasos acelerados, apoyados en la estética imborrable de la guerra: vestidos camuflados, crujir de botas contra el piso, destello del metal de sus armas y señales y códigos de comunicación encriptados. Con estas presencias, la violencia llegó a Mogotes para instalarse y reclamar su autoridad, hombres y mujeres armadas de uno y otro bando llegaban a acampar dentro de la vereda o en sus cercanías y los habitantes muchas veces no sabían siquiera de quien se trataba, sólo podían reconocer sus rasgos comunes: camuflado y fusiles, un tono agrio en su voz, pero ninguna señal, color o símbolo que los distinguiera. La masacre fue el momento de ruptura en que la confusión y la incertidumbre creadas por aquella utilización del sector de Tesorero como campo de batalla a escasos metros de las viviendas, se transformaron en pánico y desolación, tal y como lo refiere Roberto cuando recuerda aquella pérdida de la tranquilidad en la vereda tras la masacre:

“Nosotros acá no habíamos sacado difuntos así matados, siempre los hemos sacado es cansados de vivir, se mueren de setenta, ochenta años, y ahorita que fue tres muchachos jóvenes. Eh!, nosotros nos quedamos con esa impresión, con ese nerviosismo, y tanto que esa noche nadie durmió y nadie veló a los difuntos, eso eran ahí... los pusimos en la escuela y nadie

arrimaba ahí, con miedo a que esa gente se devolvía” (entrevista, noviembre de 2007).

La decisión de emigrar fue una respuesta automática, motivada por el instinto de conservación y el deseo de proteger a los más pequeños, aún a costa del abandono y la pérdida de los objetos dejados en las casas y aún con el riesgo de perder definitivamente el territorio. Dorotea recuerda que: “Ese día fue un día muy triste para todos los de la vereda porque aquí nunca había pasado una cosa de esas, y ese día ver tres muertos ahí, ¡fue una cosa muy horrible! Todos nos fuimos de la vereda y dejamos la vereda sola” (entrevista, noviembre de 2007). Sin embargo, aún con el pánico producido por aquella terrible masacre, los pobladores de Mogotes tuvieron desde entonces la certeza de que su territorio era el lugar más adecuado para ver crecer sus familias, para lo cual era necesario resistir al desarraigo, según cuenta Roberto, después de la masacre tuvieron que confrontar a los actores armados:

“Nos dijeron [los del grupo armado]: ¿ustedes porque corrieron? Todo el mundo le daba como susto contestar. Entonces ya a lo último dije, así en mi mente, en nombre de Dios, yo me voy a resolver... Entonces le dije: hombre nosotros corrimos porque por una parte hemos sido una comunidad que no nos ha tocado este vaina, nosotros al armado le tenemos miedo, no sé porqué... Aquí hemos vivido toda la vida y no hemos visto gente por ahí armada así y nos daba miedo que de pronto un encuentro y entonces, nosotros por el medio. Por eso corrimos. Es más, nosotros vivimos en un camino, pero no estamos llamando a nadie y el armado se mete hasta donde quiera. Nosotros estamos en un camino y si ese es motivo para nosotros no vivir acá, es mejor que nos digan, para nosotros abrimos, porque nos da mucho miedo que de pronto cometan un error con nosotros, por vivir en un camino, es que aquí no hay más entradas, ni salidas” (entrevista, octubre de 2007).

Es por ello que en Mogotes, ese caserío al borde del camino que conduce hacia el oro del río Cauca, aunque no existe una relación oficialmente establecida, ni un proceso penal por estos hechos violentos que quedaron en la impunidad, las memorias locales insisten en la evocación de lo ocurrido y resaltan el valor de la comunidad que volvió para quedarse, afrontando el peligro y soportando las amenazas que en adelante se produjeron. También en sus memorias persiste una coincidencia que sugiere injusticias de las que

nadie quiere hablar: fue tras la masacre y el desplazamiento que llegó la gran minería industrial a instalarse en las vegas del río Cauca, proveniente de otras regiones del Departamento de Antioquia. Todo ello ha hecho que los habitantes de Mogotes se aferren al valor de sus memorias para resistir al desarraigo, insistiendo a los más pequeños en que tengan presente la importancia del conocimiento de los mayores y en que aprendan a valorar su territorio, reconociéndolo como un camino por el que unos y otros pasan: terratenientes, mineros, empleados corporativos de la hidroeléctrica y grupos armados... Ante estas presencias, la estrategia de supervivencia ha sido el silencio y la capacidad de no tomar partido con nadie, sino más bien, recibirlos a todos sin ofrecerles apoyos duraderos o compromisos a favor de su causa.

CAPÍTULO 5. El pasar de las múltiples violencias en El Popular: arraigo y contención del miedo en la geografía urbana de Medellín.

La época de *La Violencia* dejó en Colombia marcas indelebles en las memorias de quienes fueron sus víctimas, pero también en las materialidades y la geografía de las ciudades que recibieron a quienes perdieron sus tierras y sus posibilidades de vida en las áreas rurales. Miles de hombres y mujeres, con sus memorias en fuga, testimonio de la letalidad de las masacres y las presiones de los bandoleros, las cuadrillas y la Fuerza Pública, llegaron a las ciudades buscando refugio para salvaguardar su vidas, generalmente desposeídos y pauperizados por la inclemencia de la huida que les obligó a dejar todo aquello por lo cual habían luchado.

Es por ello que *La Violencia* se evoca como una época virulenta que aún hoy tiene inscripciones certeras en las memorias de las personas mayores que llegaron a Medellín a buscar amparo y tuvieron que reanudar sus vidas en medio de la precariedad y la incertidumbre. Generalmente, las laderas entonces despobladas y alejadas de la ciudad central fueron el único territorio abierto para el asentamiento de los recién llegados, muchas veces mediante invasiones o tomas ilegales de los predios, como única forma posible de conquistar un espacio en la excluyente geografía de una ciudad que parecía repeler la inusitada irrupción de estos nuevos pobladores. Esto es justamente lo que sucedió con el poblamiento de la Comuna No.1²⁵, denominada oficialmente como Popular y conocida también como Comuna Nororiental, que aunque hoy es un sector densamente poblado, para finales de los años 50's del

²⁵ Es importante recordar que la Comuna se refiere a una división administrativa de la ciudad compuesta por un grupo de barrios colindantes. En el caso de Medellín, está dividida administrativamente en 16 comunas y cinco corregimientos, denominación utilizada para los asentamientos rurales. Según el Anuario Estadístico de Medellín, publicado en el año 2005, la Comuna Doce de Octubre en el extremo noroccidental de la ciudad era la más densamente poblada con un total de 192.656 habitantes, seguida por las Comunas de Robledo con 159.935 habitantes y Belén con 159.390 habitantes. La Comuna Popular ocupaba el 10º lugar en cuanto al número de habitantes (Alcaldía de Medellín, 2005).

siglo pasado era un territorio prácticamente despoblado. Según los estimativos de población realizados por la Secretaría de Salud de Medellín para el año 2010 la Comuna Popular contaba con 126.887 habitantes, de los cuales 60.173 eran hombres y 66.714 eran mujeres. Esta población equivalía al 5,4% del total poblacional de la ciudad de Medellín estimado en 2.343.049 habitantes (Medellín S. d., 2011, pág. 9).

La Comuna Popular está ubicada en el perímetro urbano de la zona nororiental de la ciudad, tiene una extensión aproximada de 300 hectáreas y limita al norte con el Municipio de Bello; al Occidente con la Comuna Santa Cruz; al Oriente con el corregimiento de Santa Helena y al sur con las Comunas de Aranjuez y Manrique. Esta Comuna está compuesta por los barrios: El Popular; Santo Domingo Savio No.1; Santo Domingo Savio No.2; La Avanzada; Carpinelo; La Esperanza; Aldea Pablo VI; El Compromiso; San Pablo; Villa de Guadalupe; Moscú No.2 y Granizal. La distribución de los barrios puede observarse en el siguiente mapa:



Ilustración 10. Mapa de la división barrial de la Comuna No.1 El Popular de Medellín.

Fuente: (Wikipedia, 2011)

Según la Encuesta de Calidad de Vida en Medellín año 2006, la población de la comuna No.1 estaba clasificada en un 27% como de estrato socioeconómico²⁶ bajo-bajo y en un 73% como de estrato socioeconómico bajo, lo cual muestra que es uno de los sectores de la ciudad con mayores niveles de pobreza, además, esta comuna reportaba una preocupante tasa de desempleo que llegaba al 13.9% (Medellín A. d., 2006).

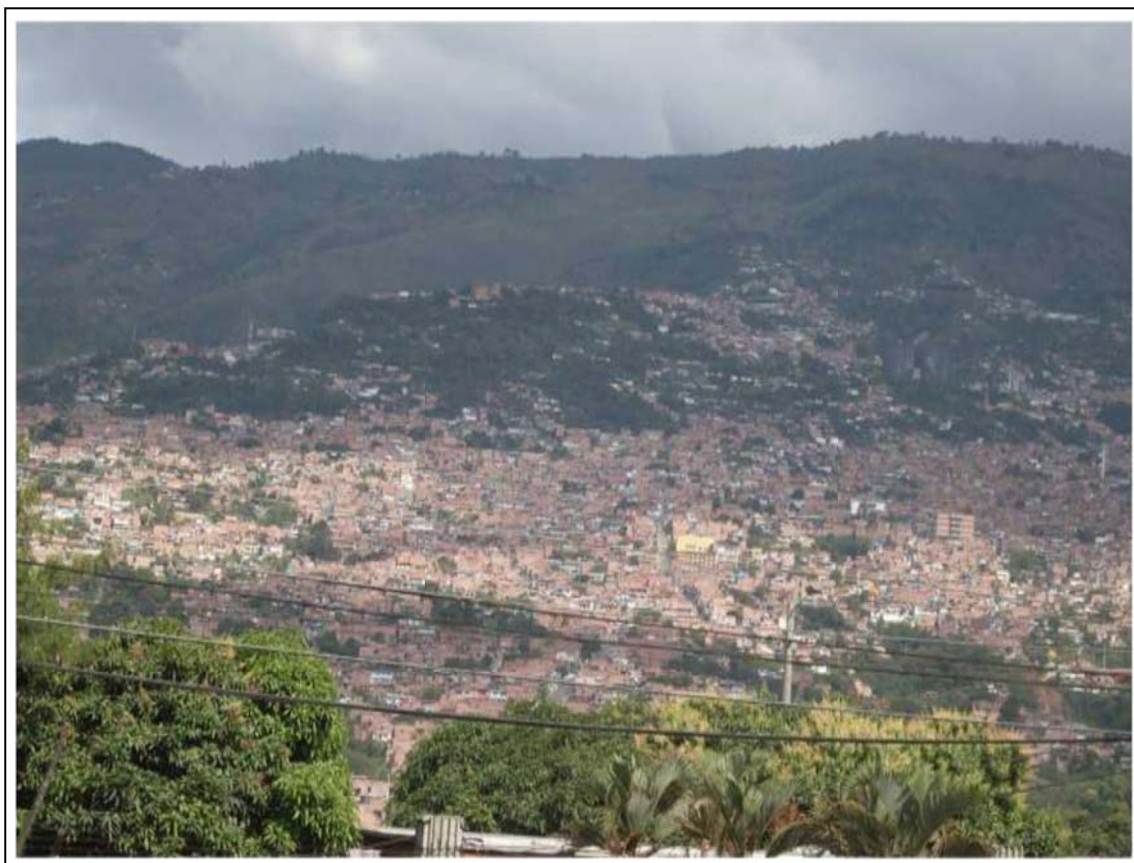


Ilustración 11. Vista panorámica de la Comuna No.1 de Medellín.
Fotógrafo: Germán Arango Rendón. Octubre de 2008.

²⁶ La estratificación socioeconómica en Colombia fue establecida mediante Ley 142 de 1994 en su artículo 102° y consiste en una clasificación de los inmuebles residenciales utilizada para medir el nivel de ingresos y establecer las tarifas de impuestos, de servicios públicos domiciliarios y otros asuntos de interés público. Existen seis estratos socioeconómicos: estrato 1 (bajo-bajo); estrato 2 (bajo); estrato 3 (medio); estrato 4 (medio-alto); estrato 5 (alto) y estrato 6 (alto-alto).

Las memorias de El Popular narran formas creativas de resistencia por medio de las cuales sus pobladores han creado alternativas para la pervivencia, el arraigo y el sostenimiento colectivo frente al ímpetu con que ha arreciado la violencia agenciada por grupos armados y por causas diversas. En sus relatos la cronología se desdibuja, los recuerdos se entremezclan, las motivaciones se confunden, pero las imágenes del dolor y las pérdidas se mantienen, mostrando la ardua lucha que durante años han sostenido para disputar su lugar habitado a los múltiples procesos de exclusión violenta en Medellín, poniendo en evidencia con ello algunas de las contrariedades que no ha atendido la planificación y el ordenamiento territorial de la ciudad. Estas memorias narran distintas trayectorias de fuga y cuentan sobre sus movi­lidades instigadas por la presión armada, pero relatan también el esfuerzo colectivo por mantenerse en un espacio arrancado con voluntad y tesón a la geografía urbana, dejando en evidencia la fortaleza creativa de una comunidad que siempre se ha dispuesto a resistir el desarraigo. Son múltiples las violencias que se han vivido en El Popular desde la década de los años 60's del siglo XX cuando el barrio fue levantado en un proceso de invasión colectiva de los terrenos de propiedad privada, pasando después por la proliferación de la delincuencia común que se convirtió en el gran flagelo en la década de los años 70's y la posterior conformación de autodefensas agenciadas por el Estado. En la década de los años 80's, vendría la expansión del narcotráfico, la conformación de bandas criminales, la organización de autodefensas y su transformación en milicias urbanas. La década de los años 90's estaría marcada por la violencia provocada por la desmovilización y reinserción miliciana, así como por la disputa territorial entre guerrilla y paramilitares. El contexto contemporáneo estuvo determinado por un período de hegemonía y control paramilitar seguido, tras su desmovilización y desarme, por la irrupción de las Bandas Criminales –BACRIM-.

5.1. A la toma de las laderas: invasión y poblamiento de El Popular.

La Violencia fue responsable del desplazamiento de gran cantidad de población de las áreas rurales en Colombia, la cual buscó refugio en las cabeceras municipales cercanas, pero generalmente terminó inmigrando a las grandes ciudades en busca de protección y de oportunidades para recomponer sus vidas. En el caso de Medellín, el final de la década de los años 50's y la década de los años 60's del siglo anterior, fueron testigos de un significativo incremento de la población y un gran crecimiento de la ciudad que paulatinamente vio como las laderas que bordean el valle del río Aburrá en el que se desarrolló la ciudad tradicionalmente, fueron invadidas y construidas sin ningún tipo de planificación ni intervención del Estado, sino mediante la acción de miles de ciudadanos que tomaron posesión de estas inclinadas lomas sin mayores recursos técnicos y afrontando grandes carencias materiales, tumbaron el monte y levantaron sus casas, la mayoría de las veces sin poder atender la necesidad de crear espacio público o de respetar un adecuado trazado de las calles.

El Barrio Popular No.1 se inició por un proceso de invasión de una finca de propiedad privada que al parecer tenía poca atención y en la cual se realizaban escasas labores productivas, pues la mayoría de los primeros pobladores recuerdan la zona como un monte surcado por quebradas que descendían vertiginosas por la pendiente ladera. Según Mery Arenas, que realizó una investigación personal sobre la historia del barrio en el año 1989:

“La invasión en esta zona fue posible debido a las condiciones propias del terreno, a su localización inestable que no generaba renta alguna a su supuesto dueño, por lo que su abandono fue mucho más evidente; esta invasión es el resultado claro de la deficiencia del estado de los años sesentas y de la ciudad para asimilar y garantizar a una población urbana un empleo bien remunerado y educación, que era lo que buscaban la mayor parte de estos campesinos que llegaron masivamente de todas partes de la región” (Arenas, 1989, pág. 10).

Ofelia por su parte, una joven que nos acompañó en los diálogos con personas mayores para reconstruir sus memorias del poblamiento, resume así el proceso de invasión y consolidación del barrio:

“En los años sesenta fueron llegando al sector familias con muchas necesidades, entre ellas las matronas que, poco a poco, a pesar de su pobreza, fueron organizándose en comunidad, sin techo, ni luz, ni agua, con muchas necesidades, pero a la vez con mucho amor. En compañía de un sacerdote caminaron con el fin de traer progreso al barrio. En esos días los ranchos quedaban retirados, caminaban por canelones, sólo se veía mucha naturaleza. Al organizarse los vecinos empezaron a abrir caminos, a construir sus hogares y la primera iglesia: La Divina Providencia. Vendiendo empanadas, haciendo todo tipo de actividades, piedra sobre piedra construyeron su templo y una pequeña escuela con el mismo nombre. Así empezó mi barrio, las historias de mis viejos, aquellas que me contaron y hoy se encuentran en mi memoria” (comunicación personal, octubre de 2008).

Esos primeros años del asentamiento estuvieron marcados por los retos que impone una geografía difícil de dominar, más aún cuando los medios y herramientas escaseaban y las construcciones tenían que hacerse a mano, uniendo esfuerzos entre vecinos, buscando con ello vencer la precariedad técnica y material de las edificaciones. Los recién llegados eran la mayoría de las veces sorprendidos por la exuberancia de la vegetación y las abundantes fuentes de agua, según recuerda Blanca: “De los recuerdos más felices fue que cuando yo llegué, yo no había conocido una selva y a mí me pareció que esto era una selva, porque las yerbas, la manga, eran todas altas, tan altas que uno se tapaba” (comunicación personal, noviembre de 2008). Teresa, que lleva más de cincuenta años en el barrio, recuerda también que cuando llegó aquí aprovechaban las fuentes de agua naturales:

“Primero cuando nosotros llegamos aquí que no existía nada, nada, se llamaba El Porvenir. Entonces nos tocaba cargar el agua de un tanque que hay por allá al pie de la Pablo Sexto, nos tocaba buscar leña y lavábamos en unas piedras que habían aquí en toda la mitad de la cuadra, que por ahí pasaba una quebradita pequeñita y nosotros recogíamos agua ahí para lavar” (comunicación personal, octubre de 2008).

Las imágenes que se conservan en las memorias hablan de un terreno difícil, que debía ser vencido por las luchas de las familias que buscaban ansiosamente una vivienda en la cual guarecerse, tal y como lo recuerda Marco Antonio Cañas: “El barrio era un terreno estéril el cual no tenía absolutamente nada sino bejuqueras para subir y rastrojo no más” (Marco Antonio Cañas, citado por Arenas, 1989, pág. 12). La lucha contra estas dificultades requería organización, voluntad, esfuerzo y unidad, todas las cuales se fueron dando por la solidaridad que se tejió entre las personas que llegaban al sector, casi siempre después de haber sido expulsadas de sus territorios de origen por distintos procesos de violencia o en busca de oportunidades para superar la pobreza. En los procesos de organización comunitaria la iglesia católica tuvo un papel decisivo, pues desde que empezaron las invasiones los sacerdotes acompañaron a las personas y favorecieron la realización de actividades colectivas. Así lo recuerda María:

“A mí me tocó con el padre Vicente que la gente paraba cuatro palos y ponía trapos y ahí se metía, nosotros les ayudábamos por las noches a armar los ranchitos con el Padre Vicente Mejía. El Padre Federico estuvo también mucho tiempo con nosotros y ayudó mucho a los pobres. A nosotros nos tocó cargar piedra para la iglesia, la escuela. Me acuerdo mucho de los comités que se hacían” (comunicación personal, octubre de 2008).

Estos comités, conocidos también como convites, eran muy importantes para intercambiar los saberes, las experiencias y los pocos recursos que se tenían a disposición y eran un escenario propicio para que cada quien aportara su trabajo y recibiera a cambio el apoyo del trabajo de los demás, haciendo de esta manera posible el llevar a cabo actividades que no se pueden desarrollar individualmente y consiguiendo también que no se tuviera que pagar por estas tareas. Los convites eran realizados periódicamente, en una programación hecha de acuerdos a las necesidades y muchas veces tenían por objeto el adelantar obras de carácter colectivo, como la adecuación de las calles, la conducción del agua hasta los hogares o la construcción de algunos espacios comunitarios como la cancha y la iglesia. En los convites la participación era masiva y no tenía límite de edad, tal y como lo deja ver la siguiente fotografía:

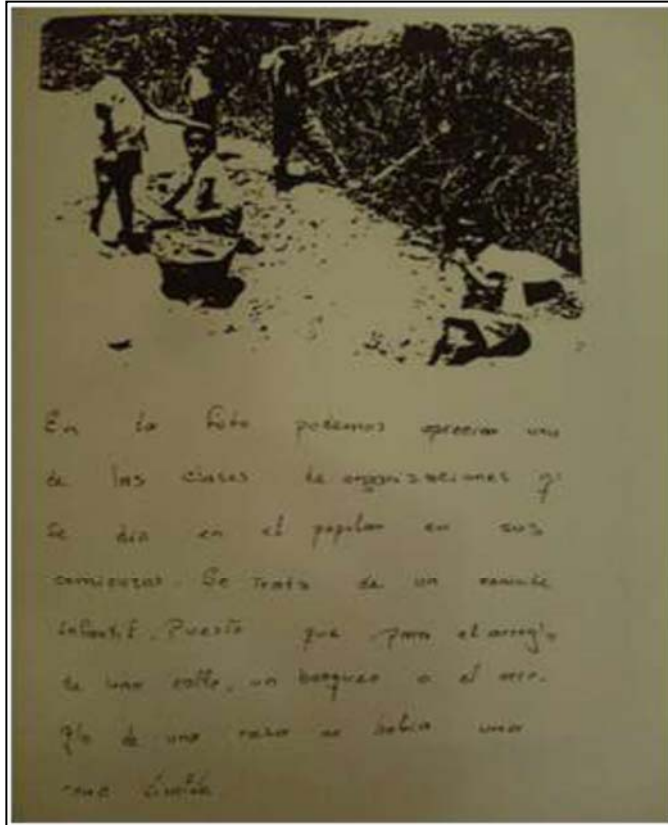


Ilustración 12. Acciones comunitarias para la construcción del Barrio El Popular No.1.

Fuente: Archivo Fundación para el Fomento de la Educación Popular y la Pequeña Industria -FEPI-.

Las mujeres cumplían un papel esencial en el proceso organizativo, no sólo cuidaban a los menores de edad y a los enfermos, sino que también aportaban su trabajo y eran encargadas de realizar actividades que arrojaban algunas ganancias económicas. Blanca lo cuenta de esta manera:

“Cuando yo llegué aquí ya estaban haciendo casas de material, ya estaban haciendo banqueos, las personas estaban en comités, pegando insignias y yo me metí para todo eso. En esas conocí la escuela de Julio C. y me llamaron para una reunión. Yo me fui para esa reunión y en esa reunión nos dijeron que iba a haber un comité, que por favor que nosotras como madres que estábamos apenas llegando de otros lados que invitáramos a la familia para

que las personas que supiéramos de banqueos y que tuviéramos herramientas y que pudiéramos cargar piedra, arena y de todo, que para ayudarle al sacerdote a formar más ranchitos. Porque había mucha gente damnificada que venían de otros lados a buscar donde habitar. Entonces yo me entré a las reuniones comunitarias porque me fascinaba trabajar con la comunidad y me entré para todas esas reuniones. Que por allí había un edificio que estaban edificando con el líder del Padre Carrasquilla. Entonces yo dije, bueno vamos para allá. Estaban haciendo bolsas, festivales y reinados y bingos y todo para poder hacer el edificio. Yo dije: no es que llegué a un barrio muy bueno, donde yo me puedo unir con toda esta gente, voy a seguir con ellas. Seguí con ellas, haciendo festivales, me entré a pegar insignias... seguíamos nosotros en la lucha. Las trochas que había, las barrancas, todo se fue limpiando y se fueron haciendo más ranchos y más caminitos, se formó la carretera, se hizo más escuelas, ¿por medio de qué? De los festivales, de la venta de las empanadas, de la pegada de las insignias por cualquier monedita, de los retenes. Reteníamos a las personas porque no había carros para retener. Le decíamos a las personas: ¿ustedes quieren unirse con nosotros? Nosotros somos las guardias del Popular, somos las guardias de las carreteras, por eso hacemos festivales, somos mejor dicho las guardianas del barrio. Entonces dijeron: no las pongan guardianas, póngalas Guardias de Honor del Barrio Popular” (comunicación personal, noviembre de 2008).

El sacerdote Federico Carrasquilla, conocido en el Barrio Popular como el Padre Carrasquilla, fue el abanderado del proceso de invasión y consolidación del asentamiento, se encargó de la organización de las tareas comunitarias e intervino ante las autoridades municipales para que favorecieran la gente y para que no detuvieran la invasión ni tumbaran las casitas recién levantadas. El Padre Carrasquilla trabajó por más de veinte años en el barrio y fue el responsable de la construcción de su Iglesia y su escuela, convertida hoy en un colegio que integra todos los grados de formación primaria y secundaria. Teresa evoca con especial cariño a este personaje que tanto hizo por el barrio:

“Yo empecé a trabajar con el Padre Carrasquilla. Ese le colaboraba al que le tuviera que colaborar, que desyerbaba, que tumbaba palos, que ayudaba a pegar adobe, que ayudaba a echar muros, ¡no, mejor dicho!, por ese muchas personas tienen sus casitas sino no las hubieran puesto en el piso, de verdad, verdad” (comunicación personal, octubre de 2008).

En el relato del Padre Carrasquilla se conserva mucha de la historia de El Popular, construido gracias a la voluntad y al esfuerzo de muchas personas:

“Yo llegué de estudiar de Europa en el 63, perdón en el 62, agosto o septiembre. Empecé a buscar donde eran los sectores más pobres de Medellín y entonces ahí me encontré con un padre que lo habían nombrado párroco de Villa del Socorro y él había iniciado una invasión en el 61 o 62, una cosa así. Yo empecé a conectarme con él y entonces yo iba allá casi todos los fines de semana, a la parroquia de Villa del Socorro, el padre se llamaba Vicente Mejía y yo empecé a ver como se formaba El Popular. La primera vez que yo fui la tengo bien, bien marcada. Había un senderito, que no entraba sino jeep, que llegaba hasta la iglesia que había hecho el padre Vicente, que había que atravesar una quebrada que la canalizaron después y que es donde hoy está la cancha. Entonces la primera vez que yo llegué allá, yo me acuerdo que toda la cañada era horrible, llena de ranchos. La imagen a mí me marcó para toda la vida, porque un 99% eran casas de cartón y de lata, porque la policía no dejaba construir en material. El Popular era un barrio inmenso ya, todo poblado y no había ni una sola casa de material, porque la policía no dejaba. La policía tenía mucho poder, era lo que llaman Los Carabineros, entonces a la gente que iba a construir el rancho se lo tumbaban. Cuando pasaban 24 horas, en ese tiempo había una ley que si pasaban 24 horas le ponían una banderita [de Colombia] y ya no se los podían tumbar, pero entonces no los dejaban construir en material. Lo que hacía alguna gente era: hacía un tugurio bien grande, por dentro iban construyendo en material y cuando estaba ya terminado, por la noche tumbaban el rancho y le ponían el techo. Eso era graciosísimo porque vos ibas por un senderito y al otro día pasabas por ahí y una casa en material y decía uno: ¡pero de donde resultó esto!” (entrevista, octubre de 2008).

El proceso de invasión se realizó en medio de la reacción de los dueños reales o ficticios de los terrenos, los cuales utilizaron la Fuerza Pública para hacer valer su derecho de propiedad, aunque también hubo en ocasiones enfrentamientos verbales e incluso agresiones directas que buscaban que la gente renunciara a la posibilidad de permanecer allí. Algunos pleitos judiciales por la propiedad también son especialmente recordados. El papel de la policía fue decisivo en el control de la expansión de la invasión para lo que fue asignado un comando especial de policía montada a caballo denominado Los Carabineros. El temor al uso de la fuerza por parte de la policía era generalizado, pero la gente se aferraba a sus ranchos recién levantados y algunas veces, en medio del pánico, encontraron ayuda por parte de los mismos policías que se compadecían de las difíciles condiciones de vida de las familias, tal y como lo recuerda Teresa:

“De allá vine a vivir aquí porque un señor que se llamaba en esa época Los Carabineros, que eran los que cuidaban esto por aquí, eso fue ayer hace cincuenta años, me dijo que esto estaba desocupado y me dijo como hacía para venirme para acá, que él ese día que le tocara me avisaba para él no venirme a sacar mientras yo paraba el tugurio mío de cartones. Entonces eso hice yo, y en punto seis de la mañana el había desaparecido, el se iba a las cuatro y llegaban los de las seis de la mañana. Cuando ellos llegaron yo apenas estaba cerrando el ojo y los muchachitos por ahí tirados por el piso, todos cagaos en medio de un yerberal²⁷. Cuando van apareciendo esos señores [Los Carabineros] en unos caballos todos grandes y yo sin saber que era lo que pasaba... y me dejaron y salieron y se fueron. Eso fue tarea de más de un mes, hoy venían por la mañana, hoy venían al mediodía, hoy venían por la noche, hoy venían cuando yo tenía la lamparita de petróleo ahí prendidita sobre una mesita. Eso me hicieron una persecución y siempre estaba la misma con los mismos siete muchachitos, ¡cuando no eran más de siete!” (entrevista, octubre de 2008).

Ante esta persistencia en la defensa de los terrenos recién conquistados, la presión de la fuerza pública fue disminuyendo y poco a poco se fueron los antiguos dueños haciendo a la idea de que en sus predios estaba consolidándose un nuevo barrio de la ciudad. Sin embargo, la lucha fue ardua y trajo consecuencias serias para la población que desde entonces mostró su carácter aguerrido y, por ello, empezó a ser mirada con temor o sospecha. De esta manera lo resume Arenas:

“El hecho de haberse ocupado por una invasión violenta de terrenos, con propietarios definidos quienes acudían a la fuerza pública para la defensa de sus intereses, ocasionando enfrentamientos entre invasores y policías, llevo a que las autoridades, la opinión pública y los políticos se formaran la idea de que se trataba de una población beligerante, combativa, dispuesta a luchar contra el sistema, y que atentaba contra el principio de la propiedad privada” (Arenas, 1989, pág. 12).

“En todo este proceso de formación del barrio se dieron detenciones, enfrentamientos, tumbadas de ranchos, decomiso de objetos con que se construían los ranchos por parte de la fuerza pública, como los rollos de fieltro, el cual se utilizaba para hacer los techos y paredes de los ranchos, además, tablillas, tacos, cabuya, clavos, picos, palas, barras, recatones, asadores, martillos, etc. La armada de ranchos [tugurios] era en horas de la noche, especialmente en la madrugada a la luz de las velas, antorchas y con la colaboración de los vecinos que ya tenían buen tiempo de estar en sus ranchos, esto nos da una idea de por qué este barrio no tiene manzanas completas, o sea que simétricamente no están bien construidas, con las

²⁷ Hace referencia a un sitio con abundantes hierbas.

condiciones en que se armaban los ranchos y el tiempo que demorábamos, pues se armaban los ranchos donde quedaran y como fuera más rápido; la situación y la necesidad así lo exigían” (Arenas, 1989, pág. 19).

Pero a pesar de que desde fuera se tuviera la imagen de los habitantes de El Popular como peligrosos y beligerantes, en las memorias de los primeros años del barrio priman las imágenes de unidad, solidaridad y entusiasmo para la organización y el trabajo mancomunado. El nombre de El Popular es reflejo de ello, ya que éste surgió del debate colectivo sobre como nombrar el asentamiento que se estaba conformando, de manera que tuviera un apelativo propicio para representar la diversidad de personas y sus múltiples procedencias. Antonia, Teresa y Esperanza, recuerdan con especial añoranza la manera en que surgió el nombre del barrio:

“Este barrio lo iban a poner Marquetalia²⁸. Entonces nos hicimos una reunión y yo dije: A este barrio viene gente de todas partes, entonces es tan popular que debería llamarse Barrio Popular” (entrevista, octubre de 2008).

“[Decidimos ponerle] Popular porque aquí veníamos gente de todas partes, aquí convivíamos gente de todas partes, aquí cabíamos todos los que no teníamos donde vivir y buscábamos una oportunidad de tener un rancho en alguna parte” (entrevista, octubre de 2008).

“Aquí cuando yo llegué nos dijeron que esto primero se llamaba El Populacho. Pero cuando yo llegué ya le estaban cambiando el nombre por El Popular. Después se puso Popular 1 y Popular 2. Qué Popular 1 la parte de arriba y Popular 2 la parte de abajo” (entrevista, noviembre de 2008).

En las memorias de los primeros pobladores aún vivos persisten las imágenes de la solidaridad y la fraternidad que se creó en ese gran encuentro de migrantes, expoliados y desplazados que convergieron en lo que hoy es El Popular. Con el pasar de los años y una vez se fue consolidando el barrio surgieron problemas, enfrentamientos y discordias que rompieron con la armonía y que en el largo plazo, con la llegada de nuevos pobladores y el accionar de agentes externos, convertirían a El Popular en uno de los sectores con mayor número de muertes violentas en la ciudad, además de que se

²⁸ Es importante recordar que con el nombre de República de Marquetalia se conoció a una zona del Departamento del Tolima donde se refugiaron guerrilleros y desplazados de la época de *La Violencia*. En octubre de 1961 el ejército lanzó allí una gran ofensiva militar que fue resistida por los campesinos y que significó el surgimiento de las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia –FARC–.

convertiría en uno de los sectores con mayor presión de los actores armados. Con tristeza y sentido dolor lo cuenta Blanca:

“Seguimos luchando con el Padre, seguimos levantando ranchos, hasta que ya se fue cambiando como el modo de vivir de la gente, ya unos se peleaban por una cosa, se peleaban por otra, ya se conformaron las galladas, todos los combos, se fueron conformando uno por uno, gente de otros lados venían, que esto no me gusta, que esto si me gusta. Después de que ya estaba poblado y de que ya habían hecho las personas comunitarias unas cosas, ya venían otras a adueñarse, entonces ya la gente peleaba por eso y mire donde van las galladas” (entrevista, octubre de 2008).

5.2. Narcotraficantes, milicias, paramilitares y bandas: agentes de violencias, muertes y pérdidas en El Popular.

En la década de los años 70's del siglo XX se vivió la consolidación de El Popular y su crecimiento y urbanización hicieron que poco a poco se fuera integrando a la ciudad que fue llevando hasta allí sus redes de servicios públicos domiciliarios y construyendo las calles, dejando al transporte y al espacio público como las grandes carencias que se mantuvieron en toda la historia del desarrollo del barrio. Sin demeritar la importancia que tiene el agua potable para una buena calidad de vida, los habitantes de El Popular recuerdan con especial alegría el momento en que pudieron tener luz eléctrica, quizás porque el servicio de agua lo suplían con las quebradas y corrientes que corren por el sector. Teresa relata animadamente el momento en que por fin tuvo luz eléctrica en su casa, traída de los barrios vecinos que ya contaban con este servicio: “La luz primero llegó a Santa Cruz y arriba a Santo Domingo. La mía me la trajo Betsabé en un alambre de luz de allá arriba de Santo Domingo y me puso un bombillito ahí en toda la mitad de la piececita. ¡El ranchito se veía iluminado!, todas las noches estaba iluminado el ranchito” (comunicación personal, octubre de 2008). Con conexiones improvisadas, haciendo extensiones y derivaciones de las redes oficiales se fueron conectando todas

las casas, muchas veces aprovechando la oportunidad para hacer derivaciones del alumbrado público.

El crecimiento del barrio estuvo acompañado por la irrupción de algunos problemas entre vecinos y la conformación de grupos de personas, generalmente jóvenes, que se dedicaban a robar y a delinquir en el propio barrio o en sectores aledaños. Estas agrupaciones fueron denominadas “*galladas*”, se caracterizaban por su accionar violento y pronto fueron también reconocidas por el consumo de marihuana entre sus integrantes. Marta evoca con dolor como siendo apenas una niña tuvo que sufrir la muerte de su madre, algo que la marcaría para toda la vida y que la dejó, junto con su hermano, indefensa y confundida:

“En esa época las cosas eran muy difíciles, habían comenzado a robar mucho aquí en el barrio y ya nadie como que se sentía seguro. Yo era apenas una niña y no le ponía tanta atención a eso, pero me acuerdo de las quejas de la gente que hablaba de los problemas. Pero lo que no sabía era que me iba a tocar lo más duro de la vida: perder a mi mamá. Lo que pasó fue que nosotros estábamos organizando una reunión para el culto, era un domingo y como no teníamos iglesia lo hacíamos afuera en la entrada de una casa. Tuvimos que pedir prestada una grabadora para reproducir la música y convocar a la gente. Cuando ya habían llegado algunas personas y estábamos por comenzar el culto se iba apagar la grabadora, pero aparecieron dos muchachos y uno gritó muy fuerte que se las entregáramos que se la iban a llevar. Mi mamá se atravesó, les dijo que no nos hicieran ese daño, que ese aparato era prestado y que nos tocaba pagarlo. Pero a él no le importó y sacó la pistola y empezó a apuntarle a la gente. Todo mundo corrió y buscaba donde esconderse, pero mi mamá que estaba al lado de la grabadora no alcanzó a moverse y el muchacho le disparó. Después salió corriendo y mi mamá quedó tirada en el piso, mi hermano y yo nos le tiramos encima llorando...” (comunicación personal, noviembre de 2008).

Frente al accionar de las *galladas* y el desorden que estaban provocando, en diversos barrios de la ciudad surgieron grupos de autodefensa, conformados por vecinos que se armaban para vigilar y controlar las calles, algunas veces con la ayuda o connivencia del gobierno municipal. En El Popular, incluso desde el proceso de invasión se había asistido a la conformación de algunos de estos grupos cuando se requería la solución de conflictos o la defensa de los terrenos frente a posibles desalojos. Esta forma de organización para la

defensa comunitaria es heredera de las prácticas de resistencia y autodefensa que se emprendieron durante *La Violencia* en las áreas rurales y que fueron traídas a la ciudad, creando una alternativa de privatización de la justicia ante el débil o insuficiente accionar del Estado que es el legítimamente llamado a controlar y garantizar la seguridad. La tradición de la autodefensa se deja ver en el recuento que hace el magacín La Hoja de Medellín sobre la conformación de las milicias populares:

“En los 60 crearon la Defensa Civil para luchar contra el crimen y la corrupción; en los 70 la Administración Municipal reglamentó la conformación de grupos de autodefensa barrial, y aparecieron escuadrones de la muerte para exterminar delincuentes; en los 80, algunos empresarios contrataron compañías de vigilancia privada y respaldaron grupos de limpieza social; y un poco antes de la entrada de los 90, las milicias populares, herederas de esta larga tradición de autodefensa, festejaron su expansión con bombos y platillos” (Medellín L. H., 1994).

Esta cronología da buena cuenta de la evolución de los agentes armados que fueron sucesivamente apareciendo en el barrio, aunque hay que complementarla señalando que desde mediados de los años 90's hicieron su aparición los paramilitares y a principios de este siglo irrumpieron los denominados combos y después las BACRIM.

En los años 80's apareció un fenómeno decisivo para la historia del barrio: el narcotráfico. Las memorias sobre aquella época relatan la “fiebre” que se apoderó de la gente, especialmente de los jóvenes, que vieron como de manera acelerada se podían obtener fortunas negociando con drogas o haciendo trabajos sucios por encargo de los narcotraficantes. El negocio de la droga cambió para siempre la vida de El Popular, creando una nueva perspectiva de ascenso social que no dudaba en recurrir a la violencia. A este respecto señalan Villa, Sánchez y Jaramillo:

“La percepción del narcotráfico como amenaza varía según se le considere como causante de la violencia, la crisis de valores o la descomposición moral de la sociedad. La asociación narcotráfico-violencia, es evidente en la memoria de eventos que implican muerte, derramamiento de sangre, destrucción material y debilitamiento del tejido social. Ataques terroristas, magnicidios, *ajustes de cuentas*, emergencia de grupos de *limpieza social*, delincuencia

organizada y generalización de las bandas, situaciones de difícil previsión, amplían el sentimiento de vulnerabilidad y el sentido de ser partícipes de una comunidad de víctimas” (Villa, Sánchez, & Jaramillo, 2003, pág. 29).

Y más adelante concluyen: “Desde esta perspectiva (narcotráfico como pérdida de valores), el narcotráfico —se dice— potenció el desequilibrio y convirtió casi en valor absoluto lo material, generalizando el afán desmedido por el dinero fácil” (Villa, Sánchez, & Jaramillo, 2003, pág. 31). De esta manera, durante la década de los años 80’s los narcotraficantes promovieron la imagen del éxito logrado mediante el enriquecimiento vertiginoso que era exhibido de manera ostentosa, mediante costosos vehículos, imponentes mansiones, estrambóticos atuendos y descomunales fiestas que se realizaban en sus lujosas fincas de recreo o, algunas veces, en las calles de los barrios como recompensa a quienes les habían ayudado a culminar satisfactoriamente algún negocio. La figura de Pablo Escobar, hoy convertido en un mito urbano que incluso allende las fronteras de Colombia es recordado, tuvo un importante papel en el posicionamiento que lograron los narcotraficantes en la ideología de muchos de los jóvenes de esa época en El Popular, así como en otros muchos barrios periféricos de la ciudad, ya que este personaje siniestro logró concebir y divulgar la visión de que era posible enriquecerse y derrotar por cualquier medio a cualquiera que se interpusiera, incluso al Estado. Además, Pablo Escobar durante muchos años realizó obras sociales, generalmente en barrios deprimidos y de muy bajos ingresos, donde regalaba juguetes en navidad, materiales de construcción, ropa e insumos y llegó incluso a construir un barrio que donó a habitantes de tugurios. Esta imagen que mezclaba el heroísmo y una suerte de bandolerismo social, sirvió para que los jóvenes lo aceptaran y ansiaran emularlo, haciendo del narcotráfico un fenómeno que se enquistó desde entonces en la estructura social.

Franklin conserva los recuerdos de los muchos amigos que vio morir en aquella época y de la que sobrevivió sólo por su salida del barrio:

“Cuando llegaron los narcos esto se puso muy templado. Nosotros éramos unos pelaitos, pero esos manes le ofrecían camello a todo el mundo, para todos había algo que hacer, siempre y cuando se mostrara finura. A muchos les

ofrecieron meterse de sicarios, osea, de matones, que hacían las vueltas por encargo. Eso se cobraba muy bien, se trataba sólo de tener agallas, puntería y un buen piloto. Los pelaos se entrenaban en las motos envenenadas para coger velocidad y subían a estos morros de por aquí arriba a hacer tiro al blanco. Para muchos era como jugar a pistoleros, pero no sabían lo que venía después, porque empezaron las persecuciones, las matanzas ya llegaron al barrio, se nos metían por la noche o a cualquier hora y diario mataban uno, dos o más. Tuvimos que hacer armar un refugio, pero siguieron matando y matando pelaos de por aquí. Yo me fui, con mi familia, salimos una noche sin despedirnos” (comunicación personal, enero de 2009).

En este relato aparece uno de los sucesos más dolorosos de la historia de El Popular: los escuadrones de la muerte o, como fueron conocidos, grupos de limpieza social, los cuales surgieron como retaliación al accionar de los narcotraficantes y se dedicaron a realizar ajusticiamientos indiscriminados de sus posibles colaboradores o, en todo caso, a eliminar a todos aquellos que fueran considerados peligrosos o amenazantes. Estos escuadrones de la muerte se multiplicaron en Medellín y dejaron una ignominiosa estela de asesinatos en muchas esquinas y canchas, así como en otros sitios predilectos de reunión de los jóvenes que habitan los barrios periféricos de la ciudad. Según refieren Uribe y Vásquez, entre 1980 y 1992 se registraron 147 masacres a cargo de escuadrones de la muerte (Uribe & Vásquez, 1995, pág. 76).

A finales de la década de los años 80's, Pablo Escobar Gaviria declaró la guerra al Estado colombiano, buscando con ello detener el proyecto de acuerdo con los Estados Unidos para la extradición de los narcotraficantes y delincuentes reclamados por la justicia de ese país. Escobar inició una serie de atentados terroristas con carros bomba en las grandes ciudades, especialmente en Medellín y Bogotá, además, ofreció recompensas por cada policía que fuera asesinado y conformó un ejército privado para su seguridad y protección. Esta guerra terminó con la muerte de Pablo Escobar el 2 de diciembre de 1993, dejando un doloroso registro de muertes violentas, ajusticiamientos, masacres y atentados terroristas, pero además, dejando una dolorosa carga para la memoria colectiva y unas profundas heridas entre los

sobrevivientes de los miles de víctimas de aquella cruenta guerra. Las cifras de muertes violentas en Medellín entre los años 1989 y 1993 son las más altas registradas en su historia y representan de manera trágica el despiadado enfrentamiento en el que estuvo inmersa la ciudad. Estas altísimas cifras de homicidios y muertes violentas hicieron reconocer a Medellín como la ciudad más peligrosa del mundo. Según el estudio realizado por investigadores del Grupo de Investigación en Violencia Urbana de la Universidad de Antioquia: “En Medellín, entre los años 1990 y 1999 hubo 45.434 homicidios y 9.931 de 2000 a 2002, para un total de 55.365 en los 13 años. El menor número de homicidios se presentó en 1998 con 2.854 y el año con mayor número fue 1991 con 6.658” (Cardona, y otros, 2005, pág. 843). Además, señalan que la tasa de homicidios por cada cien mil habitantes fue en aumento en el período comprendido entre 1989, cuando alcanzaba los 200 por cada cien mil habitantes, y 1991, cuando superó los 350 por cada cien mil habitantes, el registro más alto que se haya dado históricamente en la ciudad y que fue una de las mayores tasas que se hayan registrado en el mundo para ciudades no consideradas en guerra. Esta alta tasa de homicidios guardó directa relación con las condiciones socioeconómicas de los asesinados y mostró también una tendencia a la concentración de los hechos violentos en ciertos sectores de la ciudad, particularmente en las Comunas Nororiental, Noroccidental y en el Centro, especialmente en la Comuna de La Candelaria.

Cardona y su grupo concluyen algo significativo para comprender el peso que tienen las memorias de violencia en las últimas décadas de existencia de El Popular:

“El 95,6% (IC95%: 94,0%-97,0%) de las personas asesinadas en el período residían en la ciudad y más de la mitad (56,3%) en las zonas NorOriental (34,4%; IC95%: 32,0%-37,0%) y NorOccidental (21,9%; IC95%: 20,0%-25,0%), mientras que en la Sur-Oriental lo hacían el 0,8% (IC95%: 0,4%-1,6%). El 0,9% (IC95%: 0,5%-1,7%) de los muertos vivían en la calle. Por comunas (agrupaciones administrativas de los barrios), las localizadas en el norte de la ciudad fueron las que aportaron más muertes: Popular (9,2%; IC95%: 8,0%-11,0%), Manrique (9,0%; IC95%: 7,0%-11,0%) y Aranjuez (8,9%; IC95%: 7,0%-11,0%) del oriente y Doce de Octubre (8,9%; IC95%: 7,0%-11,0%) del

occidente. Los barrios Popular (3,5%; IC95%: 2,5%-5,0%), Castilla (2,2%; IC95%: 1,5%-3,0%), Trinidad (1,7%; IC95%: 1,0%-3,0%), Kennedy (1,6%; IC95%: 0,9%-2,6%), Santo Domingo Savio #1 (1,6%; IC95%: 0,09%-2,6%), La Esperanza (1,5%; IC95%: 0,9%-2,4%), Moravia (1,5%; IC95%: 0,9%-2,4%), San Bernardo (1,4%; IC95%: 0,8%-2,3%), Caicedo (1,3%; IC95%: 0,7%-2,2%) y Doce de Octubre #1 (1,3%; IC95%: 0,7%-2,2%) tuvieron los porcentajes más altos de muertos residentes en ellos. Excepto Trinidad (Guayabal), San Bernardo (Belén) y Caicedo (Buenos Aires), los demás están ubicados en el norte de Medellín” (Cardona, y otros, 2005, págs. 845-846).

Su análisis es contundente, El Popular es el barrio de Medellín que en el período comprendido entre 1990 y 2002 reportó el mayor número de sus residentes muertos, además de que el conjunto de barrios que conforman la Comuna Nororiental reportaron el mayor porcentaje de muertes violentas de la ciudad en el mismo período. ¿Cómo fue vivido este proceso de múltiples muertes en El Popular?, ¿quiénes fueron los muertos y quienes sus sobrevivientes?, ¿qué lecciones dejó aquel período tan difícil de la historia del barrio El Popular? Mauricio evoca con dolor lo que pasaba entonces:

“En esa época los muertos eran un asunto de diario, cada día había uno o varios entierros, hasta le tocaba a uno decidir a cuál de sus amigos y su familia iba acompañar. Fueron tiempos muy difíciles y muy tristes para todos, es que imagínese usted a diario ver una mamá llorando, partida del dolor por la pérdida de su hijo, casi siempre joven, muchas veces menores de edad. Pero además uno vivía con miedo porque muchas muertes eran en el propio barrio, subían en motos o pasaban una camioneta dando bala, o sacaban los pelaos a la fuerza de las casas. Muchos amigos nos tocó enterrar, tantos que hasta no es uno capaz de contar cuantos eran, eso es mucho dolor para uno, recordar que la vida en aquel entonces su puso tan desvalorizada” (comunicación personal, noviembre de 2009).

La cifra de muertes en el sector en la década de los años 90's y principios de este siglo corroboran el triste y continuo dolor narrado por Mauricio. Según muestra el estudio realizado por el Instituto Popular de Capacitación, las muertes violentas en la zona centro-oriental y nororiental de la ciudad fueron las más altas entre todas las zonas de Medellín en el período comprendido entre 1992 y 2003, lo cual muestra porque son tan recurrentes en las memorias sociales del Barrio El Popular los eventos trágicos y los relatos sobre duelos

que no se pudieron elaborar porque la presión de los perpetradores continuaba recayendo sobre las familias de las víctimas o porque el único recurso que quedó fue la huida, la cual suprimió el duelo al desconectar a los sobrevivientes de la posibilidad de explicar lo sucedido, de recorrer las calles en las que su ser querido pasó sus últimos momentos y de reconocer y marcar con símbolos de su dolor los lugares que solía visitar y que le merecían especial cariño. El siguiente cuadro comparativo del número de muertes violentas en la zona centro-oriental y nororiental de la ciudad de Medellín es la evidencia de la magnitud de las vidas perdidas:

NUMERO DE MUERTES VIOLENTAS POR AÑO SEGÚN ZONA DE LA CIUDAD DE MEDELLÍN		
AÑO	CENTRO-ORIENTAL	NORORIENTAL
1992	1.793	1.672
1993	1.891	1.425
1994	1.716	1.124
1995	1.505	962
1996	1.207	952
1997	973	1.026
1998	764	900
1999	824	989
2000	735	1.024
2001	812	1.111
2002	768	1.031
2003	499	572
TOTAL	13.487	12.788

Ilustración 13. Número de muertes por año según zona de Medellín entre 1992 y 2003.

Fuente: (IPC, 2004, pág. 35)

Mientras la ciudad se llenaba de imágenes de violencia que asociaban a los jóvenes de los barrios periféricos con el peligro y la amenaza, haciendo recaer sobre ellos un estigma indeleble que por años los marcaría como potenciales sicarios del narcotráfico, en el barrio El Popular a finales de la década de los años 80's y principios de la década de los años 90's surgió un proyecto de organización para la autodefensa del barrio, conocido como Milicias Populares, mediante el cual se trató de garantizar la seguridad en las calles del barrio,

imponer orden, solucionar los conflictos entre vecinos, organizar los jóvenes y alejarles de los vicios y del ejercicio de actividades delictivas en el propio barrio y, en últimas, ejercer el control y establecer el orden que el Estado se mostraba incapaz de proveer. Las Milicias Populares eran una forma de responder, confrontar y agenciar el poder de las bandas de los narcotraficantes. Su aparición a finales de la década de los años 80's estuvo influenciada por los grupos insurgentes que por aquel entonces hacían presencia en el barrio, especialmente del ELN y del M-19 que para efectos de sus diálogos de paz con el gobierno había montado un campamento urbano para su desmovilización en la parte alta del barrio El Popular. Sin embargo, las Milicias Populares tomaron algunas distancias con el modelo propuesto por la ideología revolucionaria comunista de las guerrillas y gestaron un modelo singular de organización y movilización. En el año 1991 cuando las Milicias Populares eran aún de reciente conformación, Mario Calderón en un texto de análisis de coyuntura hacía una llamado de atención sobre las particularidades de las milicias que las caracterizaban como actor político:

“De las declaraciones y del tipo de acción de las milicias se deduce algo muy importante para diagnosticar lo que ocurre en las periferias del Valle de Aburrá: las milicias están construyendo un proyecto político y gremial. Las bandas y los grupos sicariales en cuanto tales, carecen de dicho proyecto. Aquí hay una diferenciación concreta que los analistas no veían” (Calderón, 1991, pág. 9).

En la evocación que hace Franklin de aquella época se encuentran claves significativas para comprender lo que las milicias vinieron a aportar en la vida del barrio y el porqué de la simpatía que lograron entre muchas personas:

“Cuando aquí pasábamos las mayores dificultades: que pobreza, que inseguridad, que falta de servicios... aparecieron las milicias. A los pelaos los estaban matando, subían esos escuadrones y a fumigar en las esquinas, además esto era un desorden, atracaban a todo mundo, robaban en las tiendas, en los negocios, ya ni subía el camión de la leche, ni las gaseosas, había mucho caos. Los milicianos vinieron a poner orden, al que no quisiera organizarse lo mataban o lo sacaban del barrio, además ayudaban a que la gente se sintiera protegida y hasta organizaban algunas actividades de trabajo, por ejemplo para limpiar las calles o cosas así. Una cosa muy importante es

que controlaron mucho el vicio, la venta y el consumo de droga. Mejor dicho se volvieron como los ángeles guardianes del barrio” (comunicación personal, enero de 2009).

Las milicias desarrollaron un esquema de vigilancia que se basaba en el conocimiento de la zona controlada y en el apoyo que recibían de los habitantes de dicha zona. Su primera confrontación fue con las bandas de los narcotraficantes, conformadas por sus sicarios y negociantes de droga que desde mediados de la década de los años 80's ejercían un dominio territorial indiscutido en toda la zona nororiental de la ciudad. Estas bandas eran responsables del tráfico de droga y de la continuada cooptación de los jóvenes para sus actividades delictivas, lo cual era visto por las milicias populares como uno de los principales problemas que atraían la violencia al barrio y que por lo tanto había que erradicar. Esto es analizado por Gilberto Medina que en su libro: “Historia sin fin...Las milicias en Medellín en la década del noventa” hace un relato del proceso de conformación de las milicias en los barrios de la zona nororiental, con énfasis en los procesos de las Milicias del Pueblo del Barrio Popular y las Milicias del Valle de Aburrá del barrio Moravia, recurriendo a sus apreciaciones y vivencias, así como también a los relatos de los actores claves en el proceso miliciano, en particular a testimonios de Pablo, miliciano de las Milicias Populares y de Lucho, miliciano de las Milicias Populares del Valle de Aburrá y otros testimonios de policías. Medina recalca la labor de *limpieza social*²⁹ que las milicias emprendieron en las zonas que pretendían controlar, teniendo en cuenta que su aparición coincidía con el momento en que las bandas al servicio del narcotráfico estaban en su mayor esplendor y que la violencia se había generalizado en los barrios, pero insiste en que las milicias renunciaron y se distanciaron de quienes les habían apoyado en su proceso de conformación: “[las milicias] a los pocos años trataron de borrar sus vínculos con la insurgencia. A esto contribuyó la pobre asimilación del indescifrable entramado ideo-político de la izquierda” (Medina, 2006, pág. 43). Según

²⁹ Por limpieza social se entiende en el lenguaje común en Colombia la macabra práctica de eliminación de aquellas personas que realizan actividades delictivas, que tienen vicios, que son reconocidas como peligrosas o como malos ejemplos para las demás.

Medina, la conformación de las milicias fue favorecida por la larga tradición de autodefensa que existía en los barrios populares, lo cual coincide con las memorias sociales que citamos más arriba, las cuales nos dieron una idea de cómo se agenciaron las iniciativas comunitarias para la conquista y consolidación del barrio desde principios de la década de los años 60's. Sobre la limpieza social y la toma de control de los barrios, Medina cuenta que las primeras acciones militares de las milicias se dirigieron contra las bandas delincuenciales:

“Si bien esta guerra inicial contra las bandas tuvo sus ribetes heroicos y dramáticos, no fue propiamente una guerra a muerte. Al ver caer a sus principales cabezas, la mayoría de los miembros de las bandas se acogieron a los acuerdos de deponer sus hostilidades hacia la comunidad y se desintegraron. Entre otras: los Calvos, los Nachos, los de la gallada del Loco Uribe, los de la Caseta y una parte de los Capuchos. Los más belicosos tampoco fueron presas difíciles: carecían de disciplina y estaban muy mal armados, mientras que las milicias tenían buenos recursos bélicos y entrenamiento” (Medina, 2006, págs. 16-17).

Mónica es hoy una mujer madura, pero en aquel entonces era una joven que vio como las milicias surgieron y transformaron las relaciones entre la misma gente del barrio:

“Cuando se conformaron las milicias como que cambiaron muchos las cosas, por lo menos ya empezó a haber una cosa que se había perdido: el respeto. Ya por lo menos la gente sabía que si le faltaban tenían a quien hacerle el reclamo y que ellos hacían que el que la debiera respondiera. Como quien dice, ya apareció la autoridad, ya cualquiera no iba por ahí haciendo sus diabluras porque por lo menos sabía que en cualquier momento le caían. Esa autoridad y la seguridad que hacían sentir, hizo que algunos de los muchachos se quisieran meter con las milicias... se entrenaban y empezaban a trabajar, muchas veces en el mismo barrio. Yo pienso que hasta las mamás sabían, pero preferían eso a que estuvieran por ahí tirando vicio o andando en malos pasos” (comunicación personal, enero de 2009).

Las milicias se consolidaron rápidamente como proyecto político y lograron la simpatía de muchas de las personas de sus zonas de influencia. Sus integrantes fueron convertidos en héroes populares, en algunos casos mitificados, mirados con respeto y temor, eran reconocidos como los únicos

capaces de enfrentar el poderío de aquellas agrupaciones delincuenciales que habían mantenido el barrio bajo un régimen de terror del que se conservaban amargos duelos por las vidas perdidas, especialmente las de cientos de jóvenes que no alcanzaban muchas veces la mayoría de edad. Este sentimiento heroico es interpretado por Medina cuando señala: “Las milicias llegaron rodeadas de una aura redentora. Su aparición en el barrio El Popular coincide con el cenit en la carrera criminal de las bandas, que habían convertido este pequeño barrio de la comuna nororiental en una verdadera caldera del diablo” (Medina, 2006, pág. 22).

Después de su surgimiento en El Popular y una vez logrado su fortalecimiento, las Milicias Populares se extendieron a otras zonas de la ciudad favorecidas por su estructura militar que se acomodaba a las particularidades de los barrios, por la fortaleza económica y logística y por la formación ideológica que aún conservaban los dirigentes como producto de sus antiguos nexos con los grupos guerrilleros. Según Medina, a principios de los años 90's las Milicias Populares decidieron entrar en la actividad política como su siguiente fórmula de consolidación y fortalecimiento, integrando a las organizaciones sociales de los barrios de su influencia:

“Para algunos dirigentes milicianos esta propuesta cayó como maná del cielo. Ese era el momento que habían venido esperando para poner en práctica sus ideas de lanzarse a la actividad política legal de la ciudad. Estaban convencidos que si no se le daba un segundo aire a la milicia, ésta terminaría asfixiándose en ese oscuro callejón sin salida de sus guerras: pobres matando pobres [...] El acercamiento de las milicias a las organizaciones cívicas y populares de estos barrios fue en los mismos términos de la infalible fórmula miliciana: aquellos dirigentes comunales que la población señalara como corruptos se les invitaba a dimitir de sus cargos o se expondrían a recibir la mano de hierro de la justicia miliciana. A los dirigentes que la comunidad señalara como honestos e idóneos, se les asignarían cargos estratégicos en la administración local” (Medina, 2006, pág. 117).

Para enjuiciar y hacer seguimiento al desempeño de los cuadros políticos y de aquellos que estuvieran desempeñando cargos por delegación, se conformaron los *cabildos populares*, los cuales tenían la potestad de realizar juicios y

establecer sanciones ejemplarizantes. Mónica también conserva algunos recuerdos de este proceso:

“Los milicianos controlaban todo en el barrio, daban los permisos para la llegada de nuevos vecinos y definían también quien se tenía que ir. Había algunos que se encargaban de dar la cara cuando, muy de vez en cuando, subía la policía o cuando se tenía que hablar con algún funcionario. Ellos eran los líderes del barrio, organizaban la gente y recibían mucha colaboración, desde los negocios que tenían que pasarles plata, hasta mucha otra gente del barrio que les colaboraba de otras maneras, yo creo que agradecidas porque por lo menos hacían sentir más seguridad” (comunicación personal, enero de 2009).

A principios de los años 90's las milicias estaban consolidadas y muy fortalecidas en El Popular donde, a pesar de todo, los homicidios continuaron y la violencia se mantuvo, especialmente por la confrontación con las bandas que mantenían el apoyo de los narcotraficantes y no parecían dispuestas a ceder su poder y dominio del barrio. Sin embargo, las Milicias Populares alcanzaron a ser reconocidas como la autoridad local, llegando incluso a remplazar las autoridades legítimas del Estado que desaparecieron casi completamente de las zonas de control miliciano, tal y como lo señalaba el magacín La Hoja de Medellín en 1994: “La escasa vigilancia policial desapareció de las zonas donde actuaban las milicias populares, como si tuvieran orden de desalojo. El ejército, con bases en el Popular y Aranjuez, comenzó un programa de acciones cívico militares. Allí la autoridad la ejercía el jefe miliciano con complacencia temporal de la comunidad” (Medellín L. H., 1994, pág. 11).

A pesar de la aparente tranquilidad que las Milicias Populares pretendían mantener y de la legitimidad que su autoridad encontraba en el reconocimiento de los habitantes, se produjeron algunos excesos de poder y algunas actuaciones que estaban en contravía de los valores de convivencia que los mismos milicianos debían defender. En el recuerdo de Mónica se mantiene un episodio que muestra esta desviación del poder miliciano: “A uno de ellos le gustó mucho una pelada y empezó a seguirla y a invitarla a salir y todo eso. Al novio le dijeron que se tenía que ir del barrio, que no se buscara problemas”

(comunicación personal, enero de 2009). En el magacín La Hoja de Medellín también quedó un registro de las contrariedades que generaba el ejercicio de la autoridad y la justicia miliciana:

“En cada cuadra aparece un jefe que impone y libera restricciones y negocia el territorio, las armas y los trabajos con quien sea preciso. La <<ética miliciana>> se rompió. Al mismo tiempo que se intenta sanear se atropella. Varias son las madres que guardan entre sus papeles viejos, una carta en la que los jefes milicianos les piden disculpas por asesinar a su hijo por equivocación” (Medellín L. H., 1994, pág. 11).

Con el pasar de los años las diferencias internas aumentaron y algunos de los abusos llevaron a cierto distanciamiento con la comunidad de las zonas bajo control miliciano. Desde fuera se veía a los barrios controlados por la Milicias Populares como áreas hostiles, impenetrables y sin la autoridad legítima del Estado. Según la investigación de Medina, para el año 1993 se inició un proceso de disolución de la unidad miliciana, provocado por factores como: las diferencias internas en el manejo de las finanzas, el retiro de los antiguos militantes de la izquierda y la pérdida de la formación política de base, además de las divisiones entre los mandos medios y la dirigencia (Medina, 2006). Estos factores sumados a la presión del Estado, precipitaron la decisión de las Milicias Populares de emprender un proceso de negociación para la desmovilización, la entrega de sus armas y la devolución de la autoridad al Estado en sus zonas controladas. En febrero de 1994 las Milicias Populares del Valle de Aburrá iniciaron su proceso de desmovilización y reinserción a la vida civil, el cual culminó con la firma de un acuerdo de paz en mayo de ese mismo año. Mediante dicho acuerdo se creó la Cooperativa de Vigilancia y Servicios Comunitarios –Coosercom-, integrada por los milicianos, que desde ese momento podían ejercer vigilancia y autoridad de manera legal en las mismas zonas que antes controlaba la Milicia Popular. Esta Cooperativa de Vigilancia fue una forma de legalizar la actuación de las Milicias que se convirtieron en una autoridad reconocida por el Estado y que entraron a formar parte de las instituciones de seguridad. Desde ese momento comenzó una guerra a muerte contra los milicianos y entre ellos mismos, las diferencias internas se

dispararon y las bandas aprovecharon para atacar a la recién conformada Cooperativa de Seguridad que ahora era un blanco fácil por sus formas legales de actuación que les exigían visibilidad a sus integrantes. Mónica cuenta con tristeza lo que pasó entonces:

“Cuando los milicianos se entregaron, o mejor dicho, cuando se convirtieron en la cooperativa de seguridad hubo mucha expectativa, había gente que no estaba de acuerdo, otros que sí querían porque estaban como cansados y creían que ya todo se podía controlar mejor, que la policía podía ayudar a mantener la tranquilidad y la seguridad en el barrio. El caso es que ese fue para peor, ahí empezaron las muertes, mucho asesinato, mataban a los pelaos en plena calle, porque ya los conocían y siempre estaban dando la cara, también por venganzas, por cobrarles cualquier cosa que hubieran hecho siendo milicianos” (comunicación personal, enero de 2009).

Esta situación confusa y caótica trajo una nueva oleada de violencia al barrio, el cual se vio convertido en un campo de batalla que despertaba en las memorias de sus habitantes los dolores sufridos por los intensos duelos vividos a finales de los años 80's durante el enfrentamiento de las Milicias y las bandas de los narcotraficantes. La seguridad en manos de la cooperativa de vigilancia llenó el barrio de excesos contra los pobladores, provocados por la reacción violenta de los antiguos enemigos de los milicianos, así como por las medidas de protección desplegadas por los propios integrantes de la cooperativa. A este respecto señala Vélez:

“El gran error, reconocido en 1996 por el propio director nacional de Reinserción, Tomás Concha, fue abrir a particulares el monopolio de las armas, que debe ser estatal: Coosercom conservó sus armas para adelantar “labores de vigilancia” en algunos barrios y establecimientos educativos de la zona nororiental de Medellín. En mayo de 1995, un año después de firmarse el proceso, cerca de 100 miembros de la cooperativa murieron como consecuencia de disputas intestinas o entre ellos y ex militantes de las milicias. Luego denunciaron una campaña de exterminio. En 1997, el alcalde de Medellín, Sergio Naranjo, decidió poner freno al asunto y exigió el desarme de Coosercom. Con el tiempo, algunos desmovilizados se unieron a milicias insurgentes. Muchos otros, poco a poco, terminaron al servicio de las autodefensas” (Vélez, 2007).

De esta manera trágica, marcada por cientos de muertes, por dolores contenidos y por las imágenes de indefensión y desprotección frente a los

actores armados, terminó un período significativo de la historia de El Popular, evocado en las memorias de quienes sobrevivieron como una época en la que la gente se organizó, se gestaron ideales y se luchó por ellos, pero lo más importante: se recuperó el barrio del dominio que tenían las bandas y se vivió con una relativa tranquilidad. Es por ello que las Milicias Populares conservan en la memoria un tinte heroico y traen el recuerdo de adalides locales, nacidos y criados en el barrio y evocan también formas de asociación y cooperación que permitieron recuperar lugares antes perdidos, intransitables e innombrables. Sin embargo, es una época que quedó grabada también en la memoria por los profundos dolores de las pérdidas, de las muertes de seres queridos, de los sacrificios de muchos jóvenes que combatieron con voluntad y esfuerzo por retomar el control de las calles del barrio. Muchos de estos traumas aún permanecen irresolutos en las madres que no logran explicar el porqué tuvo que pagarse un precio tan alto y que angustiadas han visto como el pasar de los años no trajo justicia a la muerte de sus hijos que todavía, en muchos casos, permanece impune. Beatriz narra de esta manera la historia de su hijo:

“Cuando iniciaron las milicias a él lo buscaron para que ayudara a organizar la gente porque era respetado y reconocido aquí. Al principio no quería, porque nunca había sido de coger armas y eso, pero después vio como las cosas se iban organizando y se animó, además porque vio que los muchachos estaban entusiasmados y se les veía el compromiso. Fueron varios años trabajando en eso y era muy querido por la gente, cuando había cualquier problema lo buscaban para pedir ayuda y él siempre les respondía. Después de un tiempo vino lo de la reinserción, se convirtieron en una cooperativa legal, pero las cosas cambiaron, ya había mucha persecución, mataron a varios de los antiguos compañeros de él. Yo tenía mucho miedo y le dije que se fuera, pero él siempre decía que no tenía razón para dejar el barrio, que todo lo que había hecho estaba bien, que por aquí lo respetaban. Al tiempo le hicieron un atentado, pero se salvó. Como siguió la persecución y las amenazas se entregó y lo metieron a la cárcel... allá fue donde lo mataron, pero por encargo de afuera. Al final no sirvió de nada tanto sacrificio, dejó sus hijos pequeños y ni siquiera recibimos ninguna ayuda, ni se condenó a nadie por su asesinato. Eso es un dolor muy grande, algo que uno no puede pasar, en lo que se piensa siempre” (comunicación personal, enero de 2009).

El recuento de la historia de las milicias populares hecho por Villa, Sánchez y Jaramillo, recoge mucho de la experiencia dolorosa de Beatriz y revela además la insuficiencia de la iniciativa de paz promovida con su desmovilización:

“Las milicias populares surgen a fines de la década de 1980 como una agrupación armada urbana relativamente autónoma de la guerrilla y del narcotráfico. La falta de presencia del Estado en los barrios populares es la razón que argumentaron para legitimar su existencia y ejercer una labor de vigilancia y exterminio de actores a los cuales les atribuyeron el desorden social en los barrios. En 1994, se adelantó un proceso de negociación entre Estado y milicias que culminó con un acuerdo en el que se contemplaba la obtención de beneficios en materia de inversión social para las comunidades barriales, la legitimación institucional del servicio de vigilancia que se seguiría prestando por parte de los milicianos reinsertados a través de una cooperativa de vigilancia y su proyección como actores políticos. A la postre, esta experiencia de negociación fracasó por el asesinato de los más connotados dirigentes, lo que desató una guerra de exterminio, y por los errores cometidos por el Estado en la conducción de este proceso” (Villa, Sánchez, & Jaramillo, 2003, pág. 33).

Con las contrariedades implícitas en el proceso de negociación y desarme, la desarticulación de la cooperativa de vigilancia Coosercom, por orden del Alcalde de Medellín en 1997, estuvo sucedida por la irrupción de un nuevo actor armado en El Popular: las Autodefensas Unidas de Colombia que desde ese momento tuvieron como uno de sus objetivos recuperar el control de los barrios periféricos de Medellín, los cuales habían estado bajo el dominio de las Milicias Populares y, por lo tanto, encajaban dentro del mapa de la lucha contrainsurgente trazado por los mandos paramilitares. De esta manera, la desmovilización de las milicias, la desarticulación de las cooperativas de seguridad y el debilitamiento de las bandas, contrario a las expectativas de los habitantes de El Popular, no significaron la erradicación de los agentes armados ni la toma del control legítimo de las armas por parte del Estado. En poco tiempo apareció la estructura paramilitar que promovió nuevas formas de autoridad y que incitó a los jóvenes a unirse a sus filas, además de que provocó una violencia desmesurada, caracterizada por la virulencia de los asesinatos selectivos y por la crueldad de muchas vejaciones que marcaron

con traumas indelebles las memorias de los sobrevivientes. Esta persistencia de la violencia se presenta como algo inexplicable para quienes la sufren, que ven también y de forma paralela, los esfuerzos y la lucha de sus familias por mantenerse y proyectarse en medio de la precariedad, viven la calidez del afecto y la solidez de la cooperación mutua, pero enfrentan a diario la presión de formas de poder que muchas veces no comprenden. En busca de una explicación sobre esta persistencia de la violencia en los sectores marginados señala Moreno:

“[...] es importante destacar como el comportamiento de los homicidios en la ciudad de Medellín y la presencia de actores armados reflejan una situación de mayor gravedad en aquellas zonas de la ciudad donde son más evidentes las limitaciones de espacios públicos, donde son más graves las situaciones de pobreza, desempleo y educación, donde existe un gran déficit de vivienda y limitaciones de acceso a la justicia formal, y en general, donde son más claras las consecuencias producidas por la desigualdad y la exclusión social” (Moreno, 2004, pág. 223).

La llegada de los paramilitares se produjo a finales de la década de los años 90's en medio de la expectativa y el temor generalizado, provocado por las acciones terribles de alto efecto simbólico que desplegaron desde sus primeras irrupciones en el barrio. Con su aparición se reavivaron los fantasmas de las masacres de los escuadrones de la muerte que hacía tan sólo unos diez años habían desolado las esquinas, canchas y sitios de reunión de los jóvenes. Los paramilitares realizaron acciones incomprensibles e innombrables, destinadas a convertirse en tatuajes mnemónicos que aún incitan los desvelos, los silencios y las cavilaciones de quienes las vivieron. Jorge relata pausadamente lo que para él es la peor muestra de crueldad que conozca:

“Nosotros en el barrio habíamos vivido épocas muy duras, con muertes en las calles casi a diario, pero de eso hacía ya varios años y como que teníamos esperanzas de que eso no se repetía más. Pero cuando llegaron los paracos las cosas se pusieron muy duras, otra vez empezaron los asesinatos y los enfrentamientos con los combos del barrio, además entre los mismos combos se prendió una guerra muy brava, eso quedó todo el territorio partido, no se podía pasar de la zona de un combo a la de otro. Los paracos hicieron cosas que yo nunca creí que se fueran a dar. Un día mataron un pelao y lo mandaron

entre una bolsa a la casa picado en pedacitos, eso era un reguero de sangre y partes de cuerpo que quedaron todas extendidas al frente de la puerta de la casa. ¡Imagínese esa mamá!” (comunicación personal, enero de 2009).

Paralelamente a los intentos de toma de control del barrio por parte de los paramilitares se reorganizaron las antiguas bandas apoyadas por los narcotraficantes, que ahora pasaron a ser denominadas *combos* y que desarrollaron una rígida estrategia de control territorial, creando zonas de vigilancia en las calles e imponiendo restricciones a la circulación y a los horarios de tránsito. Los combos emergieron entonces como una nueva forma de asociación de los jóvenes del barrio patrocinados por alguna estructura mafiosa interesada en sus servicios, principalmente para la distribución de narcóticos, para la comisión de homicidios o para la vigilancia y control territorial. Los combos se convirtieron rápidamente en estructuras reconocidas, que controlaban porciones específicas del barrio y a las cuales muchos jóvenes estaban dispuestos a integrarse como una forma de obtener protección frente a la persecución por parte de los combos de otros sectores y frente al acoso de la presión paramilitar. Según cuenta Jorge: “Lo cosa se puso muy difícil, prácticamente si eras un joven de por aquí te tocaba buscar un combo, porque era la única forma de tener alguna protección. A los muchachos todo el mundo les buscaba la caída: los paracos, la policía y los otros combos, así no estuvieran metidos en nada” (comunicación personal, enero de 2009). Con los combos la vida en el barrio cambió, antiguos amigos quedaron separados por la líneas imaginarias que había que respetar, que impedían ir de un lado a otro y que si se transgredían podía tener como consecuencia la muerte. Los combos vigilaban desde las esquinas donde tenían puestos de control y hacían retén. Ofelia recuerda que a principios de este siglo el barrio se dividió completamente, los combos impedían que se pasara por su territorio y se enfrentaban en las noches, en la tardes y a cualquier hora, disparando desde sus esquinas hacia los territorios de los otros. Fruto de su recuerdo y su agudo conocimiento del barrio es la cartografía que representa la territorialidad determinada por el control armado en El Popular a principios de este siglo, para

la cual empleó distintos colores en las calles dominadas por cada uno de los combos.



Ilustración 14. Cartografía social Territorialidades de los combos armados en el Barrio El Popular en los primeros años del siglo XXI.
Realizado por Ofelia. Diciembre de 2008.

La señora Raquel, que ha vivido en El Popular desde su fundación, es decir, prácticamente toda su vida, conserva en su memoria imágenes de profundo sufrimiento durante el dominio de los combos, cuando tuvo que soportar diariamente el temor que provoca la guerra:

“A mí me dio muy duro ese tiempo porque la casa mía la cogieron de refugio para darse bala con el combo de abajo. Este hueco de aquí del contador es todavía de una de esas balaceras, yo nunca lo cambié y ahora lo tengo ahí como de recuerdo. Fue muy horrible porque de un momento a otro llegaban los

muchachos, los mismos que uno había visto de chiquitos jugando por aquí, algunos que a uno le había tocado cargar y jugar con ellos, llegaban y me decían: ¡Cucha, vaya tírese debajo de la cama que esto se va a prender! Yo corría ahí mismo a buscar donde meterme y empezaba ese candelero. Esto aquí era estratégico para ellos porque tenían visión para arriba y para abajo y podían disparar a los dos lados. Un día se lograron subir los del combo de abajo, no sé cómo fue que llegaron hasta aquí, pero el caso es que tiraron una granada y esa explosión fue tremenda, quedaron dos de los muchachos ahí muertos, desfigurados y la casa quedó vuelta nada... Yo sólo pensaba en irme, pero no tenía para donde y además los muchachos me decían que mejor me quedara y que a ellos no les convenía que yo contara nada de lo que pasaba. Yo creo que eso fue la época más dura de mi vida” (comunicación personal, octubre de 2008).

Los combos se apropiaron de las calles y establecieron estrictas normas que buscaban establecer zonas seguras para sus miembros. Los niños pequeños tuvieron que abandonar sus juegos, las calles eran inseguras y además siempre estaba el peligro de ser raptados o forzados a llevar armas o esconder drogas. Con los combos se perdió la confianza, no se podía hablar, cualquiera podía ser un enemigo o un delator. Mucha gente quería escapar del barrio, pero muchos no tenían adonde ir o no se les permitía hacerlo, tal y como lo relata Milena:

“A nosotros en esa época nos dio mucho problema el jefe de un combo de por aquí que se enamoró de mi hermanita, entonces mi mamá se llenó de miedo y le dijo a mi papá que intentáramos irnos a vivir a otra parte. Hicieron todo el plan, hablaron con mi tía para irnos por allá por su casa, pero los del combo se dieron cuenta y casi matan a mi papá, se le metieron al negocio y lo amenazaron, le dijeron que antes de movernos ya estábamos muertos y que a mi hermanita no la íbamos a volver a ver, hasta le aumentaron la cuota de plata que les tenía que pasar” (comunicación personal, noviembre de 2008).

El confinamiento es tan grave como el desplazamiento armado, aunque casi siempre pasa inadvertido en los análisis de los efectos de la violencia. Tener que vivir con miedo, enfrentando diariamente la angustia de sentirse inseguro y desprotegido es una carga pesada para las memorias de muchos habitantes de El Popular. Los combos estaban bien armados, integrados por muchos de los jóvenes del barrio que conocían sus esquinas, sus laberintos, sus pasajes y lugares propicios para esconderse o apertrecharse para los enfrentamientos.

No era fácil resistirse a la seducción del poder que tenían, mantenerse al margen implicaba atraer para sí y para la familia retaliación y posibles venganzas. Pero muchos lograron mantenerse alejados de los combos, llevando una buena relación con sus integrantes pero sin ceder a integrarse en ellos, no era una tarea fácil porque para salir a trabajar en otros sectores de la ciudad había que atravesar por sus dominios o caminar dando largos rodeos para evitarlos, pues el transporte público se convirtió en un peligro más ya que los buses eran abordados en cualquier momento por los combos que buscaban a sus enemigos. Rebeca mantiene en su memoria contundentes imágenes de lo que fue el dominio de los combos en el barrio:

“Los combos estaban bien armados y se disputaban sus territorios que limitaban por cuadras, por calles, por esquinas, era el mismo barrio partido en el dominio de los combos de aquí, los de allá, los de arriba de Granizal, los sandwiches, los de la caseta, los de la 8, eso era plomo por aquí, plomo por allá. Muchas veces nos tocó dormir en la cocina, porque las piezas servían de puente entre los enfrentamientos, se subían a la terraza y ¡taque, taque! Las niñas perseguían entusiasmadas a los líderes de los combos, o a cualquiera que perteneciera al combo, que estuviera armado, respaldado por otros, temido por otros, muchas querían tener hijos de ellos, así tuviera varias mujeres e hijos, eso no importaba... tal vez había un estatus, un perfil o un placer. Cuando yo estudiaba era normal ver un muerto por ahí. Ve, mira ese allá arriba tirado, decían los niños pequeños, hasta una vez encontraron allá a uno colgado y todos lo veíamos como si nada. Cada rato nos tocaba tirarnos a huecos, a escondernos de las balaceras” (comunicación personal, octubre de 2008).

Las disputas territoriales de los combos se complicaron aún más por la arremetida paramilitar que quería tomar control de los barrios periféricos de Medellín. Algunos de los combos fueron cooptados por los paramilitares e integrados a su estructura, pero con los que no se llegó a acuerdos se dio una guerra frontal para su exterminio. A esto se refieren Villa, Sánchez y Jaramillo cuando señalan:

“En la década de 1990 se asiste a un proceso de recomposición de la red de bandas en donde sobresale la banda llamada *La Terraza* y la permanencia de grupos de milicias en zonas de periferia. Pero este panorama varía rápidamente, dados los cambios que desde fines de esta década tienen lugar

con la presencia de los actores de la guerra nacional, paramilitares y guerrilla, quienes establecen alianzas con la delincuencia común para ejercer un control sobre territorios considerados estratégicos” (Villa, Sánchez, & Jaramillo, 2003, págs. 33-34).

El transcurso de la guerra entre los combos, así como la superioridad militar y logística de los paramilitares condujo al dominio generalizado de éstos últimos que para finales de 2003 se consolidaron como única autoridad y establecieron un pacto de no agresión entre los combos. Quien no se sometió a su autoridad fue eliminado y con quienes establecieron alianzas se les permitió continuar con el control de sus territorios. Esta paz armada sería el episodio más reciente de la vida de El Popular y se mantendría hasta la desmovilización de los paramilitares en el 2005. Sin embargo, no es recordada como una paz real, sino como un período de receso de las agresiones caracterizado por el intenso control de los paramilitares que llegaban en las noches a que los combos les rindieran cuentas, a que les entregaran sus beneficios o a que les dieran informes de posibles desórdenes o les señalaran enemigos a los que había que eliminar. Es por ello que afirma Rodrigo cuando en sus memorias evoca los lugares queridos de su barrio:

“En la noche estos lugares se convierten en calles prohibidas, donde se camina con miedo, así se diga que el barrio está muy bueno, que la paz entre las bandas por fin reina, que ya no se escucha ni un solo tiro, que es escaso el muerto que se ve cada fin de semana, que ya no te roban ni te amenazan... pero todos sabemos que esto es una mentira, una mentira que se ha guardado y se guardará por años” (comunicación personal, octubre de 2008).

En 2003 como efecto del dominio paramilitar, los homicidios descendieron en toda la ciudad. En el caso de El Popular, según confirma el informe del Instituto Popular de Capacitación, hubo una disminución del 61.3% en los homicidios entre el 2002 y el 2003 pues pasaron de 388 a 150, con unas tasas de 340 y 130 homicidios por cada cien mil habitantes respectivamente (IPC, 2004, pág. 41). Sin embargo, esta reducción relativa de las muertes violentas no implicó una transformación definitiva hacia la paz y tranquilidad de los barrios populares, ni tampoco implicaron la cesación definitiva de las acciones

armadas en la ciudad. Según el análisis realizado por Moreno sobre la situación de conflicto armado en Medellín en el despegue del presente siglo, ésta continúa siendo una de las ciudades más violentas de Latinoamérica:

“[...] aunque maneja en la actualidad cifras más bajas, al menos en los últimos 15 años, siguió con niveles altos de violencia a escala mundial y con el doble a nivel nacional: la tasa para 2003 fue de 98 homicidios por cada 100.000 habitantes equiparable a la de El Salvador (97 pcch) considerado uno de los países más violentos en el contexto continental. La tasa de Medellín (98 pcch) es aproximadamente el doble de la tasa nacional (51 por cada 100.000 habitantes)” (Moreno, 2004, pág. 221).

El panorama de congelamiento de las muertes violentas se transformaría significativamente con la desmovilización del Bloque Cacique Nutibara de las Autodefensas Unidas de Colombia en 2003, lo que provocó una nueva atomización de poderes y luchas por el control de los barrios periféricos de la ciudad. Con la desmovilización se produjo el rearme de los combos y se reavivaron las disputas entre los narcotraficantes. Según el análisis realizado por Hincapié sobre la imagen de tranquilidad que se ha pretendido proyectar de la ciudad:

“Contrario al entusiasmo de muchos sectores económicos y políticos a los cuales les interesa mostrar la “cara amable” de la “ciudad de la eterna primavera”, lo cierto es que: en primer lugar, las redes mafiosas de la “Oficina de Envigado” siguen funcionando; en segundo lugar, se presenta una reactivación de las bandas que empiezan a funcionar independientemente, aprovechando el dominio que habían logrado gracias al “respaldo” que les proporcionó el ayudar a extender el proyecto paramilitar en la ciudad; en tercer lugar, y más importante que los dos anteriores, es la penetración de organizaciones sociales y comunitarias donde se lleva a cabo un trabajo social y político” (Hincapié, 2006, pág. 39).

Es por ello que aún el presente de El Popular está marcado por miedos y temores que no cesan, por desconfianzas generadas por el rearme de los combos y ante todo, por los vacíos y sentimientos de dolor que se han acumulado en las memorias de sus habitantes, que han visto sus calles manchadas de sangre, sus vecinos, amigos y familiares muertos, ultrajados o sometidos a la intimidación de actores armados diversos. Pero a pesar de ello,

sus memorias conservan también las imágenes de la solidaridad, la cohesión y la lucha compartida que hizo posible levantar en medio de la precariedad un barrio que fue arrancado por la fuerza a la pendiente ladera desde la que se otea en la distancia una ciudad que se ha resistido a incluir a sus habitantes. Son muchos recuerdos de sufrimientos, muchas tristezas confinadas al silencio que tan solo reclaman la posibilidad de expresarse, de ser dialogadas para poder buscar alguna explicación coherente para tantas pérdidas y para que éstas no continúen produciéndose. La esperanza y las estrategias de lucha por la vida digna se mantienen, tal y como lo afirma Ofelia:

“Amo de mi barrio sus calles, sus laberintos, tantos lugares, demasiados momentos, que si hablaran contarían demasiadas historias. Como la cancha que se llena cada vez más de gente, esa que tiempos atrás estaba vacía. Me encanta ver la alegría de los niños jugando en las calles, los curas de mi barrio que buscan poco a poco acercar a las familias, saber que puedo cambiar de ambiente y de un momento a otro ir del pavimento al monte” (entrevista, noviembre de 2008).

Esto nos reafirma que, en medio del terror y la confusión provocada por las múltiples violencias vividas, los habitantes de El Popular se han resistido a abandonar sus lugares habitados, han afrontado la espacialización del miedo en la geografía de sus laderas y continúan reafirmando en sus memorias la esperanza de un horizonte de vida posible para sus familias.

CAPITULO 6. Memorias en fuga. La tenacidad de las y los exiliados colombianos en Barcelona.

“Gracias a los inmigrantes
los criados tenemos esclavos”.
Graffiti Estación de Renfe El Masnou.
Cataluña, 2003.

El poblamiento de nuestro planeta ha sido posible por la movilidad permanente en la búsqueda de condiciones de vida propicias, lo cual ha hecho de la migración un rasgo característico de las sociedades humanas. Durante el siglo XIX y el siglo XX la migración produjo la recomposición poblacional de grandes áreas, reconfigurando los paisajes y planteando serios retos a muchos Estados nación que sintieron en la llegada de los extranjeros amenazas a su soberanía y su identidad. Esta intensa movilidad se dejó sentir en las épocas recientes, cuando los efectos de diferentes guerras y de los procesos de apropiación espacial inherentes a la globalización económica provocaron la expulsión de grandes cantidades de personas de sus territorios de origen y fomentaron los movimientos de población hacia las regiones más ricas del planeta. Sobre esto llaman la atención Castles y Miller que señalan:

“Una de las características que definen la etapa posterior a la Guerra Fría ha sido la importancia creciente de la migración internacional en todas las regiones del mundo. Los movimientos internacionales de población constituyen una dinámica clave dentro de la globalización –proceso complejo que se intensificó a partir de mediados de la década de 1970. Entre las características más notorias de la globalización están el crecimiento de los flujos entre fronteras de diversos tipos, lo cual incluye la inversión, el comercio, los productos culturales, las ideas y las personas; y la proliferación de redes transnacionales con nodos de control en múltiples localidades” (Castles & Miller, 2004, pág. 11).

Deriva de aquí la necesidad de considerar la migración contemporánea como un proceso complejo que se articula a las dinámicas del capitalismo global pero

que no se limita a un fenómeno económico, sino que tiene implicaciones culturales y políticas en las relaciones entre Estados y en la reconfiguración de las redes de poder. Esta consideración permite comprender que son insuficientes los análisis de la movilidad humana de los últimos tiempos que se limitan al enfoque economicista, pues desconocen la integralidad de un proceso en que se implican además de deseos de ascenso social por la vía de mejoras en el ingreso, otras múltiples trayectorias motivadas por la violencia, la guerra, la descomposición social, las fugas, la desigualdad de oportunidades o, incluso, la presión ambiental por la implantación de macroproyectos en territorios rurales o selváticos.

Es de particular importancia considerar que esta movilidad humana ha creado un intercambio de orden cultural y social sin precedentes en la historia de las relaciones que arrancaron con la conquista y colonización de América por los poderes imperiales europeos, más aún si se tiene en cuenta que esta reciente movilidad humana trasciende a la movilidad del capital, ya que con la gente se movilizan también sus memorias y sus sueños, sus ideales y sus recuerdos, sus anhelos y sus frustraciones, haciendo que sus historias personales y los relatos colectivos sobre sus sociedades de origen sirvan como puentes para su integración o como barreras para la comunicación y el intercambio en los lugares de llegada.

Colombia ha sido partícipe de estos movimientos poblacionales, principalmente como un país expulsor de personas, en el que actualmente se considera que cerca del 10% de la población habita allende las fronteras nacionales (OIM, 2009). En el caso del arribo a España, la irrupción de inmigrantes suramericanos ha aparecido como una nueva amenaza a la seguridad colectiva, interpretada por muchos como productora de desequilibrios laborales y productivos, así como fuente de delito y corrupción, de manera que estos recién llegados han sido asumidos como sujetos conflictivos que deben ser neutralizados, normalizados o *regularizados*. Sin embargo, ciertos remanentes de las relaciones coloniales han permitido que se les asuma con un recelo menor al que produce la entrada de colectivos inmigrantes considerados más

lejanos, extraños y peligrosos, tal y como es el caso de los africanos, asiáticos y en especial de los magrebíes, mirados con una desconfianza mayor, potenciada por los recuerdos de la antigua ocupación que hicieron de la Península Ibérica, de su papel en la reconquista franquista del suelo continental y de la imagen oscura que pesa sobre ellos por su relación con el terrorismo y el fundamentalismo islámico.

Las memorias de violencia de colombianos expatriados en Barcelona relatan las resistencias al olvido y los esfuerzos por la superación del trauma, pero muestran también el recurso a la identidad y al origen nacional colombiano como formas de contener los embates de las presiones excluyentes que enfrentan en los sitios de llegada. La creatividad desplegada para reconstruir sus vidas y el esfuerzo vital puesto en el viaje, contrastan con el aniquilamiento producido por la violencia en los lugares de origen. Irónicamente, después de haber sido víctimas de distintas vejaciones en su tierra natal, tienen que confrontarse con miradas y acciones de exclusión, así como con la animadversión que provocan entre quienes les endilgan una identidad violenta o delictiva.

Durante mis conversaciones con colombianos y colombianas emigrados a Barcelona me sentí muchas veces consternado por la crudeza de sus relatos, cargados de imágenes sobrecogedoras que narran profundas heridas dejadas por las violencias sufridas en Colombia, lo cual se convierte en un marcador de sus vidas que define su actual situación, aún cuando recurran a diferentes categorías para autoidentificarse, tales como: exiliados, refugiados o migrantes económicos. Esta experiencia cercana de la violencia no debería ser pretexto para que se les reconozca como seres violentos, sin embargo, constantemente en sus conversaciones conmigo se hizo presente la queja de cómo su llegada a España parecía estar precedida por una imagen perversa sobre ellos y ellas, lo cual es manifiesto en una cierta imagen que tiende a estigmatizar al inmigrante colombiano como un sujeto violento. Esto puede ser reconocido como un proceso de asignación de una identidad negativa como consecuencia de las relaciones complejas entre otredad, subalternidad y colonialidad, el cual hace

que al traspasar la frontera nacional se magnifique la imagen de la violencia generalizada en Colombia y se someta a sus emigrantes a la construcción de su diferencia como peligrosa, caótica y creadora de desorden e inseguridad. De esto daban testimonio múltiples relatos en los que mis interlocutores manifestaban recuerdos de situaciones diversas en las cuales se les había identificado como potenciales sujetos peligrosos, dados a la delincuencia, principalmente al narcotráfico y a la prostitución, ante lo cual se producía frecuentemente en ellos un sentimiento de indignación que se mezcla con la rabia que provoca saberse discriminado.

El inmigrante sirve como uno de los pretextos más potentes a los discursos geopolíticos de la seguridad y de los riesgos colectivos, ya que personifica las amenazas provenientes de allende las fronteras nacionales y permite la naturalización de los miedos al despojo y la enajenación. Generalmente, la llegada a los territorios de migración se produce tras largos viajes con múltiples paradas y el arribo a estos nuevos lugares está antecedido por las imágenes preconcebidas y alimentadas por los discursos de la seguridad que identifican a los inmigrantes como intrusos que amenazan con su llegada masiva. Antes de su aparición en la sociedad receptora, la imagen de los inmigrantes ya está mediatizada y el orden de la representación en el que se construye su alteridad ha sido ya ocupado por el estigma, haciendo que su integración en los que para ellos son nuevos lugares se convierta en una difícil tarea, no siempre exitosa. La oportunidad que ofrecen los inmigrantes a los nacionalismos exacerbados es evidente, pues su carácter amenazante moviliza fácilmente los ánimos y permite generar cohesión frente al miedo por la expropiación y el supuesto saqueo que vienen a realizar. En el caso de los inmigrantes colombianos, los prejuicios sobre la violencia permiten automáticamente identificarles como peligrosos y productores de riesgos, tal y como lo describe uno de mis interlocutores:

“Lo primero fue en el aeropuerto, eso allá nos separaron a mí y a dos más, nos hicieron un interrogatorio largo y a uno lo devolvieron aunque no le encontraron nada, pero lo devolvieron porque dijeron que seguro se iba a quedar ilegal. Yo en ese tiempo no sabía ni que eran los ‘papeles’, pero cuando empecé a

buscar trabajo fue que me di cuenta. Eso prácticamente nadie lo quería contratar a uno y cuando decía que era colombiano menos, bueno al final uno si conseguía trabajo pero más que todo muy mal pagado” (comunicación personal, octubre de 2004).

En el mismo sentido se pronunciaba otro de mis interlocutores:

“Eso cuando uno dice que es de Colombia enseguida como que la gente se imagina que es narcotraficante. Incluso una vez estando en una discoteca en el puerto se me arrimaron dos *manes* a decirme que si les vendía cocaína y fue porque me oyeron hablar en la barra con la camarera que me preguntó de donde era yo. Eso es normal que la gente piense eso, pero en realidad nadie se interesa por saber que la mayoría de los que estamos aquí estamos es para trabajar” (comunicación personal, noviembre de 2004).

El estereotipo del otro como peligroso actúa como un detonante de sentimientos de amenaza e indefensión que pueden producir un lábil discurso de unidad entre los nativos, además produce la marcación de los inmigrantes colombianos con un potente dispositivo de control biopolítico, haciendo de sus identidades representaciones del peligro y de sus cuerpos receptáculos de relaciones de poder que los sitúan en una irremediable posición subalterna. Estas imágenes estereotipadas no recurren a la racionalidad sino que apelan a motivaciones impulsivas que se producen como reflejo de la violencia y utilizan el temor como su vehículo de difusión. Esto hace que el estigma construido con base en la experiencia de violencia sea una marca indeleble que recae sobre víctimas y victimarios, sin hacer distinciones. En contraste con este proceso de construcción de una otredad peligrosa por parte de los habitantes de la sociedad receptora, los colombianos inmigrantes, aparecen como personas instaladas en el viaje, que cargan con sus memorias y que en la deslocalización producida por su partida se han convertido paulatinamente en seres liminales que han perdido sus referencias cercanas. En un mundo ajeno y descontextualizado, las memorias sociales aparecen al inmigrante como su único anclaje, ya que el pasado de su vida se presenta como el baluarte al que aferrarse para enfrentar su nueva vida.

En la ciudad de Barcelona interactué con inmigrantes colombianos y muchos se referían a la migración como una opción producida por la búsqueda de

mejores condiciones de vida, aunque las causas de la partida no estuvieran necesariamente relacionadas con la pobreza o la miseria en el lugar de origen. Muchas veces esta mejoría en las condiciones de vida era entendida como una sanación de las heridas abiertas por las violencias sufridas y una restitución de la dignidad, así fuera mediante el distanciamiento y el silencio en medio de una nueva sociedad en la que la individualidad puede permanecer oculta y es invisible para los demás. Son estas trayectorias de los múltiples viajes las que he llamado *memorias en fuga*, que retan el aniquilamiento al que aspiraban los victimarios y renuevan las esperanzas de vida en los lugares de arribo, en este caso expresado en la persistencia y tenacidad de la inmigración a Barcelona. Los relatos que en adelante compartiremos narran vividamente el sentido que confiere la migración a la huida y muestran la entereza que implica reconstruir la vida en medio de recuerdos que remiten a dolores y desgarramientos inclementes. Las trayectorias de Débora, Luisa, René, Mateo y Agustín, quienes me pidieron que cambiara sus nombres en este texto para preservar su seguridad y quizás para conservar también su derecho al anonimato en una Barcelona que desconoce sus historias individuales, nos acercarán a la reconstrucción de los recuerdos en la distancia y a las maneras en las que la evasión ha cumplido con el propósito de brindarles posibilidades de explicación de la violencia sufrida y también les ha dado razones para justificar la valentía de su partida. Tres de ellos llegaron a Barcelona después de varias estaciones que les detuvieron, mientras que los otros dos llegaron aquí inmediatamente después de partir de Colombia. Las razones de su migración son diversas pero están conectadas por las memorias de los hechos que les victimizaron, marcaron sus cuerpos, anegaron sus recuerdos y destruyeron sus posibilidades de continuar habitando en los lugares que con esfuerzo habían conquistado para sus vidas y las de sus seres queridos. Sus relatos recuentan distintas facetas de la memoria social de la violencia en Colombia y por eso al hablar con ellos se entiende el porque de la importancia de las trayectorias individuales, aparentemente inconexas, para reconstruir una trama de sentido colectivo. Luisa es una excombatiente de un grupo guerrillero desmovilizado a

comienzos de la década de los años 90`s; Débora y René eran habitantes rurales de zonas altamente conflictivas y que fueron primero desplazados antes de convertirse en migrantes; Mateo y Agustín son dos jóvenes que crecieron en barrios marginales de Medellín y Cali, dos de las grandes ciudades del país. Tanto su papel dentro del conflicto como sus lugares de origen remiten a diferentes visiones de la violencia, de sus causas y de sus móviles, además, su diferencia de edad también define sus experiencias y marca sus relaciones con las particularidades que el conflicto armado ha tenido de acuerdo con la época. Mientras que Débora y Luisa son mujeres mayores de 40 años, los demás son jóvenes que no alcanzan los 30 años de edad y esto caracteriza de manera particular sus recuerdos, sobretodo si se considera que como señalé en el capítulo 2, entre la década de los años 80's y la década de los años 90's ocurrieron grandes cambios en el despliegue de la violencia como medio de la guerra por parte de los actores armados. Así como sus nombres, las denominaciones de los lugares a los que se referían sus relatos han sido cambiados.

6.1. La migración y la vuelta atrás de la violencia.

La migración es una experiencia vital compleja que transforma completamente al individuo ya que, como me diría Mateo cuando evocaba en nuestras conversaciones lo que había sido su vida en Colombia: “Después de migrar ya uno no es el mismo” (comunicación personal, febrero de 2004). Esta interpretación de la migración anticipa el proceso complejo de extrañamiento al que se somete el viajero para quien ya no es posible ser el mismo, pues los lugares cambian y con ellos mutan los referentes simbólicos, las materialidades y los códigos de relación con los demás. Para muchos de los inmigrantes colombianos con los que hablé, una de las maneras en que éste nuevo mundo representaba un cambio significativo era el relacionado con los conceptos de orden y seguridad, ya que el arribo a los nuevos lugares de habitación les

había puesto en condiciones de calma y tranquilidad, lo cual era un elemento clave de diferenciación con sus lugares de origen en Colombia. La sensación de seguridad también se veía promovida por el bienestar económico generalizado y por las garantías perceptibles en la protección de los derechos por parte del Estado. Llama la atención que no todos los inmigrantes colombianos se sentían conocedores o víctimas de la violencia y por eso muchas veces argüían que las versiones sobre la violencia colombiana eran propias del mito y remitían a períodos pasados con los que la gente se había quedado como imagen del país. Esto nos confronta con algo que debemos tener en cuenta a la hora de pensar en la reconstrucción de la memoria colectiva y es que el concepto y la experiencia de la violencia es diversa y esto determina la inclusión o exclusión de ciertos asuntos como conflictivos en las memorias individuales. Evidentemente, en un contexto de enfrentamientos múltiples en el que son diversos los actores armados, las experiencias de la violencia complejizan su definición y multiplican las versiones sobre ella.

Luisa, a quien conocí por casualidad en una reunión de amigos y que aceptó desde un principio colaborar con mi etnografía siempre y cuando no revelara nada que le fuera comprometedora, es una mujer que militó por 12 años en un grupo insurgente y para quien fue la violencia del Estado la responsable de su emigración, además de que considera que es esa misma violencia la que mantiene sumido al país en una situación desesperada de injusticia social desde hace ya más de cinco décadas. Cuando la confronté con las razones que le habían hecho emigrar decía repetidamente: “yo no quería venirme, pero me tocó, es que nos estaban matando y allá de nada sirven los mártires” (comunicación personal, marzo de 2004). En la experiencia de Luisa, violencia y migración están articuladas en una relación de causalidad directa, de manera que se representa a sí misma como una exiliada política, lo cual deja verse en su reflexión sobre las razones que la trajeron hasta aquí hace más de seis años: “para mí esto no es como para los colombianos que han llegado ahora últimamente, para ellos también es duro, pero al fin y al cabo ellos vinieron fue a buscarse la vida. Yo me vine fue para conservar la mía” (comunicación

personal, marzo de 2004). En otras reflexiones Luisa advierte que de todas maneras lo suyo no es un caso único sino que: “a muchos les toca salir de ese país y otros no lo hacen porque no pueden, allá la violencia es mucha” (comunicación personal, marzo de 2004). Sin embargo, Luisa no explica la migración colombiana actual como una consecuencia exclusiva de la violencia, sino que reconoce que se han vinculado otras motivaciones y que las búsquedas también están relacionadas con oportunidades laborales y de ascenso social. En su concepción de la violencia Luisa enfatiza en su relación con la política, ya que la violencia deriva de un proceso de lucha en cuya base está la desigualdad social: “el trasfondo del asunto es la pobreza y que los que tienen el poder no lo quieren soltar, no hay distribución justa y eso genera violencia porque ellos no tienen escrúpulos y hacen cualquier cosa para mantener la opresión, indudablemente los pocos ricos controlan todo, empezando por el gobierno, son los mismos políticos” (comunicación personal, marzo de 2004). Su concepto de la violencia remite a una confrontación de clases sociales en la que los detentores del poder han recurrido a medios oscuros como el paramilitarismo y la corrupción política para mantener sus privilegios sin importar los medios a los que tengan que recurrir para tal fin. Luisa identifica al Estado colombiano como el principal promotor de la violencia pues sus recuerdos están plagados de las muertes de sus amigos, de “gente inocente” que era acusada de colaborarle al grupo insurgente del que hacía parte, así como de muchos otros que “mataban por error”. En su caso, la migración fue un escape impuesto como única opción de mantenerse con vida tras la desmovilización del movimiento guerrillero del que hacía parte. Luisa relata con crudeza la violencia con que arremetieron contra sus compañeros desmovilizados: “nosotros entregamos las armas porque íbamos a hacer política para buscar por ahí los cambios. Pero entonces empezaron a matar a todos nuestros cuadros, eso fue un magnicidio, una inmensa matazón detrás de la que estaba el Estado, ahora ya eso está probado y aceptado, el mismo Presidente se retractó en el año 95 creo, pero ya de nada sirve” (comunicación personal, marzo de 2004). Es por ello que Luisa se reconoce como exiliada

política y lucha por mantener viva la memoria de sus queridos compañeros de lucha. Según cuenta, la fuga fue su única oportunidad “después de tener en mis brazos a más de un compañero muerto” (comunicación personal, marzo de 2004).

Una percepción diferente de la violencia tiene Agustín, joven a quien la adultez le sorprendió en el contexto de la migración y que al hablar de violencia me refería: “yo prácticamente no le puedo decir muchas cosas, cuando yo salí de Cali tenía apenas 18 años, además usted es de Medellín, usted es el que debe saber que es la violencia” (comunicación personal, abril de 2004). Agustín decía no tener un conocimiento de la violencia diferente al que cualquiera pueda tener y recalca en el hecho de que: “ni a mi, ni a mi familia, nos tocó nunca nada malo afortunadamente, a pesar de que mi papá fue policía toda la vida hasta que se jubiló” (comunicación personal, abril de 2004). El no representarse a sí mismo como una víctima o como un afectado por las consecuencias del conflicto armado en el país, permite a Agustín establecer que los motivos de su salida no tuvieron nada que ver con la violencia sufrida, pues según dice: “Yo me vine fue por acompañar a mi mamá que ya estaba aquí y estaba sola, pero incluso muchas veces he pensado en volverme, yo en Colombia no tengo cuentas con nadie, allá al que matan es porque la debe” (comunicación personal, abril de 2004). Esta percepción permite a Agustín autodefinirse como un inmigrante en busca de un mejor estatus económico para su familia, de modo que no identifica a la violencia sufrida en su lugar de origen como una motivación explícita de la migración.

La relación de la violencia con la migración adquiere otro matiz en el caso de Débora. Para ella la migración ha sido una experiencia constitutiva de su existencia pues su familia ha dejado varios de los lugares a los que llega. En su memoria están los relatos del peregrinaje que inició su abuelo en los tiempos de *La Violencia*, cuando tuvo que huir por ser liberal y como recuerda: “en esa época se mataban por ser liberales o conservadores, claro que en ese tiempo no le decían migración ni nada, además eso era en el mismo país” (comunicación personal, abril de 2004). Sus recuerdos de aquella huida de su

abuelo reviven las heridas abiertas por *La Violencia* y recrudecen el trauma que vivieron sus antepasados al tener que dejar la amada vereda en que vivían y emprender la fuga hacia la ciudad: “[mi abuelo] en una noche cogió lo poquito que pudo y salió con mi abuela, mi papá y mis tíos que estaban pequeñitos” (comunicación personal, abril de 2004). Aquella primera migración que se pierde ya en la distancia del tiempo y la fragilidad de la memoria, se ha convertido en el sino de la familia de Débora que ha sido desde entonces compelida a partir incesante de otros lugares por motivos y por actores diversos. En sus recuerdos la movilidad de un lugar a otro constituye una larga trayectoria de pérdidas que carga su memoria con el peso de la secuencia de abandonos dejados en los lugares que se pierden en la huída. El olvido y la distancia interpuesta en sus viajes se antojan como forma de protección y como salida catárquica al trauma. Pero a pesar de sus múltiples desarraigos, para Débora sólo su venida a España ha sido un movimiento migratorio, ocasionado directamente por la violencia.

“Después de lo de mi abuelo a mi papá le tocó una tierrita que ahí fue donde yo nací y crecí y todo fue normal, la vida era bastante tranquila. Después uno de mis hermanos se fue para *colonizar*, porque le dijeron que eso era muy buen negocio, abrir monte para después venderlo como fincas buenas para trabajar. Y ya nosotros seguimos ahí en la finca de mi papá hasta que las cosas se pusieron malucas y nos tuvimos que ir. Después de eso yo no he parado, viví hasta en cinco ciudades y pueblos distintos, pero nunca fui una desplazada por la violencia, aunque si me tocó conocer a mucha de esa gente” (comunicación personal, abril de 2004).

Para Débora aquellos múltiples lugares en los que vivió distintas temporadas no la convirtieron en una desarraigada ni una desplazada, en medio de las necesidades y las pérdidas luchaba incansable por continuar adelante con su vida, pero esto cambió definitivamente cuando tuvo que salir del país y convertirse en una emigrante, abandonando sus referentes, sus seres queridos y enfrentándose a un mundo nuevo y desconocido. Según relata: “Después de lo de la masacre de mi hermano la vida me daba como lo mismo, ya nada me importaba porque eso fue tan horrible y uno ver que tanta injusticia y nadie hacía nada, entonces me dijeron que me viniera para acá y yo aburrida que vivía me vine haber si me podía olvidar de eso” (comunicación personal, abril

de 2004). En la memoria de Débora el asesinato de su hermano constituye un quiebre decisivo en su vida que le ha provocado un duelo inconcluso atizado incesantemente por las terribles imágenes de la crueldad de su muerte y la impotencia que le produce el no haber podido evitarla y el ver que la justicia no parece siquiera aproximarse. Su fuga no ha podido diezmar la inclemencia de estos recuerdos, por lo cual afirma: “yo sí tendría que haber migrado, pero al olvido, para poder pasar de eso. Emigración no es olvido de todas maneras, uno si cambia, pero en el fondo sigue siendo el mismo y los recuerdos son los mismos” (comunicación personal, abril de 2004). En el caso de Débora es la muerte violenta de su hermano el elemento fundamental de su decisión de emigrar. Así como en el caso de Luisa, estamos ante una relación causal entre violencia y migración, aunque interpretada por cada una de ellas de manera distinta.

A René en cambio la relación entre migración y violencia no le parece siquiera relevante. Cuando hablábamos sobre éste asunto solía decirme: “no, yo estoy por aquí como la mayoría de los colombianos y los otros inmigrantes, para buscarme una vida mejor o, mejor dicho, para ganar mejor, que si allá hubiera trabajo seguro que yo estaría allá y le aseguro que eso piensa la mayoría” (comunicación personal, mayo de 2004). Pero a pesar de ello, René recuerda que unos ocho años antes de venir a Barcelona había tenido que dejar su pueblo natal cuando llegaron los paramilitares, sin embargo, para René esto no tiene las mismas implicaciones que su emigración, ya que en esa ocasión lo que él estaba era huyendo y en cambio ahora: “las cosas son diferentes, a mí nadie me obligó a venirme para acá” (comunicación personal, mayo de 2004). En aquel momento, René tuvo que salir del pueblo ante la llegada de un grupo armado que él había ya visto antes en otro pueblo de la región y que según decían venía a organizar la que se consideraba la zona de mayor influencia guerrillera en esa parte del país. Según cuenta:

“En ese momento yo ya sabía como trabajaba esa gente [los paramilitares] porque yo estaba antes en otro pueblo trabajando cuando ellos llegaron. Eso llegan es con una lista de los que consideran colaboradores de la guerrilla y a esos son los primeros que matan. Yo apenas supe que estaban en el pueblo

me volé para Medellín, era lo que se puede decir un desplazado, pero de eso hace ya como 9 años” (comunicación personal, mayo de 2004).

René se esforzaba en explicarme que ser emigrante es diferente a ser desplazado, especialmente porque: “cuando uno es desplazado está todo el tiempo es con miedo y pensando en que todo lo que dejó no lo puede recuperar” (comunicación personal, mayo de 2004). Aunque ambas situaciones implican la experiencia del viaje, del extrañamiento y el abandono, René enfatiza con su relato que la violencia sufrida en ambas situaciones le confiere matices muy diferentes, además que las condiciones de la huida son distintas cuando se es desplazado y cuando se es emigrante. Al hablar de su condición actual de inmigrante me decía: “yo soy inmigrante pero porque en Colombia no encontraba trabajo y las cosas estaban muy difíciles, pero no es porque la violencia me tenga por aquí, a mí nadie me hizo venir a la fuerza como cuando tuve que salir de mi pueblo para Medellín” (comunicación personal, mayo de 2004).

Mateo es entre mis interlocutores el que menos relación dice encontrar entre la violencia y la migración. Para él la salida suya del país obedeció tan sólo al hecho de que la familia de su mujer estaba en Barcelona, ya que: “ellos nos decían que esto era muy bueno, que había muchas posibilidades de trabajo y que se ganaba bien” (comunicación personal, marzo de 2004). Esto explica el que para Mateo la emigración sea tan sólo una posibilidad de ascenso económico mediante la cual puede mejorar la situación por la que atravesaba en Colombia donde su esposa estaba sin trabajo y él apenas si conseguía lo suficiente en un trabajo como conductor mal remunerado. Pero Mateo reconoce que en parte la violencia sí incidió para que su suegra se decidiera a venir a vivir con su hermana aquí en Barcelona, ya que: “ella después de que mataron a mi cuñadito quedó como sin ganas de vivir, se puso tan flaquita que parecía un palo, no trabajaba ni nada y después la llamó la hermana y le dijo que se viniera para acá y mi mujer y los otros hijos la convencieron” (comunicación personal, marzo de 2004). Así que si bien no aparece una relación de causa/efecto en el caso de la emigración de Mateo, la experiencia cercana de su familia remite también a la violencia como el espejo en que se refleja la

emigración, pues en su caso nuevamente la partida, el viaje y las pérdidas aparecen irremediabilmente conectadas.

6.2. La Violencia como época remota.

En Colombia los crudos momentos de la lucha armada produjeron una generalización de la violencia que se convirtió en una relación cotidiana y uno de los elementos explicativos de la vida social. Durante los más duros años de masacres, desapariciones, desplazamientos forzados y otras muchas vejaciones, se produjo una naturalización de la violencia como forma de acomodarse a los hechos trágicos para poder continuar confiando en la dignidad humana y darle algún sentido de normalidad a la vida cotidiana. En la memoria colectiva se quedan las imágenes de las acciones violentas mientras se fraguan los duelos necesarios para reparar los males. Este continuo flujo de imágenes violentas tiende a producir lo que Daniel Pécaut llama la *banalización de la violencia* en el caso colombiano (Pécaut, 2003, pág. 189), la cual se refiere a la pérdida progresiva de la capacidad de asombro que hace que cada vez los referentes de condena, repulsión y agravio ante la violencia sean más flexibles.

En los diálogos con mis interlocutores pude descubrir que efectivamente esos marcos explicativos del accionar violento eran bastante flexibles. Si bien muchas veces me manifestaron no saber nada de la violencia y no conocer nada más de lo que yo mismo sabía, sus relatos podían luego contener imágenes sumamente sobrecogedoras. Un referente común en sus memorias sobre la violencia vivida era la nueva realidad de tranquilidad en la sociedad en la que hoy viven: “aquí por un muerto hacen una noticia, eso es impresionante”, me dijo una vez Agustín y con ello me hizo pensar en algo que aún no había considerado en esa perspectiva: en Colombia las muertes individuales no suelen convertirse en noticia y sólo aquellas más escalofriantes adquieren una connotación pública. Quizás esto se explica en la recurrencia de las masacres

como estrategia aleccionadora predilecta para infundir terror desde los años 50's, además de su significativa crudeza en el pasado reciente. Esta banalización de la violencia ha llevado a la adopción de una cierta postura intransigente frente a lo que pasa y que es calificado como normal y ha producido además la mitificación de las memorias de violencia que son tomadas como quimeras que narran sucesos que a pesar de haber ocurrido pueden ser catalogados como fantasías y sacados del debate público. La violencia que se mitifica pierde su potencia de incidir en el presente, queda relegada a un pasado perdido del que no se sacan lecciones y del que no queda más que un sentido de pérdida irreparable y algunos rumores. Mateo es quien de una manera más contundente me situaría frente a esta encrucijada, pues los relatos de la violencia en el barrio en el que creció en Medellín están llenos de “cosas que ni uno mismo cree”. Por más crudos que fueran los recuerdos, Mateo recalca frecuentemente: “pero eso ya pasó, eso fue hace muchos años, ahora las cosas son distintas, a veces hasta me parece que eso ni pasó” (comunicación personal, marzo de 2004). Según relata Mateo, los años en los que los narcotraficantes aparecieron en su barrio fueron los de la exacerbación de la violencia.

“Lo más violento así que pasó fue la época en que aparecieron los narcos, aunque eso tampoco es que fuera violencia pura sino que había billete y esos manes³⁰ eran muy completos, si había billete era para todo mundo. Pero claro, entonces se despertaban muchas envidias y eso todos querían era subir rápido y se llevaban por delante al que fuera. En ese tiempo los pelaos³¹ se volvieron muy dados al gatillo. A mí me tocó ver la muerte de más de un amigo mío, en el barrio los mataron... un día no más mataron siete. Venían gente de afuera y los pegaban³² o cuando no era la misma policía. La que más recuerdo es la de un pelao que se llamaba Néstor, ese tenía muchas culebras³³ pendientes con los policías y un día que iba para el colegio lo cogieron. Cuando le requisaron la maleta le pillaron la pistola, le quitaron las balas y se la devolvieron. Entonces el capitán le dijo a uno de esos con los que andaba que montara el fusil y Néstor iba a arrancar a correr y ahí mismo le pegaron el primer disparo en la cabeza, sin embargo ese man se paró y corrió hacia una casa. Mientras corría le pegaron otros dos tiros, uno en la espalda y otro en la mano. Se metió en esa casa y los policías iban a entrar por él y la gente no los dejó porque

³⁰ Sujetos, individuos.

³¹ Muchachos, mozos.

³² Asesinaban.

³³ Deudas, cuentas pendientes.

conocían al Néstor. Llamaron una ambulancia pero la policía no lo dejó ir ahí, dijeron que ellos lo llevaban en la patrulla. Cuando llegó al hospital ya tenía 7 balazos. Quedó vivo, pero ahora es ciego y no tiene olfato” (comunicación personal, marzo de 2004).

En mis conversaciones con Mateo casi siempre estaba presente alguien más, algún amigo suyo o su mujer que no sólo escuchaban los relatos, sino que le contestaban y ponían en discusión sus propios recuerdos. Estos pequeños debates me permitieron conectarme con la fuerza narrativa de los recuerdos de violencia y el carácter vinculante de la memoria que produce fuertes emociones que no dejan indiferente a los oyentes, ya que una vez emitido el relato se sucede la contestación por parte de quienes también han vivido situaciones cercanas o que conocen casos similares, abriendo con ello un espacio propicio para la argumentación. Es en ese cruce narrativo que el recuerdo sale de su congelamiento y se convierte en una posibilidad para reiventarse el presente.

Las conversaciones abiertas con participación de amigos o familiares de mis interlocutores se convirtieron en momentos cruciales del proceso etnográfico, generalmente en la compañía de Mateo, Agustín y René, quienes a pesar de haberse negado a ser objeto de entrevistas estructuradas, se mostraban generalmente dispuestos al diálogo y me llevaban con ellos a sus reuniones de amigos o a sus lugares de recreo. En aquellas condiciones y a través de diálogos más o menos espontáneos, incitados muchas veces por mí mismo, pude asistir a la manera en la que la memoria de violencia constituye un vínculo social en el que el rumor juega un papel esencial, ya que lo que interesa no es la verdad de lo que se narra y lo que se hace realmente importante es lo que cada uno de los involucrados en la rememoración puedan conocer y aportar sobre sucesos parecidos. Ciertamente nunca evidencié una objeción que interpusiera el carácter de falsedad a lo que otra persona narraba. Como solía decir Mateo: “en Colombia cualquier cosa puede pasar”, lo cual parece fundamentar el consenso tácito de que cualquier relato sobre la violencia sufrida, por descarnado que suene, bien puede ser que haya acontecido.

René guarda en sus recuerdos imágenes de hechos violentos que alguna vez vió desplegar en su pueblo y que por su magnitud se le antojan como sucesos míticos, algunas veces incomprensibles y siempre inexplicables. En todo caso, sus relatos llenos de indignación le hacen afirmar que: “ya después de eso a uno cualquier cosa le parece normal”:

“El jefe de esa gente era el peor, hasta dicen que se tomaba la sangre de los que mataba, claro que eso a mí no me consta. Pero lo que si me tocó fue una vez que yo iba para el pueblo en un bus. Nos pararon y nos hicieron bajar a todos. Separaron a los hombres de las mujeres y empezaron a revisar los maletines y pidieron la identificación de cada uno. Ellos andaban con una lista y ahí iban mirando los nombres. De un momento a otro sacaron a un muchacho de la fila, el jefe de esos manes la abrió el estómago por la mitad, estando el muchacho vivo y lo dejó tirado en la mitad de la carretera. A los otros nos dijo que nos podíamos ir” (comunicación personal, abril de 2004).

René remata lo anterior diciendo: “una cosa que usted lo cree porque lo vió, que sino hasta pensaría que son puros cuentos”. Como consecuencia de la magnitud de sus experiencias con la violencia, al analizar la nueva situación en la que se desenvolvía en la sociedad a la que arribó René se mostraba bastante sorprendido de las interpretaciones que aquí se hacen: “Aquí por cualquier cosa se monta un escándalo, en Colombia para que realmente se haga tanta publicidad tiene que ser muy horrible lo que pase, incluso muchas cosas pasaban y nunca se decía nada, es que no se publica ni la mitad de lo que realmente pasa” (comunicación personal, abril de 2004). Éstas reflexiones de René no hacían más que situarme de nuevo frente al interrogante que genera el silenciamiento de las memorias de violencia: ¿Si no se puede debatir públicamente sobre los hechos vividos, dónde y cómo interpretar y dar sentido a lo sucedido para reemprender los proyectos de vida?

En una conversación casual con un inmigrante en Barcelona, aunque no proveniente de Colombia sino un hombre de edad avanzada procedente de Extremadura, se me puso de relieve la encrucijada a la que el silenciamiento impuesto confina la memoria. El breve diálogo que tuvimos mientras esperábamos un autobús comenzó por la interrogación que me hiciera acerca de mi procedencia y tras enterarse de que era colombiano me dijo: “por allá también hay guerra como la que hubo aquí... pero claro que eran otros tiempos

y fueron muy duros, ahí murieron muchos de mis amigos y gente de mi familia. Claro que ahora le puedo contar de eso porque no está vivo el general Franco, antes no se podía ni mencionar que aquí hubo guerra” (comunicación personal, marzo de 2004). Lo que más me impactó de su relato y que contrasta con los relatos de mis interlocutores colombianos son dos asuntos: en primer lugar, en su relato las muertes de sus amigos y sus familiares encontraban un lugar preciso: unos habían caído en el frente, otros habían sido ajusticiados en la pacificación de la posguerra y otros habían muerto en los bombardeos. En segundo lugar, la libertad de poder hablar sobre lo sucedido se obtuvo con la caída del régimen franquista. En los relatos de mis interlocutores colombianos en cambio, la muerte está signada por la incertidumbre, generalmente no hay un responsable, no hay un frente de guerra hacia el cual se hayan ido las víctimas a buscar una muerte heroica y muchas veces la impunidad crea la vergonzosa certeza de que: “no hay nada que hacer, las cosas son así”. La continuidad del conflicto y de los poderes que lo promueven se apuntala en la imposición del silencio, tal y como me lo contara aquel hombre en su recuento de la guerra civil. Las conversaciones sobre violencia con mis interlocutores colombianos, hablan de muertes y abandonos de lugares, pero no hay, como en el caso del relato de aquel Extremeño, un lugar certero en el que ubicar las causas de la muerte, ya que los perpetradores permanecen muchas veces sin juzgamiento y un constante sabor de amargura envuelve a los sobrevivientes de las víctimas que no encuentran interpretaciones coherentes a lo sucedido. Agustín se refería con frecuencia a ese carácter lejano y mítico de la violencia colombiana. En su opinión, esa denominación se debía a una época perdida en un pasado en el que si “pasaban cosas muy tremendas, pero que es muy diferente a lo que se vive ahora” (comunicación personal, abril de 2004). Aquella violencia vivida o simplemente conocida –de oídas-, adquiere ese carácter mítico por la sensación de incertidumbre que produce y por su capacidad para romper con cualquier parámetro de la crueldad. En nuestras conversaciones Agustín enfatizaba frecuentemente en el hecho de que “la

violencia ya pasó, eso era más que todo antes, cuando los duros³⁴ de Medallo³⁵ y los de Cali se declararon la guerra” (comunicación personal, abril de 2004). Su memoria está plagada de recuerdos de aquella época en la que aún siendo un niño vio como el enfrentamiento en las calles de su barrio se esparció como un reflejo del conflicto que a gran escala mantenían en aquel entonces los dos carteles de la droga más grandes del país. El miedo y la angustia generado por aquellas situaciones creó una marca mnemónica en Agustín que se esfuerza en afirmar que “la violencia era en esos tiempos”. Para hacerme comprender lo que significa terror Agustín me decía:

“Vea en esa época que es la que yo realmente entiendo por violencia, ahí sí que había terror. Mucha gente murió y yo como era un niño no entendía bien porqué. Yo lo único que me acuerdo es que uno no podía salir a la calle después de las diez de la noche, porque decían que al que salía lo mataban unos manes que andaban en motos. Lo otro era que casi diario estallaban bombas y decían que eso era porque los duros de Medallo la tenían cazada³⁶ con los de ahí de Cali. Eso era tremendo, no más en el barrio mío volaron³⁷ tres droguerías, todas en el mismo día, dos por la mañana y una por la tarde, que fue la peor porque estaba llena de gente y hubo como seis muertos. Pero como le digo eso no duró mucho tampoco, es que si hubiera sido así todo el tiempo, mejor dicho nos hubiéramos muerto es todos” (comunicación personal, abril de 2004).

Para Agustín después de aquella época siniestra de conflicto entre carteles de la droga sobrevino el orden, cesaron las hostilidades y disminuyeron los asesinatos como consecuencia de la recuperación hegemónica del poder por uno de los actores armados.

6.3. La masacre como tatuaje mnemónico.

En los debates contemporáneos sobre el espacio, el cuerpo ha ido ganando importancia como el primero de los espacios con que se interactúa y desde el que se determinan las relaciones con los demás, lo cual lo convierte en la primera y esencial experiencia espacial de cualquier sujeto. El cuerpo es el

³⁴ Jefes narcotraficantes.

³⁵ Medellín.

³⁶ Tenían una disputa.

³⁷ Hicieron explosión.

lugar de escenificación de la consciencia, es el espacio en el que se imprimen códigos que aspiran a ser transmitidos a los demás, por lo tanto, el cuerpo es el vehículo de la comprensión con aquellos que se reconocen como semejantes. No en vano Joseph afirma: “entre personas que no se hablan o que no están “juntas”, hay interacciones muy significativas” (Joseph, 1988, pág. 47), refiriéndose a la interacción que se produce entre los individuos en una muchedumbre, limitada al entrecruzamiento sin diálogos pero alimentada de los múltiples mensajes transmitidos por los cuerpos en contacto, lo cual nos hace comprender que el cuerpo en sí mismo es un relato, un contenedor de sentidos que se transmiten aún en el más profundo silencio.

Esta potencia del cuerpo para transmitir mensajes se multiplica cuando la violencia hace de él su escenario, penetrando de forma indeleble en la memoria individual y transgrediendo la memoria colectiva con las agudas impresiones que provocan la contemplación de los cuerpos ultrajados. La mutilación, el descuartizamiento, la reconversión de las partes y, en fin, el despliegue siniestro de acciones violentas que transforman antes de matar, convierten al mensaje que de por sí contiene el cuerpo en lo que quiero nombrar como un *tatuaje mnemónico*: una marca indeleble del recuerdo. Esta metáfora de lo imborrable la derivé de mis conversaciones con Débora, para quien la muerte de su hermano constituye una impresión indeleble, un tatuaje que ya no puede ignorar y que está para siempre inscrito en su experiencia vital y que, como ella tanto recalca, ni siquiera la emigración ha podido dejar atrás. En el caso de Débora el tatuaje mnemónico que le dejó la muerte violenta de su hermano creó en ella una ruptura desde la que el pasado es vivido con desolación a partir del evento traumático y el tiempo anterior a éste es añorado y exaltado como una época de felicidad y ensueño. El relato de Débora es pausado y en ocasiones entrecortado, plagado de la emoción que le despierta el dolor contenido y solitario. Cuando narra lo sucedido sus fuerzas se agotan y debe detenerse constantemente para recomponer el carácter, lo cual deja ver que la masacre se ha tatuado en lo más profundo de su memoria de donde ya no podrá salir. Tal y como ella misma dice: “esto no se olvida y

menos aún sabiendo que nunca se hizo justicia” (comunicación personal, mayo de 2004).

“El se fue de El Paso, compró una finca más acá, por.... en compañía del otro hermano, entonces tuvieron muchos problemas con la esposa de él y entonces ellos se aburrieron y partieron, entonces él compró otra finca por allá en la vereda La Pared. Entonces él llegó a La Puerta y me dijo que esa finquita le había costado 12 millones, pero como a los 4 o 5 meses llegó allá y me dijo que ya le daban 80. Entonces yo le dije que vendiera esa finca y que se fuera para La Puerta y que comprara un apartamento y un carro, que él no tenía obligación con nadie, que para que iba a estar en una finca él, en un monte. Entonces él me dijo que no, que él estaba ya acostumbrado a vivir allá y que esa era una tierra muy buena, muy progresiva y una tierra negra, que no se qué y que eso era muy sano, que no había problemas por allá. Entonces yo en el año siguiente me fui para Asunción, el 13 de diciembre del..., y él se quedó en su finca, él iba a La Puerta, incluso él iba con el hijo mío, con Juan, lo llevó varias veces allá, le hizo dizque un corral muy bonito de madera, levantó la casita y todo. Entonces él me dijo que era una finca muy buena y que era muy sano por allá. Entonces yo me fui para Asunción y el 13 de diciembre él llegó a la casa, se despidió de mí y yo me fui, yo le dije que fuera a visitarme y no me volví a ver más con él sino hasta el día que me avisaron que lo habían matado. Entonces él ese día había quedado de ir a jugar billar con unos amigos, eso fue un lunes a la una de la tarde, los amigos llegaron al pueblito Trinidad y él no llegó y era que en ese momento lo estaban asesinando. Ellos llegaron allá a la vereda 15 días antes [los paramilitares] reunieron toda la gente de la vereda y les dijeron que los que tenían finca, tierra, que sacaran los papeles y se podían quedar y los que no tenían que les daban yo no sé cuantos días de plazo para que desocuparan y que ellos regresaban a los 15 días. A los 15 días regresaron y lo mataron a él, a un viejito que pasaba por ahí en ese momento todo borracho y al trabajador de confianza de él y los enterraron... Ellos dizque llegaron a la finca, un trabajador de confianza de él nos dijo, que ellos habían llegado, entonces el trabajador le dijo: Don Jorge, vámonos para La Puerta o vámonos a amanecer al pueblo, porque esa gente regresa y él no le hizo caso. Entonces, sin embargo, dizque el señor lo cogió, lo arrastró de la camisa y se lo llevó para el monte. Durmieron allá esa noche y a las 6 de la mañana venía dizque a darle comida a 40 gallinas que tenía y el señor le dijo: no nos vamos todavía, vámonos mejor para La Puerta. Él le dijo: no pero a mí que me van a hacer si yo no debo nada, yo no me meto con nadie, yo soy una persona muy sana. Entonces el señor dizque le dijo: No, Don Jorge, no se vaya pa’la finca porque esa gente regresa otra vez. Entonces él no le hizo caso y cuando llegó dizque estaba esa gente, le desocuparon la finca, le mataron 40 gallinas, la grabadora³⁸ que tenía la tenían estripada en el patio, los taburetes dizque los

³⁸ Magnetófono.

tenían vueltos nada, las camas, todo eso dizque lo tiraron al patio. Entonces dizque llegaron, lo pusieron a cocinar las gallinas. Después dizque el señor se subió a un palo y los cogieron a los 3 así en fila, así...y empezaron a cortarles de aquí para arriba y empezó fue con mi hermano, a cortarle los pies de aquí, del tobillo hacia arriba. Y entonces él dizque oía unos gritos, como unos ladridos horribles y él dizque estaba viendo de un palo. Entonces dizque cogieron primero a mi hermano, después cogieron al trabajador y un viejito como de 70 años que pasó en ese momento: lo descuartizaron, lo despedazaron...vivo, lo mocharon con una motosierra y con una rula³⁹ de la misma finca porque ahí encontraron al lado de la tumba de él, de donde lo enterraron encontraron el machete de él mismo lleno de sangre y fueron los paramilitares. Los cadáveres los encontraron enterrados en unas bolsas negras, en un hueco pero entre unas bolsas. Así me dijeron a mí...ah! bueno, los enterraron en la salida del corral en el hueco... ellos les hicieron hacer el hueco a ellos mismos y ahí los tiraron todos en pedacitos. Y encontraron dizque una olla llena de gallinas al lado, de sancocho⁴⁰, los obligaron a hacerles sancocho. Dizque era un poco de hombres, eran como unos 30 o 40. uniformados y decía aquí paramilitares. Ellos como que amanecieron en la finca de mi hermano, como que entraron por la tarde y al otro día a la una de la tarde los mataron a ellos y después se vinieron, o sea que duraron bastante, rumbiaron⁴¹ y todo. No me acuerdo si a él le dispararon, prácticamente a él lo descuartizaron, presa por presa, a todos ellos, vivos, todos vivos, porque los trabajadores nos contaron que ellos oían el ladrido, era un llanto mejor dicho horrible, impresionante del dolor y el señor fue el que fue allá y reconoció a mi hermano por el pantalón y por un llaverito que tenía en el bolsillo. Los cadáveres estaban a trozos, ahí tengo la foto. Eso fue el lunes y hasta el jueves fue que nos avisaron. Eso fue horrible” (comunicación personal, mayo de 2004).

El cuerpo desmembrado de su hermano, las imágenes de la crueldad contenidas en las fotografías que conserva y en las que se ven cientos de trozos de los cuerpos de los tres masacrados, crean en Débora un tatuaje que no puede borrar de su memoria. Luego de aquel evento recibió una serie de ofertas de ayuda por parte de organizaciones de derechos humanos y de instituciones oficiales, sin embargo, con el paso del tiempo estas ofertas se fueron desdibujando y fueron convirtiéndose en una mera ilusión, además las instituciones de justicia estatal no atendieron ni respondieron a sus demandas.

³⁹ Machete.

⁴⁰ Olla compuesta de alimentos cocidos.

⁴¹ Bailaron, festejaron.

Su trauma se ahogó en su memoria, sin encontrar ecos, haciendo del silencio desde entonces su sino:

“A ellos según los cortaron con una motosierra vivos y así, así. Fuera de eso los rajaron aquí y los abrieron así. Imagínese que el espinazo estaba aparte. Le sacaron las vísceras. Mejor dicho, eso fue impresionante, tanto que la de los Derechos Humanos, ellos iban en la misma buseta cuando pasamos el río y ellos iban a ese reconocimiento y ella no sabía que nosotros éramos los hermanos ni nada. Cuando esa mujer llegó allá, se puso a llorar del dolor y dijo: en mi vida, en mi vida, he visto miles de casos...yo he visto gente mutilada aquí, los brazos... ¡pero esto!, es que esto fue un ensañamiento. Se ensañaron tan impresionante...[sic] Estaban tirados como decir cuando matan esas ratas que tiran las cabezas y todo, y la cabeza de Jorge así, de Jorge no, la de un señor... como en una cosa de terror, como un grito. Entonces yo veo eso, porque yo entré con Julia y lo primero fue el olor, la mortecina tan espantosa y ver esa carnicería y ya como las piernas hinchadas y todos esos troncos. Mejor dicho, yo salí corriendo y la señora me dijo: es que usted los conoce. Yo le dije: es que era mi hermano. Es que estos hijueputas, es que esto le tiene que dar la vuelta al mundo, porque es que esto si no tiene nombre. Ella era impresionada de eso tan espantoso. Tanto que yo quedé tan traumatizada con eso que yo iba después al mercado y a mí me daba una cosa y un día me dio un ataque en la Plaza de Mercado porque Ana llevaba esas piernas de cerdo así y me dio una cosa. Y le dije: por Dios no me vuelva a traer esas cosas, y era así, no me vuelva a traer esas cosas” (comunicación personal, mayo de 2004).

Pero a pesar de aquel asombro y estupefacción de la funcionaria de la organización de Derechos Humanos, la ‘vuelta al mundo’ nunca llegó. Más allá de unas cuantas páginas en periódicos locales no trascendió la noticia y tampoco llegó nunca la justicia, pues hasta ahora no existen imputados ni sentencias, aún cuando un desmovilizado paramilitar se refirió a la ocupación de la zona que habitaba su hermano, sin llegar a atribuirse la masacre. De la masacre sólo quedó el tatuaje mnemónico grabado en el recuerdo de Débora y de sus hermanos. María Teresa Uribe, antropóloga que ha propuesto el carácter ritual de la masacre dentro de la lógica del accionar violento en Colombia ha planteado que:

“El olvido suele ser el propósito de las víctimas: hay que olvidar el olor de la muerte, el color de la sangre, la crudeza de los cuerpos desmembrados por las bombas, el vacío que dejan los desaparecidos y los secuestrados, las marcas sobre la piel de los torturados, el humo de los incendios provocados por el enemigo que se llevó los bienes, los recuerdos y las querencias; hay que

olvidar para poder dormir, para que no reaparezcan los fantasmas, para no sentir de nuevo la humillación y el dolor por las pérdidas de los seres queridos” (Uribe M. T., 2003, pág. 12).

Para Débora el olvido no es una posibilidad, los fantasmas y las angustias la acompañan y la justicia que nunca llegó no le permite tranquilizarse, su silencio regenera el trauma y su tatuaje mnemónico parece seguir creciendo con la contención y soledad de su dolor. Sobre la importancia de que se rompan los silencios como forma de sanación de los recuerdos tormentosos afirma María Teresa Uribe: “[...] para lograr efectos curativos sobre los órdenes sociales rotos y fragmentados por las guerras y las violencias, las palabras de las víctimas deben tener una dimensión pública, es decir, deben manifestarse en escenarios donde puedan ser leídas y oídas por públicos amplios y, eventualmente, contrastadas, complementadas o criticadas por otros” (Uribe M. T., 2003, pág. 17). Por ahora, los relatos de las memorias de las víctimas aparecen fragmentados, circulan sólo a pedazos, tal y como los cuerpos de los que son metáfora, creando un ambiente propicio para que la violencia generalizada se mantenga encubierta por un hálito de irrealidad que la convierte en un mito y la hace sentir lejana y ajena.

6.4. *Los violentos, sus muchas caras y procedencias.*

A finales de la década de los años 90's se realizó en Colombia una campaña para que la sociedad civil escribiera cartas a *los violentos* y las depositara en buzones emplazados en distintas oficinas gubernamentales a lo largo y ancho del territorio nacional. La promoción estatal de la iniciativa fijaba un referente claro: existían unos *violentos* que estaban en contra de la sociedad civil y que eran responsables de la situación caótica en la que estaba sumida el país. Al nombrarlos como *violentos* se les negaba cualquier pretensión política de disputa del poder del Estado, se les desconocía su condición de beligerancia y se les calificaba de abusadores, bandidos y criminales que sin ninguna orientación ejercían la fuerza sobre los demás. En el fondo de estas

acusaciones reposaba un reconocimiento del Estado colombiano de que no detentaba el monopolio de la fuerza sino que tenía que disputarla con múltiples poderes armados, así estos no fueran reconocidos como entidades políticas. Con el uso de la fuerza desperdigado en manos de actores diversos que recurren a la violencia como medio para obtener sus fines, la sociedad se fragmenta y polariza, creando en sus ciudadanos una profunda sensación de inseguridad y zozobra. Una vez el Estado ha perdido ese monopolio de la fuerza –o se excede en su ejercicio–, la violencia es ejercida ilegalmente por distintos grupos que la utilizan como fundadora de derecho, expresión de lo que Walter Benjamin llamaría *creación de poder*, que no es otra cosa que el despliegue de la coerción para instaurar la dominación y establecer jerarquías (Benjamin, 1995, pág. 47). Ante el desafío de tales fuerzas, el Estado responde con la reivindicación de su derecho legítimo a usar la fuerza y recalca en que los violentos son los otros, aquellos que han hecho uso de los medios exclusivos del Estado para imponer sus reglas y crear un orden que les conviene.

En las relaciones microsociales no es la legitimidad o arbitrariedad de la fuerza lo que importa, lo que allí es realmente importante es el carácter prosaico de la violencia ejercida por actores diversos: por el Estado, por sus aliados, por sus detractores o por delincuentes sin aparente interés político. Lo que se vuelve realmente desconcertante para el individuo es su continuo sometimiento a reglas de hecho que lo sujetan al vaivén de un ambiente plurinormativo en el que debe responder a poderes diversos. En tales condiciones, el espacio social se torna desconcertante, plagado de confusión e incertidumbre. Las imágenes que emergen en la memoria de Agustín, Ana y Mateo, muestran lo que esa pluralidad normativa significa:

“Cuando yo vivía en Cali, eso primero era tremendo desorden y a cualquiera lo iban atracando en la calle o le robaban en la casa y así. Después fue que apareció el finado Medardo, ese era un duro⁴² que cogió y organizó ese barrio. Ese man cogió y organizó los pelaos del barrio, armó un combo⁴³ y a los que no

⁴² Agustín se refiere con éste término a los narcotraficantes.

⁴³ Grupo delincuencia.

se quisieron componer los pegaron a todos” (comunicación personal, abril de 2004).

“Primero llegaron a una parte y mataron a todos los perros. Después les hicieron una reunión en la cooperativa a todos los finqueros⁴⁴ y les dijeron: los que tengan finca se pueden quedar, pero los hijueputas que no tengan se pueden largar y ahí mismo la gente que no tenía finca se desapareció” (comunicación personal, marzo de 2004).

“Lo primero que hubo fue un combo de pelaos del barrio, pero eran tremendos porque eso se metían con todo el mundo, le robaban a la misma gente del barrio y “mantenían asoliados”⁴⁵ a los tenderos y a los buseros. A lo último ya los taxis no subían por allá. Entonces llegaron los milicianos⁴⁶, pero los de la guerrilla y mataron a todos esos manes y organizaron el barrio lo más de bueno al principio. Pero ya después eso también era un desorden porque esos tipos empezaron a abusar. Entonces la misma gente del barrio se organizó y una noche pegaron a todos los jefes de esos manes y armaron la propia milicia del barrio. Esos duraron hasta hace como dos años que se metió la policía con el ejército y después llegaron los paracos⁴⁷” (comunicación personal, abril de 2004).

Estas memorias narran las disputas mediante las cuales un poder intentaba suceder a otro y hablan también de la yuxtaposición de fuerzas que deniegan la autonomía colectiva y pretenden instaurar su visión del orden. Además, relatan con nostalgia la debilidad o la ausencia del Estado que no aparece como ente regulador, que se deslegitima y solo asiste expectante a la estela de muertes que esa fragmentación del poder deja, si es que no son algunos funcionarios corruptos quienes las provocan. La lucha por la ocupación y dominio del territorio está en la base de esta multiplicidad de poderes yuxtapuestos y es uno de los motores fundamentales de la violencia desplegada como estrategia de eliminación de los enemigos. En la rememoración de René aparece de modo claro el papel del territorio en el conflicto: “La pelea de esa gente es por la tierra, cuando llegan los unos es para sacar a los otros y ser ellos los que manden en esa región” (comunicación personal, marzo de 2004). Eso fue lo que lo llevó a irse de su pueblo natal a otro pueblo del que luego tuvo que salir hacia Medellín, antes de venir a Barcelona. René con su relato propone una profunda reflexión sobre la incertidumbre que se vive entre los habitantes de

⁴⁴ Campesinos.

⁴⁵ “Asaltaban continuamente”.

⁴⁶ Combatientes o simpatizantes urbanos de los grupos guerrilleros.

⁴⁷ Nombre comúnmente usado en Colombia para designar los paramilitares.

zonas en disputa por parte de actores armados y en las que la hegemonía del poder del Estado no constituye un referente. Para René la primacía de un solo actor permite que las reglas a seguir sean claras y precisas: “la gente sabe cómo comportarse, ya se sabe por dónde se puede ir y que se puede hacer”, pero la incertidumbre se expande cuando irrumpen en la escena normativa otros actores que pretenden competir o desplazar al actor hegemónico. Son justo esos los momentos en los que el terror se despliega con más virulencia y la violencia pretende resquebrajar las solidaridades a costa de las muertes ejemplarizantes de simpatizantes de las fuerzas adversarias. A este respecto narra René: “cuando esa gente llegan a una parte donde ya están los otros empiezan matando los que ellos tienen en una lista, que son los que les han dicho que son los colaboradores de los otros” (comunicación personal, abril de 2004). Ese fue el motivo de su primera huida, cuando salió de su pueblo natal y se convirtió en un desplazado de la violencia y buscó refugio en Medellín en casa de unos conocidos. Antes de esto él había vivido en otro pueblo, en el cual según afirma: “me tocó ver cómo trabaja esa gente [los paramilitares] y por eso los conocía y sabía cómo es que hacen para organizarse cuando llegan. Cuando yo me volé del pueblo le dije a mi mamá: a las cinco de la mañana matan al primero y así fue. Después de eso mataron once en los tres primeros días” (comunicación personal, abril de 2004).

El relato de René corresponde a un área rural, pero también la ciudad se rememora como escenario de disputas, pérdidas y desgarramientos. Los barrios marginales han sido un caldo de cultivo para las luchas de poder de distintos actores armados que compiten por el dominio y control de sus habitantes y sus recursos. No hay que desconocer que como consecuencia de ello, en Colombia el mayor número de muertes violentas ocurren en las grandes ciudades como Bogotá, Medellín, Cali, Pereira o Barranquilla y que, tanto en los casos rurales como urbanos, la mayoría de las víctimas son civiles desarmados. Teniendo esto en cuenta es posible comprender porque Agustín hablaba de Cali como una ciudad dividida en dos, territorializada por la acción de los actores armados que imponían recorridos, que regulaban las relaciones

sociales y que determinaban controles a la movilidad. En su recuerdo: “Cali era una ciudad partida en dos, mejor dicho, la avenida Ciudad de Cali es la que la divide, de un lado queda el Distrito y ya lo otro es la ciudad” (comunicación personal, marzo de 2004). El Distrito es lo innombrable, es el territorio del delito y la inseguridad en el que múltiples fuerzas se confrontan:

“En el Distrito hay de todo, está la guerrilla y los paracos, pero también combos de los duros, aunque lo peor fue en los últimos años que ya se llenó fue de desplazados y esos si le van es robando o matando a cualquiera. Mi abuela vivía por allá en un barrio del Distrito, pero yo nunca la iba a visitar, prácticamente la conocí porque ella nos visitaba a nosotros. Pero por allá no se podía ir, eso estaba lleno de milicia, pura guerrilla y patrullaban uniformados y todo. Prácticamente por allá sólo entraba la gente del mismo barrio, era la manera que tenían de controlar” (comunicación personal, marzo de 2004).

Los actores violentos que aparecen en los relatos son diversos y crean en la memoria el malestar de sentirse impotente en medio de un contexto en que se confunden víctimas y victimarios. Débora identifica claramente al Estado como uno de esos actores violentos, ya que la omisión, la desatención y la connivencia de las fuerzas armadas incidieron en la masacre que se cometió en la finca de su hermano. Es así como lo relata:

“Varias personas de Trinidad, fueron al batallón de Trinidad y les dijeron que fueran porque ellos necesitaban ayuda porque se iban a meter los paramilitares por allá y ellos dizque no les pararon bolas y a los 15 días fue esa masacre. Y regresaron otra vez por los mismos batallones y se quedaron aquí en Primavera. Porque el señor que cogieron allá en un camión era de Trinidad, lo obligaron a traerlos y él mismo dijo que habían pasado por la puerta de unos batallones, tres batallones y confirmado que fueron los paramilitares” (comunicación personal, abril de 2004).

¿Quiénes son entonces los ‘violentos’ a los que debía dirigirse aquella carta que nos pedía aquella campaña estatal de finales de los años 90’s en Colombia? Lo que muestran las memorias de violencia de los expatriados colombianos en Barcelona es que los rostros de los violentos son muchos y sus procedencias y motivaciones son muy diversas, incluso el Estado aparece algunas veces como promotor o actor de la violencia. Es así como el relato de Mateo acerca de la vida en su barrio está marcado por el tránsito de los poderes, dominaciones que se sucedían y tras de las cuales no quedaba más

que un cúmulo de muertes anónimas o rápidamente olvidadas de habitantes del barrio, la mayoría jóvenes que eran ajusticiados en la misma calle y de los que “poca gente se acuerda ahora”. Sus familias en pocos casos presenciaron sentencias para los asesinos y nunca recibieron compensación o reparación alguna. Mateo recuerda en especial la época dura de los narcotraficantes, cuando estaba “Pablo Escobar y su combo” como el momento en que empezó a cambiar el barrio y se empezó “a sentir más fuerte lo que era la violencia misma”. En aquella época los jóvenes de los barrios marginales de las ciudades se organizaron en bandas criminales que fueron cooptadas por los narcotraficantes para convertirles en sus ejércitos de sicarios, en ocasiones para enfrentar al Estado. La oferta de incentivos económicos o, mejor, la puesta en circulación de dinero y bienes materiales que habían siempre sido la gran carencia de éstos sectores marginales favoreció lo que algunos llaman la cultura de la violencia, para explicar la manera en la que se desarticuló el más mínimo sentido de trascendencia de la vida y se enaltecía lo material y el consumo, con la violencia como medio para el enriquecimiento (Salazar A. , 1993). Para Mateo aquella época dejó huellas indelebles en su memoria y hoy, tras muchos años de silencio o de tan sólo algunas conversaciones al respecto con personas de confianza, reconoce que las muertes de sus amigos, de conocidos del barrio o de su cuñado al que todavía llora frecuentemente su suegra, se van vaciando de contenido y se van perdiendo en el olvido. Al parecer de eso nadie se acuerda, o “se acuerdan pero no sirve de nada, la verdad es que eso nunca se hizo justicia” (comunicación personal, abril de 2004). Mateo recuerda que en aquella época:

“Yo todavía era un pelao y al final por eso estoy por acá, si tuviera cuatro añitos más seguro que ya estaría bajo tierra. En ese tiempo los pelaos los mataban en los parches⁴⁸, en la esquinas. Eso era tremendo, llegaban era dando bala sin preguntar, muchos de los que caían apenas era que estaban pasando por ahí o en fin, no siempre se sabía bien porque los mataban. Pero la cosa se puso más dura fue cuando le pusieron precio a los policías, daban como tres millones por cabeza y entonces ya los mismos pelaos del barrio se pusieron en eso y organizaban las cacerías, pero entonces después venía la contestación de los

⁴⁸ Lugar de encuentro y reunión.

policías que eran las masacres en el barrio” (comunicación personal, abril de 2004).

Los rostros de *los violentos* son muchos y están entremezclados en los relatos que rememoran como han diseminado el terror aquí y allá. Lastimosamente, en Colombia la destrucción y el dolor son un patrimonio repartido en crudas dosis por los diferentes actores armados, por lo menos de eso dan testimonio las memorias refugiadas en la lejana Cataluña.

6.5. Las imágenes instantáneas del terror.

Cuando la memoria ha sido expuesta a la interacción con la violencia deja grabadas imágenes que retornan en cualquier momento provocadas por la visión de algún lugar, de un personaje conmemorativo, motivadas por la angustia o por la excitación que produce el acercamiento a situaciones similares a las vividas. A la manera de instantáneas que retratan momentos cruciales de sus vidas, mis interlocutores evocaban imágenes inscritas en sus memorias y que al ser hiladas y reunidas representan un compendio de experiencia colectiva de la violencia. Muchas veces estas instantáneas reflejan la incertidumbre a la que el terror confina, pero también reflejan la incomprensión frente a situaciones de crueldad inexplicable o que simplemente son asumidas como fortuitas, producto del azar que hace parte de los designios incomprensibles de la vida. Mateo se refiere a la desaparición de dos muchachos de su barrio de ésta manera:

“En ese tiempo en el barrio había un combo duro, pero entonces se metieron los paracos y querían acabar con ellos. Al principio hubo mucho enfrentamiento, en la misma calle se encendían, hasta que ya ese combo se fue desarmando porque ya prácticamente habían acabado con los jefes y ya los otros que quedaron se pusieron fue a trabajar para los paracos. Entonces resulta que al frente de mi casa había un muchacho que tenía un taxi, un pelao sano y trabajador y un día esos manes le dijeron que fuera por allá a un pueblo a recoger unos repuestos para una volqueta. Otro amigo de él de ahí mismo le dijo que lo acompañaba. Salieron por la mañana temprano y hasta ese día se supo de ellos dos. Dicen que los cogió la guerrilla de ida para ese pueblo y seguramente los mataron y los tiraron al río con el estómago abierto para que no floten. Eso es lo que dice la gente que hacen por allá... de todas maneras

esos dos muchachos nunca aparecieron más” (comunicación personal, mayo de 2004).

Los desaparecidos dejan un espacio vacío, incomprensible, la ausencia de un cuerpo al que velar impide la elaboración del duelo y el mantener la incertidumbre sobre su paradero alimenta una esperanza que termina siendo una condena. Tras la desaparición los allegados que le sobreviven están en adelante prisioneros del recuerdo de su presencia, la cual tal vez puedan volver a tener, o no...

Débora intentaba muchas veces mostrarme que lo de su hermano no era un caso único recurriendo a instantáneas en las que evocaba la manera en que otras personas habían también sido víctimas de actos igualmente execrables. Se trata de relatos cortos en los que muestra como la crueldad imperaba en aquella región donde habitaba, haciendo del terror un sentimiento constante entre quienes la soportaban.

“Allá en La Puerta pasó que ahora hace un año, un pelao sano de 18 años, vivían en el barrio La Estrella, se fue y no, la mamá pues esperando a su hijo y como al otro día llegaron tres tipos con una olla así, le tocaron la puerta y le dijeron: ¡ay! Fulana, ahí le traigo unas cosas para que haga un sancocho. Entonces la señora les dijo que la colocara ahí, detrás de la puerta de la calle. La señora dizque estaba haciendo aseo con la hermana del pelao, la hija. ¡Dentro de media hora venimos! Y pasaron dizque como una hora y media y los hombres nada que llegaban. Entonces dizque la hija le dijo: ¡ay! Mamá, esa gente no ha llegado y huele como a feo. Vamos a mirar que traían en esa olla. Pues traían la cabeza del hijo con plátano y yuca y papa. La señora en estos momentos está loca. Un pelao de 18 años, ¡está loca!” (comunicación personal, abril de 2004).

Las instantáneas de Débora son metáforas de la desesperanza, en ellas la ignominia no encuentra límites y lo que se torna inverosímil es la impunidad que aún subsiste, lo cual la lleva constantemente a abogar por una intervención divina o de países extranjeros que puedan traer la justicia. A diferencia de René, Agustín, Mateo o Luisa, para Débora la violencia es un fenómeno inexplicable y ubicuo que atraviesa todas las relaciones discursivas y objetuales del lugar que ha dejado.

“Yo estuve en Asunción 8 años y allá conocí casos así [como el de su hermano] y quizás hasta peor, porque se los tiraban a los marranos, tenían criaderos de marranos y descuartizaban a la gente y los tiraban allá para que los marranos

se los comieran. En un sitio que se llama Ventanitas y que queda a diez minutos de Asunción por el río. Incluso había gente, lo sé porque una vecina mía, que el hermano de ella era un campesino trabajador y lo descuartizaron y se lo tiraron a los marranos, porque ella misma me contó. Y allá en Asunción la gente no compraba cerdo en esa época. También supe que ellos tenían una finca y tenía un lago y ese lago tenía unos caimanes o unos cocodrilos y cogían a la gente y se la tiraban allá también. Hace dos años que estuve allá en Asunción, me bajé donde una señora que los familiares de esa señora los asesinaron a siete, con eso que tumbaban.... con unas cosas así de hierro que son para quebrar piso... almadanas, les estriparon la cabeza, a los niños, al papá y a los hermanitos, siete personas mataron los paramilitares en un corregimiento que se llama Libertad, que es un corregimiento de éste pueblo, que queda a tres horas de Asunción, en esa vereda. Esa gente ha hecho mucho daño. Ojalá que se los llevaran a todos para Estados Unidos” (comunicación personal, abril de 2004).

Si el terror se propaga es por su capacidad de rebatir los parámetros de normalidad en los que discurre la cotidianidad. La espectacularidad de los actos violentos es el vehículo de su difusión. La puerta de la memoria se abre con la llave de la crueldad y una vez dentro el terror inmoviliza a la víctima que es justo lo que busca el victimario. El relato de Ana así lo refleja:

“El tipo que mató a mi hermano, según tengo entendido dizque le decían La Muerte, que era un señor de 70 años, que le decían La Muerte, porque en esos días fueron por allá en esas veredas y a una niña de 15 años o de 18 años, le cogieron el seno y se lo abrieron y le chupaban la sangre, porque ella no decía que si le entraba dizque la guerrilla y por ahí no había guerrilla” (comunicación personal, marzo de 2004).

Además de la muerte como señal de peligro, otras coacciones físicas y simbólicas se convierten en vehículos del terror. En medio del pánico se propagan versiones confusas que fomentan la incomprensión y abren el espacio para la fantasía o la ficción. Al dolor de la pérdida se le sobrepone la vergüenza. Mateo, al referirse a las muertes en su entorno cercano me decía: “a uno en esa época lo mataban por “intento de sospecha”⁴⁹, pero de todas maneras siempre la gente comentaba después: alguna cosa debía” (comunicación personal, marzo de 2004). Joaquín, amigo de René, refiere así la toma guerrillera del pueblo en que trabajaba:

“Ese pueblo era tranquilo, ahí nunca se veía nada y había apenas 17 policías. Un viernes que estaba toda la gente en la discoteca empezó el bombardeo,

⁴⁹ Sin causa.

eran como las once de la noche. Eso fue muy tremendo, vinieron por la parte de atrás del pueblo por la selva y por el río, eran más de ochocientos. Bombardearon como unas dos horas y ese comando de policía quedó totalmente destruido. Yo me salvé ni sé cómo porque vivía en una casa cerquita de la iglesia, frente al comando. Le tiraban cilindros de gas y ráfagas de metralleta. Los policías se rindieron como a las tres horas y entonces ya los guerrilleros se metieron al banco y sacaron la plata⁵⁰. A los policías se los llevaron con una gente del pueblo que entraron por ellos directamente a las casas. Después de eso los guerrilleros se quedaron en el pueblo y la gente vivía asustada todo el tiempo porque decían que se iban a meter los paracos y ahí sí el enfrentamiento iba a ser peor. Como a los seis meses los guerrilleros se fueron, pero de la gente que se habían llevado sólo regresaron a dos, los otros todavía están desaparecidos. A los policías dicen que se los canjearon al gobierno” (comunicación personal, abril de 2004).

En las instantáneas del terror sufrido se buscan explicaciones a lo acontecido o se recrean los sucesos buscando encontrar razones para los hechos. Sin embargo, la violencia se caracteriza por su carácter ambiguo e incomprensible, dando sentido a la afirmación de Balandier acerca de que la guerra también tiene un efecto de *encantamiento* (Balandier, 1994). No hay solo repulsión, la violencia genera su propio contexto en el que fascina y produce a la vez también rechazo.

6.6. Lugares de la permanencia y resistencias al olvido.

La relación entre lugares y memoria ha sido un tema de investigación en el que se han empeñado las disciplinas sociales, preocupadas casi siempre por mostrar como las materialidades actúan como marcas que activan los recuerdos, al tiempo que los lugares resultan dotados de sentidos diversos de acuerdo con las imágenes que evocan. El urbanismo por ejemplo, se ha servido del vínculo entre los lugares y la memoria colectiva para producir intervenciones en la ciudad que escenifican ciertas porciones del pasado, buscando la grandilocuencia y la exaltación patrimonial y, generalmente, valiéndose de la instalación de piezas evocativas, monumentos y paisajes intencionadamente estéticos que inducen al ordenamiento y asepsia de la vida

⁵⁰ Dinero.

en la ciudad (Delgado, 2001). Sin embargo, la antropología de la memoria reconoce en la relación con los lugares la posibilidad de reconstruir el sentido colectivo del pasado inscrito en espacios concretos que son renovados cada vez que se recuerdan y que resultan por lo tanto con nuevos significados y valorados de maneras distintas. Los lugares cobran vigencia en la medida en que son detonantes de recuerdos significativos y su potencia mnemónica está asociada con los acontecimientos que en ellos pueden evocarse. Quizás pocas veces esta relación se haya descrito tan elocuentemente como lo ha hecho Marcel Proust al relatar sus paseos infantiles por la campiña francesa (Proust, 1996). Los sucesos de violencia se inscriben poderosamente en la memoria y marcan de manera decisiva los lugares, convirtiéndolos en referentes indelebles de desgarramientos y pérdidas y dotándolos de significados que resisten muchas veces a los esfuerzos por el olvido. Esto ha sido descrito por Pilar Riaño en el caso de los jóvenes de Medellín, quienes interpretan con referencia al lugar y al territorio la presencia de la violencia en sus vidas (Riaño, 2000). Los lugares activan en la memoria imágenes conmovedoras, muchas veces representan escenarios de las pérdidas y son en sí mismos tinglados de la tragedia. Esto hace que los lugares resistan al carácter monumental y grandilocuente que quiere asignárseles y adquieran sentido en función de lo que en ellos ha sucedido.

En el caso de los migrantes, esta relación de la memoria con los lugares adquiere connotaciones aún más complejas, ya que el contexto del extrañamiento al que le ha traído el viaje desde su territorio de origen le sitúa en medio de muchedumbres que transitan por espacios que para él son nuevos y de los que sus recuerdos no tienen nada aún para decir. En el caso del inmigrante la monumentalidad de los lugares pasa desapercibida pues desconoce los referentes que se pretenden exaltar con ella, lo cual hace que pueda transitar desprevenidamente por los espacios públicos más cuidadosa e intencionadamente diseñados por los urbanistas, violentando muchas veces las ideas de orden y asepsia con que fueron construidos. Para el recién llegado, los lugares a los que arriba no son escenarios de pérdidas, ni de evocaciones

festivas, ni de encuentros emotivos y están por ello cargados de desconciertos y desconocimientos provocados por las iconografías que los componen y de las que desconoce sus significados y su relación con unas memorias que le son ajenas. El inmigrante no se asemeja en nada a aquel *flaneur* que describiera Walter Benjamin y tampoco se equipara al extranjero o al cosmopolita para quienes el viaje es una puerta al asombro y a la novedad. En su carácter de recién llegado que busca conquistar un espacio en el que desarrollar su vida futura, el inmigrante se esfuerza por establecer recorridos seguros y apropiarse de los nuevos lugares estableciendo redes que le permitan pronto encontrar anclajes para su experiencia. Sin embargo, el hecho de no ser un simple viajero le torna amenazante y su identidad y su diferencia cultural son controvertidas, señaladas o rechazadas por la sociedad receptora, lo cual le plantea el reto de superar el asombro que le producen los nuevos lugares y dotarlos de sentido, inscribirlos en su memoria y hacerlos suyos aún en medio de la confusión que le produce el desconocimiento del pasado de dichos lugares. En la medida en que estos lugares son reconocidos, transitados y reclamados para la memoria del migrante se produce un nuevo arraigo, una forma de resistir al sentimiento de vacío y soledad que le produce el exilio con la paulatina refundación de sus vínculos con los lugares.

Esta tensión que se vive entre lugar y memoria en la condición del desarraigo del migrante queda en evidencia en los recorridos a los que fui llevado por René, Agustín y Mateo en Barcelona. Desde sus lugares íntimos de habitación comienza a percibirse un esfuerzo por reconfigurar sus espacios y dotarlos de símbolos que evocan los territorios de origen, haciendo que lleven hasta allí íconos alegóricos a la patria abandonada, muchas veces se trata de banderas, escudos de equipos de fútbol o artículos artesanales emblemáticos que decoran las paredes de esos lugares de la intimidad. Esto nos pone de relieve que con los recursos de la memoria se buscan imágenes que activan las emociones e imprimen significado a los nuevos lugares de habitación, lo cual es fundamental en un contexto en que el espacio público exterior está desprovisto de referentes y lugares reconocidos como propios.

Es precisamente en los lugares públicos donde la relación entre memoria y lugar se torna más compleja para los inmigrantes colombianos que deambulan en medio de monumentos e íconos que aún no significan mucho para ellos, por lo cual los lugares semipúblicos como bares, restaurantes y locutorios, se convierten en elementos fundamentales de su inserción en la sociedad receptora en la medida que les permiten mantener su identidad y debatir sobre sus horizontes, expectativas y experiencias migratorias. Cuando realicé recorridos por los bares colombianos de Barcelona en compañía de René, Agustín y Mateo, pude confrontarme directamente con la importancia que cobran estos lugares para ellos y para los demás colombianos con que solían encontrarse, por lo que en adelante me referiré a los lugares que cumplen estas funciones evocatorias como *lugares de la permanencia*, caracterizados por su capacidad para establecer vínculos, fortalecer la solidaridad y consolidar redes de apoyo, siempre con recurso a las memorias compartidas que permiten reconocerse e identificarse a través de códigos que fueron aprehendidos en la experiencia del pasado en la tierra natal.

Estos *lugares de la permanencia* representan la resistencia al olvido que promueve un espacio público vacío de referentes e intentan cargar la ciudad de nuevos espacios apropiados para el encuentro utilizando la ligadura al pasado como fuente de identificación. René ponía esto en evidencia cuando asistíamos a un pequeño bar en el que la música vieja colombiana es la gran protagonista y en el cual, según decía, “uno se siente como en el pueblo” (comunicación personal, abril de 2004). Aunque seguramente estando en Colombia no escucharía aquella música propia de una generación de la que su juventud no le hace partícipe, lo importante para él es que a través de la distancia: “uno aprende a valorar lo que tiene, en Colombia yo ni oía ésta música porque creía que era para los viejos, pero estando acá aprendí a oírla, es que es pura historia” (comunicación personal, abril de 2004). El bar al que hago referencia está montado para suscitar la rememoración y despertar emociones que devienen del pasado compartido en Colombia convirtiéndose en una poderosa fuente de excitación para los recuerdos. Sus paredes están decoradas con

pinturas de paisajes rurales colombianos, en el trasfondo de la barra cuelgan carrieles⁵¹, machetes, “ruanas y ponchos”⁵², todas las cuales son indumentarias propias del campesino colombiano; el aguardiente y el ron son las bebidas predilectas e incluso el vestido de quienes asisten emula en mucho los códigos del vestir en el país de origen. René, ante la sorpresa que me suscitaban aquellos sitios me decía: “Vea usted haga de cuenta que al pasar esa puerta entró a Colombia, pero sabiendo que seguimos en Barcelona” (comunicación personal, abril de 2004).

Estos *lugares de la permanencia* resultaron tan numerosos como no podrían haber anticipado, están diseminados en la geografía de la ciudad, estableciendo en ella hitos reconocidos a los que se asiste con frecuencia y en los que el carácter de la memoria como interacción social demuestra toda su potencia, pues allí se participa de procesos dinámicos en los que los recuerdos como tema de conversación se transforman en guías para la interrelación, haciendo de la interacción social un ejercicio de actualización de la memoria para aportar a la comprensión de la nueva identidad asumida en la sociedad que ahora se habita. En estos *lugares de la permanencia* se combate con el desarraigo, resistiendo al olvido mediante constantes referencias a lo que se dejó abandonado en la distancia que separa aquel pasado idealizado de un presente que la mayoría se esfuerza por interpretar y asumir como destino.

En los *lugares de la permanencia* se vive con una potencia inusitada la exaltación del pasado compartido en los lugares que fueron dejados atrás por la migración, generalmente las conversaciones allí están llenas de la euforia que producen los recuerdos plagados de relaciones emotivas propias de la vida familiar o de imágenes que hablan de una gran solidaridad colectiva, del carácter festivo de la cotidianidad y, muchas veces, de la manera creativa como se respondía a un mundo lleno de privaciones materiales. En aquellas evocaciones suelen aparecer la pobreza y la violencia como trasfondo, pero

⁵¹ Bolsa tradicional de cuero usada por los hombres en la región cafetera.

⁵² Mantas rectangulares o cuadradas, generalmente de lana utilizadas tradicionalmente para protegerse del frío.

frente a ellas se exaltan otros muchos valores de la vida colectiva que permiten mantener la nostalgia por el territorio abandonado. Mateo por ejemplo afirmaba:

“Yo nunca me consideré pobre, pero si me acuerdo que allá las cosas no eran como aquí, allá le toca a uno lucharla más y sobre todo cuando yo era un pelao de todas maneras uno veía el esfuerzo de los papás. Pero también me acuerdo que de todas maneras vivíamos bien, eso en cualquier momento se encontraba uno con los amigos, o visitaba la familia y así. La gente se organizaba, trataban de pasar las cosas y el que podía le ayudaba a uno, de todas maneras no estaba uno tan sólo como aquí y la gente se preocupaba también por lo que le pasaba a los demás” (comunicación personal, marzo de 2004).

Agustín ponía de relieve en otro de nuestros diálogos imágenes que exaltan su pasado idealizado que le sirve de espejo en el que mirar un presente que aún adviene confuso:

“Como te dije, hubo en el barrio una época muy dura en la que era tremendo desorden. Pero yo me acuerdo que nunca se dejaron de hacer las cosas normales, la gente seguía viviendo. Mira por ejemplo, allá se hacía una fiesta que se llama Los Diablitos, y eso son unos manes que se disfrazan y pasan por las casas recogiendo plata y asustan a los niños, después con esa plata se arma una fiesta para todo el mundo. Yo me acuerdo que eso siempre se hizo, no pararon ni en las épocas más duras” (comunicación personal, abril de 2004).

En los bares colombianos en Barcelona como *lugares de la permanencia* es posible encontrar recurrentemente diálogos cargados con este tipo de imágenes evocatorias, en las que salen a flote un entramado de recuerdos o recreaciones de la vida en ese allá dejado en la distancia del tiempo y del espacio y al que se añora regresar. Las descripciones de la vida en los pueblos, entornos rurales o barrios de ciudades generalmente narran el alto grado de convivencia y la cohesión que existía entre vecinos y familiares. En aquellos *lugares de la permanencia*, la rememoración está matizada por las emociones que producen la pérdida de los territorios de origen, aunque la carencia material se reconoce como su rasgo común, pero también la riqueza de la vida compartida se glorifica como algo definitivamente ajeno al lugar que hoy se habita. Esto hace que los diálogos que ocurren allí sirvan como catarsis de las memorias de violencia propiciando la elaboración del duelo de los males sufridos o la eliminación de recuerdos que perturban la conciencia. En estas conversaciones los recuerdos narrados sobre la violencia son confrontados con

los de otros que pueden haber vivido situaciones similares, pero al final parece siempre prevalecer la convicción de que: “de todas maneras allá se vivía muy bueno” (comunicación personal, abril de 2004).

Sin embargo, las memorias de violencia insisten en traer al diálogo situaciones difíciles. Durante el recorrido que hacía con Mateo por uno de éstos lugares, recibimos una noticia sobre el ataque a balazos en Medellín a un conocido técnico de fútbol durante un robo, consecuencia de lo cual se encontraba en coma. La noticia causó un estupor general. Los recuerdos de la violencia pronto se desplegaron y cada quien aportó al debate sucesos similares de los cuales tenía conocimiento. Esta conversación me mostró como el conocimiento sobre la violencia y sus memorias actúan como un poderoso elemento vinculante, aún entre personas que se desconocen o que antes no se habían hablado. No podría asegurar que fuera de aquel bar estas personas mantuvieran contacto, muy posiblemente sus circuitos por la ciudad se encuentran sólo por un instante fugaz en el que visitan al mismo tiempo ese lugar, pero a pesar de ello las memorias de violencia que podían desplegar en sus encuentros actuaban como un fuerte vínculo. Mientras algunos narraban sucesos similares al ataque del que había sido objeto aquel técnico de fútbol y otros argumentaban con historias que “no les habían ocurrido a ellos pero que les habían contado” (comunicación personal, abril de 2004), se ponía en evidencia las memorias de violencia como un marco de sentido en el cual inscribir el pasado compartido. Lo importante no era la veracidad de las historias, pues nadie ponía en duda los recuerdos que los demás expresaban y que tenían como recurso a la memoria colectiva, lo que aparecía más bien era la certeza de que: “eso es lo duro, que allá la vida no vale nada” (comunicación personal, abril de 2004). Mateo ejemplificaba esto con la muerte de su cuñado:

“A mi cuñado lo mataron al frente de la casa y fue porque lo confundieron, ese pealo era sano, pero estaban buscando a otro y le dieron fue a él. Era jovencito, apenas tenía diecisiete años y casi ni salía de la casa. Ese día venía del colegio y se le arrimó un man por detrás, le pegó un tiro en la cabeza y cuando estaba en el suelo le dio dos más. Ahí mismo se montó en la moto de otro que lo estaba esperando ahí cerquita. Pero en verdad ese pelao no se metía con nadie y sin embargo vea lo que le pasó, por eso es que uno dice que allá la vida es una ruleta” (comunicación personal, abril de 2004).

La sensación de que la vida es una ruleta en la que la muerte deviene producto del azar era compartida por los interlocutores de Mateo que evocaban situaciones fortuitas en las que las víctimas se caracterizaban por su inocencia y la violencia sobre ellas provocaba incertidumbre y confusión, promocionando una sensación de riesgo constante. En estos casos, las memorias de violencia actuaban como principio articulador de los recuerdos compartidos.

Así como aquellos bares colombianos se constituyen en *lugares de la permanencia*, existen también otros lugares propicios para el ejercicio de la memoria y la renovación de los vínculos con los territorios de origen, entre los cuales sobresalen los llamados locutorios, a los cuales pude asistir constantemente en compañía de mis interlocutores. Paradójicamente, en estos lugares, a diferencia de los bares antes descritos, el espacio no está dispuesto para incitar a la evocación sino que por el contrario parece que la intención es situar al inmigrante en su nuevo contexto, pues sobresalen las propagandas y los tabloneros de anuncios llenos de referencias al entorno cercano, ofertas de trabajo y avisos de habitaciones en alquiler. Aunque también cuelgan de las paredes campañas publicitarias con alusión a los países de origen, se percibe un ánimo de captación de las comisiones por envío de dinero más que una intención de provocar el recuerdo. Lo que constituye éstos locutorios en *lugares de permanencia* es el vínculo dialógico que establecen allí los migrantes colombianos con el territorio de origen mediante el diálogo, el chat, la escritura y la imagen en video, lo cual los convierte en espacios propicios para mantener la comunicación con quienes se han dejado atrás después de la partida y para renovar lazos familiares y sociales mediante procesos de actualización de la memoria. Cuando asistía con René a algunos de estos locutorios, no podía evitar pensar en el análisis que Joseph hace del vínculo narrativo que el emigrante mantiene con su lugar de origen a través de la correspondencia. Según afirma Joseph:

“Los emigrantes que escriben no pretenden ninguna objetividad puesto que el público al que se dirigen no sobrepasa el círculo de los familiares, de los parientes o de la comunidad. El círculo está siempre presente y la cantinela no

extraña variaciones. Lo cierto es que la correspondencia como forma de descripción del mundo nuevo se refiere esencialmente a experiencias inmediatas y presentes. Lo que el emigrante envía a su casa no son recuerdos sino *noticias nuevas*. Con razón, o sin ella, los autores de dicha correspondencia se imaginan que la reciprocidad de las perspectivas se mantuvo contra viento y marea, tal vez porque no han excluido la posibilidad de un regreso. Entre líneas, habrá que leer siempre la celebración simbólica de los reencuentros” (Joseph, 1988, pág. 84).

En sus conversaciones con parientes y amigos dejados en Colombia, René hablaba frecuentemente de las situaciones ajenas en las que el nuevo contexto le había situado. El trabajo, la abundancia de la que no disfrutaba antes, el orden y la seguridad eran los asuntos nuevos sobre los que más recurrentemente enfatizaba. A cambio recibía informes de la vida de sus familiares, del desempeño de sus amigos y de la situación del país, además de que continuaba siendo partícipe de las decisiones que se asumían en la vida familiar. En el locutorio la memoria se activa por las emociones que suscita el tener del otro lado a los seres queridos, el vínculo narrativo en este caso posibilita mantener los afectos mediante el contacto que recuenta la cotidianidad en el contexto de la migración y recibe a cambio los informes de lo que sucede en el lugar del que se partió.

No pocas veces visité locutorios en compañía de mis interlocutores, allí casi siempre nuestras conversaciones trataban sobre recuerdos e imágenes que se esforzaban en mantener vivas como símbolo de que con la migración no se habían desmantelado los afectos sustanciales con los que se constituye el espíritu. En estas visitas a locutorios las memorias eran un elemento esencial para poner en contraste la nueva realidad con aquellos seres y objetos dejados en la distancia. En el locutorio con sus tecnologías de la comunicación se produce una sensación de inmediatez que crea la ilusión de cercanía permitiendo que no se termine de desconectar la vida que se lleva en el contexto de la migración de la cotidianidad de aquellos dejados en el territorio de origen.

Estos *lugares de la permanencia* son esenciales para la actualización de identidad de los inmigrantes colombianos en Barcelona y es por ello

comprensible que se repliquen y que sean tan importantes para los modos de expresión y las maneras de socialización que establecen, fundamentados en el ejercicio de la memoria colectiva.

6.7. Las memorias de violencia en la lucha contra el estigma de ser colombiano.

Las consecuencias de la violencia generalizada son múltiples, no sólo sobre el orden social y material, sino también sobre la manera en la que los demás se representan a quienes provienen de lugares reconocidos como violentos. Lo implacable de la crueldad asociada a las confrontaciones violentas determina radicalmente el modo en que la sociedad se representa a sí misma y, por supuesto, la forma en la que las demás sociedades se la representan o imaginan. La violencia se transforma en un estigma, una marca de aquello que es reprobable y temible y que por lo tanto debe ser excluido. El violento es representado como el que viene de fuera, cuya presencia representa peligro y amenaza. En el estigma no se establecen distinciones sino que se mezclan indiscriminadamente los actos violentos con sus ejecutores y sus víctimas. Con este poder para producir homogeneidad, el estigma de la violencia destruye las articulaciones sociales primarias e instaura la duda y el desconcierto, polarizando la opinión con el sentimiento de amenaza atribuida a otro ajeno que se asume como peligroso. El estigma no recurre a la racionalidad, su génesis es impulsiva y es reflejo de las emociones despertadas por la violencia que utilizan el temor como su vehículo de difusión. El estigma se vale del sentimiento de indefensión constante, la amenaza estereotipada permite culpar al otro de las desgracias posibles, al tiempo que propicia un discurso de cohesión y unidad a través de la exclusión. El estigma en torno a la violencia es una marca indeleble que recae sobre víctimas y victimarios, sin hacer distinciones.

Lo que se pone de presente para quien se encuentra con aquellos seres tatuados con un estigma es que ellos afrontaron o propiciaron de forma

ineluctable múltiples violencias que destruyeron su vida social, por lo cual se activan los bloqueos que impidan su acercamiento y su intrusión. Este peso del estigma se deja ver en los relatos de Agustín sobre las consecuencias que tiene el haber crecido en un cierto sector de la ciudad de Cali:

“Lo que pasa es que como en el barrio mío se organizó ese combo del finado Medardo, entonces uno ya no podía ir al barrio del frente porque de una “lo encendían”⁵³, pensaban que era que uno venía a buscar problemas o que lo mandaba esa gente, así uno no tuviera nada que ver. También había otros lugares que le hacían a uno mala cara para dejarlo entrar cuando se daban cuenta que venía del barrio, eso nos pegaban unas requisadas durísimas haber si traíamos armas o alguna cosa. Claro que también a veces uno se aprovechaba de eso y, si había algún problema, decía que era de ese combo o que los conocía, no más para meter miedo” (comunicación personal, marzo de 2004).

En la memoria de Luisa el estigma de la violencia se manifiesta de otra manera:

“El dolor para mí es que yo luché doce años por ese país y al final sólo me tocó ver la muerte de mis compañeros, no me quedó nada más. Cuando yo digo lucha, la gente como se imagina que uno anda es todo el día con el fusil al hombro y eso no es así, yo a lo que me dedicaba más que todo era a capacitar la gente, a organizar las mujeres para que no se dejaran dominar tanto de los hombres, porque en ese país hay mucho machismo. Pero después que nos desmovilizamos me di cuenta que la gente se queda es con la imagen de las armas y cuando empezaron a matar a mis compañeros estando de civiles, me di cuenta que la violencia con que allá se mantiene el poder nos iba a seguir persiguiendo” (comunicación personal, abril de 2004).

La migración no es olvido como dice Débora, pero tampoco es un borrador para el estigma, ya que desde el arribo al nuevo mundo ya existen ideas preconcebidas acerca del intruso que amenaza con su llegada: el inmigrante se convierte en señal de peligro y más cuando su estigma es precisamente el de la violencia. De la representación de la identidad de los colombianos inmigrantes en Barcelona como peligrosa, caótica y generadora de violencia, daban testimonio múltiples relatos en los que mis interlocutores recordaban situaciones diversas y fugaces en las que se les había identificado como potenciales delincuentes, principalmente como relacionados con el narcotráfico y la prostitución. Como respuesta se generaba en ellos un sentimiento de

⁵³ Lo increpaban.

indignación que combate con la impotencia de saberse determinado por una representación que excluye y que impide el acercamiento.

El estigma de la violencia también es empleado de forma estratégica para la actualización de la identidad, utilizando la memoria como elemento articulador. La imagen que de antemano ha sido prefigurada y asignada, puede en ciertos casos ser aprovechada para presentar ante quien la configuró, la identidad que quiere ver. Asumir el estigma hace parte de las estrategias relacionales y de la dinámica de la identidad. La presentación intencionada del estigma de la violencia y su uso posicional le confieren, en ciertas condiciones, un cierto grado de contundencia para rebatir las acciones y discursos excluyentes. El relato de Andrés, amigo de René, habla del uso político del estigma:

“Cuando yo llegué aquí me enteré pues que no me podía quedar si no sacaba ‘papeles’. Claro que en ese tiempo no había visa ni nada, pero ya para conseguir trabajo y quedarse si pedían residencia. Entonces me enteré de que una gente había pedido ‘asilo’ y que por ahí les iban a dar los ‘papeles’. Hablé con ellos y me dijeron que era fácil, que ellos se presentaron allá y dijeron que los había sacado del país las amenazas de la guerrilla. Entonces yo fui y dije que estaba huyendo de los paramilitares” (comunicación personal, abril de 2004).

Pero no siempre estas luchas por desmontar el estigma de la violencia o por valerse de él como estrategia de inclusión son exitosas, tal y como en el caso de Andrés, quien tras varios años de vivir en España sin obtener los papeles, regresó a Colombia.

Conclusiones

El carácter exploratorio de esta investigación adelanta sus horizontes de posibilidad y contribuye a delimitar sus alcances, dejando como gran aprendizaje la complejidad que implican las memorias de violencia en el caso colombiano y el gran reto metodológico ante el que está abocada la ciencia social aquí, particularmente por las condiciones sociales y políticas en las que se desenvuelve el país y por los efectos reparadores que puede tener la reconstrucción de la memoria en un contexto de tan profundos traumas y dolorosas pérdidas. Esta complejidad de la investigación sobre las memorias o de una antropología de la memoria está, en este caso, articulada a la primacía de la violencia como argumento de producción de la sociedad colombiana durante los últimos sesenta años, pero además está relacionada con la dificultad que representa el estudio del pasado en tanto objeto trascendido en el tiempo, muchas veces deslocalizado y oculto en silencios provocados por el temor o por los duelos no elaborados.

Es importante insistir entonces en el acento metodológico que ha tenido la trilogía etnográfica presentada en esta tesis. Sólo la combinación de técnicas y la experimentación permitió que afloraran las distintas versiones sobre los eventos vividos y que se reprodujeran los conocimientos propios sobre los lugares habitados y los territorios forzosamente abandonados. Esta habilidad para combinar instrumentos de investigación fue un aprendizaje que se integró paulatinamente en el desarrollo de los ejercicios etnográficos, lo cual permitió percibir los avances graduales que posibilita tal integralidad metodológica. Con esta reflexión queda establecido uno de los grandes aprendizajes de este trabajo: el acercamiento a las memorias sociales de violencia requiere de apertura metodológica, flexibilidad en el uso de los instrumentos, actitud reflexiva, autocrítica y compromiso ético. Para ello hay que partir de desmontar la idea de que los participantes en el proceso de reconstrucción dialógica de los relatos son meros informantes o dispensarios de información, considerándolos

en cambio sujetos activos y conscientes, partícipes creativos del proceso de construcción de conocimiento. Esto permite crear espacios propicios para la expresión, la generación de confianza mutua y la apertura de canales de comunicación adecuados para conectar al etnógrafo con los lugares por los que transita y que muchas veces escenifican los recuerdos de sus interlocutores e interlocutoras.

La trilogía etnográfica nos acercó a las memorias en fuga, al movimiento como pulsión y consecuencia de la violencia, al desarraigo como presión intencionadamente ejercida por los actores armados, a los recuerdos contenidos en narraciones dolorosas que combaten con el olvido, a los múltiples mensajes que afrontan día a día las y los desarraigados en los lugares a donde arriban tras la migración, al desconcierto e incertidumbre inducida por el silencio obligado, en fin, a las múltiples consecuencias que tiene para las víctimas la crudeza de la violencia sufrida. Pero nos acercó también a las formas creativas de resistencia que se despliegan en y desde los territorios de origen, a la reinención de los nuevos lugares a los que se arriba con el apoyo de los conocimientos traídos, a la actualización de la identidad y el uso estratégico del estigma en las sociedades receptoras, al reconocimiento de la geografía de la guerra y al acomodamiento estratégico para moverse en ella, en últimas, a los múltiples recursos con los cuáles ha sido posible para las víctimas de las violencias mantener el sentido de humanidad, fortalecer su dignidad y proyectar su imaginación de horizontes de futuro. El hecho de que sus memorias tengan la capacidad de arrojar tan profundas lecciones valida la necesidad de que sean realizados mayores esfuerzos por la producción de ejercicios de reconstrucción de memoria, así como por su circulación y puesta en debate público. Está allí depositada una importante esperanza para la resolución del conflicto armado en Colombia, además de que está abierto un importante campo de trabajo para la ciencia social.

La recurrencia de la violencia como tema de los relatos y como detonante del recuerdo provoca otro de las reflexiones finales de este trabajo. En efecto, la violencia como tema del recuerdo no apareció vinculada únicamente al

sufrimiento y a la experiencia personal, sino que las remembranzas aparecieron también asociadas a personas, lugares y eventos reconocidos, es decir, a unos marcos sociales de la memoria en los que la violencia ha sido un fuerte elemento determinante. En estas condiciones, es posible verificar en los tres ejercicios etnográficos como la violencia aparece en los recuerdos como un producto de las vivencias compartidas, conocidas, experimentadas o simplemente referidas en la lejanía o contagiadas por el rumor. Ello reafirma una de las premisas centrales del carácter antropológico de la memoria que reside en su capacidad para reproducir el pasado de manera creativa, acomodando la experiencia a las condiciones de posibilidad del presente, lo cual parte del reconocimiento de que en la memoria no es el pasado como objeto detenido lo que se mantiene, sino las representaciones de ese pasado en tanto marco de sentido y asidero de la vida colectiva. Esto puede verificarse en la recurrencia de temas comunes que aparecieron como hilos conductores de las historias de vida, interconectando los tres ejercicios etnográficos a través de eventos que a pesar de suceder en momentos y lugares distintos permiten sugerir que en el trámite de las consecuencias de la violencia se generan colindancias en los recuerdos y emergen imágenes comunes que interconectan los procesos de producción de las identidades en los diversos contextos del extrañamiento y el desarraigo.

Tanto en el caso del barrio El Popular No.1 de Medellín como en el caso de las y los migrantes colombianos en Barcelona, es posible comprender que la violencia ha determinado la representación de su identidad colectiva como peligrosa y amenazante, favoreciendo la asignación de un estigma que les marca como indeseados y nocivos. A pesar de ello, en sus relatos se ponen de relieve las formas de rechazo que desde sus propios lugares se hacía de esa violencia vivida, además de que se pone en evidencia la vivacidad de valores sociales compartidos como la solidaridad, la convivencia y la fraternidad. ¿Qué es lo que determina entonces esa construcción irreflexiva de una imagen del otro como peligroso? Indudablemente asuntos ligados a la geopolítica de la memoria tienen en dicha construcción un papel decisivo, pero también inciden

las condiciones subjetivas y los temores sociales que se conjugan poderosamente para interrumpir el diálogo y destruir los espacios de encuentro. El estigma de la violencia tiene un potente rol en dicha anulación de los encuentros, ya que anticipa la posibilidad de que aquella o aquel con quien se producen entrecruzamientos espontáneos en la ciudad, sea un productor de malestar y daño. En el caso de la asignación de un estigma negativo por la violencia se interrumpen las perspectivas de acercamiento al otro y se desconecta la memoria propia de aquellos marcos sociales que ese otro podría reclamar como comunes. La tenacidad de las y los exiliados colombianos en Barcelona y la vivacidad de los recuerdos del proceso de apropiación y conquista de las laderas de Medellín para la construcción del barrio El Popular, controvierten con las connotaciones negativas que impone el estigma y que justifican la exclusión de sus portadores. Para la ruptura del estigma, la recuperación de la dignidad arrebatada y la afirmación de la identidad, tiene mucho por aportar la antropología de la memoria, especialmente por su capacidad de mostrar distintas versiones sobre los hechos violentos y contribuir a la comprensión de las razones que los provocaron y al reconocimiento de los actores involucrados como víctimas y victimarios.

El intento de definir los elementos que componen la relación memoria/violencia/desarraigo requiere de exploraciones sucesivas, pues esta trilogía etnográfica no ha logrado más que reivindicar la necesidad de agotar la explicación de la migración como un fenómeno exclusivamente económico, dejando sugerida la importancia que tienen las trayectorias individuales, las fugas y evasiones que interconectan las experiencias individuales en relatos colectivos que hablan de pérdidas, desgarramientos y traumas compartidos, generados muchas veces en situaciones de violencia comunes. Así que, manteniendo la importancia que tiene los condicionantes económicos en la interpretación de la movilidad humana, el acercamiento aquí presentado a las memorias de violencias en Colombia permite advertir la importancia que tiene también la consideración de las condiciones particulares de la partida, lo cual puede determinar el que entre aquellos que viajan y arriban a un mismo lugar

no exista el más mínimo sentido de comunión o conjunción de intereses. Esto nos invita a rebatir la asignación automática del carácter de *comunidad* que se otorga a las y los desarraigados con base en su procedencia de un mismo territorio de origen y a postular que es en la exploración de sus memorias, conocimientos y saberes de donde pueden emerger los reales contornos de su identidad colectiva. La *comunidad* no puede en ningún caso mantenerse como un *a priori* metodológico y en esto la trilogía etnográfica aquí presentada ha dejado lecciones que derivan de la reclamación intencionada de esa categoría en unos casos, lo cual podemos reconocer como una forma de afirmación política, o que derivan de la negación de los referentes identitarios como estrategia de inclusión. Lo que es ciertamente interesante es la forma como en las trayectorias de fuga se producen articulaciones espontáneas o intencionadas que derivan en asociaciones basadas en sus vivencias cercanas, en el diálogo y la concertación de intereses y en el esfuerzo consciente por encontrar coherencia a sus vidas, lo cual no debería llevar a la interpretación irreflexiva de que constituyen una *comunidad*.

La valentía del retorno a la vereda Mogotes del municipio de Buriticá, la voluntad para resistir el miedo y permanecer en el barrio El Popular y, la lucha por la afirmación y la inclusión en el extrañamiento migratorio en Barcelona, constituyen una muestra fehaciente de la importancia que tienen el lugar, la cultura y la identidad para los seres humanos. Esta trilogía etnográfica ha mostrado como, aún frente al carácter invasivo de las prácticas de producción y acumulación del neoliberalismo global, los lugares y sus gentes se aferran a sus identidades y mantienen el valor del conocimiento propio, anclado en una fuerte relación entre las memorias y el espacio habitado. Con esto se controvierte aquellas perspectivas que auguraban una irremediable consolidación en la globalización de una cultura mundial homogénea y se reafirma más bien la importancia que tiene la movilidad como motor de la diversidad que otorga posibilidades múltiples a las identidades y que favorece la peculiaridad en la constitución del ser individual y colectivo. Esto nos puede remitir a lo que Doreen Massey ha caracterizado como un sentido global de

lugar y un sentido global de lo local (Massey, 2004). Las memorias de Mogotes y El Popular nos muestran la relevancia que tiene el espacio habitado a través de la peculiar economía alternativa, de la resistencia a los grupos armados, de las estrategias de acción colectiva y del arraigo que combate con las presiones externas, todo lo cual reivindica la vitalidad de estos lugares y la fortaleza de sus habitantes para mantener sus modos de ser y estar en el mundo. Esto nos anuncia otra de las potencias que alberga la antropología de la memoria: su capacidad de aproximar el reconocimiento de las formas diferenciales y diferenciadas de comprensión del bienestar en relación con el espacio habitado y los procesos sociales que en él se viven. Con ello se reivindica no sólo el papel reparador de la memoria en el caso de las sociedades en conflicto, sino su validez como argumento político por medio del cual pueden diversos grupos sociales y pueblos étnicamente diferenciados reclamar la validez de sus propias interpretaciones, de sus saberes y de sus prácticas culturales, económicas y ecológicas.

El aporte esencial de esta tesis está ligado al reconocimiento de su condición política en el contexto de tan trágica guerra como es la vivida por Colombia en los últimos sesenta años. El haber recurrido a las memorias de violencias en la narrativa de sus protagonistas y en la inspección de los lugares que han servido de escenario para los eventos traumáticos, reivindica el papel esencial que tiene la reconstrucción y expresión de la memoria para la apertura de vías para el entendimiento y la reconciliación. La proximidad de los testimonios, el carácter dialógico de los recorridos y la pluralidad narrativa que emerge de las cartografías sociales o las fotografías, muestran que la etnografía de la memoria permite trascender del ánimo amarillista con que se registran los hechos de violencia en los periódicos o del carácter reduccionista con que se integran en las estadísticas oficiales. Tanto este tratamiento propagandístico como el silencio impuesto y la impunidad de los perpetradores, son responsables de que muchas víctimas aún no puedan siquiera nombrar la violencia vivida y permanezcan aisladas y desconectadas de cualquier posibilidad de reencuentro social. Relatos tan crudos como los dolores que

acallan y que son confinados al silenciamiento, no hacen más que nutrir el ánimo de retaliación. Para romper con la geografía del miedo y favorecer el que la memoria transite, tal y como señala Todorov (2000), de su carácter literal a su carácter ejemplar, se requiere en Colombia que se multipliquen los esfuerzos de dicción colectiva y los espacios de expresión, a lo cual puede contribuir seriamente la comisión de ejercicios etnográficos de las memorias de violencias. Es a allanar este camino entre la literalidad y la ejemplaridad a lo que esta tesis se esforzó en contribuir, con el convencimiento de que se ameritan los esfuerzos para interpelar la continuidad y ubicuidad del conflicto armado en Colombia.

Trabajos citados

ACCU, Boyacá, Autodefensas. de, Isaza, Autodefensas. de, & Orientales, Autodefensas. de. (1997). *Constitución de las Autodefensas Unidas de Colombia*. Urabá, Colombia: sin publicar.

Agnew, John. (2005). *Geopolítica. Una re-visión de la política mundial*. Madrid, España: Trama.

Andrade, Helena, & Santamaría, Guillermo (s.f). *Cartografía Social, el mapa como instrumento y metodología de la planeación participativa*. Recuperado el 10 de septiembre de 2011, de FundaAldeas.org: http://fundaaldeas.org/index.php?option=com_content&view=article&id=91:andrade-sh-y-santamaria-ghelena-andrade-m

Antioquia, Gobernación de. (2007). *Atlas Veredal de Antioquia*. Medellín, Colombia: Gobernación de Antioquia.

Antioquia, Historia de. (2 de agosto de 2010). *Buriticá*. Recuperado el 5 de junio de 2011, de Historia de Antioquia: <http://www.historiadeantioquia.info/antioquia/buritica.html>

Arenas, Mery. (1989). *Historia del Barrio Popular*. Medellín, Colombia: sin publicar.

Balandier, George. (1994). *El poder en escenas. De la representación del poder al poder de la representación*. Barcelona, España: Paidós.

Bauman, Zigmunt. (2005). *Vidas desperdiciadas. La modernidad y sus parias*. Barcelona, España: Paidós.

BBCMundo. (5 de noviembre de 2011). *Los líderes caídos de las FARC*. Recuperado el 14 de noviembre de 2011, de BBCMundo. Una voz independiente: http://www.bbc.co.uk/mundo/video_fotos/2011/11/1111105_galeria_perdidas_farc_cr.shtml

Beck, Ulrich. (1996). Teoría de la sociedad del riesgo. En J. Beriain, *Las consecuencias perversas de la modernidad* (págs. 201-222). Barcelona, España: Anthropos.

Benjamin, Walter. (1995). *Para una crítica de la violencia*. Buenos Aires, Argentina: Leviatán.

Berno, Alfredo. (25 de enero de 2001). *Centro de Lançamentos de Alcântara ameaça território étnico*. Recuperado el 24 de octubre de 2007, de ComCiência: <http://www.comciencia.br/reportagens/espaco/espc05.htm>

Blair, Elsa. (1998). Violencia e identidad. *Estudios Políticos* (13), 137-153.

Blair, Elsa., & Berrío, Ayder. (2008). Del <<hacer morir o dejar vivir>> al <<hacer vivir y dejar morir>>. Cambios en el ejercicio de la soberanía en el espacio de la guerra: del territorio a la población. En E. Piazzini, & V. Montoya (Edits.), *Geopolíticas: espacios de poder y poder de los espacios* (págs. 89-108). Medellín, Colombia: La Carreta Editores.

Blumer, Herbert. (1982). *El interaccionismo simbólico: Perspectiva y método*. Barcelona, España: HORA S.A.

Buxó, María., & De Miguel, Jesús. (1999). *De la investigación audiovisual, fotografía, cine, video, televisión*. Barcelona, España: Proyecto A Editores.

Calderón, Mario. (1991). La guerra del despiste. *Cien días vistos por el CINEP*, 4 (16), 8-10.

Caracol. (26 de febrero de 2008). *Alarmante incremento del desplazamiento en Colombia, reporta Codhes*. Recuperado el 5 de diciembre de 2011, de Caracol Radio: <http://www.caracol.com.co/noticias/actualidad/alarmante-incremento-del-desplazamiento-en-colombia-reporta-codhes/20080226/nota/554747.aspx>

Cardona, Marleny, García, Héctor, Giraldo, Carlos, López, María, Suárez, Clara, Corcho, Diana, y otros. (2005). Homicidios en Medellín, Colombia, entre 1990 y 2002: actores, móviles y circunstancias. *Cad. Saúde Pública*, 21 (3), 840-851.

Castillejo, Alejandro. (2004a). Entre los intersticios de las palabras: Una mirada antropológica a la memoria, la posguerra y la educación para la paz en la Sudáfrica contemporánea. Bogotá, Colombia: Documento de trabajo sin publicar.

Castillejo, Alejandro. (2004b). Las texturas del silencio: violencia, memoria y los límites del quehacer antropológico. Bogotá, Colombia: Documento de trabajo sin publicar.

Castillejo, Alejandro. (2000). *Poética de lo otro. Para una antropología de la soledad y el exilio interno en Colombia*. Bogotá, Colombia: Ministerio de Cultura; ICANH; COLCIENCIAS.

Castles, Stephen, & Miller, Mark. (2004). *La era de la migración* (Tercera edición ed.). México, México: Universidad Autónoma de Zacatecas.

Castro-Gómez, Santiago. (2007). Michael Foucault y la colonialidad del poder. *Tábula Rasa* (6), 153-172.

Castro-Gómez, Santiago, & Grosfoguel, Ramón. (2007). *El giro decolonial. Reflexiones para una diversidad epistémica más allá del capitalismo global*. Bogotá, Colombia: IESCO; Pensar; Siglo del Hombre Editores.

Cepeda, Iván. (2006). *Genocidio político: el caso de la Unión Patriótica en Colombia*. Recuperado el 2 de febrero de 2011, de Fundación Manuel Cepeda Vargas: <http://www.desaparecidos.org/colombia/fmcepeda/genocidio-up/cepeda.html>

Chomsky, Noam. (2004). *Piratas y Emperadores. Terrorismo internacional en el mundo de hoy*. Barcelona, España: Byblos.

CIDH. (31 de octubre de 2011). *Comunicado de prensa No.114/11*. Recuperado el 14 de noviembre de 2011, de Comisión Interamericana de Derechos Humanos: <http://www.cidh.oas.org/Comunicados/Spanish/2011/114-11sp.htm>

CIER. (s.f). *Propuesta de educación alternativa (SAT)*. Recuperado el 15 de septiembre de 2011, de Corporación para la investigación y el ecodesarrollo regional: http://www.corpcier.org/nuestros_servicios.php

CINEP. (2004). *Mapa Geografía de la Guerra en Colombia*. Recuperado el 22 de octubre de 2011, de CINEP: http://www.cinep.org.co/images/stories/SIG/georreferenciacion/mapa_cualitativo.jpg

CINEP, & JusticiayPaz. (mayo de 2002). *Noche y Niebla 24*. Recuperado el 5 de octubre de 2011, de Banco de datos derechos humanos y violencia política: <http://www.nocheyniebla.org/files/u1/24/pdf/noche0502.pdf>

CINEP, & JusticiayPaz. (octubre de 2002). *Noche y Niebla 26. El 2002, entre elecciones, guerra y el desmonte del estado social de derecho*. Recuperado el 5 de octubre de 2011, de Banco de datos derechos humanos y violencia política: <http://www.nocheyniebla.org/files/u1/26/pdf/noche1002.pdf>

Clifford, James. (1988). *The predicament of culture*. Cambridge, Reino Unido: Harvard University Press.

CNRR. (2008). *Documento estratégico sobre reconciliación*. Comisión Nacional de Reparación y Reconciliación. Bogotá: CNRR.

COHDES. (31 de diciembre de 2010). *Número de personas desplazadas por departamento de llegada*. Recuperado el 14 de septiembre de 2011, de Consultoría para los derechos Humanos y el desplazamiento: http://www.codhes.org/index2.php?option=com_docman&task=doc_view&gid=187&Itemid=51

Colombia, Congreso de. (2011). *Ley 1448 del 10 junio de 2011*. Recuperado el 4 de septiembre de 2011, de Archivo General de la Nación Colombia: <http://www.archivogeneral.gov.co/index.php?idcategoria=4419>

Colombia, Congreso de. (25 de julio de 2005). *Ley 975 de 2005*. Recuperado el 21 de septiembre de 2011, de Secretaria del Senado República de Colombia: http://www.secretariasenado.gov.co/senado/basedoc/ley/2005/ley_0975_2005.html

Colombia, Ministerio del Interior. (28 de junio de 2011). *Decreto 2244 de 2011*. Recuperado el 4 de septiembre de 2011, de Secretaria del Senado República de Colombia: http://www.secretariasenado.gov.co/senado/basedoc/decreto/2011/decreto_2244_2011.html

Colombia, Presidencia de la República. (2002). *Entre 2002 y 2003, en 7,8% se redujo migración de colombianos*. Recuperado el 4 de febrero de 2005, de Presidencia de la República de Colombia: <http://www.presidencia.gov.co/sne/2004/noviembre/10/14102004.htm>

Colombia, Vicepresidencia de. (2010). *Focos y continuidad geográfica de la tasa de homicidios en Colombia*. Recuperado el 14 de septiembre de 2011, de Observatorio del programa presidencial de Derechos Humanos y DIH: <http://www.derechoshumanos.gov.co/Observatorio/Documents/Geografia-Violencia/Geografia-tasas-homicidio-1998-2010.pdf>

Colombiano, El. (9 de enero de 2001). *El Colombiano*.

Cruz, Manuel. (2005). *Las malas pasadas del pasado. Identidad, responsabilidad, historia*. Barcelona, España: Anagrama.

Das, Veena. (2003). Trauma and testimony. Implications for political community. *Anthropological Theory*, 3 (3), 293-307.

De Certau, Michel. (1995). *La toma de la palabra y otros escritos políticos*. México, México: Universidad Iberoamericana.

Delgado, Manuel. (2001). *Memoria y Lugar. El espacio público como crisis de significado*. Valencia, España: Ediciones Generales de la Construcción.

Durkheim, Émile. (1994). *Las reglas del método sociológico*. Barcelona, España: Altaya.

Elcolombiano.com. (30 de junio de 2010). *Primeras condenas a ex Auc en Justicia y Paz*. Recuperado el 1 de octubre de 2011, de Elcolombiano.com: http://www.elcolombiano.com/BancoConocimiento/P/primeras_condenas_a_ex_auc_en_justicia_y_paz/primeras_condenas_a_ex_auc_en_justicia_y_paz.asp

Elespectador.com. (8 de noviembre de 2011). *Eln considera "triumfo efímero de guerreristas" muerte de 'Alfonso Cano'*. Recuperado el 14 de noviembre de 2011, de Elespectador.com: <http://www.elespectador.com/noticias/judicial/articulo-310160-eln-considera-triumfo-efimero-de-guerreristas-muerte-de-alfonso>

Elespectador.com. (2 de julio de 2011). *Este sábado se cumplen tres años de la Operación Jaque*. Recuperado el 2 de noviembre de 2011, de Elespectador.com: <http://www.elespectador.com/noticias/actualidad/articulo-281578-sabado-se-cumplen-tres-anos-de-operacion-jaque>

Escobar, Arturo. (2005). *Más allá del tercer mundo. Globalización y diferencia*. Bogotá, Colombia: ICANH; Universidad del Cauca.

Escobar, Andrea, Pabón, Nathalie, & Mendivil, Laura. (2006). La actual reforma militar en Colombia: La renovación de las Fuerzas Armadas. En A. Vargas, & C. Patiño (Edits.), *Reforma militar en Colombia: contexto internacional y resultados esperados*. Medellín, Colombia: Universidad Pontificia Bolivariana; Concejo de Medellín.

FARC. (2005). *30 años de lucha por la paz*. Recuperado el 23 de abril de 2005, de Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia. Ejército del Pueblo: [http://six.swix.ch/farcep/Nuestra historia/30 años de lucha por la paz.ht](http://six.swix.ch/farcep/Nuestra%20historia/30%20anos%20de%20lucha%20por%20la%20paz.ht)

Ferrándiz, Francisco. (2010). De las fosas comunes a los derechos humanos: El descubrimiento de las *desapariciones forzadas* en la España contemporánea. *Revista de Antropología Social*, (19), 161-189.

- Ferrándiz, Francisco. (2011). Lugares de memoria. En R. Escudero (coord.), *Diccionario de memoria histórica. Conceptos contra el olvido*. Barcelona, España: Catarata.
- Foucault, Michael. (1992). *Genealogía del racismo*. Madrid, España: La Piqueta.
- Foucault, Michael. (1998). *Historia de la sexualidad 1. La voluntad del saber*. México, México: Siglo XXI.
- García, Néstor. (1991). ¿Construcción o simulacro del objeto de estudio? Trabajo de campo y retórica textual. *Alteridades*, 1 (1), 58-64.
- Geertz, Clifford. (1989). *El antropólogo como autor*. Barcelona, España: Paidós.
- Guzmán, Patricio. (Escritor), & Guzmán, Patricio. (Dirección). (1997). *Chile, la memoria obstinada* [Película]. Chile.
- Habegger, Sabina, & Mancila, Iula. (14 de abril de 2006). *El poder de la Cartografía Social en las prácticas contrahegemónicas o La Cartografía Social como estrategia para diagnosticar nuestro territorio*. Recuperado el 12 de septiembre de 2010, de areaciega: http://www.areaciega.net/index.php/plain/Cartografias/car_tac/el-poder-de-la-cartografia-social
- Halbwachs, Maurice. (2004). *Los marcos sociales de la memoria*. Barcelona, España: Anthropos.
- Harvey, David. (2004). El nuevo imperialismo: acumulación por desposesión. *Socialist Register*, 40, 99-129.
- Hincapié, Sandra. (2006). *La guerra y las ciudades*. Medellín, Colombia: Instituto Popular de Capacitación.
- Hinton, Alexander. (2002). Introduction: Genocide and Anthropology. En A. L. Hinton (Ed.), *Genocide: an anthropological reader* (págs. 1-23). Oxford, Inglaterra: Blackwell.
- Hobsbawm, Eric. (1974). *Rebeldes Primitivos*. Barcelona, España: Ariel.
- HumanRightsWatch. (octubre de 2008). *¿Rompiendo el control? Obstáculos a la justicia en la investigación de la mafia paramilitar en Colombia*. Recuperado el 17 de septiembre de 2011, de Human Rights Watch: <http://www.hrw.org/sites/default/files/reports/colombia1008sp.pdf>

HumanRightsWatch. (febrero de 2010). *Herederos de los Paramilitares. La nueva cara de la violencia en Colombia*. Recuperado el 22 de octubre de 2011, de Human Rights Watch: http://www.hrw.org/sites/default/files/reports/colombia0210spwebwcover_0.pdf

IPC. (2004). *En deuda con los derechos humanos y el DIH. Diversas miradas críticas en Medellín - 2003*. Medellín, Colombia.

Ituango, Hidroeléctrica de. (s.f). *Datos Técnicos*. Recuperado el 5 de octubre de 2011, de Hidroeléctrica Ituango: <http://www.hidroituango.com.co/index.php/datos-tecnicos>

Jedlowski, Paola. (2001). Memory and sociology. Themes and issues. *Time&Society*, 10 (1), 29-44.

Joseph, Isaac. (1988). *El transeúnte y el espacio urbano*. Buenos Aires, Argentina: Gedisa.

Lair, Eric. (1999). El terror, recurso estratégico de los actores armados: reflexiones en torno al caso colombiano. *Análisis Político* (37), 64-76.

Le Goff, Jacques. (1991). *El orden de la memoria*. Barcelona, España: Paidós.

León, Juanita. (5 de mayo de 2011). *Santos resucita el debate del conflicto armado y hace carambola*. Recuperado el 1 de junio de 2011, de La Silla Vacía: <http://www.lasillavacia.com/historia/santos-resucita-el-debate-del-conflicto-armado-y-hace-carambola-24069>

Linke, U. (2001). Anthropology of Collective Memory. En N. Smelser, & P. Baltes (Edits.), *International Encyclopedia of the Social&Behavioral Sciences* (págs. 2219-2223). Reino Unido: Elsevier.

Lozano, Juan. (Escritor), Lozano, Juan, & Morris, Hollman. (Dirección). (2010). *Impunity* [Película]. Suiza; Francia; Colombia.

Massey, Doreen. (2004). Lugar, identidad y geografías de la responsabilidad en un mundo en proceso de globalización. *Treballs de la Societat Catalana de Geografia*, 57, 77-84.

Medellín, Alcaldía de. (2006). *Encuesta de calidad de vida*. Recuperado el 4 de septiembre de 2011, de Alcaldía de Medellín: <http://www.medellin.gov.co/alcaldia/jsp/modulos/datosEstadisticos/obj/pdf/calidaddevida2006/284-%20separador%20indicadores.pdf>

Medellín, Alcaldía de. (s.f). *Evolución tasa de homicidios ciudad de Medellín por cada cien mil habitantes*. Recuperado el 5 de junio de 2011, de www.medellin.gov.co:

http://www.medellin.gov.co/alcaldia/jsp/modulos/N_admon/obj/pdf/MEDELLIN%20EN%20CIFRAS%20FINAL2006.pdf?idPagina=1105

Medellín, La Hoja. (1994). Manos Arriba. De donde vienen y para donde pueden ir las milicias populares. *La Hoja de Medellín* (18), 10-11.

Medellín, Secretaría de Salud. (2011). *Indicadores Básicos 2010. Situación de salud en Medellín*. Medellín, Colombia: Alcaldía de Medellín.

Medina, Gilberto. (2006). *Historia sin fin...Las milicias en Medellín en la década del noventa*. Medellín, Colombia: Instituto Popular de Capacitación.

Meertens, Donny. (2000). *Ensayos sobre tierra, violencia y género*. Bogotá, Colombia: Universidad Nacional de Colombia.

Michonneau, Stéphane. (2005). *Memoria e historia. Aspectos conceptuales*. Recuperado el 1 de noviembre de 2006, de Asociación para el avance de las ciencias sociales en Guatemala: http://www.avancso.org.gt/index_actividades.php?id=115

Misztal, Bárbara. (2003). Durkheim on collective memory. *Journal of classical sociology*, 3 (2), 123-143.

Montoya, Vladimir. (2007). El mapa de lo invisible. Silencios y gramática del poder en la cartografía. *Universitas Humanística* (63), 155-179.

Montoya, Vladimir. (2009). La cartografía social como instrumento para otras geografías. Apuntes para un diálogo de saberes territoriales. En C. García, & C. Aramburo, *Universos socioespaciales: procedencias y destinos* (págs. 113-136). Bogotá, Colombia: Siglo del Hombre.

Montoya, Vladimir. (2010). Las geopolíticas de la seguridad y el conocimiento: de los controles fronterizos a las amenazas deslocalizadas. *Universitas Humanística* (69), 101-114.

Montoya, Vladimir, & Arango, Germán. (2008). Territorios visuales del tiempo y la memoria. Exploraciones metodológicas en la vereda Mogotes del municipio de Buriticá (Antioquia, Colombia). *Boletín de Antropología*, 22 (39), 185-206.

Moreno, Roberto. (2004). Violencias, conflictos urbanos y guerra civil: el caso de Medellín en la década del noventa. En W. Balbín (Ed.), *Violencias y*

conflictos urbanos: un reto para las políticas públicas (págs. 193-233). Medellín, Colombia: Instituto Popular de Capacitación.

Myers, Holly. (2002). *Millones no vistos: la catástrofe del desplazamiento interno en Colombia*. Recuperado el 16 de 03 de 2005, de Women's Commission for Refugee Women and Children: http://www.womenscommission.org/pdf/co2_es.pdf

Nichols, Bill. (1997). *La representación de la realidad*. Barcelona, España: Paidós.

Nolan, Christopher. (Escritor), & Nolan, Christopher. (Dirección). (2000). *Memento* [Película]. Estados Unidos: Columbia Tristar.

Ó Tuathail, Geroid., & Dalby, Simon. (1998). *Rethinking Geopolitics*. Londres, Inglaterra: Routledge.

Ocampo, Javier. (2001). *Mitos y leyendas de Antioquia La Grande*. Bogotá, Colombia: Plaza&Janés.

OIM. (2009). *Datos y Cifras. Migración Internacional de Colombianos*. Recuperado el 4 de diciembre de 2011, de Organización Internacional para las Migraciones. Misión Colombia: <http://www.oim.org.co/Sobremigraci%C3%B3n/Migraci%C3%B3ncolombiana/Datosycifrasmigraci%C3%B3ninternacional/tabid/160/language/en-US/Default.aspx>

ONU. (1948). *Convención para la Prevención y la Sanción del Delito de Genocidio*. Recuperado el 2 de octubre de 2011, de Oficina del Alto Comisionado para los Derechos Humanos: <http://www2.ohchr.org/spanish/law/genocidio.htm>

Orobitg, Gemma. (2005). Las culturas en imágenes. Fotografía y cine antropológicos. *Seminario Antropología Audiovisual*. Medellín: Centro Colombo Americano.

Pécaut, Daniel. (2003). *Violencia y política en Colombia. Elementos de reflexión*. Medellín, Colombia: Hombre Nuevo Editores.

Piault, Marc. (2002). *Antropología y cine*. Madrid, España: Cátedra.

Piccolotto, Beatriz. (2004). Decifrando mapas: sobre o conceito de "território" e suas vinculações com a cartografia. *Annais du Museu Paulista*, 12 (12), 193-234.

- Pink, Sara. (2001). *Doing visual ethnography*. Londres, Inglaterra: SAGE.
- Proust, Marcel. (1996). *En busca del tiempo perdido*. Madrid, España: Alianza.
- Quijano, Anibal. (2000). Colonialidad del poder, eurocentrismo y América Latina. En E. Lander, *La colonialidad del saber: eurocentrismo y ciencias sociales. Perspectivas Latinoamericanas*. Buenos Aires, Argentina: CLACSO.
- Radford, Michael. (Dirección). (1984). *1984* [Película]. Gran Bretaña.
- Rangel, Alfredo. (2005). *El conflicto colombiano. Guerra civil de baja intensidad*. Recuperado el 15 de mayo de 2005, de Periódico El Tiempo: http://eltiempo.terra.com.co/opinion/colopi_new/alfredorangelsuarez/ARTICULO-WEB-_NOTA_INTERIOR-2077628.html
- Rappaport, Joan. (1998). Hacia la descolonización de la producción intelectual indígena en Colombia. En M. Sotomayor (Ed.), *Modernidad, Identidad y Desarrollo: Construcción de sociedad y re-creación cultural en contextos de modernización* (págs. 17-45). Bogotá, Colombia: ICANH; Ministerio de Cultura.
- Reynoso, Carlos. (Ed.). (1996). *El surgimiento de la antropología posmoderna*. Barcelona: GEDISA.
- Riaño, Pilar. (2000). La memoria viva de las muertes. Lugares e identidades juveniles en Medellín. *Análisis Político*, 41, 23-39.
- Ricoeur, Paul. (2003). *La memoria, la historia, el olvido*. Madrid, España: Trotta.
- Romero, Mauricio, & Arias, A. (2011). *A diez años del inicio del Plan Colombia: Los herederos de las AUC, la geografía del narcotráfico y la amenaza de nuevos carteles*. Bogotá, Colombia: Observatorio del Conflicto Armado; Corporación Nuevo Arco Iris.
- Salazar, Alonso. (1993). *No nacimos pa'semilla*. Bogotá, Colombia: CINEP.
- Salazar, Isabel, Guardia, María, & Hurtado, Carolina. (s.f). *Vereda Mogotes. Información General*. Recuperado el 2 de noviembre de 2011, de Sitio oficial de Buriticá en Antioquia, Colombia: <http://www.buritica-antioquia.gov.co/nuestromunicipio.shtml?apc=mtxx--2124759&x=2124769>
- Sánchez, Gonzalo. (2003). *Guerras, memoria e historia*. Bogotá, Colombia: Instituto Colombiano de Antropología e Historia.
- Sánchez-Biosca, Vicente. (2004). *Cine y vanguardias artísticas*. Barcelona, España: Paidós.

Santos, Milton. (1996). *Metamorfosis del espacio habitado*. Barcelona, España: Oikos Tau.

Semana. (29 de abril de 2011). *Palacio de Justicia: condenan al general (r.) Arias Cabrales a 35 años de cárcel*. Recuperado el 11 de octubre de 2011, de Semana.com: <http://www.semana.com/nacion/palacio-justicia-condenan-general-arias-cabrales-35-anos-carcel/155919-3.aspx>

Semana.com. (13 de octubre de 2011). *Corte Constitucional deja en firme Ley de Desmovilizados*. Recuperado el 25 de octubre de 2011, de Semana.com: <http://www.semana.com/nacion/corte-constitucional-deja-firme-ley-desmovilizados/165743-3.aspx>

Strathern, Marylin. (1998). Fuera de contexto. Las ficciones persuasivas de la antropología. En C. Reynoso (Ed.), *El surgimiento de la antropología posmoderna* (págs. 214-274). Barcelona, España: GEDISA.

Suchan, Trudy, & Brewer, Cynthia. (2000). Qualitative methods for research on mapmaking and map use. *Professional Geographer*, 52 (1), 145-154.

Todorov, Tzvetan. (2000). *Los abusos de la memoria*. Barcelona, España: Paidós.

Uribe, María Teresa. (2003). Estado y sociedad frente a las víctimas de la violencia. *Estudios Políticos* (23), 9-25.

Uribe, María Teresa. (2002). La guerra y la política: una mirada desde Michel Foucault. *Estudios Políticos* (20), 123-136.

Uribe, María Victoria. (1990). *Matar, rematar y contramatar. Las masacres de la Violencia en el Tolima, 1948-1964*. Bogotá, Colombia: CINEP.

Uribe, María Victoria, & Vásquez, Teófilo. (1995). *Enterrar y callar. Las masacres en Colombia, 1980-1993*. Bogotá, Colombia: Comité Permanente para la Defensa de los Derechos Humanos.

Vásquez, Teófilo, Vargas, Andrade, & Restrepo, Jorge. (Edits.). (2011). *Una vieja guerra en un nuevo contexto: Conflicto y territorio en el sur de Colombia*. Bogotá, Colombia: CINEP; ODECOFI; COLCIENCIAS.

Vélez, Clara. (2007). *La voluntad de paz no se pierde, pero los procesos no arrancan*. Recuperado el 15 de septiembre de 2011, de ElColombiano.com: http://www.elcolombiano.com/proyectos/serieselcolombiano/textos/conflicto_urbano/mayo16/voluntad.htm

Vélez, Juan. (2003a). Una comisión de la verdad en la encrucijada colombiana. *Estudios Políticos* (23), 29-51.

Vélez, Juan. (2003b). Violencia, memoria y literatura testimonial en Colombia. Entre las memorias literales y las memorias ejemplares. *Estudios Políticos* (22), 31-57.

VerdadAbierta. (s.f). *De militares a 'paras'*. Recuperado el 10 de octubre de 2011, de VERDADABIERTA: <http://verdadabierta.com/component/content/article/75-das-gate/3693-de-militares-a-paramilitares->

VerdadAbierta. (s.f). *La expansión: el nacimiento de las Autodefensas Unidas de Colombia (1997-2002)*. Recuperado el 20 de octubre de 2011, de VERDADABIERTA: http://www.verdadabierta.com/index.php?option=com_content&id=130

VerdadAbierta. (2011). *Postulados con imputación, formulación de cargos y legalización de cargos hasta 31 de julio de 2011*. Recuperado el 2 de octubre de 2011, de VERDADABIERTA: <http://www.verdadabierta.com/archivos-para-descargar/category/80-estadisticas?download=913%3Apostulados-con-imputacin-formulacin-de-cargos-y-legalizacin-de-cargos>

Vertov, Dziga. (Dirección). (1929). *El hombre de la cámara* [Película]. Rusia, Ucrania.

Villa, Marta, Sánchez, Luz, & Jaramillo, Ana. (2003). *Rostros del miedo. Una investigación sobre los miedos sociales urbanos*. Medellín, Colombia: Corporación Región.

Wikipedia. (20 de noviembre de 2011). *Popular (Medellín)*. Recuperado el 28 de noviembre de 2011, de Wikipedia: [http://es.wikipedia.org/wiki/Popular_\(Medell%C3%ADn\)](http://es.wikipedia.org/wiki/Popular_(Medell%C3%ADn))